

*Selecta*

**Sandra Heys**



**Después de  
tantos años**

*En el último rincón del mundo*

Después de tantos años  
En el último rincón del mundo 2

*Sandra Heys*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Chile, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

*Nos pasamos años sin vivir en absoluto,  
y de pronto toda nuestra vida se concentra en un minuto.*

Oscar Wilde

Para mamá, por estar siempre a mi lado.  
Y para mi esposo, por esperarme.

## Capítulo 1

Faltaban tres días para Navidad y no tenía idea de qué hacer ese día.

En un año normal habría ido a la casa de Emilia, pero ella había viajado con su familia, por lo que estaba descartado. Eso sí que era extraño, pensar en Emilia casada y con una hija. Nunca imaginó que realmente iba a llegar tal día.

A pesar de los intentos desesperados de Emilia, para hacerles creer que era tan déspota y ambiciosa como su abuelo, a él no lo engañaba. Le recordaba a cierto oscuro personaje de una muy famosa historia de un niño mago. Claro que ella no tenía el pelo negro y grasiento, ni tampoco la nariz ganchuda.

«¡Ja!, Cristóbal», se reprendió, «parece que te has juntado mucho con Carolina». Hablando de lo cual, necesitaba revisar por milésima vez los antecedentes de su adopción.

Una media hora después, había hecho los cambios que los documentos requerían, aunque eso aún no solucionaba el gran problema de qué hacer en Navidad.

Con toda seguridad, Sofía y Marcos lo acogerían como siempre en la mansión. El matrimonio había criado a Emilia desde muy niña, después de la trágica muerte de sus padres. Y en muchos sentidos, también lo habían terminado de criar a él, especialmente después del segundo matrimonio de Alfredo, su padre, con una mujer que era todo lo distinta que se puede pensar a su madre.

Cristóbal siempre había buscado refugio en la casa de Emilia. A escondidas del abuelo de ella, claro. Y Sofía y Marcos lo habían tomado bajo su alero, como otro hijo.

Suspiró, recordando con envidia a los hijos del matrimonio. Adolfo y Miguel no tenían idea de lo afortunados que eran. Cristóbal habría dado todos los privilegios económicos con que contaba a cambio de una familia como la de ellos.

Tomó una carpeta y descubrió que era el informe semanal del detective contratado por Emilia para que siguiera cada uno de los pasos de Federico Mackenna, el odioso primo de la mujer.

¡Dios! A veces le parecía que toda su vida giraba en torno a Emilia. Se sentía como la Luna, dando vueltas alrededor de la Tierra.

Más del cincuenta por ciento del trabajo desarrollado por Cristóbal estaba relacionado con el grupo Mackenna, la empresa que Emilia presidía y de la cual sería propietaria en cuanto se oficializara la herencia del viejo Felipe.

También, casi todo tiempo libre del que disponía lo pasaba con la familia de Emilia. Iba a las competencias de Carolina, los sábados en la tarde veía fútbol con Matías, su esposo, y algunos días a la semana almorzaba con Emilia.

Había solo dos cosas que no compartía con ellos. El almuerzo dominical con Alfredo y su madrastra, Patricia, y las ocasionales salidas con mujeres que conocía casi de nada.

Hizo una mueca dirigida a sí mismo al pensar en las mujeres con las que compartía una que otra velada. No estaba diciendo que no le agradara su compañía, por el contrario, pero... En fin, el único criterio para invitarlas era que fueran de clase trabajadora, no niñas ricas. Y bonitas, por supuesto, eso se daba por descontado. Lo que le importaba, lo único que de verdad le importaba, era que fastidiaran a Patricia.

Bueno, ahí tenía algo que hacer el día de Navidad. Todos los años compartía el desayuno con Alfredo, aunque nada le atraía menos que pasar la mañana en la casa familiar.

Varios casos después, llegó a otro asunto de Emilia. La directora de un asilo de ancianos, que era patrocinado por ella, solicitaba recursos para un viaje a Valparaíso, que se realizaría dentro de un mes. Sacó la chequera que administraba para ella, emitió el documento, lo puso en un sobre con la dirección del asilo y lo dejó en la bandeja de salida de la correspondencia.

¿Y Emilia todavía creía que lo engañaba? Además del hogar, apoyaba económicamente a familias de escasos recursos con hijos de excelentes antecedentes académicos. Y como si eso fuera poco, todos los domingos visitaba a los ancianos internos. Muchas otras obras de caridad se beneficiaban a través de la Fundación Mackenna, pero esto era algo que Emilia hacía en persona.

¡Eso! Podía imitar a su amiga y visitar un hogar u hospital. Un hospital, eso le gustaba. Él entendía lo que significaba pasar una fecha tan especial en un lugar tan triste.

Su querida madre había sido diagnosticada con cáncer de mamas en julio, dos meses antes de que Cristóbal cumpliera quince años, ya quince años atrás.

Y escasos cinco meses después, el día 28 de diciembre, Cristina había fallecido, después de agonizar cinco días.

Cristóbal, Alfredo y su tía Claudia, hermana de Cristina, habían pasado la Navidad junto a la mujer, viéndola sufrir, sufriendo con ella a medida que la vida abandonaba su cuerpo.

Estaba decidido, iría a algún hospital, visitaría el ala de los niños enfermos de cáncer, les llevaría algunos juguetes y dulces, para que disfrutaran del día.

La cuestión era qué hospital visitar. Con suerte conocía una clínica privada. Y eso no le interesaba.

Se giró hacia el computador, abrió un buscador y sacó una lista de los hospitales de Santiago y los correspondientes directores. Necesitaría autorización para entrar al hospital y la única manera de conseguirla sería usando su posición y nombre.

Cuando reconoció el nombre de un director, por ser hermano de un colega, lo llamó. Instantáneamente consiguió la autorización. Y otra idea. También podía visitar a personas adultas que estuvieran con alguna enfermedad terminal, o de gravedad extrema, llevarles revistas, *puzzles*

y acompañar unos momentos a familias que estaban viviendo lo mismo que él había vivido.

Cuando terminó de revisar las carpetas que tenía sobre el escritorio, tomó la billetera y salió de la oficina.

—Voy de compras, Marta —le dijo a su secretaria.

—Bien, Cristóbal, ¿a qué hora vuelves? —preguntó la mujer.

—No sé. —Se detuvo un momento frente al escritorio—. Por cierto, necesito cierta información, tú sabes cuál, todos los años pasamos por lo mismo.

—Hay un disco nuevo. —Marta sonrió irónica.

—¿Tu cantante favorito?

—El mismo —confirmó Marta.

—Dalo por hecho. —Cristóbal volvió a caminar—. Nos vemos a la tarde, o mañana, si no alcanzo a volver.

—Claro, ningún problema. No te olvides del desayuno.

En el ascensor, Cristóbal sonrió. Lo que más le gustaba de Marta, lo que había hecho que decidiera contratarla, era que Patricia la odiaba. Era una excelente secretaria, una buena mujer, trabajadora y fiel. Amante de su esposo y madre devota. Es decir, todo lo que su madrastra no era, representaba justamente lo que Patricia aborrecía.

Además, le encantaba la música tropical y vestirse con colores muy alegres, casi chillones, pero que ella sabía llevar muy bien y que eran totalmente acordes con la manera en que Marta enfrentaba la vida.

Todos los años, Cristóbal le preguntaba qué quería para la Navidad y compraba dos regalos exactamente iguales, uno para Marta y otro para Patricia, que tenía que fingir frente a su padre que le gustaba mucho lo que Cristóbal le daba. Ese era el regalo que se hacía a sí mismo.

En Nochebuena, tal como lo había pensado, Sofía, Marcos y los suyos lo recibieron felices. Cristóbal conoció al nuevo integrante de la familia, un niño nacido unos días antes y que había sido nombrado Marcos, como el abuelo.

La cena fue exquisita, el calor humano mejor. Y Cristóbal olvidó por unas horas a su propia y triste familia y la casi inexistente vida personal.

A la mañana siguiente fue a casa de su padre. Lo seguía haciendo por él, no quería perder el contacto con la única familia que le quedaba, a pesar de los catorce años de guerra silenciosa que tenía con Patricia.

Sonrió al ver la cara que puso la mujer al abrir su regalo, pero después lo pagó con creces al tener que soportarla alabando las virtudes de varias jovencitas tontas que estaban invitadas a la fiesta de Año Nuevo, intentando convencerlo de que se hiciera acompañar por alguna de ellas.

—Son todas muy recomendables para un muchachito como tú, hijo —concluyó Patricia.

Cristóbal la miró entrecerrando los ojos. Odiaba que le dijera hijo. Odiaba que lo considerara un muchachito tontón y manipulable que no supiera cómo elegir una pareja. Se parecía a su padre, pero el parecido se limitaba al físico.

—Me imagino —dijo Cristóbal, apoyándose en el respaldo del sillón donde estaba sentado. El tapizado era horrible, floreado y estridente, que, literalmente, ofendía al que posara los ojos sobre este. Y Patricia se jactaba de su buen gusto. Todas las reformas que le había hecho a la preciosa, sencilla y elegante casa de Cristina eran espantosas—; por desgracia, ya tengo una cita para esa noche, aunque no sé aún si venga a la fiesta.

—¿Por qué, hijo? —preguntó Alfredo.

—Es que ella me invitó a una fiesta de disfraces en casa de un amigo —explicó Cristóbal.

—Encuentro tan aborrecibles las fiestas de disfraces —aportó Patricia.

—A mí me encantan —refutó Cristóbal con una alegre sonrisa—, fingir ser lo que no eres —agregó mirando fijamente a la mujer.

—Cuando eras niño, tu madre pensaba que no seguirías la tradición familiar y querías ser actor —comentó Alfredo, nostálgico—. ¿Vas a ir a la misa el 28?

—Por supuesto, ¿a las siete? —Cristóbal miró a su padre para confirmar la información, pero no fue él quien le contestó.

—A las doce, querido —rectificó Patricia—, en la tarde tenemos un compromiso.

—Papá, tú sabes que al mediodía siempre voy a misa con mi tía Claudia —respondió Cristóbal sin mirar a la mujer— y después almuerzo con ella.

—Ella ya debería acostumbrarse a venir a misa con nosotros —replicó Patricia con un gesto de desagrado en el rostro—; después de todo, ya pasaron quince años —agregó, restándole importancia a la fecha que había cambiado a la familia Gumucio Echaurren para siempre.

—Nadie... pidió... tu opinión —masculló Cristóbal poniéndose de pie.

—¡Hijo! —exclamó Alfredo, imitándolo.

—Yo no voy a tolerar que nadie me hable de esa manera —exigió la mujer, cruzando los brazos y girando la cabeza hacia la pared.

—Mejor para mí, así no te hablo. —Cristóbal le dio la espalda y caminó hacia la puerta—. Padre, nos vemos en la oficina.

—Cristóbal, no te vayas así...

Cuando iba caminando, escuchó las últimas palabras de Alfredo, pero no se devolvió. Siempre soportaba estoicamente las tonteras de Patricia, pero no el día del aniversario de su mamá. ¡No, señor!

Había aguantado el matrimonio de Alfredo a menos de un año de la muerte de Cristina. En teoría, lo había entendido, pero cuando no hubo hermano, le había sentado bastante mal. Alegó un aborto espontáneo, pero no había ninguna evidencia de ello, por lo que Cristóbal solo podía llegar a una conclusión: había engañado a su padre con un falso embarazo y él había cometido un error gigante.

Y después, la nueva señora de la casa había reformado el lugar, haciendo desaparecer el maravilloso hogar creado por su madre para reemplazarlo por un lugar chabacano y vulgar, sin un estilo definido, excepto por ser un ejemplo de mal gusto.

Un tiempo después, habían comenzado las peleas y los gritos. Patricia gastaba demasiado y tenía amantes por doquier. Había amenazado y engatusado a Alfredo, hasta el punto de convertirlo en una persona sin voluntad. Ya ni siquiera había sido el mismo en el estudio legal de la familia. Por suerte, Abel, el abuelo de Cristóbal, aún vivía y ejercía, de manera tal que pudo llevar el peso del trabajo hasta que Cristóbal estuvo preparado para hacerlo.

Y más afortunado aún fue que, un par de años después de eso, el aletargamiento de su padre había llegado a su fin. Al menos en el plano profesional y algo en el personal. De a poco, Alfredo Gumucio volvía a ser quien era.

Emilia siempre se atribuía tal acontecimiento. Ella había insistido en ayudar a Cristóbal para que comprara su departamento y se fuera a vivir solo. Y cuando Emilia insistía en algo, estaba hecho en un par de días. Así, apenas Cristóbal decidió abandonar la casa familiar, tenía un departamento propio, completamente amoblado.

Eso había detonado en más discusiones en el interior del hogar Gumucio, porque Cristóbal había dejado muy claro que se iba, ya que no soportaba más a Patricia, que le había hecho la vida imposible, a tal punto que había conseguido que Elizabeth lo dejara sin decirle nada. Simplemente, había desaparecido.

Cristóbal hizo una pausa en sus pensamientos para darse dos segundos de nostalgia, solo para seguir hundiéndose en sus recuerdos.

Porque sin despedirse, ella se había ido de Chile. Unos días antes le habían otorgado una beca para especializarse en Cardiología en una universidad norteamericana. Aunque Cristóbal no hubiese podido acompañarla, de todas maneras no habría perdido el contacto con ella.

Es más, pocos días antes de cometer el error de invitarla a la casa de su padre, había visitado varias joyerías, buscando un anillo de compromiso, aunque al final había sido Abel quien había solucionado ese problema.

Si Elizabeth aceptaba, Cristóbal estaba decidido a casarse antes de que ella tuviera que ir a la universidad.

Pero Patricia había arruinado sus planes en un abrir y cerrar de ojos.

Nunca supo en realidad qué pasó, qué fue lo que le dijo a Elizabeth que provocó tal reacción. Y le encantaría saberlo. Más aún, le encantaría la posibilidad de volver a verla, de disculparse por la estupidez de su madrastra.

Y aunque no se hacía grandes ilusiones, le encantaría tener la oportunidad de volver a estar con ella.

Ninguna de las mujeres con las que había salido en los últimos años había significado nada para él. De hecho, a muchas ni siquiera las había invitado una segunda vez.

Claro estaba que sí había tenido una que otra relación un poco más larga y había disfrutado de una vida sexual bastante satisfactoria. Pero en el momento en que percibía que las cosas se ponían serias para ellas, terminaba la relación.

Ninguna podía reemplazar a Elizabeth.

Cuando llegó al estacionamiento del hospital, el enojo ya se le había pasado. Sacó las bolsas de juguetes y se dirigió a la entrada.

Por un par de horas rio, jugó y compartió con los niños del ala oncológica.

Fue una experiencia curiosa, por decir lo menos. Se suponía que él había ido a visitarlos y darles unos momentos de felicidad y habían sido ellos los que lo alegraron a él.

La verdad era que le encantaban los niños. Gozaba enormemente con su compañía. Le encantaba conversar con Carolina y jugar con ella.

«Si te gustan tanto los niños», le dijo Matías unos días atrás, «ten uno tú».

Claro que le gustaría, pero una imagen muy clara se formó en su retina. La nariz fina y alargada, los pómulos marcados y la piel morena. Los ojos negros como el azabache en los que se había perdido tantas noches en el pasado. El largo pelo, también negro, en el que había enredado los dedos al besarla.

Amaba a Elizabeth, esa era para él una verdad irrefutable. Se enamoró de ella la primera vez que la vio...

\*\*\*

*Era un atípico día de finales de otoño. El sol brillaba sobre su larga cabellera cuando la muchacha se inclinó a acariciar un perro vago. Por culpa de un grupo, que jugaba a unos pocos pasos de ella, perdió el equilibrio y fue a dar de trasero en el suelo, dejando caer los libros que tenía en la mano.*

*Ninguno de los jugadores se tomó la molestia de ayudarla.*

*—Me habría conformado con que me miraran —dijo ella, cuando Cristóbal le hizo ese comentario, después de ayudarla a ponerse en pie y recoger los libros.*

*—Ellos se lo pierden —respondió Cristóbal—. Cristóbal Gumucio. —Le tendió la mano, que ella tomó brevemente.*

*—Elizabeth Fernández —saludó ella.*

*—Elizabeth Gumucio —murmuró Cristóbal con una enorme sonrisa en los labios—, me gusta.*

*—¿Le vas a pedir a tus padres que me adopten? —Elizabeth elevó las cejas.*

*—No, estaba pensando en el nombre de nuestra hija.*

*La muchacha solo se rio y comenzó a alejarse de él.*

*—Elizabeth, espera —gritó Cristóbal, corriendo hacia ella—. ¿Cómo puedo encontrarte? —preguntó cuando llegó a su lado—. ¿Qué estudias? ¿Me darías el número de tu teléfono? ¿Tu dirección? ¿Quieres salir este viernes conmigo? Podemos hacer lo que quieras, dime dónde te paso a buscar y qué quieres hacer.*

*—Cuando acepte salir contigo, vas a tener que inventar algo tú —había replicado ella—. Así sabré qué tanto te intereso en realidad.*

—¿Y cómo te ubico? ¿Cuándo tienes clases? ¿Dónde? —Le había dicho «cuando», daba por hecho que iba a salir con él... en algún momento. Cristóbal había saltado de felicidad.

—Si te interesa saberlo, averígualo. —Era evidente que Elizabeth se divertía, su sonrisa, casi mágica para Cristóbal, así se lo decía.

—Dame algo con qué partir.

—¿Sabes mi nombre, no?

—¿Y eres la única Elizabeth que estudia en todo el campus?

—También sabes mi apellido. Ah, me gustan las agujas.

Con esas palabras se alejó, más rápido de lo que él pensaba que fuera capaz. Y no pudo seguirla, se quedó como pegado en el césped. Elizabeth Fernández y le gustaban las agujas. No tenía mucho con lo que partir. Pero lo iba a averiguar.

Unos minutos después de su primer encuentro, se dio cuenta de lo que significaban esas palabras. Estudiaba Medicina. Su siguiente paso sería convencer a alguna secretaria de Administración para que le dejara ver la base de datos de la carrera.

Cuando llegó a las oficinas administrativas, supo que Dios existía. Y que Él lo amaba.

En el segundo escritorio estaba sentada una mujer, vecina de su tía Claudia y que había sido amiga de Cristina. Cristóbal, por cariño, le decía tía. Tía Marianela. Diez minutos después la había convencido de buscar a Elizabeth. Quince más y guardaba una carpeta con todos sus antecedentes personales y académicos, lo que incluía el horario.

Ese día no tenía más clases, pero al siguiente comenzaba una a las ocho de la mañana. Después tenía una ventana de diez a doce y más clases a las doce.

Llegó quince minutos antes de que la primera clase terminara. Esperó con paciencia; cuando todos salieron, reconoció enseguida la cabellera negra y su delgada espalda. Varios compañeros de clases la rodeaban y conversaban con ella. Le preguntaban cosas.

Evidentemente era muy popular. Y no le hacía ningún daño ser la mejor de la clase. Por lo que había visto en los antecedentes académicos recolectados, había entrado a la universidad un año antes de lo normal en Chile, es decir con diecisiete años recién cumplidos.

Y le había ido tan bien, que había avanzado un poco más rápido que el resto de la clase. En esos momentos tenía una mezcla de asignaturas de tercer y cuarto año y era una estrella en ascenso. Y solo tres meses antes había cumplido diecinueve años.

Cuando ella había comenzado a alejarse, Cristóbal gritó su nombre. Elizabeth se volvió enseguida a mirarlo y, con sorpresa, descubrió que era él.

—Vaya, sí que trabajas rápido. ¿Cómo conseguiste información en menos de un día? —preguntó acercándose a Cristóbal, con una enorme sonrisa en los labios.

—Eso es un secreto profesional —le dijo Cristóbal, sacando de la mochila una solitaria rosa roja.

—Gracias —murmuró ella al aceptarla. Pensó por unos momentos lo que le había dicho y luego su rostro se iluminó con el descubrimiento—, estudias Derecho.

—Premio para la señorita. Te demoraste menos que yo, incluso. Me tomó casi diez minutos darme cuenta de que estudias Medicina.

—¿Tanto? —dijo risueña—, yo me demoré unos pocos segundos.

—Lo reconozco, eres más inteligente que yo. No me molesta, con mi hermana Emilia es lo mismo.

—¿Ella es menor o mayor que tú?

—Es dos meses menor.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Es que no es mi hermana, en realidad. Es una amiga. Nuestras familias son amigas. Mi familia ha solucionado los problemas legales de ellos por tres generaciones.

—Entiendo. —Su gesto cambió inmediatamente—. Es una de esas cosas de niños ricos. Bien, Cristóbal, con tu permiso, tengo clases. —Se dio la vuelta y alcanzó a dar dos pasos antes de que él la detuviera.

—Espera. —Estiró la mano y tomó su brazo—. Sé que no tienes clases este bloque. Quería invitarte a tomar un jugo o un café y charlar un rato.

—No lo creo...

—Mira, tal vez hice algo indebido, pero sé cuál es tu situación. Sé que estás becada. Es decir, que tienes cada beca que existe en esta universidad. Tienes beca para la colegiatura, de vivienda, de alimentos, una beca especial de tu facultad, que te da los materiales de laboratorio, la beca Presidente, una beca destinada a los pueblos originarios. Asumo que es por la familia de tu madre, que pertenece al pueblo mapuche. Y también sé que eres la mayor de tres hermanos, que eres la primera en tu familia en llegar a la universidad, que fuiste una excelente alumna toda tu vida y que desde que estás aquí le has pateado el trasero a cuanto niño rico se te ha puesto en frente, incluso al hijo de un prominente cirujano. Pero hay algo que no sabes: no me interesa nada de eso. Excepto, por supuesto, lo que eso dice de ti, que eres una mujer inteligente y fuerte y mereces todo lo que tienes y mucho más. Ah, y que me encanta como el sol saca brillos azulados de tu pelo negro.

—Seguro es por la novedad, rubiecito.

—No lo creo... bueno, tal vez sí... no lo sé, pero me imagino que también sentiste la corriente que pasó entre nosotros recién, cuando tomé tu brazo.

—No creo que...

—Mira, tal vez te sientes en desventaja. Yo no tengo ninguna beca; sí, soy lo que se puede considerar un niño rico, pero estoy muy orgulloso de lo que mi familia tiene, porque es fruto del esfuerzo y del trabajo de varias generaciones, no siempre tuvimos dinero. No soy tan buen estudiante como tú, aunque estoy entre los mejores de mi clase. Tampoco me va a costar nada encontrar un excelente trabajo cuando salga de acá. De hecho, el trabajo y mi abuelo me están esperando. Soy hijo único, mi madre murió cuando yo tenía quince y mi padre se volvió a casar. Mi madrastra es una bruja, nunca la he visto volar en escoba, pero lo es. Emilia me dice «niño

*mimado», porque lo fui. Y probablemente lo siga siendo, no lo sé. Ah, y no pertenezco a ninguna etnia originaria, a menos que «niñito rico» lo sea.*

*—No creo que mi abuela, que era machi, acepte que niñito rico sea un pueblo precolombino.*

*—Te viene de familia, entonces.*

*—¿Qué? —Elizabeth frunció el ceño, no entendía a qué se podía referir Cristóbal.*

*—Lo de la medicina. A menos que mis lecciones de Historia estuvieran tan mal. O yo me haya enredado... ¿Machi no son las curanderas mapuches?*

*Elizabeth había reído y por fin aceptó tomarse el café. Había sido el comienzo de la mejor época de su vida.*

\*\*\*

El golpe de una puerta al cerrarse en el automóvil que estaba a su lado lo sacó del mundo de los recuerdos. Tomó las bolsas que tenía preparadas en el maletero y volvió a entrar en el hospital.

Comenzó en el ala de las mujeres. Había llevado varias novelas románticas y revistas de moda, las repartió junto con los chocolates y algunos arreglos florales. Conversó, sonrió y dio aliento. El peor momento fue cuando llegó al lado de una mujer que tenía cáncer de mama. A su lado, dos muchachos trataban de mantenerse alegres, pero él sabía, mejor que nadie, que era una tarea titánica.

Luego fue al área de los hombres. Más de uno le preguntó si tenía cigarros, pero él no fumaba y no se le había ocurrido llevar.

Estuvo casi cuatro horas más en el hospital, cuando llegó a la última sala que iba a visitar. En ella había tres personas, a pesar de contar con cuatro camas.

El primer hombre estaba solo, le dedicó muchos más minutos que a los otros. No tenía familia, su esposa había fallecido un par de años antes y nunca tuvieron hijos, esperaba la muerte como a una buena amiga, que le traería por fin la paz y le devolvería a la mujer que amaba. Cristóbal prometió devolverse y dejarle todo lo que le quedara. Internamente, se prometió volver algún día a visitarlo.

Cuando llegó al lado de la última cama que estaba ocupada, vio a un hombre delgado y demacrado, su blanca piel estaba cenicienta y el pelo que debió ser castaño muy claro en otros tiempos, ya estaba casi blanco. Junto a él, una mujer muy morera sostenía en brazos a un pequeño niño rubio.

*—Querido —decía la mujer—, yo pienso que es lo mejor, la niña sabe lo que hace.*

*—Y yo te digo que no pienso moverme de acá —respondió con porfía el hombre.*

*—Disculpen —interrumpió Cristóbal, con una sonrisa tensa—, buenas tardes y feliz Navidad.*

*—Feliz Navidad —respondió a coro la pareja.*

*—Disculpen que los interrumpa, mi nombre es Cristóbal y estoy visitando este hospital, dejándoles pequeños obsequios a los internos. —Se acercó al hombre y le mostró las revistas que*

tenía, ofreciéndole que escogiera la que deseara, lo mismo con los dulces.

—Muchas gracias, joven —respondió el hombre—, me viene muy bien tener algo con qué entretenerme.

—Me imagino que así es. —Cristóbal le sonrió al ver que no podía decidirse entre dos revistas—. Quédese con ambas, es usted mi última visita.

—¡Gracias! —Cuando seleccionó un chocolate, el niño se acercó y trató de tomar uno él—. No, Cristian, esto no es para ti.

—Déjelo que tome uno. —Cristóbal abrió más la bolsa.

—Saca uno. —La mujer levantó un dedo mirando al pequeño. —Pero no te lo puedes comer, le tienes que pedir permiso a tu mamá.

—¿*Mom*? —preguntó el pequeño.

—Sí, cariño, mamá. *Mom* —respondió la señora—, mi nieto nació en Estados Unidos y es muy tímido, casi no habla nada, menos ahora que volvieron a Chile y la gente habla distinto de lo que él está acostumbrado —explicó la mujer dirigiéndose a Cristóbal.

—No hay problema. —Cristóbal se giró para quedar de frente al niño—. *Hi, Cristian, how are you?* —El pequeño lo miró, pero desvió la mirada rápidamente y no dijo nada—. *Take a candy, Cristian.*

—¿Cómo se dice? —demandó la abuela, incentivando al pequeño a hablar, cuando ya tenía una barra de chocolate en la mano.

—*Thank you* —respondió el niño con una vocecita suave y tímida.

—Español, hijo —replicó una mujer a espaldas de Cristóbal, avanzando con pasos firmes y decididos—, se dice «gracias» —agregó al llegar al lado de la cama.

Cristóbal se giró para mirarla y por unos segundos pensó que estaba en un sueño. Las piernas no lo sostenían, la cabeza estuvo instantáneamente llena de ruido, casi no había aire para respirar. No tenía voz para decir nada, no podía despegar los ojos de la recién llegada.

—Elizabeth —consiguió susurrar con gran esfuerzo.

—¿Qué diablos haces acá? —lo increpó la recién llegada, con un gesto fiero en el rostro.

Cristóbal no pudo responder, su voz seguía sin querer obedecerle. Un minuto después, el hombre mayor salió a rescatarlo.

—No seas mal educada, Elizabeth, este amable joven vino a traer un poco de alegría a este lugar.

—Este hombre no tiene nada de amable, papá —replicó Elizabeth, mordaz—, si está acá solo puede ser por dos motivos: tiene una agenda secreta o está tratando de limpiar su mala conciencia.

—¡Elizabeth Antumalen! —gritó la mujer mayor, horrorizada por la actitud hostil de la joven ante un hombre que no conocía—, no le puedes hablar así a un desconocido. No sé cómo funcionan las cosas allá, en Estados Unidos, pero esa no es la señorita que yo eduqué.

—De partida, no es un desconocido, mamá —aseguró Elizabeth—, y las cosas funcionan tal como acá, tengo derecho a decir lo que pienso, sobre todo si es verdad.

—Pero, hija... —comenzó a decir la mujer, sin embargo no pudo continuar, recibió la más inesperada de las interrupciones.

—No se preocupe, señora Mailen. —Tanto el enfermo como su mujer estaban sorprendidos y no sabían decir qué era lo más curioso: si el insultado defendiendo a quien lo insultaba o que un total desconocido, en apariencia, supiera su nombre—. La verdad es que nos conocemos de hace muchos años. Y justamente por eso, cualquier persona podría pensar que tú, Elizabeth, mejor que nadie entenderías qué hago acá el día de Navidad.

Cristóbal hablaba calmado, tratando de que toda la gama de sentimientos que lo inundaban no salieran a flote. No había que ser un gran genio para saber que Elizabeth aún estaba enojada con él, a pesar del tiempo transcurrido.

El sonrojo de Elizabeth le indicó a Cristóbal que ella había recibido el golpe, pero el brillo de sus ojos no podía ocultarse. Todavía quería pelea.

—Y dime, ¿te casaste por fin con Emilia? —Quiso saber Elizabeth, sin disimular el tono burlesco—. Me imagino que no querías hacer esperar más al viejo sinvergüenza ese. Menos aún, a tu querida madrastra.

—Solo dos de tres buenas noticias en ese sentido. —Cristóbal no se iba a dejar amedrentar por ella, nunca lo había hecho y no iba a empezar ese día—. Patricia sigue casada con mi padre, lamentablemente. Cuatro meses después de que desapareciste, al viejo Felipe le dio un ataque al corazón, el médico le dijo que tendrían que hacerle un tercer *bypass*, pero antes de meterlo al pabellón le dio otro infarto y murió. Emilia se emborrachó para celebrarlo y para poder fingir que se sentía mal el día del funeral. Como buen amigo y empleado de confianza, la acompañé ese día. Y hace un par de meses, Berta y yo tuvimos que cumplir con nuestro sagrado deber de amigos y ser testigos en el matrimonio de Emilia, quien hoy disfruta de un viaje por Disneylandia y no sé dónde más con su marido, Matías, y con la hija de él, pronta a ser hija de ambos, Carolina. ¿Te parece bien el reporte o necesitas más información?

Elizabeth lo miró por breves segundos y, sin contestar, se giró hacia el hombre mayor.

—Hablé con tu médico, papá —dijo ignorando la presencia de Cristóbal—, y tengo todo listo para trasladarte mañana a una clínica privada.

—Hija, ya te dije que no pienso irme de acá —respondió el hombre.

—Papá, tú sabes que es lo mejor, te lo he explicado muchas veces, y si es necesario voy a obligarte de alguna manera.

—Entonces voy a recurrir a una corte o algo así —replicó el hombre cruzando los brazos y apoyándose en las almohadas—, tiene que haber algún recurso para impedirte que me obligues a ir a una clínica.

—¡Papá! —exclamó Elizabeth enojada.

—De hecho, don Óscar —mordiéndose los labios, Cristóbal intervino, girándose hacia el hombre, al tiempo que sacaba su billetera del bolsillo trasero del pantalón—, es ella la que tiene que obtener una orden judicial, demostrar ante una corte que es usted incapaz de tomar decisiones.

Y para ello necesita un abogado que la represente.

—¿Yo también? —preguntó el hombre mayor.

—Así es. Tenga. —Sacó una tarjeta de su billetera y se la entregó—. Yo soy abogado y puedo ver que este caso es muy sencillo. La mía no vale como opinión profesional, necesitaremos un psiquiatra para eso, pero usted está en todos sus cabales, goza de una excelente salud mental. Elizabeth, por otro lado, nunca escucha a nadie y siempre cree que tiene la razón. Tampoco es una opinión profesional, pero tengo suficiente experiencia personal para atestiguarlo. Si lo requiere, simplemente llámeme, yo feliz lo ayudo. Pro bono.

—¿Pro bono? —Óscar frunció el ceño.

—Quiere decir que te va a regalar un par de horas de su tiempo —explicó Elizabeth—, piensa que eres un caso de caridad.

—Entiendo lo que quiere decir pro bono, hija, tan bruto no soy —dijo el hombre moviendo la cabeza de derecha a izquierda, ofuscado—. Lo que no sé es por qué lo haría —agregó mirando a Cristóbal.

—Ya te dije, piensa que eres un caso de caridad —replicó Elizabeth con saña—. Y seguro, quiere meter las narices donde nadie lo llama, como de costumbre. Eso lo aprendió de la querida Patricia.

—Con tal de hacerte la vida difícil, claro. —Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Cristóbal. Tal vez para un observador casual podría sonar falso, pero la felicidad que sentía era auténtica. Como siempre, disfrutaba mucho de sus discusiones y de llevarle la contra. Requería lo mejor de su ingenio y adoraba casi escuchar cómo sonaban los engranajes en el interior de la cabeza de Elizabeth. Dios, ¡Cómo la extrañaba!

La pareja mayor se miró, intercambiando su parecer. Si su querida hija estaba enojada, no era por la intromisión de un desconocido, sino de alguien que la conocía muy bien.

—Hijo, no te comas ese chocolate —dijo Elizabeth, reprendiendo al pequeño, que intentaba abrir la envoltura del dulce que Cristóbal le había regalado.

—No creo que le haga daño, falta mucho aún para la cena. —Mailen había criado tres hijos y a ninguno le impuso una disciplina tan estricta, no entendía por qué Elizabeth no podía relajarse.

—Te agradeceré, madre, que no me contradigas delante del niño.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo. —Cristóbal encogió los hombros, riendo—. Lo usual es que los padres se contradigan entre sí. De hecho, esto me recuerda mucho a papá y mamá discutiendo por la cantidad de dulces que papá me llevaba cuando yo tenía la edad de Cristian. Pero los abuelos también son buenos.

—Eso mismo opino yo —agregó Óscar—, o como dicen popularmente: «A falta de pan, buenas son las tortas».

El comentario del hombre mayor quedó botando por algunos momentos, hasta que Cristóbal frunció el ceño y se giró para mirarlo.

—¿A falta de pan?

—Sí, ya sabe —explicó Mailen mirando de reojo a Elizabeth—, mi hija quiere que creamos que Cristian es hijo del espíritu de la tierra. Si fuéramos chilotes en vez de mapuches, trataría de convencernos que es hijo del Trauco.

—¿El Trauco? —preguntó Cristóbal aún más confundido.

—Sí, ya sabe, el ser mitológico que se supone seduce a las mujeres solo con mirarlas y las embaraza en sus sueños.

—Tal vez usted pueda ayudarnos —continuó Óscar sin notar que Cristóbal no decía nada, no reaccionaba—; verá, mi nieto cumple cuatro años a fines de febrero...

—Papá —dijo Elizabeth, interrumpiendo al hombre.

—¿Qué, hija? —preguntó Óscar—. ¿Me vas a dar ahora la información que me has negado por tanto tiempo? Ni siquiera me dijiste quién era el padre antes de irte a Estados Unidos.

—Suficiente, papá. —Elizabeth hablaba apretando los dientes, con las mejillas de un tenue color rojizo y los ojos refulgiendo bajo sus gruesas pestañas negras.

Cristóbal la miró atentamente. ¿Sería posible? Se giró y miró al pequeño, que le devolvió la mirada de frente por primera vez en la tarde.

No había posibilidad de error, veía esos mismos ojos cada vez que se miraba en el espejo.

—¿Dice que su nieto cumple cuatro años en febrero? —Cristóbal habló con voz estrangulada. Todo lo rápido que pudo, sacó las cuentas y llegó a la conclusión de que Elizabeth debió estar embarazada cuando la llevó a casa. En un par de segundos recordó los días anteriores a su abandono—. Estabas enferma —agregó mirando a Elizabeth, levantó un dedo señalándola, acusándola—, ibas a ir al médico cuando terminaran los exámenes de ese curso que hacías. Me pareció ridículo en su momento, después de todo, trabajabas cuatro horas diarias en Urgencias, en este mismo hospital.

Elizabeth lo miró con sus enormes y negros ojos carentes de toda expresión. No evadió la mirada masculina, pero tampoco dijo nada.

Cuando se giró, vio que Mailen se había llevado una mano sobre la boca y sus ojos, idénticos a los de Elizabeth, hablaban de comprensión y descubrimiento.

Por unos segundos, todo fue silencio. El ambiente estaba lleno de energía, los cuatro adultos estaban en tensión. El niño era el único que estaba libre de nerviosismo y seguía tratando de abrir el chocolate que había tomado de la bolsa de Cristóbal.

—Tranquilo, hijo —murmuró Cristóbal cuando tomó el chocolate—, yo te lo abro.

—¡Dios mío! —susurró Óscar.

—No saques conclusiones apuradas —dijo Elizabeth, rompiendo su silencio—, no es lo que tú crees.

—Me parece que es exactamente lo que yo creo, Elizabeth —respondió Cristóbal, tratando de mantener la calma, pero perdiendo miserablemente la batalla—, ¡en forma deliberada me ocultaste tu embarazo y me has negado a mi hijo por cuatro años!

—¿Tu hijo? Estás loco —espetó la mujer sin perder la compostura—, ya te lo explicó mi

madre. Cristian es hijo del Trauco. O de la versión norteamericana del Trauco, en realidad. Su padre no es chileno.

—Lamento mucho esto —se escuchó una voz desde la puerta, cortando de raíz la conversación, obligando a todos a mirar a la enfermera que había aparecido—, pero la hora de visita terminó y necesito que desocupen la sala.

—Esto no va a quedar así —dijo Cristóbal, dirigiéndose a Elizabeth—. Don Óscar, tiene mi tarjeta, si necesita ayuda legal o cualquier cosa, por favor, avíseme.

Miró a Cristian, que tenía las manitas y el mentón cubiertos de chocolate derretido y sonrió. Lo más probable es que fuera sin querer, pero Elizabeth había cortado el pelo del niño de la misma manera como Cristina solía cortárselo a él a esa edad. Revolvió un poco su cabello y el pequeño lo miró sonriente.

—Toma. —Metió la mano en la bolsa donde aún tenía algunos dulces y le entregó todo lo que el pequeño pudo tomar—. Esto es para ti. Don Óscar, señora Mailen, un gusto conocerlos por fin, lamento que las circunstancias hayan sido tan desagradables. Elizabeth, nos volveremos a ver —concluyó amenazante.

Agarró la bolsa con revistas y comenzó a caminar hacia la salida. Antes de retirarse, se dirigió otra vez al ocupante de la primera cama y le dejó ambas bolsas, despidiéndose con una sonrisa tensa y los mejores deseos.

Bajó muy rápido las escaleras, ignorando el ascensor donde había una enorme fila, llegó hasta su vehículo y lo puso en movimiento. Como si fuera autómatas, comenzó a manejar y no se dio cuenta de adónde se dirigía hasta que vio las familiares calles de su infancia.

Con algo de suerte, Alfredo y Patricia no estarían en casa y él podría entrar en la bodega a rebuscar los viejos álbumes de fotografías. Su madre tenía la costumbre de tomar una cada mes, el día exacto en que él había nacido, y ponerlas en orden. Además, tomaba muchas otras del día a día familiar, seguro cada una estaba marcada con la fecha en que había sido tomada, no tendría más que encontrar el álbum que correspondía a su tercer año de vida, específicamente cuando tenía tres años y diez meses, y podría estar seguro de algo sobre lo que no tenía ninguna duda. El hijo de Elizabeth era suyo.

Tal como había supuesto, no había nadie en casa, solo una empleada, que le permitió el paso a la bodega e incluso le ofreció ayuda, que Cristóbal declinó. Necesitaba estar solo.

Media hora después, seguía contemplando el álbum que había rescatado. Particularmente una fotografía en la que salía sentado en medio del *living*, con las manos y cara embadurnadas de chocolate y muchos envoltorios en torno a él. Tuvo un pequeño recuerdo de ese día.

Siempre había sido fanático del chocolate, por lo que Alfredo solía comprarlo en grandes cantidades, aunque Cristina los dejara oculto por diversos lugares de la casa, para que Cristóbal no se los comiera todos. Sin embargo ese día encontró uno de los escondites y, sin pensarlo dos veces, se sentó en medio del *living* y se devoró el botín, por lo que provocó la risa de Alfredo y el enojo de Cristina. La fotografía la había tomado su padre, orgulloso. «Ese es mi hijo», había

dicho.

Y esa tarde, él había sido embargado por el mismo sentimiento de orgullo, al ver al niño batallar a escondidas contra el envoltorio del anhelado y prohibido dulce.

Tomó el álbum, junto a varios otros, y se dirigió al vehículo que lo esperaba en la calle, dio un bocinazo a modo de despedida y se fue al departamento.

Más que nunca, deseó que su madre estuviera ahí con él. Dándole consejos y guiándolo. Aunque se conformaría con Emilia, una hermana es casi tan buena como una madre. Pero, lamentablemente, ella tampoco estaba.

Cuando llegó al departamento, calentó la comida que le había dado Sofia el día anterior y cenó, mirando las fotografías y recordando viejos tiempos.

Pero no podía seguir evadiendo el tema principal. ¿Qué haría con Elizabeth? ¿Qué haría con su hijo?

Y pensar que unas pocas horas antes había pedido una segunda oportunidad con ella. Aunque fuera nada más para disculparse, aunque no fuera posible retomar su relación, para él era muy importante saber que ella estaba bien y era feliz, que había conseguido todos sus sueños.

Cuando la vio llegar, no podía creer lo afortunado que era, aunque saber que tenía un hijo implicaba que había otro hombre. O que lo hubo, muy pronto después de que se dejaran de ver.

Él no había sido un santo, no tenía ningún derecho de pedirle que hubiera estado sola todo ese tiempo, era algo con lo que podría lidiar después. Pero descubrir que en realidad no había otro hombre, que el niño era suyo, era otra cosa.

Elizabeth le había negado a su hijo, había coartado sus posibilidades de ser padre, de amar a una criatura que era parte de él mismo.

Por casi cinco años siguió creyendo que su única familia eran Alfredo y tía Claudia, pero no era así, tenía alguien que era más suyo que nadie, era parte de él, era fruto del amor inmenso que sintió y aún sentía por Elizabeth.

No sabía qué le depararía el futuro, lo único que tenía claro era que iba a formar parte de la vida su hijo, ya lo quisiera Elizabeth o no.

## Capítulo 2

Había pasado una noche pésima, pero se puso en pie temprano, obligándose a seguir la rutina que había establecido tanto tiempo atrás.

No tenía ningún deseo de ir al club a jugar un partido de tenis, pero la voz de Matías se escuchó claramente dentro de su cabeza. «Si no haces algo de ejercicio, pronto estarás tan fofo como tu padre», decía, «y antes de que lo pienses, vas a considerar el golf como un deporte de alto rendimiento».

Desde ese día tenía un motivo importante para salir de la cama todos los días, ya no era simple rutina, su hijo lo necesitaba y él no lo iba a defraudar como Alfredo lo decepcionó a él.

Después de perder tres sets consecutivos por no poder concentrarse en nada, se fue a las duchas y luego al restaurant del club, donde tomó un almuerzo temprano. Varios lo saludaron, preguntando por Emilia. Por un instante ni siquiera supo de quién le hablaban. Pudo recomponerse gracias a una mujer que sonrió con ironía cuando agregó «esposo trofeo» junto al nombre de Matías.

Cuando volvía a su departamento, decidió ir al hospital. No estaba en horario de visita y era exactamente lo que quería. No creía que le costara mucho convencer al director para que lo autorizara a hacer una visita al padre de Elizabeth.

Consiguió ponerse en contacto con él y le dio el nombre de la persona a la que quería visitar, obtuvo unos segundos de silencio. Luego de un carraspeo, el médico siguió hablando.

—Mira, me voy a saltar varias normas del hospital y te voy a autorizar el ingreso con una condición. Convince al paciente de que le haga caso a la hija y se vaya a la clínica donde lo esperan.

—No entiendo —dijo Cristóbal, aunque sí entendía. De seguro, Elizabeth había tratado que el director del hospital en persona obligara a Óscar a irse a la clínica.

—La hija es la doctora Elizabeth Fernández —le explicó—, es cardióloga, se especializó en Estados Unidos y acaba de volver al país porque el padre está enfermo. Lo único que quiere es que se vaya a una clínica, tiene todo listo para el traslado, excepto que Óscar, el papá, no quiere irse. Ha fastidiado a todo el hospital para que la autoricemos a cambiarlo contra su voluntad. Y la dama es muy insistente.

—Médicamente hablando, ¿qué es lo mejor? —preguntó Cristóbal.

—La clínica, claro—explicó el galeno—. Mis médicos son buenos en lo que hacen, tengo un

excelente personal dentro y fuera de pabellón y todos hacemos lo que podemos con los recursos que contamos, pero la clínica es muy moderna, tiene las mejores máquinas y equipamientos.

—En términos concretos, ¿qué significaría para don Óscar cambiarse del hospital?

—Tiene un tumor en el estómago, que se extendió hasta el intestino grueso, ahí lo hemos contenido con algunos tratamientos, pero lo mejor es operarlo. Es una operación delicada y yo no cuento con los aparatos necesarios para hacerla de manera mínimamente invasiva. Tendríamos que hacerle una cirugía abierta y es mucho más riesgosa para su salud general, ya que además tiene un problema cardíaco. La misma doctora Fernández dijo que era poco recomendable someter a un paciente así a una operación muy larga y con anestesia general. Y tiene razón, yo que soy salubrista y no cardiólogo, lo sé.

—¿Y en la clínica?

—Sería laparoscópica, duraría con suerte una hora y no habría que someterlo a anestesia por mucho rato. Creo que tienen el Da Vinci, así que...

—No tengo idea de que es eso —interrumpió Cristóbal, no sabía nada de medicina y no era el momento para aprender. Solo quería respuestas—. Si lo operan en el hospital, ¿puede morir?

—Existe una alta probabilidad. La doctora Fernández lo sabe, la madre y hermanos de la doctora también. Incluso el padre lo sabe, pero él dice que no piensa moverse a ninguna parte, que confía en que Dios lo va a proteger y, si es su hora, lo llamará a su Reino —explicó cansinamente.

—Y Elizabeth piensa que está perdiendo el aceite, por eso lo amenazó con recurrir a una corte.

—¿Conoces a la doctora Fernández? —preguntó el doctor, extrañado.

—La conozco desde que era la estudiante de medicina Fernández —explicó Cristóbal sucintamente.

—Ya. Mi hermano Pablo me dijo que le parecía conocerla, por el tiempo en que estuvieron en la universidad tuvieron que coincidir.

—Exacto.

—Ella era una estrella en la universidad, una leyenda que aún yo conocí de lejos, ya estaba haciendo prácticas cuando ella entró en la Universidad y su carrera fue meteórica. A nadie le extrañó que ganara esa beca para especializarse en Estados Unidos. Es una de las mentes más privilegiadas de nuestros tiempos.

—Y no te olvides de su abuela machi —dijo Cristóbal sonriendo por primera vez en el día.

—¿Cómo? —preguntó el médico, casi se podía escuchar su sonrisa a través del teléfono.

—Elizabeth Antumalen Fernández Minchequeo tiene una abuela que fue machi y un tatarabuelo o tío tatarabuelo, no recuerdo bien, que fue toqui o algo así.

—Bueno, yo sabía que tenía que haber heredado de la madre su garra, el pobre padre lo único que puede hacer es oponer seria resistencia.

—Algo así. Algunos dicen que Mailen, el nombre de la madre, significa «princesa guerrera», pero los mapuches no tienen realeza, así que es imposible que tengan una palabra para princesa. En realidad es una especie de broma que le hizo el padre a la oficial del civil que la inscribió.

—La conoces bastante más que bien, al parecer, Cristóbal. Me pregunto si será conveniente ponerme de tu lado en contra de ella.

—¿Por qué dices eso, Mauricio?

—Es que ella me ofreció consultorías para el ala cardiaca si la apoyaba en su intento de llevarse al papá a la clínica. Y... bueno, ayer en la tarde me preguntó si podía limitar los visitantes que él recibía. Según ella, lo encontraba agotado, porque había recibido demasiadas visitas. Con tu llamada solo puedo llegar a una conclusión. Tú eres demasiadas visitas.

—Es muy posible que tengas razón. Es más, si soy sincero contigo tengo que admitir que Elizabeth podría no volver a hablarte si sabe que me estás ayudando y que me diste toda esta información.

—Cristóbal, hombre, yo pensé que eras mejor abogado —dijo Mauricio riendo.

—Lo soy, por eso tengo un plan de respaldo. —Compartió brevemente sus risas—. Si tú no le dices nada, yo tampoco. Y creo que sé cómo convencer a don Óscar para que permita que lo trasladen. Eso haría muy feliz a Elizabeth, ¿no? Te puedes colgar el milagro tú, yo no necesito ese tipo de reconocimiento.

—Mira, hagamos lo siguiente, anda al hospital ahora, tiene que ser luego, porque las visitas comienzan en dos horas. Si consigues convencer al paciente de trasladarse y que no le diga nada a la hija, podemos seguir con esta cooperación mutua. Pero tiene que ser rápido.

—Qué bueno, entonces, que estoy en el estacionamiento del hospital.

—Me gusta el ritmo al que trabajas, Cristóbal. Llámame cuando termines la visita.

Cuando Cristóbal salió del automóvil, comenzó a hacer funcionar su cerebro. No tenía ningún plan para convencer al hombre de que se trasladara, ninguno en absoluto. De hecho, solo quería conversar con él, para compartir sus conclusiones y ver si conseguía que le diera alguna información respecto de Elizabeth.

¿Dónde estaba Emilia cuando la necesitaba? Ella era mucho mejor estratega.

«Bien», concluyó cuando se detuvo frente a la puerta de la habitación de Óscar, «voy a tener que utilizar la única técnica que nunca se esperan. La verdad».

Abrió la puerta y enseguida notó que la primera cama estaba vacía. Frunció el ceño y miró alrededor buscando una explicación.

—Falleció en la madrugada —explicaron desde la última cama—, aunque anoche estaba más feliz y tranquilo que nunca. Me lo dijo, es bueno saber que un total desconocido se preocupa por uno. Y tiene razón.

—Me alegro de haber sido útil —respondió Cristóbal, acercándose a la cama del fondo.

—Tienes mucho valor al haber aparecido acá, ahora que sé exactamente quién eres, Cristóbal. —Óscar se acomodó sobre las almohadas.

—Muy cobarde tendría que ser para no hacerlo —respondió después de mucho meditar.

—Yo no estoy lo suficientemente saludable para darte la paliza que te mereces, pero tengo un hijo que tiene veintiséis años y está en la flor de la vida, podría con un abogaducho como tú en un

minuto y con una mano amarrada en la espalda.

—Incluso en menos tiempo, considerando que yo no me defendería. —Cristóbal apoyó las manos sobre la cama y miró de frente al hombre—. Si fuera mi hija a la que dejaron embarazada y abandonada, yo mismo querría matar al desgraciado.

—Vaya, honestidad a pesar de todo.

—Y aquí hay algo más. Fue ella la que me dejó a mí, con un anillo de compromiso esperando en el bolsillo y sin ninguna explicación. ¿Y qué me dice de mi nuevo apodo? El Trauco. Me parece que mido al menos el doble y nunca he sabido cómo tomar un hacha. De hecho, fue Elizabeth quien me enseñó a seleccionar madera para hacer fuego y a cortarla más pequeña. Pero sigo prefiriendo una sierra. Si es eléctrica, mejor.

—Y no eres tan feo como el Trauco, pero sí sedujiste a mi hija virgen.

—Sí, lo admito. Pero yo lo veo de otra manera.

—¿Cómo?

—Tomé lo que era mío. Lo que su hija me dio. Y le aclaro inmediatamente que no fue nada fácil. Fuimos amigos por muchos meses antes de que ella siquiera me permitiera besarla. Y muchos más pasaron antes de que nosotros... no creo que sea necesario verbalizar esto.

—Por cierto que no.

—Lo único que le puedo decir es que yo no supe hasta ayer que tenía un hijo. Si ella me lo hubiera dicho, yo me habría casado con ella y me hubiera hecho responsable de ambos. Muy felizmente. ¡Cielos, me quería casar con Eli sin saber de la existencia del niño!

—¿Qué pasó? —Cristóbal notó de inmediato el cambio en la actitud del hombre, ya se lo veía más relajado.

—Eso mismo quisiera saber yo. Mi madrastra es una mujer muy desagradable. Al parecer se quedaron solas unos minutos y eso bastó para que Elizabeth eligiera salir de mi vida sin ninguna explicación.

—¿Y qué pretendes hacer ahora?

—Quiero formar parte de la vida de mi hijo, ayudar a Elizabeth con sus gastos y estar con él.

—Y con mi hija, presumo. O al menos eso piensa mi mujer.

—La verdad, ante todo. Así que la respuesta es sí.

—Mi mujer tiene un don muy especial, ¿sabes? Es capaz de leer a cada persona casi sin conocerla. —Una sonrisa tierna se dibujó en su cara—. La primera vez que nos vimos, después de diez o quince minutos de conversación y a razón de nada, ella me dijo: «Sí». «¿Sí qué?», le pregunté yo, y ella me respondió: «Algún día, no muy lejano, me vas a pedir que me case contigo. Esa es tu respuesta». Dos meses después estábamos casados, un par de semanas más y Elizabeth ya venía en camino.

—Ni siquiera vi su cara —musitó Cristóbal al cabo de unos momentos de silencio.

—¿Cómo? —preguntó Óscar curioso.

—Ni siquiera vi su cara, el día que conocí a Elizabeth. Estaba sentado en un banco en la

universidad, era uno de los últimos días buenos que íbamos a tener antes del invierno, así que todos estábamos disfrutando del sol. Había un grupo de muchachos jugando fútbol y de pronto me llamó la atención una larguísima cabellera negra, donde el sol sacaba ciertos reflejos azulados, me preguntaba quién era, cómo se llamaría y si su sonrisa sería tan bella como esa magnífica cabellera.

—Lo es más —replicó Óscar, con orgullo paternal muy mal disimulado.

—Lo descubrí unos pocos minutos después. Casi no pude dormir esa noche, estaba impaciente porque llegara el otro día. Ya sabía dónde tendría clases, así que podría ir a buscarla.

—Mailen dijo lo mismo anoche, que había sido amor a primera vista.

—¿Anoche? —preguntó Cristóbal, saliendo de su ensoñación.

—Sí, yo sabía que ellas iban a tener una buena discusión al salir del hospital y necesitaba enterarme de todo, así que derramé jugo sobre mi pijama y le pedí a la enfermera que avisara a Mailen para que me trajera uno limpio y la convencí de que me dejara conversar con ella un ratito. Lo malo de una mujer como la mía es que siempre sabe que estás pensando, lo bueno es que siempre sabe qué quieres sin que se lo pidas. Así que cerró las cortinas y comenzó a contarme lo que había hablado con la niña, que niega absolutamente tu paternidad. Aceptó que te conoció en la universidad y que tuvo una relación contigo, pero trató de venderle el cuento de que Cristian es hijo de un gringo.

—Mire. —Le pasó la fotografía en la que salía cubierto de chocolate.

—Asumo que eres tú, porque a mi hija le daría algo si el niño comiera tanto chocolate junto.

—No tiene que explicármelo, tenía apenas tres años, pero aún recuerdo la cara de enojo de mi madre. Mire esta. —Le pasó una segunda fotografía—. Aquí tengo casi la misma edad que tiene Cristian ahora, mi mamá las marcaba. —Dio vuelta la fotografía y le mostró lo que había escrito. Una fecha, algo más de veintiséis años atrás, y las palabras «Tres años y diez meses».

—La diferencia es solo un par de días. El lunes Cristian cumple tres años y diez meses.

—¿Nació el 28 de febrero? Vaya regalo de cumpleaños.

—Y que lo digas. Mi pobre hija, de cumpleaños, sola y en medio de una terrible tormenta de nieve en Nueva York. Con Mailen casi no alcanzamos a llegar, desviaron nuestro vuelo y tuvimos que terminar el viaje por tierra. Por suerte la más chica, Alicia, iba con nosotros, pues no hablo ni media palabra de inglés. Menos Mailen. Algo ha aprendido para comunicarse con el niño, pero...

—Debe ofenderla. Tener un nieto que, técnicamente, es norteamericano, me refiero —explicó Cristóbal ante la mirada del hombre.

—No, ella piensa que somos todos hijos de la misma tierra y no tiene que haber diferencia entre nosotros. A mi suegra es a la que le molestaba, nosotros tuvimos suerte y nuestros niños salieron todos morenos, pero Cristian es igual a ti, demasiado rubio para el gusto de ella. ¡Yo era demasiado rubio para el gusto de ella! Pero con el tiempo se calmó. En especial cuando la convencimos de ir a Estados Unidos y tuvo por fin a su bisnieto en los brazos.

—Me alegro, por mi lado no va a tener más que un abuelo y a la odiosa de mi madrastra, así

que no pienso llevarlo para que la conozca.

Óscar lo miró elevando las cejas y sonriendo divertido y pesaroso.

—Estás asumiendo muchas cosas —dijo finalmente—, no te creo que conozcas de nada a mi hija si piensas que va a dejar que te lleves al niño.

—Me parece que ya establecí que no tengo intenciones de separar a mi hijo de Elizabeth... tan tonto no soy.

—¿Cuáles son tus planes, entonces? —Palmeó la cama para que Cristóbal se sentara.

—No tengo ninguno, solo sueños. —Cristóbal aceptó la invitación del hombre mayor y siguieron conversando como viejos amigos.

—¿Y cuáles serían estos?

—Casarme con Elizabeth, por fin, y cuidar de ella y de mi hijo. Tal vez darle uno o dos hermanitos.

—Ella no va a querer. ¿No te digo que ni siquiera a su madre fue capaz de confesarle tu identidad?

—Lo sé, por lo que me conformaría con obtener derechos de visita.

Miró al hombre, que movía negativamente la cabeza y luego se quedaba pensativo.

—Sé que tienes derecho a estar con él y sé que, como abogado, sabrás mejor que yo lo que tienes que hacer para obtenerlo, pero te advierto que mi hija no va a rendirse sin dar batalla.

—Lo sé. —Sonrió, recordando las feroces batallas en el pasado para que Elizabeth aceptara incluso el más pequeño acuerdo, si no era lo que ella quería—. Créame, lo sé.

—Mi esposa y yo queremos ayudarte. Eli está muy pagada de sí misma, le viene bien alguien que se oponga a ella de vez en cuando. Solo tienes que decirnos en qué te podemos ayudar.

—Como no sé aún qué quiero hacer, no tengo nada en qué pedirle ayuda, excepto en una cosa.

—Tú dirás.

—Cámbiese a la clínica. El director de este hospital es conocido mío, dice que con su salud general es muy posible que no sobreviva a la operación acá.

—Tal vez eso te pueda ayudar —dijo el hombre sonriendo—, después podrías darle a Eli todo el apoyo que ella necesite. No hay nada mejor que una mujer agradecida.

—No creo que ella lo vea así. —Cristóbal rio con el hombre, sabía que la broma era absurda y macabra, pero al parecer Óscar no se tomaba muy en serio sus problemas de salud—. Pienso que es mejor que se vaya a la clínica, que lo operen y que se recupere totalmente. En ese momento le podemos decir a Elizabeth que fui yo quien lo convenció para que hiciera lo que ella quería. Ella va a estar feliz y agradecida. Feliz y agradecida es mucho mejor que triste y agradecida. Y además, mi hijo necesita a sus dos abuelos.

—Y tú que pretendías convencerme de que no tenías ningún plan... —Óscar volvió a acomodarse sobre las almohadas—. Pero no quiero que Eli piense que cedí a sus presiones, sino que tomé la decisión por mí mismo.

—Nada más fácil, llamo al director, Mauricio, que como le decía es conocido mío, y le

colgamos el milagro. Así matamos dos pájaros de un tiro.

—¿Por qué dos pájaros?

—Elizabeth le ofreció ayuda en consultas, si conseguía convencerlo. Tal vez termine aceptando un trabajo aquí y no se devuelva nunca más a Estados Unidos.

—Entonces serían tres pájaros.

—Nunca he sido muy bueno con las matemáticas —dijo Cristóbal, provocando la risa de Óscar—. ¿Llamo entonces a Mauricio?

El hombre mayor asintió y Cristóbal tomó de inmediato el teléfono móvil y discó el número del médico.

La alegría en la voz de Mauricio no se podía ocultar y, aunque no creía que Cristóbal pudiera conseguirlo, tenía todo listo para trasladarlo a la clínica enseguida.

—Voy a bajar para que firme los papeles y que la ambulancia lo lleve, antes de que se arrepienta. Me imagino que puedo pedirte que reúnas sus cosas y esperes a la familia —terminó Mauricio hablando atropelladamente y colgó sin dejar que Cristóbal contestara.

Cristóbal ayudó a Óscar, pero apenas diez minutos después, el hombre estaba acostado en una camilla, listo para ser trasladado.

—¿Te quedas acá hasta que mi esposa llegue? —preguntó Óscar, denotando un nerviosismo que antes no había sentido.

—Sí, no se preocupe, yo la llevo a la clínica y la ayudo con el traslado.

—Al final, me quedé con casi todas las revistas que dejaste. Llévamelas también, por favor.

—Por supuesto. —Cristóbal sonrió y puso una mano sobre el hombro del enfermo, tratando de infundirle confianza.

—Una última cosa —dudó unos momentos—. ¿Estás enojado? Con mi hija, me refiero. Por dejarte sin explicaciones, por no decirte lo de Cristian.

—Furioso —ratificó apretando los dientes—. Pero no me va a llevar a nada, después puedo hacer que pague todos sus pecados.

—Esta Mailen... —Por unos momentos, una sonrisa iluminó el demacrado rostro—. Nunca se equivoca.

Cuando los camilleros comenzaron a moverlo, levantó una mano a modo de despedida. Cristóbal hizo lo mismo.

Luego, el abogado siguió ordenando las cosas, preparándose para la batalla que vendría cuando volviera a ver a Elizabeth.

Lo que resultó ser antes de lo que suponía. Exactamente a las tres de la tarde, es decir, menos de media hora después de que Óscar se fuera, Elizabeth, Mailen y otra mujer tan parecida a Elizabeth que no podía ser otra que la hermana menor entraron en la habitación. Mailen llevaba a Cristian en brazos. El rostro del pequeño se iluminó al ver a Cristóbal.

—¿Dónde está mi papá? —exigió saber Elizabeth molesta, antes de que nadie pudiera hablar.

—Buenas tardes, señora Mailen, espero que se encuentre bien —Cristóbal habló directo a la

mujer mayor, ignorando a Elizabeth—.Tengo un recado para usted

—Te hice una pregunta —insistió Elizabeth, acercándose algunos pasos.

—Vuelve en cuatro años, tal vez te responda. —Cristóbal miró a la mujer con una sonrisa irónica dibujándose en sus labios—. O tal vez te cambie el nombre. Se me ocurre uno lindo. No muy apropiado para los oídos de un niño pequeño como el nuestro.

—Me imagino que eres Cristóbal —dijo la tercera mujer al cabo de unos minutos, cuando quedó claro para todos los presentes que Elizabeth no sabía qué responder—, ya me caes bien, cualquiera capaz de dejar a mi hermana mayor sin palabras es mi héroe.

—Un gusto, Alicia, me alegra conocerte por fin —contestó Cristóbal, estirando una mano y tomando la de la mujer, que era más baja que su hermana, pero muy fuerte—, me alegro de que seas tú y no tu hermano, tu papá me ofreció una buena paliza.

—¿De Enrique? —preguntó la mujer riendo—. Yo tendría más miedo si me hubiera pedido a mí que ajustara las cuentas contigo.

—En ese caso, debo aclarar que ya hablé con tu papá y suspendió la paliza indefinidamente.

—¿Quieren dejarse de tonteras y responderme? —Elizabeth interrumpió la conversación, ya muy enojada.

—Ya te dije —le contestó Cristóbal calmado— que vuelvas en cuatro años y te respondo, de momento necesito hablar con tu madre. A solas. —Se giró para mirar a la mujer—. ¿Me acompaña al pasillo?, ahí tendremos más tranquilidad. Alicia, ¿te puedo pedir que termines de reunir las cosas de tu papá? Gracias.

Tomó a la mujer por el brazo y la empujó hacia la salida, deteniéndose a varios metros de la puerta de la habitación que acababan de dejar.

—¿Puedo? —pidió, mirando a Cristian.

—Claro —respondió la mujer, estirando los brazos hasta entregarle al niño.

La emoción que embargó a Cristóbal al tener a su hijo en brazos fue enorme e indescriptible. Nada en la vida lo había preparado para ese momento. Ninguno de los triunfos profesionales, ninguna pareja, ni siquiera Elizabeth, ninguna de las gratificantes circunstancias en que dejó callada a Patricia o se burló de ella sin que se diera cuenta. Nada. Ni todos esos momentos juntos lo prepararon para ese preciso instante en su vida, al punto que, en verdad, no existía la palabra para describir la miríada de sentimientos que burbujeaban en su pecho.

Cristian comenzó a jugar con el cocodrilo bordado en la pechera del polo que llevaba Cristóbal, provocando la risa de su padre.

—¿Feliz? —preguntó Mailen. Cristóbal asintió sin palabras—. Ahora me toca a mí. ¿Dónde está mi marido?

—En la clínica, lo trasladaron hace media hora.

Cristóbal le contó la conversación que habían mantenido y el resultado de esta. Cuando terminaron de hablar, Mailen volvió a tomar al pequeño en brazos y entraron a la habitación, donde Alicia había terminado de guardar las cosas de Óscar y esperaba pacientemente sentada en

la cama. Elizabeth se paseaba de un extremo a otro del cuarto , generando un ruido constante con su taconeo.

—Por fin, mamá —dijo, cuando los vio entrar—. ¿Me van a decir ahora donde está mi papá?

—Ay, Antu, por una semana has incordiado a tu padre para que se cambie a la clínica y ahora preguntas adónde está —respondió Mailen, sin detenerse.

—Y yo que pensaba que eras inteligente, Antu —agregó Cristóbal burlesco. Alicia rio.

—¿Estamos listos, Milla? —preguntó Mailen. Cristóbal la miró frunciendo el ceño. Fue Alicia quien respondió.

—Millaray es mi segundo nombre, a la abuela le gustaba llamarnos por nuestros nombres mapuches y mamá continúa haciéndolo, incluso con diminutivos —explicó la aludida, entregándole algunas bolsas a Cristóbal—. A papá, por los primeros, ni te explico la confusión de identidades que teníamos de niños. Menos la «Niña del Sol», por supuesto.

—¿Niña del... —comenzó a preguntar Cristóbal, pero no pudo terminar, Alicia se explicó de inmediato.

—Antumalen significa «Niña del Sol» —explicó, ante la mirada furiosa de su hermana—, lo seleccionaron porque de joven mi padre era casi tan rubio como tú, y mamá...

—Por eso nunca quiso decirme qué significaba —dijo Cristóbal sonriente.

—Creo que es muy probable. —Alicia encogió los hombros con indiferencia.

—Quieren dejar de cotorrear y decirme cuáles son los planes ahora —exigió Elizabeth apretando las manos.

Cristóbal dio el golpe de gracia.

—Le prometí a Óscar llevar a tu madre junto con todas sus cosas a la clínica —explicó calmado. Mientras más tranquilo estaba, más parecía enojarse Elizabeth, por lo tanto, debía mantenerse relajado a todo lugar—. Lamentablemente, mi automóvil es pequeño, creo que cabe usted, señora Mailen —miró a la mujer mayor—, con el niño en brazos y una persona pequeña en el asiento trasero, junto con todos los paquetes. Antu, puedes esperar acá, dentro de cuatro años vengo a buscarte. ¿Vamos?

Señaló la puerta con una mano cargadísima y comenzó a caminar. Alicia y Mailen lo siguieron sin decir nada, tratando de ocultar sus sonrisas, dejando a una estupefacta Elizabeth atrás.

\*\*\*

Maldito hombre, ¡porqué tenía que conocerla tan bien! Porqué tenía que aparecer justo en el momento en que ella ya lo había olvidado. Se había jurado no volver a pensar en él nunca más. Lo había hecho un millón de veces, y cuando ya parecía haberlo conseguido...

Sabía que estar de vuelta en Chile iba a implicar un gran problema para ella, sin necesidad de ver a nadie conocido, menos a él, pero no podía abandonar a sus padres.

Lo mejor hubiese sido que ellos viajaran a Estados Unidos, pero sabía que Óscar podría no

resistir el viaje. Pidió un permiso por seis meses en el hospital y se arriesgó. Vino a Chile con Cristian y se hizo cargo de la salud de su padre. Es lo que se espera de un hijo médico, ¿no?

Pero no podía tener tan mala suerte. No llevaba una semana en Chile y ya se había encontrado con él.

Sabía que en el momento en que Cristóbal posara los ojos sobre Cristian iba a descubrir que era suyo. Lo sabía. Había que ser muy tonta para no saberlo, para no notar que los ojos del niño eran del verde exacto de los de Cristóbal, que su pelo rubio caía de la misma manera como lo hacía el de él, sobre todo porque en un momento de debilidad había cortado el pelo del niño de la misma manera como su madre se lo cortaba a esa edad.

Recordaba con total claridad las fotografías que Cristóbal le había mostrado de su infancia y se lo explicó a la peluquera. Le explicó, punto por punto, cómo quería que se viera el corte de pelo de su hijo.

Cuando llegó a casa se arrepintió. No podía mirar a Cristian sin recordar a Cristóbal. Y no quería acordarse de él, no podía.

Ya habían pasado más de cuatro años desde la triste noche en que lo dejara, pero todavía sentía el calor de los abrazos y la dulzura de los besos que compartieron.

Un par de días después del craso error que cometió con el corte de pelo de Cristian, se juró que lo olvidaría, que lo desterraría de su mente y de su corazón.

Y había luchado día a día por conseguirlo, incluso había aceptado salir con uno de los médicos del hospital, la primera cita después de tantos años. Apenas el segundo hombre con el que salía en la vida, para el que se arreglaba.

Y hasta el último segundo de la noche, no podía dejar de compararlo con Cristóbal. Sus ojos no eran tan verdes ni su pelo tan rubio, ni la hacía reír al mismo tiempo que la hacía enojar. El abogado siempre había tenido esa facilidad. Tal como unos minutos atrás.

Dios, ¡cómo lo odiaba!

—Doctora Fernández. —Escuchó una voz proveniente de la puerta que la distrajo de sus pensamientos.

Se volvió para mirar a quien la llamaba y descubrió que era el director del hospital. Marcelo. No, Mauricio... no recordaba ni su propio nombre en esos momentos, menos aún el de una persona con la que había intercambiado unas pocas frases.

—Buenas tardes, doctor —saludó, tratando de parecer la misma de siempre.

—Veo que ya se llevó a cabo el cambio de don Óscar. Me alegro —respondió el hombre acercándose a ella—, me sorprendió mucho cuando me llamaron un par de horas atrás.

—¿Cómo fue que mi padre decidió aceptar el cambio?

—Bueno, me contó que había estado pensando en ello toda la noche —Mauricio repetía como loro el cuento que habían inventado Cristóbal— y me pidió que le indicara paso a paso el procedimiento y sus consecuencias. También, que le explicara en qué difería del tratamiento que recibiría en la clínica. Finalmente, se decidió, firmó los papeles y yo hice todos los arreglos

necesarios.

—Gracias —dijo Elizabeth cáustica. No era dada a hacer preguntas delicadas a perfectos extraños, pero el hombre que estaba frente a ella era el único que podría responderle—. ¿Cómo se involucró en todo esto Cristóbal Gumucio?

—¿Cristóbal... ? —Debía dejar la medicina y dedicarse a la actuación. A sus propios oídos sonaba muy convincente—. Ah, claro. Cristóbal. Él fue compañero de mi hermano en la universidad. Varios días atrás me pidió autorización para visitar a los enfermos en Navidad, específicamente para el ala oncológica infantil. Yo le sugerí que también podía visitar a los adultos si quería y él aceptó. Tengo entendido que durante sus visitas ofreció ayuda legal a varios pacientes, incluyendo a uno que estaba acá. —Señaló la primera cama, ya vacía—. El pobre hombre no tenía a nadie en el mundo y necesitaba de alguien que lo ayudara a poner en orden sus asuntos. Por desgracia, falleció durante la noche y el único contacto que teníamos era Cristóbal. Él se va a hacer cargo del funeral y todo eso. Estaba acá cuando yo vine a hablar con don Óscar y, como no tenía nada más que hacer y él estaba bastante nervioso, se ofreció a quedarse esperando a su madre y explicarle todo. ¿Usted lo conoce? —Ni Lawrence Oliver ni Anthony Hopkins, el premio al mejor actor debían dárselo a él.

—Algo. ¿Cómo se llama su hermano, el que fue compañero de Cristóbal? —preguntó Elizabeth. El hombre le resultaba familiar, debía ser por eso, pero no conseguía ponerle un nombre.

—Pablo. Pablo Zaldívar. Él dice que la conocía a usted de la universidad, doctora Fernández —dijo Mauricio, tratando de mantener la calma.

—¿Cristóbal? —preguntó Elizabeth, frunciendo el ceño.

—No, mi hermano Pablo. —«Claro que Cristóbal», agregó solo para sí. Él no discutía asuntos profesionales con... bueno, con nadie—. A decir verdad, su reputación la precede, doctora. Incluso yo, que ya había salido de la universidad cuando usted entró, conocía la leyenda de la gran Elizabeth Fernández, si me disculpa el atrevimiento.

Elizabeth se rio, relajándose por fin. Al parecer la suerte de Cristóbal no había cambiado nada. Seguía siendo el hombre más afortunado de la Tierra. Todo era una mera casualidad.

—Bueno, doctor Zaldívar, estoy en deuda con usted, al parecer —dijo Elizabeth tendiéndole la mano—, y tengo intención de pagarla, pero no de inmediato. Ahora voy a ir a la clínica a ver a mi padre, y volveré el lunes para ayudarlo con los casos esos que mencionó.

—Gracias, doctora Fernández, hablaré en seguida con el jefe de cardiología para que se reúna con nosotros en mi oficina. Tenemos la suerte de contar con su ficha en el departamento de personal, y por lo que me dijo la encargada, aún tiene autorización para operar en el hospital. —Aceptó la mano que la mujer le ofrecía. Era evidente que la naturaleza le dio las manos necesarias para su profesión. Eran pequeñas, pero fuertes, sin duda precisas—. ¿Le parece bien a las diez de la mañana?

—Me parece perfecto. Nos vemos.

Con estas últimas palabras se retiró del hospital.

Cuando llegó a la calle se preguntaba dónde podría conseguir un taxi. En los años que estuvo fuera de Chile habían cambiado muchas cosas en Santiago, en especial en el transporte público, y no tenía idea de qué movilización debía utilizar para llegar hasta la clínica. Alicia se orientaba magníficamente y había sido guía de su madre y de ella misma en la ciudad, pero gracias a la intervención de Cristóbal, se había quedado sin guía. Y sin medio de transporte. Un motivo más para agregar a la lista.

En Nueva York tenía un lindo departamento muy bien ubicado y cercano al hospital donde trabajaba. Tenía un automóvil, pero no lo usaba nunca. Nadie manejaba en Nueva York. Irónicamente, los tacos eran gigantescos. Más aún que los de Santiago. De hecho, como en casi todo, los santiaguinos se quejaban de llenos.

Le hizo señas a un taxi que estaba estacionado fuera del hospital y le dio el nombre de la clínica, antes de sumergirse en sus pensamientos.

Muchas cosas habían cambiado, pero otras permanecían tal como las recordaba, meditaba mientras el taxi avanzaba devorando las calles de la ciudad.

Aquí y allá veía edificios que reconocía. Una pequeña fuente de soda donde Cristóbal solía esperarla cuando ella trabajaba en el hospital que acababa de dejar. Un supermercado donde la acompañaba a hacer la compra. Una luminaria callejera... no cualquiera, no, bajo esa farola la había besado por primera vez. Había sido solo un roce de los labios, pero la había dejado con las rodillas temblando.

«Basta, Elizabeth», se exigió. «Disciplina. Dirige tus pensamientos a otro lado». La enfermedad de su padre. Ese era un buen tema, pero no podía pensar en él sin relacionarlo con la fatídica escena de la tarde anterior. Y el rápido descubrimiento de la paternidad de Cristian. ¿Qué iba a hacer?

«Niega todo», concluyó. Era tan buena estrategia como cualquiera. Le había resultado a muchos gobiernos a lo largo de la historia, perfectamente podía resultarle a ella.

Bien, otro tema, por ahí no iba a llegar a ninguna parte. Sus hermanos. Eso era siempre buen tema. Estaba muy orgullosa de ellos, aunque nunca hacían lo que ella les indicaba.

A pesar de llevarse por tres años con Enrique y seis con Alicia, siempre se había sentido mucho más vieja que sus hermanos, como si sobre ella hubiera recaído una responsabilidad más grande por ser la mayor.

Los tres fueron muy buenos alumnos, siempre. Ella iba abriendo el camino para los menores. Incluso terminó sus estudios en menos tiempo que los demás, no solo en la escuela a la que entró sin tener la edad mínima, sino que también en la universidad.

Pero Enrique y Alicia no lo habían hecho nada mal, la verdad. Después de mucho pensarlo, Enrique se decidió por la geología, con la esperanza de ampliar sus estudios después, aunque de momento, a contar de la primera semana de enero, se iría a vivir al norte, donde había sido contratado por una de las empresas mineras más importantes del mundo.

Y Alicia estaba en los últimos cursos de Ingeniería en informática y pensaba seguir sus pasos, ir

a Estados Unidos a especializarse en Robótica. Vaya con el pequeño genio.

«Con el desordenado genio», pensó, al recordar cómo iba dejando la ropa tirada por todo el pequeñísimo departamento que compartía con su hermano.

Con mucho trabajo y esfuerzo y una enorme ayuda de Elizabeth, los chicos habían comprado un departamento de dos dormitorios, cercano a la universidad.

Al principio, Elizabeth se había molestado, porque ella les mandó el dinero para que cada uno se comprara un automóvil, pero ellos prefirieron invertirlo en el departamento y caminar a clases.

Si uno se hubiera comprado el automóvil, no habría habido necesidad de depender de Cristóbal para trasladar las cosas de su padre.

«No, Elizabeth, olvídalo», se reconvino.

En todo caso, y en esos momentos, era algo afortunado que hubieran comprado el departamento, por muy pequeño que fuera.

En el dormitorio de Alicia se acomodaron ella y su madre, con una cama nido, y en el dormitorio de Enrique, Elizabeth y Cristian. Enrique había tomado el único sofá de la vivienda.

Exceptuando por la locura que significaba usar el pequeñísimo baño y comer todos juntos, el arreglo había funcionado bastante bien. E iba a mejorar una vez que Enrique viajara al norte y Alicia fuera, como todos los veranos, a trabajar a un bar en la ajetreada vida nocturna de Viña del Mar. Se quedaría sola con su madre.

Una madre que, aparentemente, estaba poniéndose del lado de Cristóbal.

—¡Oh, por Dios! ¡Ya basta! —gruñó con voz muy baja.

—Llegamos, señorita —anunció el chofer, al estacionar frente a la clínica.

Elizabeth pagó a la carrera y se bajó del vehículo.

Desde la misma fachada, la clínica era tan distinta al hospital como la luna del sol.

Tal vez algún día alguien hiciera algo por mejorar la salud pública en Chile. Tal vez ella misma tuviera que poner su cuota. Después de todo, había estudiado Medicina con becas estatales y se veía en la obligación moral de devolver la mano.

Bastó decir su nombre en la recepción de la clínica para obtener la información necesaria para encontrar a Óscar. Se dirigió a la habitación y se topó con una graciosa escena. Es decir, graciosa para todos menos para ella.

Cristian correteaba seguido por Cristóbal, ambos reían y el pequeño daba grititos de felicidad cada vez que el hombre fingía que lo alcanzaba, solo para que terminara huyendo una vez más.

Óscar y Mailen miraban la escena sonrientes, mientras Alicia leía una revista sentada en un sofá que había en una esquina.

—Hija, qué bueno que llegaste —saludó Mailen, sin apartar la mirada del pequeño.

—Mamá. —No era una respuesta, simplemente estaba reconociendo la presencia de su madre —. Papá, necesito hablar contigo. Con ustedes, de hecho.

—Espero que no sea para tratar de convencerme de que me vaya al hospital de vuelta —replicó el hombre, mirando a Elizabeth muy por encima.

—No, es otro asunto del que necesito hablar con ustedes dos —explicó Elizabeth, mirando a Cristóbal y tratando de evadir su mirada al mismo tiempo— y con Alicia también. Y como es un asunto estrictamente familiar, me gustaría estar a solas con ellos.

—Perfecto —dijo el abogado, tomando al niño en brazos—, nosotros vamos a buscar una bebida o jugo, algo helado para refrescarnos.

—Yo no... —comenzó a decir Elizabeth, un inútil intento de impedir que Cristóbal se llevara al niño.

—Vas a tener que acostumbrarte, Antu —dijo Mailen—, es un joven decidido. Y tiene razón.

—¿En qué tiene razón, si se puede saber? —preguntó Elizabeth.

—Le robaste cuatro años de la vida de su hijo —respondió Óscar—, tiene todo el derecho de recuperarlos.

—Eso sería cierto si fuera su hijo —replicó Elizabeth, tratando de mantener la calma.

—Ay, hermana, hasta un ciego podría ver que es su hijo —aportó Alicia sin moverse del sofá.

—¿Tú sabes lo típica que es la apariencia de Cristóbal en Estados Unidos? —Elizabeth encogió los hombros, quitándole importancia a lo que decía la muchacha—. Allá la mitad de los hombres son altos, rubios y de ojos verdes, y la otra mitad altos, castaños y de ojos verdes.

—Pero tú te fuiste de Chile embarazada, no trates de hacernos creer otra cosa —replicó Alicia mirando a su hermana fijamente.

—Como sea —masculló Elizabeth, mirando a sus padres y hermana de uno en uno—, les agradeceré que se mantengan al margen de esto. Es un problema entre Cristóbal y yo.

—Tú no eres mi madre, no tengo por qué obedecerte. —Alicia se puso de pie y salió de la habitación.

Elizabeth hizo por segunda vez el intento de impedir que alguien dejara la habitación, con idénticos resultados. Por un momento, se quedó mirando la puerta cerrada, luego se volvió hacia sus padres.

—Mamá, papá, yo...

—Mira, Antu, podrás tratar de engañar a todo el mundo... —Mailen levantó una mano, intentando acercarse a la joven, pero ella dio un paso atrás para evitarlo—. Pero a nosotros no.

—Menos a tu madre, Eli —dijo Óscar, apoyando a su mujer.

—En cuanto a impedir que Cristóbal vea a su hijo, la única que puede y va a hacerlo eres tú —continuó Mailen, quien empuñó la mano antes de bajarla—, si eso es lo que quieres, vas a tener que estar con tu hijo veinticuatro horas al día. No nos puedes impedir que conversemos con un muchacho tan simpático y amable como él...

—Esa es una postura, nada más, para ganar su favor —Elizabeth interrumpió a Mailen, bastante disgustada—. Yo conozco a la gente como él, mamá. Conozco a su familia.

—Yo no conozco a la madrastra, pero por todo lo que él dice, debe ser una mujer muy desagradable. —Óscar sonreía, provocando aún más las molestias de Elizabeth.

—¡Y el papá es un pusilánime que hace todo lo que ella dice! —agregó Elizabeth casi gritando

—. En su mundo todos fingen ser lo que no son, hasta su mejor amiga, a la que él llama hermana. Ni hablemos del abuelo de Emilia, es un viejo asqueroso, no me extraña que ella esté tan trastocada. Y lo peor es que todos piensan que porque tienen dinero valen más que uno que es pobre. Ya viví demasiado cerca ese mundo y no quiero que mi hijo tenga que vivirlo también

—Te concedo que muchos de ellos deben ser así —dijo Óscar—, yo también lo he vivido, marginado por ser pobre. Mi propio hermano cuestionó siempre mis decisiones, especialmente el que yo eligiera casarme con tu mamá. En el caso de ustedes es aún peor, porque además los miran mal por ser mapuches. Aunque no todos son así. Y Cristóbal no es en realidad uno de ellos.

—Sí que lo es papá, tú no tienes idea —porfió Elizabeth—, no tienes idea, yo lo conozco desde hace diez años. En un tiempo en que él mismo reconocía que era un niño mimado.

—Todavía tenía fresco el recuerdo de su madre, Antu —intervino Mailen con dulzura—, si de algo es culpable es de ser hijo único...

—Basta ya, mamá, por favor. No más. Yo soy la madre de Cristian y yo les digo que Cristóbal no es su padre y no lo quiero cerca del niño, ni de mí.

—Está bien —dijo Óscar tomando la mano de su esposa, que se aprestaba a responderle a Elizabeth—. Nosotros aceptamos que tú no lo quieras cerca, siempre que tú aceptes que nosotros somos libres de trabar amistad con quien queramos.

—Pueden ser amigos del mismísimo diablo si quieren, mientras mi hijo quede fuera.

—Hecho —aceptó Óscar, tendiendo la mano para tomar la de su hija.

Unos minutos después, mientras discutían asuntos relativos al tratamiento que seguirían los médicos a contar de ese momento, Alicia, Cristóbal y Cristian volvieron a entrar en la habitación.

Cristian nunca había sonreído tanto, nunca había sido tan feliz, menos aún con un total extraño. Elizabeth quería engañarse y se decía que era porque Cristóbal le había dado muchos dulces y chocolates al niño, pero sabía que no era así. Después de todo, la sangre es más espesa que el agua. El niño, instintivamente, reconocía a su padre y se entregaba a su cariño.

Cuando llegaron junto a la cama, el pequeño estiró los brazos hacia Elizabeth, gritando feliz la palabra «mamá». Era la primera vez que la llamaba así, por mucho que lo había intentado, el niño persistía en decirle «mom».

—Cristóbal lo consiguió —explicó Alicia sonriente—, me parece que si su tocayo Colón hubiera tenido la misma capacidad de convencimiento, la reina en persona hubiera subido a las carabelas, en vez de solo darle las joyas.

—La verdad es que puede ser muy convincente —dijo Óscar con una sonrisa misteriosa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Elizabeth sospechosa.

—Bueno, me convenció de no llamar a tu hermano para que le diera una buena paliza, ¿no? —respondió Óscar fingiendo inocencia.

—Y ahora tengo que ir a convencer a cierta dama de... bueno, usted ya sabe. —Cristóbal se acercó a la cama para despedirse de Óscar.

—Buena suerte, entonces, hijo. —Óscar miró a Elizabeth de reojo. Él sabía que la dama a la

que tenía que convencer era a su gata, para que dejara que le dieran un medicamento—. ¿Vienes mañana?

—Lo voy a intentar, pero no creo. En la mañana quiero ir al cementerio a dejarle flores a mamá —explicó—; luego, tengo que ir a casa de mi padre, para el tradicional almuerzo del domingo en familia y a continuación voy a ir un par de horas a la oficina. Tengo que revisar un caso que llevo a tribunales el lunes y mucho más que hacer, ya que el lunes voy a perder gran parte del día entre los tribunales y la misa del medio día.

—¿Misa? —preguntó Alicia curiosa—. Yo pensaba que el día lunes no hacían misas al mediodía.

—No sé en otras iglesias —explicó Cristóbal—, pero en la parroquia donde mi mamá participó toda su vida, el 28 de diciembre hay sí o sí, independiente del día de la semana que sea, en su memoria. Después mi tía, con algunas amigas, preparan un almuerzo que reparten entre los miembros más necesitados de la congregación. A mí me toca manejar.

—¿En tu automóvil tan pequeño que no caben tres mujeres adultas? —espetó Elizabeth, cruzando los brazos sobre su pecho. Ella sabía todo eso, pero se sorprendió que aún mantuvieran la tradición.

—Bueno, también tengo una camioneta enorme, pero justo hoy salí con el deportivo —respondió Cristóbal rápidamente. Alicia y Mailen sonrieron. Ellas mismas habían comprobado que la camioneta sí era enorme.

—Me imagino que después te toca trabajar un poco —preguntó Mailen.

—Primero me toca ir a almorzar con mi tía y después ir a trabajar hasta muy tarde —contó el abogado—, para recuperar todas las horas perdidas.

—Qué bueno es eso de poder disponer de tu horario a tu regalado antojo —dijo Elizabeth irónica—, no como el resto de la población que tiene que trabajar cuando sus jefes lo dicen.

—Por otro lado, trabajo más horas que nadie en la firma, excepto tal vez que Agustín —replicó Cristóbal—. Este ha sido un sábado atípico. Lo normal es que trabaje en las mañanas, después de jugar un partido de tenis, y en las tardes vaya donde Emilia a ver un par de partidos de fútbol con Matías, mientras ella estudia con Carolina.

—¿Y cómo es el hombre que conquistó a Emilia? —Las palabras se arrancaron antes de que Elizabeth pudiera reprimir la curiosidad que la carcomía desde el día anterior, cuando se enteró del enlace de la mujer.

Cristóbal la miró unos segundos antes de responder. Se preguntaba qué pensaría Elizabeth de Matías, si supiera toda la verdad.

—Bueno —decidió ocultarle algunos hechos. Después de todo, él los conocía por ser el abogado de Emilia, quien había preparado su acuerdo prematrimonial—, es deportista. ¿Recuerdas que Emilia siempre decía que iba a terminar casándose con un cerebro de músculo que supiera usar una tarjeta de crédito y la dejara tranquila?

—Sí —dijo Elizabeth sonriendo con el recuerdo—, aunque no creo que aguante a alguien tonto

cerca de ella. Ni a ti te toleraba cuando hablabas tonterías.

—Sigue sin hacerme mucho caso. —Cristóbal negaba con la cabeza, apenas un poco exasperado—. Y tienes razón. Nadie es tan inteligente como Emilia, pero Matías no es ningún tonto. Sabe exactamente qué hacer con una mujer tan llevada a sus ideas como Mili.

—Entonces es un genio.

—Lo único que Emilia consiguió con su esposo deportista fue una inmejorable condición física —confidenció Cristóbal. De pronto, todos los años separados se esfumaron, seguían siendo los mejores amigos del mundo, se conocían tan bien, que se comprendían casi sin hablar—. Como tú misma dices, casi es un genio. Y lo mejor, le fastidia usar las tarjetas y chequeras que le dio Mili, hasta ahora solo ha usado dos o tres cheques y solo para comprar cosas que Mili le pidió que comprara. Las tarjetas están intactas.

—Menos mal que el viejo asqueroso está muerto —agregó Elizabeth—. Le daría un ataque si supiera, y no lo querría de paciente ni por todo el oro del mundo.

—No sabes lo peor. Para el viejo Felipe, me refiero —dijo Cristóbal sonriendo.

—¿Peor que el esposo de Emilia sea un deportista a quien no le gusten las tarjetas de créditos? —preguntó Elizabeth enarcando las cejas.

—Te llevarías muy bien con él. Se la pasa predicando del equilibrio en la dieta y la eliminación de las grasas y azúcares y no sé qué más.

—¿Y cómo se las arregla Emilia con su preferencia por las comidas grasosas?

—Come en la oficina, obvio. —Cristóbal y Elizabeth rieron—. Yo ni le escucho lo que habla, después de todo, tengo varias mujeres para que se preocupen por mi alimentación. —El gesto de Elizabeth no se hizo esperar y cambió de alegre a furioso en dos segundos—. Patricia, a pesar de todos sus defectos, tiene una buena cocinera. La señora que hace el aseo en mi departamento también hace las compras y con eso tengo el desayuno cubierto, y del almuerzo y la cena se encarga Martita. Hasta los sábados se preocupa, a menos que yo tenga otros planes.

—¿Quién es Martita? —preguntó Elizabeth molesta, muy a su pesar.

—¿Te acuerdas de Tirsa?

—¿La secretaria de tu abuelo?

—La misma —explicó Cristóbal—, bueno, además de su oficina heredé a Tirsa cuando él falleció. —Elizabeth lo miró rápidamente, sin embargo no dijo nada—. Pero no me aguantó ni un año. Un buen día, entró en mi oficina para decirme que no podía con mi ritmo, que ella también estaba vieja y que se iba a jubilar antes de que la muerte la encontrara trabajando todavía. Y comencé a buscar otra secretaria. Un buen día, Patricia llegó y entró en mi oficina, sin esperar a que la anunciaran, exigiéndome que por nada del mundo contratara a la mujer que me estaba esperando para una entrevista.

—La contrataste, naturalmente.

—Exacto, pero no fue solo por llevarle la contra a Patricia. Cinco minutos me bastaron para saber que era la secretaria ideal para mí. De partida, Marta es excelente en el trabajo. Tiene un

hijo adolescente y por él maneja la última tecnología en todo. Además de haber estudiado Secretariado, tiene estudios como Asistente judicial. Para mí lo más importante en ese momento era que, a pesar de ser joven, estaba casada y muy enamorada de su esposo. Ya había tenido tres secretarías temporales que no hacían más que verme y empezar a imaginar que dejarían de ser secretarías para ser la señora de la casa. Más aún cuando sabían que así mismo se conocieron mis padres.

—Ese es el problema de ser joven y guapo —dijo Alicia riendo como tonta—, y millonario.

—En cualquier caso, todas renunciaban cuando descubrían que, lo único que requería de las horas extra que tenían que hacer para seguirme el ritmo, era que redactaran más y más documentos —aclaró Cristóbal riendo con Alicia—. Nada de cenas a la luz de las velas y después... bueno, ya saben. La cosa es que Marta me trata como si fuera su hijo, no su jefe. Entiendo que sea algunos años mayor que yo, pero es demasiado. Poco falta para que me ponga un babero cuando lleva el almuerzo o la cena.

—No me imagino a una mujer así —comentó Elizabeth, aliviada a su pesar.

—Es de la estatura de Alicia, muy buena para comer, por lo que siempre le sobran un par de kilos, que ella lleva como si fueran medallas al honor, porque dice que de joven era muy delgada, pero después de sus embarazos nunca consiguió deshacerse de ellos, aunque es tan energética que consume las calorías extra aún dormida. Le encanta la música tropical y la ropa que la acompaña. En la oficina se contiene un poco, normalmente los trajes que usa son de un solo color, pero nada de negro o azul. Verde pistacho, amarillo limón, fucsia furcia que, según ella, es su color favorito. Y las blusas... Hay que verlas. Es genial. Patricia la odia.

—Lo que la hace inapreciable —dijo Elizabeth—. ¿Te llevas bien con Matías?

—No te voy a decir que nos llevamos bien desde el primer momento, tenía mis aprensiones —contestó Cristóbal—, pero antes de que se casaran ya me caía bien

—¿Aprensiones? ¿Por qué?

—Es que aún no sabes lo peor de él. Es decir, peor para don Felipe.

—¿Qué? —preguntó Elizabeth.

—Si no fuera por la intervención de Mili, Matías no tendría ni donde vivir —confesó Cristóbal. La duda era evidente en la mirada de Elizabeth—. Antes de que se casaran, Matías estuvo a punto de perder su gimnasio y su casa. Es un excelente deportista, pero un pésimo hombre de negocios.

—Qué lástima, entonces, que el viejo no lo conociera. —Se estaba dejando arrastrar una vez más por el encanto de Cristóbal, lo sabía, tenía que detenerse, pero no pudo evitar seguir preguntando—. ¿Y cómo lo encontró Emilia?

—Por Federico. —No era mentira, pero su amiga había decidido tergiversar un poco la verdad—. Él quería ejecutar la hipoteca que pesaba sobre el gimnasio de Matías. Tenía un excelente negocio inmobiliario entre manos. Emilia se enteró y se presentó un día en el gimnasio, no sé exactamente con qué intenciones, me imagino que quitarle el negocio a Federico o frustrarlo de alguna manera. El resto es historia.

—¿Y tiene una hija?

—Carolina, es un ángel. En dos segundos se había robado el corazón de Emilia. Imagínate que dejó la empresa de lado por llevar a la niña a Disneylandia a pasar la Navidad.

—¿Qué edad tiene?

—Once, pero parece que fuera menor, porque es pequeñita y delgada. Heredó de su padre la afición por la gimnasia y es una de las promesas en el deporte. Yo la adoro, y me encanta cuando me dice «tío Cris» con su dulce vocecilla, mientras intenta imitar los gestos de Mili. Bueno, ahora sí me voy —dijo Cristóbal después de mirar el reloj—, a mi Rosita no la hago esperar por nada del mundo.

Se despidió muy cariñosamente de Mailen y de Cristian. A Óscar le dio la mano y le prometió volver a visitarlo el martes, si no podía antes. De Alicia se despidió con un curioso apretón, chocando las manos arriba y abajo, luego de lado a lado, empuñándolas y chocándolas de frente para terminar rodeando sus pulgares.

—Te espero en febrero, si no nos vemos antes de que me vaya —dijo la muchacha, sonriendo coqueta.

—Cuenta con ello. Siempre voy a Viña, aunque sea un par de días —le contestó Cristóbal.

—No te olvides de hacer la reserva en el hotel. —Su sonrisa era más amplia aún—. Yo no tengo donde alojarte.

—No te preocupes, Emilia tiene una casa en Recreo, siempre me la presta.

—Eres un hombre muy... afortunado —concluyó Alicia, con voz sugerente.

—Eso espero. —Cristóbal sonreía abiertamente, como respondiendo al coqueteo descarado de la muchacha. Luego se volvió hacia Elizabeth, de quien se despidió con total frialdad—. Tenemos que hablar, tu padre tiene mi número, llama a Marta y que ella te dé una cita.

—Espera sentado a que te llame, no vaya a ser cosa que te canses —replicó Elizabeth, que no sabía que la molestaba más, si era la relación tan cariñosa con Óscar, Mailen y Cristian, si era porque la dejaba por irse con otra mujer, porque coqueteaba con su hermana, haciendo promesas de encontrarse en la playa durante las vacaciones o porque había dejado atrás al hombre alegre y relajado y se había convertido nuevamente en el gran abogado, frío y duro, que siempre supo que sería.

—Entonces, que no te extrañe que te llegue una citación judicial —le dijo alejándose, sin mirarla siquiera— y una orden de arraigo si sigues negándome a mi hijo. No me va a costar nada convencer a un juez de que eres culpable de raptó. Después de todo, no puedes sacar a un menor de edad del país sin la autorización del padre.

Cristóbal salió de la habitación y dejó a Elizabeth estupefacta por las posibilidades descritas, preguntándose si realmente sería capaz de demandarla.

«Claro que sí, tonta», concluyó. Cristóbal podría ser muy simpático si le convenía, o tan duro como quisiera.

\*\*\*

En el pasillo, Cristóbal sonrió. Una enfermera joven le devolvió la sonrisa, pero él la ignoró.

Alicia era de lo que no había. Totalmente única. Y recordó la conversación que habían tenido...

—No tomes en cuenta nada de lo que yo te diga cuando estemos con Antu —le había dicho cuando se encontró con él, después de que Elizabeth lo obligara a abandonar la habitación de su padre.

—¿Por qué? —había preguntado mientras ayudaba a Cristian a beber el jugo que le había comprado.

—Mis padres pueden ayudarte con el niño, pero yo puedo ayudarte con ella —explicó Alicia, aunque él aún no se enteraba de nada.

—No te entiendo, Alice. —La muchacha lo miró con duda, pero después le guiñó un ojo, dando a entender que le gustaba como la llamaba Cristóbal.

—Bueno, tú quieres recuperar a mi hermana casi tanto como quieres que ella te deje reconocer a Cristian, ¿no?

—Son mis intenciones, sí.

—Mi hermana sigue enamorada de ti, podrá tratar de ocultarlo, pero yo la conozco. Por eso sé que es terriblemente celosa.

—¿Elizabeth celosa? No creo que conozcas tan bien a tu hermana como crees.

—¿No? Yo no sé todos los hechos, pero sé que odia a tu amiga, ¿Emilia?

—Imposible. Al comienzo no se llevaban bien, pero después se hicieron amigas.

—¿Y qué fue lo que la hizo cambiar? Emilia le dijo que eras un tonto, pero estabas bien como hermano. Y creo que te empujó a una piscina en pleno invierno.

—Me había olvidado, ¿sabes? —Cristóbal rió recordando—. Mili siempre tuvo problemas para relacionarse con... bueno, con todos en general, pero con los hombres en particular. Estaba cerca de cumplir veintiún años, pocos meses después de que yo conociera a Eli, y todavía no... tú sabes.

—¿No se había acostado con ningún hombre? ¿A los veintiún años? —preguntó Alicia sorprendida—. Pero Antu me contó que era preciosa, que parecía una princesa de cuento de hadas.

—Lo parece, pero así es. Ni siquiera estoy seguro de que ahora, que ya cumplió treinta, lo haya hecho.

—¿Pero no está casada?

—No le digas a nadie y menos a tu hermana, pero no es el matrimonio típico.

—Bueno, eso no importa. —Alicia encogió los hombros y volvió al tema principal—. Lo importante es que fue por ese empujón que Antu pudo aceptar tu relación con Emilia. Pero estaba celosa de cada mujer que se te acercaba.

—¿Ella te lo dijo? ¿Cuándo? —preguntó Cristóbal escéptico.

—Cuando yo llegué a estudiar a Santiago y cierto día vi una rosa roja en el escritorio de mi hermana. Ni dijo tu nombre, ni pronunció esas palabras, pero de a poco me contó algunas cosas. Y hablaba mal de todas las mujeres con las que te relacionabas. Según mamá, lo primero que quiso saber es si ya te habías casado con Emilia.

—Lamentablemente, Mili ya está casada —le contestó Cristóbal, después de considerar lo que Alicia decía—. Y ni siquiera está en el país, no puedo pedirle que venga para que Eli se ponga celosa.

—No es necesario. Me imagino que tienes alguna amiga o muchas historias que contar. Un hombre como tú es un cartel ambulante, con la palabra «conquistame» escrita con rojo encima.

—¿Un cartel ambulante de qué?

—De lo que la mayoría de las mujeres piensan que quieren: atractivo, profesional y con más dinero del que ellas sueñan. En el cartel, estás vestido de novio y una mujer te acompaña, alta, delgada y sin rostro, así cada mujer se ve a sí misma casándose contigo. Te aclaro desde ya que no soy de esas. Prefiero a los hombres más feitos, así no tengo que preocuparme que quieran quitármelos, como le pasa a Antu.

—Ay, Alice, eres una loca —dijo Cristóbal riendo.

—Soy un genio, que es distinto. Esta es mi idea: tienes que aprovechar toda oportunidad que tengas para hablar de otras mujeres, pero el golpe de gracia lo da la actuación en vivo y en directo. Voy a coquetear contigo frente a mi hermana. Y podríamos contarle algún cuento. Yo trabajo en un bar todos los veranos en Viña del Mar, podríamos hacerle creer que nos vamos a encontrar allá, cuando salgas de vacaciones.

—Podríamos encontrarnos allá de verdad, no me vendría mal tener alguien con quien conversar —le dijo Cristóbal apoyando su mano en la de ella.

—Ves, ese es el espíritu. —Alicia estiró los brazos para tomar al niño—. Ahora, sé un buen cuñado y regálame algo para beber, que tengo sed.

Después de eso, lo había ayudado a convencer a Cristian de decirle «mamá» a Elizabeth. Ella estaba empecinada en conseguirlo, pero no tenía ningún avance.

Finalmente, le había enseñado el juego de manos con el que se despidieron, y volvieron a entrar en la habitación de Óscar.

Cuando llegó al departamento, aún reía de las ocurrencias de Alicia. Lo mejor, parecía que tenía razón.

Perdió quince minutos buscando a su mascota, hasta que por fin lo consiguió.

—Rosita, ven que te voy a dar el medicamento —le pidió a la gata al encontrarla escondida en el cajón del clóset de una habitación desocupada—, y después te voy a dar un tarro de atún para que pases el mal sabor.

Cuando consiguió tomarla en brazos, se puso a pensar en el día que la había recogido. Era aún

muy pequeña, pero estaba bastante maltrecha. La llevó al veterinario, quien le curó las heridas y la trató hasta su recuperación.

Era una gata muy arisca, el veterinario decía que era por el mal inicio que había tenido en la vida. El pelo era totalmente negro, el único punto de color eran los ojos verdes y relucientes y la pequeña lengua rosada.

Por un momento había pensado que la hipotética Elizabeth Gumucio sería así, pelo negro, ojos verdes y volvería loco a cualquier hombre, igual que la madre.

La decisión pareció tomarse sola, sería su mascota. Antes de que se diera cuenta, le preguntaba al doctor cosas como el régimen alimentario y qué cuidados especiales necesitaría. La había llevado al departamento y ella se había apropiado del lugar. A Cristóbal no le importó, ella estaba ahí cada vez que necesitaba algo de cariño, ya que Cristóbal parecía ser el único ser humano que no la molestaba.

Y esa tarde pareció notarlo, como siempre. Se dejó poner las gotas para la infección que tenía en los ojos, el último recuerdo de sus primeros meses de vida y que volvía de vez en cuando a fastidiar, se comió el atún prometido, mientras Cristóbal comía un plato de comida que Marta había hecho que le llevaran a casa, y después se acostó junto a su amo en la cama, para ver alguna película.

—Eres una excelente cita, Rosita —le dijo Cristóbal acariciando el suave lomo, un par horas después—: cena, una buena película y después a la cama.

La gata simplemente se estiró para permitir que siguiera acariciándola.

## Capítulo 3

—¿Cómo has estado? —le preguntó Óscar a Cristóbal, cuando este llegó el martes en la tarde a visitarlo.

—Bien, la verdad —respondió el abogado, al sentarse en una silla junto a la cama.

—¿Mucho trabajo?

—Bastante, no más de lo normal. ¿Y usted?

—Intranquilo. Mañana me operan, estaba a punto de llamarte. —El nerviosismo del hombre era evidente, jugaba con el borde de la sábana, la doblaba, envolvía su dedo en ella y volvía a estirarla—. Necesito que me ayudes. No es mucho lo que tengo, pero si pasa algo, no quiero que Mailen y los niños tengan problemas.

—No se preocupe, no va a pasar nada —dijo Cristóbal rápidamente, tratando de calmarlo.

—Pero si pasa, necesito dejar todo claro —insistió Óscar—. Mi casa, la casa donde vivimos con Mailen, tiene que ser de ella, mi hermano no puede meterse.

—¿Cómo podría meterse? —Cristóbal frunció el ceño, pensando posibles escenarios en los que se cumplieran las palabras del hombre.

—Era la casa de mis padres, yo se la compré a ellos y mi hermano siempre ha insistido en que hice algún tipo de trampa.

—¿Tiene los documentos de la casa?

—Acá tengo una copia. —Le pasó una carpeta—. Mi hijo tiene todos los documentos originales.

—Con la copia me basta de momento. —Leyó los documentos y luego hizo un resumen de la situación—. No veo nada malo en estos documentos, lo único que podría alegar su hermano es el precio, pero no tengo idea de cuál será el correcto para una propiedad como esta.

—Mis padres me la vendieron a valor de avalúo fiscal.

—Ahí podría haber un problema, aunque cualquier persona es dueña de fijar el precio que estime conveniente. Dígame, ¿qué hicieron sus padres con el dinero?

—Compraron un departamento pequeño en la ciudad, vivieron ahí hasta que ambos murieron. El resto lo aprovecharon para viajar.

—¿Y el departamento?

—Mi madre se lo traspasó a mi hermano cuando le detectaron cáncer.

—Justo. Compensatorio del valor menor que se pagó por esta propiedad. De todas maneras, voy a pedirle a Marta que averigüe los precios de algunas propiedades similares.

—¿Y qué vamos a hacer para que Mailen pueda quedarse con la casa sin problemas? —preguntó Óscar unos segundos después.

—Si nos ceñimos estrictamente a la ley de herencia, no hay nada que se necesite hacer. El total de sus propiedades se divide en cinco partes, Mailen toma dos, Elizabeth, Alicia y Enrique una cada uno. ¿Tiene alguna otra propiedad, además de la casa?

—Algunos ahorros, no muchos. Y está el dinero de la AFP, para mi jubilación.

—En eso nadie se mete. Usted no puede nombrar herederos, solo los que estipula la ley. En este caso, Mailen recibiría una pensión de viudez, ya que sus hijos son los tres mayores de edad.

—Pero la chica es estudiante.

—¿Qué edad tiene Alicia?

—Veintitrés años.

—Alicia podría recibir pensión por un tiempo. ¿Cómo quiere usted que se repartan los otros bienes? ¿Le parece adecuado lo que estipula la ley? Porque se puede hacer un testamento y recurrir al cuarto de mejora y al cuarto de libre disposición para que una parte mayor pase directamente a Mailen.

—La verdad es que yo quisiera que Mailen recibiera todo. Eli ya trabaja y es independiente, Enrique comienza a trabajar ahora, en enero. De mí solo dependen Mailen y Alicia, pero la chica trabaja y se paga muchos de sus gastos. Eli ayuda y confío en que siga haciéndolo, lo mismo Enrique, ya que empieza a trabajar en serio, que ayude al resto. Preferiría que Mailen administrara todo el dinero para ella y para Alicia.

—Lo primero que debo aclarar es que eso es imposible. Según la ley en Chile, usted no puede dejar a los herederos legales, es decir sus hijos, fuera. Como le decía, puede hacer un testamento y dejar una mayor porción a la señora Mailen, pero nada más. Por otro lado, ¿usted habló de esto con ellos? Se lo pregunto porque ellos podrían impugnar el testamento. No creo que lo hicieran, pero en cualquier caso, es mejor asegurarse.

—Con Enrique. Él está de acuerdo. Las niñas no me quieren ni escuchar decir la palabra testamento.

—Me lo imagino. Yo no quiero escucharlo decir testamento. Pero puedo dejar mis sentimientos de lado y actuar profesionalmente. Si solo tiene estas dos propiedades, es decir, la casa y la cuenta bancaria, nada más fácil. Podemos hacer el testamento en una media hora. Puedo conseguir un notario que venga acá a certificar el testamento y traer de la oficina un par de testigos, aunque sería bueno que alguien cercano a usted firmara.

—Podemos llamar a mi hijo.

—Perfecto. ¿En qué banco tiene la cuenta? —El hombre lo mencionó y Cristóbal sonrió—. Pensé que quería darme algo de trabajo. Mi amiga Emilia es dueña de casi la mitad de ese banco, puedo conseguir los datos de su cuenta en un abrir y cerrar de ojos. —Sacó el teléfono móvil y

marcó un número—. ¿Gert? —dijo al aparato cuando le contestaron—. Habla Cristóbal Gumucio, necesito una información urgente que puedes proveerme.

Después de terminar la llamada, Cristóbal habló con su secretaria que hizo todos los arreglos para que el notario y otro trabajador de la firma legal fueran al hospital junto con ella, que redactaría el sencillo testamento en pocos minutos.

Finalmente, Cristóbal le pasó el teléfono a Óscar, para que llamara a Enrique, que apareció quince minutos después.

Por un momento, Cristóbal creyó estar frente a las páginas de un libro de historia de Chile. Alguno de los grandes guerreros mapuches revivía ante él.

Enrique era más bien bajo, pero en cambio era grande y fuerte. Tenía el pelo negro y largo, más allá de los hombros, amarrado en una cola. Su piel morena y curtida por el sol le daba el aspecto como del tronco de un árbol milenario.

En la coronilla llevaba una especie de cinta con un símbolo sobre la frente, que Cristóbal había visto anteriormente, en las noticias, llevado con orgullo por algún vocero del pueblo mapuche.

—Le falta la chiripa y podría ser la reencarnación de Caupolicán —dijo Óscar divertido ante la reacción de Cristóbal.

—Lo siento, padre, sabes que el martes siempre uso mezclilla —contestó Enrique, con una voz profunda y ronca—. La *chürüpa* la dejo para ocasiones solemnes.

Se acercó a la cama y tomó la mano del hombre mayor, antes de depositar un tierno y respetuoso beso en su frente. Luego se giró hacia Cristóbal y estiró la mano.

—Un gusto —saludó. La sensación de estar en presencia de un árbol humanizado continuaba. La mano que Enrique le ofrecía era grande, fuerte y llena de callosidades que le daban la rugosidad propia de la corteza de un roble añoso.

—Y Alicia que piensa que hay que tenerle más miedo a ella... —fue la incongruente respuesta del abogado.

—Es que mi hermana sabe que en el fondo soy un osito de peluche —explicó Enrique riendo.

Por algunos minutos, los tres hombres conversaron tranquilamente. La familia en pleno había ido al parque, para que Cristian pudiera jugar.

—Pero andaba preguntando por ti —le contó Enrique—, a Antu casi le da un ataque cuando escuchó la palabra «papá» y trató de decirle «abuelo» y le mostraba una fotografía de mi papá, pero él insistía en papá. Tanto tiempo sin decir palabra y lo primero que dice es eso. Creo que es obra de Milla.

—Hablando de Alicia —intercaló Óscar con una mirada curiosa—. ¿No te bastó con mi hija mayor? ¿Ahora también la chica?

Cristóbal saltó para ponerse de pie, nervioso. Desde el sábado temía esa conversación.

—Fue idea de ella, lo juro —explicó atropelladamente, casi enredando las palabras—, ella piensa que... —Cristóbal calló, al notar que los otros reían.

—Oh, claro que lo sé. Mailen podrá entender a todo el mundo, pero nadie conoce a Alicia

como yo —dijo Óscar cuando dejó de reír—. No me gusta mucho la idea, pero si crees que Eli es terca, es porque no conoces a Alicia. ¿Y cómo está tu gata? Creo que fue la parte que más me gustó.

—Bien, mañana le toca... ¿No le interesa, verdad? —preguntó al ver el gesto del hombre.

—No en particular, preferiría que tuvieras un perro. —Óscar encogió los hombros—. Una perrita, podría ser un labrador, grande y maternal. Los niños necesitan tener una mascota así.

—Nosotros tuvimos muchos perros. Chuchos en su mayoría, recogidos en la carretera después de haber sido abandonados —aportó Enrique—, y también algunos gatos. Y cerdos, patos, pollos y conejos. Y hasta algún caballo viejo.

—Yo también tuve varias mascotas cuando era niño —contó Cristóbal—. Recuerdo en especial un perro pastor alemán que era magnífico. La casa de mis padres se prestaba para eso. Hasta que llegó Patricia. Creo que Juanita, la cacatúa de mamá, se murió por voluntad propia, antes de que la utilizaran en alguna ceremonia. —Tanto Enrique como Óscar lo miraron confundidos. Cristóbal, con una sonrisa, les explicó a qué se refería—. Aunque no tengo pruebas, estoy convencido de que ella es bruja.

—Seguro estás hablando de la querida Patricia —intervino una voz femenina desde la puerta de la habitación.

Los tres hombres se giraron para ver a una mujer pequeña y ligeramente subida de peso, vestida con un traje amarillo brillante. El pelo crespo y rojo flotaba sobre la cabeza, como si de una extraña nube se tratara. Las uñas largas y rojas, a tono con el pelo, destacaban en las manos de dedos cortos y regordetes. Enormes tacos elevaban su exigua estatura, en zapatos del mismo brillante color amarillo.

—Cuarenta minutos, Martita. —Cristóbal miró el reloj del teléfono—. Estás perdiendo tu toque.

—Ese Gert es lento como un caracol —reclamó la mujer, negando con la misma energía que parecía guiar su cuerpo—. Y ni te explico el taco en el que se metió el tonto del taxista. Yo le dije que tomara otra calle, pero él insistió. Creo que voy a cambiar la compañía que usamos, Cristóbal.

—Me da lo mismo, siempre que funcione —dijo el abogado, tomando los papeles que le extendía la mujer y revisándolos inmediatamente—; parece que todo está en orden.

—Yo los revisé en el taxi, Cristóbal —explicó el hombre mayor que acompañaba a Marta—, pero hay que leerlos en voz alta para que todas las partes estén en conocimiento y firmarlos.

Luego de las presentaciones de rigor, Cristóbal procedió a entregar copias del documento a los interesados y comenzó la lectura. Marta se dispuso a tomar nota, pero no fue necesario, ya que el documento estaba correcto y listo para ser firmado.

—Me lo llevo a la oficina para poner todos los timbres, porque no los tengo acá —le comentó el notario—, y mañana te lo envío a la oficina.

Antes de que Cristóbal pudiera decir nada, Marta se dirigió al hombre para cambiar sus planes.

—Lo acompaño —ofreció— y me llevo los documentos de inmediato.

Cristóbal y el notario se miraron, sonriendo.

—Ojalá todos los testamentos fueran así de sencillos —suspiró el notario—, todavía tengo pesadillas con el legado Mackenna.

—¿Me lo dice a mí? —respondió Cristóbal—. Yo aún no termino con el legado Mackenna, no hasta octubre de este año, cuando Emilia cumpla un año de matrimonio.

—¡Pero de qué hablan! —exclamó Marta con una sonrisa—, ese testamento es lejos lo más entretenido que he hecho en mi vida. Parece directamente salido de la mejor telenovela venezolana. Y..

—Marta. —Cristóbal estuvo a punto de reprenderla. El gran defecto que tenía la mujer era su mal tino para los comentarios. Sin embargo, no fue necesaria otra palabra.

—Lo sé, lo sé —dijo Marta rauda—; me callo y trabajo. Vamos, señor notario, que aún queda mucho por hacer. Ah, Cristóbal, le di el resto del día libre a este niño —agregó señalando al estudiante de Derecho que trabajaba como su ayudante—, espero que no haya problema.

—Para nada. ¿Está listo...?

—Todo listo —le respondió la mujer, otra vez sin dejarlo hablar—, te espero para la revisión y firma.

—Pero...

—Voy donde el notario, retiro los documentos, me vengo para acá y nos vamos a la oficina —agregó Marta mientras caminaba decidida hacia la puerta, casi arrastrando al notario con ella—. Nos vemos dentro de un rato.

Salió de la habitación dando un golpe a la puerta y dejó a los tres hombres un poco anonadados con su ruidosa salida.

—Llevo tres años con Marta como secretaria, pero creo que necesito treinta para acostumbrarme a ella. —Cristóbal se dejó caer en una silla, como agotado.

—Vaya mujer —dijo Enrique elevando una ceja—, te apuesto lo que quieras perder a que llega antes que las muchachas.

—Seguro que sí —contestó Óscar—, después de todo, tres mujeres comprando... No necesito explicárselo a nadie.

—Pensé que estaban en el parque —preguntó Cristóbal mirando de uno al otro.

—Lo que pasa es que Eli quiere ver si puede comprarse un automóvil económico —explicó Óscar—. Está harta de la locomoción pública en Chile.

—Y andar en taxi para todos lados es costoso —agregó Enrique.

—¿Y puede? —inquirió Cristóbal—, es decir, yo sé que es una reconocida cardióloga, pero no sé si su situación económica le permite comprarse un automóvil porque no quiere andar en bus.

—Por eso anda viendo si puede —aclaró Enrique—. Sabes que han llegado algunos modelos chinos ultraeconómicos, aunque tal vez necesite un crédito.

—¿Y no dan bonos de bienvenida en las empresas grandes? —Cristóbal miraba con atención a

su interlocutor, al mencionar una cifra—. Tal vez tú le podrías prestar el dinero.

—Es decir, fingir. Mentirle a mi hermana por ti. —Enrique lo miraba con los ojos empuqueñecidos, como evaluándolo.

—Considéralo un préstamo —pidió Óscar—, la verdad es que me molesta que anden para todas partes en bus. Y como nadie quiere ir a buscar mi camioneta...

—Mejor, considera que es todo el dinero que debí pagar como pensión alimenticia —agregó Cristóbal—, y me quedo corto, de hecho.

—Es un buen montón de dinero —concluyó Enrique con una mueca—, no sabía que tenías como para ir botando por ahí. Tal vez deberías comprarle una casa a mi hermana.

—Si ella quiere... —dijo Cristóbal, dejando la frase bailando entre ellos.

—Acabas de señalar el punto más importante. —Enrique cruzó los brazos sobre el pecho—. Si ella quiere. Y todas las discusiones que ha tenido con mi madre en estos días me lleva a concluir solo una cosa: no quiere. Yo no soy quién para andarme metiendo en las decisiones de mi hermana.

—Enrique... —murmuró Óscar.

—No, papá. Todos han tomado su propia decisión en este asunto —le respondió Enrique, con voz parca—, tú y mamá decidieron meterse en el problema de Cristian. Alicia, incluso, decidió meterse en un asunto de pareja. Yo los entiendo. Cristóbal tiene obligaciones y también tiene derechos. La única responsable del incumplimiento de estos es Antumalen. Pero también es problema de ella. Te agradezco lo que has hecho por mi familia en estos días. Y también lo que intentarás hacer en los tiempos por venir. Pero mi respuesta es no. Yo me voy a mantener al margen de todo. No me va a costar mucho, ya que me voy a Antofagasta la próxima semana.

—Tu hermana no va a aceptar la ayuda de Cristóbal —replicó Óscar con el mismo tono—, por mucho que Cristian tenga derecho a beneficiarse de la buena fortuna de su padre.

—Papá, tú sabes que Antu ni siquiera quiere reconocer que sea el papá.

Por unos minutos, padre e hijo siguieron discutiendo, Cristóbal los escuchaba muy atento al comienzo, pero cada vez le costaba más concentrarse en la conversación. Sus propios pensamientos lo interrumpían. Finalmente, decidió terminar con una discusión de la que él era el único responsable.

—Óscar, Enrique, no quiero que ustedes tengan problemas por mi culpa —dijo Cristóbal, después de mucho considerarlo—. Les agradezco lo que han hecho, pero les voy a pedir que se mantengan al margen. Tal como dice Enrique, el problema es de Elizabeth y mío. Les pido que le digan a Mailen y a Alicia lo mismo, aunque yo voy a hablar con ellas apenas tenga una oportunidad.

—Eso quiere decir ¿qué? —le preguntó Óscar frunciendo el ceño—. ¿No vas a volver por acá? ¿Vas a recurrir a un tribunal para obtener tus derechos?

—No creo que eso haga muy feliz a Eli —agregó Enrique.

—Yo tampoco —consintió Cristóbal—, y no mezclemos las cosas. Si usted quiere, yo sigo

viniendo. Y cualquier cosa que necesite, no dude en pedírmela. Tanto consejo legal como ayuda económica. Préstamos, si quiere de esa manera.

—Gracias —dijo Óscar, con el asentimiento de Enrique.

—Por otro lado, voy a tener que seguir en conversaciones con Eli, a ver qué hacemos con Cristian y todo lo demás, llámese automóvil, casa, escuela, pensión alimenticia. Preferiría que ella consintiera en reconocer mis derechos y exigir mis obligaciones. De lo contrario, no me va a quedar otra solución que recurrir a una corte, pero me voy a dar un tiempo. Hasta marzo, creo.

—¿Por qué marzo? —preguntó Óscar curioso.

—De partida, porque es un tiempo prudente —contestó Cristóbal inmediatamente—, y segundo, porque en febrero el Poder Judicial toma un receso, aunque ya no es total, como antes, igualmente cuesta mucho más de lo habitual conseguir hora con un juez. Y nosotros, es decir mi firma, sigue manteniendo el feriado en febrero para todos los trabajadores.

—¿Por eso Alicia piensa que vas a ir a Viña por esas fechas? —quiso saber Enrique.

—Claro. No había hecho planes de viajar este año, y con todo lo que ha pasado, no los voy a hacer.

—Creo que es una buena idea —continuó Enrique, después de pensarlo unos minutos—. Sé que son cuatro años, pero no vas a recuperarlos nunca. Lo mejor es que te tomes las cosas con calma. Respecto de mi hermana, lo mejor es que te olvides de ella.

—¿No era que no te ibas a meter? —Óscar miró a su hijo mientras lo interrogaba.

—Esto no es meterme, esto es dar un consejo, si lo toma o lo deja es cosa de él —replicó Enrique.

—¿Por qué piensas que debo olvidarla? —preguntó Cristóbal, reclinándose abatido en la silla que ocupaba antes—. ¿Por qué piensas que *puedo* olvidarla? No he podido hacerlo en este tiempo, sin saber nada de ella. Podría haberse casado. Eso fue lo primero que pensé, hasta que Óscar mencionó la edad de Cristian.

—Ella te dejó estando embarazada —le dijo Enrique compasivo—, para cualquier otra mujer habría sido todo lo contrario, más aún considerando que provienes de una familia adinerada.

—Pero ella me quería, lo sé...

—Tal vez te quiso lo suficiente para estar contigo, pero no para comprometerse —Enrique seguía hablando con una voz suave, quizás tratando de amortiguar el golpe—, considera esto. Tanto Alicia como yo habíamos comenzado nuestros estudios antes de que ustedes se separaran. Yo llevaba tres años en Santiago. ¿Por qué no nos conocimos antes? Ni siquiera sabía de tu existencia. Ella nos contó que tenía un amigo, pero nada más.

—Alicia...

—Como mujeres, hablaban de otras cosas, pero tampoco la conociste a ella, ¿no? Alicia llevaba más de un año en Santiago.

Cristóbal se cubrió la cara con una mano, luego se restregó los ojos con los dedos pulgar e índice, pensando en todo lo que Enrique decía. Recordando ese tiempo. Años, por lo que se

enteraba en ese momento.

Nunca conoció a la familia de Elizabeth, ella decía que vivían muy lejos. La misma Elizabeth no viajaba a visitarlos.

Por supuesto, se enteró de que sus hermanos entraron a la universidad, pero él no sabía que era en Santiago. Cuando le contó que Enrique había entrado a estudiar Geología, pensó en Antofagasta. ¿Qué más lógico que la capital minera de Chile?

Y Alicia estudiaba Informática. Eso se puede estudiar en cualquier parte.

«También Medicina, tonto», se dijo.

—Geología e Ingeniería no están en el mismo campus que Medicina y Derecho —no era una pregunta, era una afirmación.

—No —contestó Enrique—, y tú ya habías salido de la universidad, por lo que sé.

¿Había sido tan ciego? ¿Tan tonto? Ni siquiera recordaba haber conocido a algún compañero de carrera más allá de los superficiales saludos de pasillo.

En cambio, él le había presentado a sus compañeros, amigos y familia. A Abel, su abuelo, aunque parco y frío como siempre, le gustaba mucho. Hasta Alfredo le tenía gran estima. Patricia no, por supuesto.

Y Emilia. Habían compartido buenos momentos los tres, a veces con Berta, amiga y colaboradora de Emilia en la empresa, y Pedro, su marido.

Emilia los había invitado a la mansión, siempre que el viejo Felipe no estuviera. Los había invitado a viajar en su avión privado, les había prestado las diversas casas que poseía a lo largo de Chile para vacaciones.

Habían estado varias veces en la casa de Recreo, en Viña del Mar, habían salido a navegar en el yate de Emilia.

Por aquellos días, le pareció lo más normal, pero en ese momento lo veía más claro.

La había arrastrado a su mundo, un mundo de riqueza y poder, totalmente lejano de la realidad de Elizabeth. Ya recordaba lo extraña que le parecía la actitud de la muchacha. Como si fuera una espectadora en una obra de teatro.

Excepto cuando estaba con él.

¿Tuvo miedo cuando supo que estaba embarazada? ¿Pensó que tendría que quedarse a vivir para siempre en un mundo que no era el suyo, que le era tan ajeno? ¿Por eso fue que lo dejó?

Se rio de la ironía. Sí, su familia tenía propiedades, vivían tranquilos y no conocían necesidades, pero si comparaban la fortuna de los Gumucio con la de los Mackenna, parecían indigentes.

¿No se dio cuenta Elizabeth de que todos los favores que aceptaba de Emilia eran para impresionarla?

Pero Elizabeth, tal como acababa de señalar Enrique, era distinta del resto. A ella no le maravillaba la riqueza. Al contrario. Siempre que estaba molesta con él le decía «niño rico»

Alicia decía que Elizabeth se hizo amiga de Emilia después de que esta lo empujara a la

piscina, pero en realidad fue cuando reconoció en su amiga-hermana a una inteligencia superior. «Es casi tan inteligente como yo», había dicho un día en broma.

—¿Por qué las caras largas? ¿Se murió alguien? —La alegre voz de Marta lo sacó de sus funestos pensamientos—. Sonríe, niño bonito —agregó, revolviéndole el pelo.

—Hola otra vez, Marta —saludó Óscar a la recién llegada.

—Buenas, caballero. —Algo en la voz de la mujer llamó la atención de Cristóbal, que miró a Marta para encontrarla levemente sonrojada—. Disculpe mi comentario, yo...

—El problema es que su lengua es más rápida que su cerebro —explicó Cristóbal.

—Eso mismo, mi jefe me conoce, sabe que no pienso la mitad de las cosas que digo. Lamentablemente, suelo decir todo lo que pienso —explicó la mujer hablando con la misma velocidad que la metía siempre en problemas. La profunda risa de Enrique llamó su atención y se volvió para mirarlo anhelante—. Ay, señor, si no fuera yo casada... —suspiró.

—Marta —dijo Cristóbal aguantando la risa.

—Lo sé, lo sé, me callo y trabajo —respondió la mujer—. El notario se quedó con una carpeta. Tengo una para el caballero. —Se la entregó—. Una para el heredero.

—Yo la guardo —indicó Enrique con voz profunda y calmada—, y la de mi papá también.

—Y una para nosotros —agregó después de entregarle las carpetas al hombre.

—Con eso queda todo listo, aunque estoy seguro de que no vamos a necesitar nada de esto —comentó Cristóbal poniéndose de pie—. Nosotros nos vamos, porque aún tenemos mucho trabajo pendiente.

—¡No puedo tener tan mala suerte! —exclamó una conocida voz femenina desde la puerta que abría completa para dejar entrar a su madre, hermana y sobrino.

—Hola, Alice —saludó Cristóbal.

—¿Ya te vas? —preguntó Elizabeth sonriendo irónica—. Voy a comprar un billete de la lotería, creo que mi suerte está mejorando.

Cristóbal no respondió de inmediato. De hecho, ignoró por completo el comentario de Elizabeth y se giró para presentar a su secretaria, que estaba casi oculta detrás de él.

—Marta, permíteme presentarte a la señora Mailen, la esposa de Óscar y madre de Enrique. — Señaló a la mayor de las mujeres—. Mailen, ella es mi secretaria, Marta.

—Un gusto —saludó Mailen, aceptando la mano de Marta.

—La heredera —respondió Marta apretando la mano de la mujer vigorosamente—, un gusto.

—¿Heredera? —preguntó Mailen, mirando a Cristóbal.

—Marta... —dijo Cristóbal al mismo tiempo que Mailen.

—Lo sé, lo sé, me callo y trabajo —murmuró la mujer.

—Marta, ella es Elizabeth, la hija de Óscar. —Cristóbal continuó con las presentaciones, con la esperanza de que Mailen olvidara el comentario de Marta.

—Un gusto. —Elizabeth extendió una mano—. Tú eres la que aguanta a este niño mimado.

—La misma —confirmó Marta sonriendo—. Hablando de niños mimados, ¿quién es esta

belleza? —La mujer miró al pequeño Cristian que se escondía en el bosque de piernas femeninas.

—Mi hijo —explicó Elizabeth tomando al niño en brazos.

—Hola, niño lindo. —Marta sonrió a Cristian, luego miró a Cristóbal y al niño otra vez, entrecerrando los ojos—. Jefe, parece que anduviste haciendo travesuras por aquí. Su hijo es igualito a Cristóbal, ¿sabía? —agregó mirando a Elizabeth, que se había puesto pálida y no fue capaz de decir palabra—. Y no me refiero a que se parezca a como está mi jefe ahora, sino a cuando era niño. Don Alfredo tiene la oficina llena de fotos de él cuando era niño, ¿sabe?

—Marta —susurró Cristóbal en medio de un incómodo silencio.

—¿Me callo y trabajo? —preguntó la mujer con un gesto de duda en su rostro—. ¿O estoy despedida?

—Hola. Alicia. Un gusto. —La más pequeña de los Fernández Minchequeo ofreció la mano a Marta, rompiendo el tenso ambiente—. Creo que vamos a ser buenas amigas. Cualquiera capaz de dejar a mi hermana muda es mi héroe.

—Un gusto —replicó Marta con suavidad, casi tímida.

—Y creo que tú eres la mía. —Primero, Cristóbal suspiró, con los ojos entornados. Adoraba a Marta, de eso no había duda, pero a veces le gustaría que aprendiera a quedarse callada de verdad, no solo a bromear con ello. Después, miró a Alicia mordiéndose los labios—. Como dices, cualquiera capaz de dejar a mi secretaria muda, es mi héroe.

—Pero ella habló, Cristóbal —dijo Alicia sonriendo.

—Créeme, eso es muda para Marta. —Cristóbal se acercó a la cama—. Me voy, Óscar, nos vemos. Espero que salga bien todo mañana. —Le ofreció la mano, pero el hombre tiró de él, acercándolo.

—Despídete como corresponde, no sabes si vas a volver a verme —pidió Óscar con la voz ligeramente tomada.

—Papá, no hay necesidad de ponerse sentimental. —Alicia le guiñó un ojo a Óscar.

—Pero es verdad —replicó el hombre—. Cristóbal podría salir a la calle y hacerse atropellar.

—¡Vaya, gracias! —exclamó Cristóbal en medio de las risas de los demás.

—Hablando en serio —dijo Óscar—. ¿Vienes mañana, cierto? —agregó mirando a Elizabeth de reojo.

—Por supuesto —respondió Cristóbal apretando la mano de Óscar.

—Jefe, lo siento, pero mañana tienes que acompañar a Berta en una reunión del grupo Mackenna—. Marta se había adelantado unos pasos para hablar con él—. Recuerda que la señorita Emilia te dejó a ti los poderes.

—La señora Emilia, Marta, y gracias por recordármelo tan pronto.

—Ya sabes qué opino de eso y te lo dije ayer en la mañana. Hoy te lo recordé, pero en estos días andas en las nubes. —Marta encogió los hombros—. Puedo estar pendiente y te aviso si es necesario.

—Gracias, Martita, eres un sol. —Cristóbal puso una mano sobre el hombro de la mujer.

—¿Lo dices por lo brillante que soy o por mi cintura redondeada? —preguntó Marta riendo.

—Por lo brillante de tu traje, la verdad —contestó Cristóbal, riendo a su vez.

—¿Verdad que es lindo?, me lo regalaste tú para mi último cumpleaños. —Marta llevó las manos a la cintura y se dio una vuelta, mostrando el traje.

—¿A eso fue a parar la tarjeta?

—Así es, jefe.

Después de que Marta tomara apunte del celular de Alicia, con quien estaría en contacto durante la mañana siguiente, continuaron las despedidas. Marta le dio la mano a cada uno de los presentes y le deseó suerte a Óscar.

Cristóbal se despidió de Enrique con un apretón de manos, y de Mailen y Alicia con un beso en la mejilla, lo mismo que de Cristian, quien llevaba varios minutos tratando de llamar su atención. Cuando se giró hacia Elizabeth, solo el nombre susurrado de la mujer fue la despedida. Ella inclinó la cabeza.

Antes de irse, se acercó una vez más a Óscar y lo abrazó con ojos brillantes.

Al verlo emocionado, Marta estiró la mano, como pidiendo algo.

—Dame las llaves, jefe, tengo que cuidarte mucho —dijo la mujer.

—Divórciate, Martita, y cástate conmigo —le respondió Cristóbal al tiempo que le entregó las llaves y rodeó los hombros femeninos con un brazo, para encaminarse hacia la puerta—. Te quiero, ¿sabes?

—Claro que lo sé. Soy la mejor secretaria del mundo. Así lo dice la placa que me regalaste para el Día de la Secretaria.

Mientras caminaban, la voz de la mujer comenzaba a perderse, hasta que la puerta cerrada les impidió escuchar la respuesta de Cristóbal y los dejó solo con su lejana risa.

—¿Simpática, no? —preguntó Alicia—, y suena bien: «Martita, por favor, comunícame con mi esposo»

—No es para ti, lo sabes —le dijo Mailen, reprendiéndola.

—¿Y por qué no? —preguntó encogiéndose de hombros—. Antu dejó perfectamente claro que no le interesa. Y lo de ellos fue hace mucho tiempo, no es como que se lo esté levantando a mi hermana.

—¡Alicia Millaray! —gritó Óscar escandalizado.

Las reprimendas de sus padres y de Enrique no se hicieron esperar, Elizabeth fue la única que se alejó de la discusión.

Escuchaba a la familia discutir, sin enterarse en realidad qué decían, suponía que trataban de convencer a Alicia de la inconveniencia de sus aspiraciones. Pero no le importaba. No le importaba nada. Sabía que si Alicia seguía por ese camino iba a terminar sufriendo, como ella.

Aunque dudaba de que Cristóbal la tomara en serio, no quería que Alicia tuviera que pasar por algo así. Pero, como siempre, era imposible conseguir que no hiciera algo que ya había resuelto hacer.

Casi más difícil que convencerla de hacer algo que ella no quería hacer

Claro que Elizabeth, en realidad, no la criticaba. Ella también era así. En su caso, lo peor fue que había actuado contra su propio buen juicio.

Miró a Cristian, que aún esperaba la vuelta del hombre, atento a los ruidos provenientes del pasillo.

Esos días casi en lo único que podía pensar era en el último comentario de Cristóbal, el sábado anterior.

¿En verdad sería capaz de acusarla de rapto?

Ella había salido de Chile embarazada, por lo que técnicamente no era rapto, pero sabía que un buen abogado podía convencer a un juez de casi cualquier cosa.

Y por cierto que Cristóbal era un buen abogado.

Otro pensamiento iba y venía en su mente. Escuchaba con toda claridad la voz de Cristóbal diciendo «mi Rosita» con tanta ternura, como en otro tiempo había dicho su nombre.

Ya le parecía sentir los labios pegados en el oído susurrando: «Te quiero, Eli, te quiero».

Las lágrimas le quemaron los ojos, urgiéndola para que las liberaran. Inhaló con fuerza y miró el techo, ocultando del resto del mundo esos tormentosos recuerdos.

Unas pequeñas manitas apoyadas en sus piernas la devolvieron al presente.

Tomó a Cristian en brazos y el niño, intentando rodearle el cuello con sus cortos brazos, apoyó la cabeza en el hombro materno.

Por él debía ser fuerte. Debía vencer todos los demonios que la amenazaban. Debía convencer a Cristóbal que la dejara en paz e irse a Estados Unidos apenas Óscar recuperara su salud.

## Capítulo 4

La mañana de ese miércoles no fue nada fácil para la familia Fernández Minchequeo, menos aún para Elizabeth.

Nunca se había cuestionado lo que pasaba del otro lado de la puerta. Se olvidaba de todo excepto de su paciente en el momento de entrar a un quirófano. La familia venía después.

Mailen, con infinita paciencia, esperaba sentada muy recta, con el oído atento al menor ruido, sin mirar a nadie en particular.

Enrique se paseaba de un lado al otro de la pequeñísima sala de espera, mirando su reloj cada dos minutos.

Alicia tampoco conseguía quedarse quieta. Se sentaba, se ponía de pie, caminaba por todas partes, tomaba el celular y comenzaba a marcar un número y se detenía, para volver a sentarse.

Elizabeth se quedó de pie junto a una ventana desde la que se podía ver el alegre jardín que daba la bienvenida a la clínica, donde un brillante sol iluminaba hasta el último rincón.

Había dejado a Cristian sentado en la alfombra, rodeado de todos sus juguetes favoritos. El niño canturreaba alegre, ajeno totalmente a la intranquilidad de los adultos.

El sonido del teléfono de Alicia alteró aún más los nervios de todos los presentes. Por sus palabras quedó claro que hablaba con Marta, que solicitaba información a nombre de Cristóbal.

Elizabeth sonrió por primera vez en el día al recordar a la curiosa mujer.

Nunca se habría imaginado, al verla en la calle, que era la secretaria de un reputado abogado.

Por otro lado, le cuadraba totalmente como secretaria de Cristóbal. A él siempre le habían gustado las mujeres únicas. Cuando lo conoció, eso fue lo primero que pensó. Que le gustaba porque era la única mujer mapuche que había conocido. Él mismo le había confesado que su largo y negro cabello fue lo que le llamó la atención.

Claro que ella no era mejor, en todo caso. El día que lo conoció, los impresionantes ojos verdes —claros, cálidos— consiguieron que lo recordara por horas. Para ella eran una gran novedad.

Y en cuanto lo dejó hablar, sus sonrisas y sus modales la transportaron a otro mundo. Él abría las puertas, la ayudaba a sentarse, a subir o bajar del automóvil.

Tenía un carisma natural, pero la esmerada educación que había recibido elevó ese encanto hasta hacerlo irresistible. Y eso era a los veinte años. A los treinta, debía ser letal.

Siempre se fijaba en todo y en todos, era muy amable y atento. En las primeras semanas que fueron amigos, cada vez que se veían tomaba sus libros. Grandes y pesados volúmenes de medicina, pequeños cuadernos de notas y la bata blanca de laboratorio. Los recuerdos comenzaron a acumularse en su cabeza...

*—Te hace falta una buena mochila —le había dicho Cristóbal.*

*—Es un lujo que no puedo darme —le contestó ella, con pesar.*

*Al día siguiente, había llegado con una mochila muy bonita y grande.*

*—Para ti —le dijo con una de esas mágicas sonrisas que la volvían loca.*

*Ella no quiso aceptarla, pero después de que insistiera, y mucho, finalmente acomodó los libros y otras cosas dentro.*

*Después habían sido las botas. Solo tenía zapatos baratos, que se mojaban a la más mínima lluvia. Aunque estaba acostumbrada a eso, de todas maneras era muy incómodo.*

*Cómo adivinó exactamente qué número calzaba, nunca lo supo.*

*Y unos días después, el impermeable.*

*—No puedo permitir que la brillante futura cardióloga Elizabeth Fernández Minchequeo, se resfríe, ¿no?*

*Su gusto era impecable y nunca se equivocaba con las tallas. Elizabeth sospechaba que Emilia tenía algo que ver en eso.*

*Y siempre, el día miércoles, llegaba con una bella rosa, pero nunca decía esas frases cursis y trilladas, del tipo «una flor para una flor». Ella, simplemente, le habría dado con la mochila en la cabeza, habría tirado la flor a la basura, después de pisotearla, y se habría ido para nunca volver.*

*Cientos de pequeños detalles: un lápiz, un cuaderno, alguna revista de medicina, habían abundado a lo largo de los años de su relación.*

*Al comienzo ella rechazaba todo, en forma automática. Después, había visto en esos gestos algo más. Preocupación. Interés. Interés auténtico por ella, la verdadera Elizabeth, no solo la brillante alumna, la novedad que representaba una mujer mapuche, con su pelo negro como la noche.*

*En septiembre del año que lo conoció, había conseguido un trabajo en el hospital donde, años después, estaría Óscar. No era gran cosa, en la recepción, clasificando pacientes. Sus conocimientos médicos le permitían dilucidar mejor el posible tratamiento que debían recibir.*

*Cristóbal trató de convencerla de no aceptar, porque era de lunes a viernes de las ocho a las doce de la noche.*

*Elizabeth le había dicho que no le importaba lo que él dijera. Para ella era una buena oportunidad de aprendizaje, el horario era muy compatible con sus estudios, la paga era buena, al menos para ella, ya que Cristóbal hizo un gesto despectivo al escuchar la cantidad, y la naturaleza administrativa del trabajo le permitía ciertos momentos de ocio en los que podía*

*estudiar.*

*Pero Cristóbal, como no, había insistido.*

*—Si tienes problemas económicos yo te puedo ayudar —le dijo—, mi papá nunca objeta mis gastos. —Y si de los estudios se trataba, ¿no era mejor dedicar las cuatro horas completas a ellos y no solo ratos libres dentro de la jornada laboral?*

*Pero Elizabeth no quiso ayuda ni consejos.*

*—¡Suficiente, Cristóbal!—había gritado un día muy molesta por sus insistencias—, he vivido toda mi vida haciéndole caso a una persona: a mí. Ni me interesa ni quiero tu ayuda. Así son las cosas. Si no te gusta, te puedes ir por donde mismo viniste.*

*—Yo lo único que quiero es ayudarte —había respondido él, entrecerrando los ojos—; no quiero controlarte ni decidir por ti.*

*—Eso es bueno, porque de todas maneras no te lo voy a permitir —replicó ella, sin dejar de usar el mismo tono.*

*—¿Y me vas a permitir llevarte al trabajo y de vuelta a la casa? —le preguntó con un tono dulce—. Vas a salir muy tarde y es peligroso que andes sola en la calle a esa hora.*

*—Creo que es una pérdida de tiempo, Cristóbal.*

*—Pero es mi tiempo para perderlo como quiera. —Sonrió travieso—. No me puedes decir lo que puedo o no hacer, no después de tus palabras.*

*—Es algo tonto.*

*—Yo soy algo tonto —siempre decía lo mismo, siempre sonriente.*

*—Cristóbal...*

*—Elizabeth... mira, la cuestión es la siguiente: todos los días a las siete treinta de la tarde voy a estar estacionado frente a la pensión y voy a seguir el bus que tomes hasta el hospital. Y a las doce, voy a estar afuera del hospital y voy a seguir el bus que tomes para ir a tu casa. O bien, voy a hacer el mismo recorrido, pero contigo de copiloto, no sentada en el bus. Tú decides.*

*Después de eso, había cambiado el tema con brusquedad, pero había cumplido su palabra y Elizabeth encontró absurdo, y una auténtica perdida de combustible, no ir con él en el automóvil, así que había subido y se había dejado conducir.*

*La primera noche, Cristóbal había ido a tomar un café a una pequeña fuente de soda cercana al hospital y se puso a conversar con la dueña. Cuando se dio cuenta ya eran las diez y treinta, por lo que si iba a su casa, tendría que saludar rápidamente y volver a salir para llegar a tiempo, por lo que decidió quedarse en el lugar, leyendo el resumen de un juicio, que por casualidad tenía en el vehículo.*

*Y la segunda noche había llevado unos libros, con plena intención de quedarse estudiando en la fuente de soda, esperándola.*

*Sabía que Emilia le había recomendado regalarle un automóvil, o prestarle alguno de los que estaban sin uso en el garaje de Alfredo, pero Elizabeth lo había rechazado.*

—No sé manejar —había alegado, pero Cristóbal se ofreció en seguida a enseñarle—. Una mochila, un lápiz y hasta un libro es una cosa —agregó cuando ya había sacado la licencia—, pero un automóvil es otra muy distinta.

—¿Sabes qué? —respondió Cristóbal—, tampoco quiero prestarte el automóvil, prefiero llevarte yo, así puedo verte y tal vez un día me regales un beso de buenas noches.

Un beso. Hasta ese momento solo la había besado en la mejilla. No era que él no quisiera besarla en la boca, ella lo sabía. Un día se le había acercado con esas intenciones, pero ella desvió la cara y el beso fue a dar a su mejilla.

De hecho, ni siquiera habían tenido una auténtica primera cita. Siempre se veían en el campus, estudiaban juntos, la acompañaba a la pensión estudiantil donde vivía, la llevaba a donde ella necesitara ir, pero cada vez que le proponía una salida, ella lo rechazaba.

Al único lugar donde iban era a la casa de Emilia. En el fondo, le tenía lástima a la princesa Emilia. Tenía todo, menos una familia cariñosa, menos alguien que la quisiera de verdad.

Excepto Cristóbal, por lo que ella podía ver.

A veces pensaba que era solo una distracción para Cristóbal, que él ya había decidido casarse con Emilia, pero que el momento no había llegado aún, por lo que aprovechaba para divertirse.

Pero Emilia le había dejado bien claro que ella no quería y no iba a casarse nunca con Cristóbal, a pesar de los deseos de Felipe Mackenna.

Con mucho pesar, tuvo que reconocer el alivio que le provocó ver a Emilia empujar a Cristóbal a la piscina. Eso le había indicado sus verdaderas intenciones.

Durante un par de meses, el arreglo funcionó a la perfección. Cristóbal la llevaba al trabajo y la esperaba en la fuente de soda estudiando. Después la llevaba a la pensión.

Todas las noches la miraba con ansiedad en sus ojos, pero Elizabeth se ponía en puntillas y le daba un beso en la mejilla. «Buenas noches», susurraba y entraba en la casa.

Un día a finales de noviembre, algo pasó en el hospital y por primera vez usó el descanso reglamentario para salir del lugar.

Caminó el par de cuadras que la separaban de Cristóbal arrebujándose en el impermeable que él le había regalado. No llovía, pero las noches eran muy frías para la época del año y Elizabeth usaba la única chaqueta realmente buena que tenía.

Sabía que debía tener una expresión distinta en el rostro, Cristóbal también lo notó a través de la ventana. Con rapidez, se había puesto de pie y se acercó a ella preocupado.

—¿Ocurre algo malo? —le preguntó al llegar a su lado, justo bajo un farol que iluminaba la calle en la fría noche.

—Ocurre algo, pero no malo —aseguró, apretándole la mano para tranquilizarlo. Y le contó del hombre que había llegado a Emergencia con un agudo dolor en el pecho.

Ella lo había catalogado de inmediato como un infarto cardiaco y había puesto su ficha en primer lugar. El hombre no quiso sentarse y se paseaba sobándose el hombro izquierdo.

*Elizabeth siguió trabajando sin perderlo de vista ni por un minuto, por eso notó cuando la expresión en el compungido rostro cambió para peor, el dolor se hizo más agudo y su piel tomó un feo color azulado.*

*A gran velocidad salió de detrás del mesón y comenzó a hacerle resucitación cardiopulmonar al tiempo que le gritaba al guardia que llamara a un médico y que llevara una camilla.*

*—Me duelen mucho los brazos —había explicado a Cristóbal—, pero el jefe de Urgencias me dijo que probablemente mi rápido actuar le había salvado la vida. —Lo miró con los ojos brillando de felicidad—. Por esto quise ser médico, esto es lo que quiero hacer el resto de mi vida.*

*Niña del Sol. Siempre había sabido lo que significaba su nombre. Sus padres siempre hacían bromas, diciendo que Óscar era el Sol, Antu, convertido en hombre y como la verdadera intención de los padres de Mailen era nombrarla Kuyén, la Luna, pero la jugarreta a una antigua amiga se les había ido de las manos, el universo se había confabulado para corregir muchos errores, ya que en esa ocasión el Sol no dejaría a la Luna por el Lucero de la Mañana, nunca se separarían hasta el fin de los tiempos y que las lágrimas de Kuyén no se convertirían en ríos ni lagos, sino que sus hijos recibirían cálidos cuidados paternos.*

*Sin embargo, por primera vez sentía lo que significaba ser la «Niña del Sol», bañada por su luz.*

*Había sido un momento mágico. La temperatura era bajísima, pero las manos de Cristóbal en sus hombros irradiaban un calor que se desperdigaba por todo el cuerpo. Su pelo rubio fulguraba cual astro bajo las luces de la farola.*

*Los claros ojos verdes de Cristóbal brillaban, atrayéndola con su ternura.*

*Un movimiento casi imperceptible la acercó más a él, el hombre bajó los pocos centímetros que aún los separaban y rozó sus labios con los suyos.*

*Apenas un roce, una delicada caricia, y la tierra se remeció bajo ella.*

*—Vamos —había dicho Cristóbal tomándola de la mano—, tomemos un café antes de que vuelvas al hospital.*

*A Elizabeth solo le quedó seguirlo.*

*—¿Quieres comer algo? ¿Tal vez un sándwich? —ofreció mientras sostenía la puerta para ella. Le hizo una señal a la dueña del local.*

*—Dime, Cris —preguntó la mujer.*

*—Dos cafés. —Cristóbal miró a Elizabeth y ella asintió—. Y un jamón y queso caliente.*

*—¿Puede ser algo más consistente? —susurró Elizabeth, tímida.*

*—Claro. ¿Lomito y queso? —respondió inmediatamente Cristóbal. Cuando ella asintió, le habló de nuevo a la mujer y cambió la orden—. Pensé que era tu sándwich favorito. Siempre lo pides, desde la primera vez que aceptaste tomar un café conmigo.*

*—Es lo más barato —respondió ella encogiendo los hombros.*

*—Cariño, no es necesario. —Cristóbal le tomó la mano—. Siempre pide lo que quieras. Mi*

*papá paga —agregó riendo.*

*Algunos minutos después volvió al hospital y, poco pasada la medianoche, salió nuevamente y se dirigió con paso firme al automóvil gris que la esperaba.*

*Cuando llegaron a la pensión donde vivía, Cristóbal la acompañó hasta la puerta. Fue ella misma quien tomó más tiempo para despedirse. Apretó su mano, hasta que los dedos fuertes y cálidos de Cristóbal rodearon los suyos, pequeños y helados.*

*—Podríamos ir al cine el sábado —propuso de pronto.*

*—Claro —respondió Cristóbal con una sonrisa satisfecha—. ¿Quieres ver una película en particular?*

*—Ninguna —dijo ella—, sorpréndeme.*

*—Mañana reviso la cartelera, para saber qué hay, y te aviso.*

*—Recuerda que mañana tengo laboratorio toda la mañana.*

*—Cariño, me sé tu horario mejor que el mío. —Cristóbal levantó una mano y le acarició la mejilla con una ternura infinita, que hizo que Elizabeth entrecerrara los ojos.*

*Cuando volvió a sentir sus labios sobre los de ella, inclinó un poco el cuerpo, para acercarse a él.*

*Cristóbal le había rodeado la cintura con un brazo, mientras seguía acariciando la tersa mejilla con la otra mano. Movía sus labios con suavidad sobre los de ella, como memorizando su forma, deleitándose en su sabor.*

*Un gemido de Elizabeth fue el aliciente para hundir los dedos en el pelo de la mujer y tomarla con firmeza por el cuello, al tiempo que profundizaba el beso, penetrando su boca con la lengua.*

*Muchas imágenes más de ellos juntos se mezclaron en su mente. Largos paseos tomados de la mano. Horas y horas de estudio juntos, él memorizando leyes o interiorizando en casos reales, ella estudiando Biología o Anatomía.*

*«Préstame tu mano», solía decirle, y él se las arreglaba para seguir estudiando usando solo una mano, mientras ella tomaba sus dedos, los estiraba y contraía, recitando nombres de huesos, músculos y tendones.*

*El cine, las maravillosas cenas de los sábados por la noche.*

*En pocos segundos recibió cientos de besos, revivió cientos de sensaciones...*

La respiración desacompañada de su madre y el repentino silencio de Enrique le advirtieron que algo pasaba. Abrió los ojos a tiempo para ver la puerta moverse y revelar a no otro que el amor de su vida. «Maldito hombre», pensó, «por qué tiene que llegar en el momento menos apropiado».

Tuvo que apretar las manos para suprimir las ansias de saltar, buscando el consuelo que solo él

podía darle.

Vio a Cristóbal acercarse al niño, que estiró inmediatamente sus brazos para ser levantado. Lo tomó y lo abrazó, depositando un tierno beso en su coronilla.

Elizabeth se giró para mirar el jardín por la ventana. Era imposible sentir celos de un niño pequeño, se reprimió, sobre todo de tu propio hijo.

Y cuando volvió a mirarlo fue aún peor. No solo el niño había buscado refugio en él, también Alicia tenía los hombros rodeados por un brazo. «Dios, si tuviera el coraje de Fresia», pensó, recordando al histórico personaje mapuche. «O al menos el de mi abuela».

Pero dos segundos después agradeció no haber hecho el ridículo. Por mucho que su hermana lo intentara, Cristóbal no la veía como una mujer. Con la misma ternura mostrada a Cristian, la acercó un poco a su cuerpo y le dio un beso en la frente.

A su modo de ver, esa era la manera en que un hombre tan atento como Cristóbal trataba a una hermana. O a una cuñada, concluyó finalmente, antes de presenciar por tercera vez el mismo gesto, pero dirigido hacia Mailen.

Con Enrique chocaron las manos y se saludaron como viejos amigos.

Estuvo a punto de gruñirles a todos. ¿Cómo podía su familia traicionarla así?

—Elizabeth—murmuró dirigiéndose a ella.

—Cristóbal—replicó sin convencimiento, tratando de no mirarlo, no en ese instante que tenía tan fresco en su memoria el sabor de los besos recibidos.

—¿Ha cambiado algo?—escuchó que preguntaba a nadie en particular. Fue Alicia quien respondió.

—Nada, Cris, no nos dicen nada.—La voz de Alicia sonaba nerviosa, casi tanto como ella se sentía.

—Tranquila—susurró el hombre, acompañado del sonido de su mano acariciando el brazo de Alicia—, toma, ten a Cristian, voy a ver qué puedo averiguar—agregó, acomodándose la corbata, que seguramente sería más cara que el automóvil que ella no pudo comprar.

—¿Y qué puedes hacer tú?—preguntó Elizabeth beligerante.

—Soy el abogado de la familia Fernández Minchequeo, ¿no?—Cristóbal se encogió de hombros—. En clínicas como estas, abogado de familia es sinónimo de demanda legal, vas a ver cómo corren para traernos información.

Un par de minutos después, Cristóbal volvió seguido muy de cerca por una joven que se identificó como interna en cirugía gástrica, quien les explicó que la operación ya estaba muy cerca de terminar.

—Su esposo tuvo una pequeña complicación—le explicó la muchacha a Mailen—, nada de cuidado. El doctor estaba retirando los instrumentos cuando salí del quirófano.

—¿Qué complicación?—preguntó Elizabeth.

—Nada, en realidad.—La miró con un claro mensaje en el rostro: «Nada que ustedes puedan entender».

—¿Qué complicación? —repitió Elizabeth, con voz firme, haciendo que la doctora frunciera el ceño.

—Mi consejo legal es que le explique —intervino Cristóbal—, la señorita es la hija mayor del paciente, la cardióloga Elizabeth Fernández.

Las palabras de Cristóbal tuvieron el efecto esperado, la joven doctora disimuló como pudo el enrojecimiento de sus mejillas y le explicó a Elizabeth la cirugía paso por paso, se detuvo particularmente en la arritmia cardíaca presentada por Óscar, producto de la anestesia.

—Si me disculpa, voy a volver al quirófano para ver si el doctor Méndez me necesita —dijo la mujer al cabo de largos minutos de preguntas y respuestas—, él vendrá apenas el paciente esté cómodo.

—Gracias, Cris. —Alicia se arrimó al hombre cuando se cerró la puerta—. Creo que es bastante práctico eso de tener un abogado en la familia.

—De nada —respondió Cristóbal, serio—. ¿Alguien quiere beber algo?

Después de que todos, excepto Elizabeth, pidieran algo fresco, Cristóbal abandonó nuevamente la habitación, esta vez acompañado de Alicia, quien volvió riendo de alguna broma que le hiciera él.

En sus manos llevaba una bolsa donde se notaban, con claridad, cuatro jugos en botella y uno en caja, con pajilla.

—Este es para el príncipe —dijo Alicia, dándole al niño el jugo en caja.

—Toma. —Escuchó la voz de Cristóbal detrás de ella, se volvió y advirtió por primera vez el vaso de café que traía—. Sé que prefieres café, aún con el calor más extremo. Dos de azúcar.

Sin esperar su respuesta, volvió a reunirse con el resto de la familia y aceptó una botella de jugo que le extendía Alicia.

Una corta espera la sumió en un mar de confusiones y de funestos pensamientos.

No por primera vez deseó haber tenido el valor de hablar con él de frente, en vez de dejarlo sin explicaciones.

Él no se lo había merecido y seguía sin merecerlo, lo sabía en el fondo de su corazón.

Pero como siempre, ganó la cobardía, ganó el miedo y aceptó que había tomado la única opción viable.

La voz del médico de su padre la sacó definitivamente del pasado, explicando que la operación había sido un éxito, que habían extraído la totalidad del tumor y un poco más de estómago e intestino del necesario, para evitar que siguiera expandiéndose. Y las buenas noticias no terminaban ahí.

Un exhaustivo análisis había llevado a la conclusión de que el tumor no se había propagado a otros órganos, aunque por rutina, debían esperar la biopsia.

—Pero en mi opinión no debería tener problemas, aunque va a tener que estar algún tiempo internado —concluyó el médico—, tal vez un mes.

—¿Cuándo nos podemos ir a casa? —preguntó Mailen.

—Como le decía, debe estar un mes hospitalizado —repitió—, y si evoluciona bien, tal vez antes de fines de enero podría volver a comer sólidos y de ahí, un solo paso para darle el alta.

—Yo me refiero a mi casa —porfió Mailen.

—Mis padres viven en el sur —explicó Enrique—, en un pequeño pueblo cerca de Temuco.

—En ese caso, creo que sería conveniente que se queden por esta zona al menos hasta finales de verano.

Con una sonrisa, el médico abandonó la habitación dejando la tranquilidad y el alivio a su paso. E indicaciones de permitir descansar al paciente por un par de horas.

—¿Alguien quiere ir a almorzar? —preguntó Alicia feliz—, yo tengo hambre.

Tanto Mailen como Enrique aceptaron inmediatamente la propuesta. Cristóbal declinó.

—Tengo otra reunión a las dos de la tarde y necesito revisar unos datos antes —dijo con pesar—, mañana es el último día del año y a todo el mundo se le ocurre arruinarlo.

—¿Qué vas a hacer mañana? —Quiso saber Alicia—. Yo tengo una fiesta en casa de unos amigos, ¿por qué no vienes conmigo?

—Te lo agradezco, pero ya tengo un compromiso —le explicó Cristóbal—, dos de hecho. En casa de mi padre se hace todos los años una cena y después una fiesta. Es lo más aburrido que hay, pero tengo que hacer acto de presencia. Y después estoy invitado a una fiesta de disfraces, por una linda contadora que tiene de todo menos ser aburrida.

—¿Rosita? —preguntó Mailen.

—Se llama Carol, probablemente vayamos a la cena de mi padre un rato y después a la fiesta de sus amigos.

¿Otra mujer? ¡¿Otra?! Elizabeth estaba tan disgustada que ni siquiera vio el ceño fruncido de Enrique ni las sonrisas traviesas de las mujeres.

Estaba tan concentrada recordando las fiestas de Alfredo y Patricia a las que había asistido, que por poco se pierde las despedidas y la promesa de volver a la tarde, cuando saliera por fin de todas las reuniones que tenía.

Con el firme propósito de no volver a encontrarlo, tomó al niño de los brazos de Enrique y se dio la vuelta.

—Voy a almorzar, a Cristian ya se le está pasando la hora.

Sin mirar atrás y sin despedirse, dejó la habitación apresuradamente y se perdió también las carcajadas de Alicia, que trataba de felicitar a Cristóbal y la reprimenda que esa actitud le ganó de Enrique, a quien no respondió con palabras, sino que hizo una mueca burlona.

Tampoco vio la manera como Cristóbal negaba con la cabeza y le repetía a Alicia que por favor se contuviera, tal como ya habían hablado.

Y, naturalmente, tampoco vio la expresión triste de sus ojos.

## Capítulo 5

Este fin de año fue uno de los peores de su vida.

Fue a buscar a Carol cerca de las siete de la tarde, ya que debían estar en casa de Alfredo y Patricia a las siete treinta para los cócteles, y la cena se serviría puntual a las ocho de la noche.

Cuando la vio aparecer, se asombró de lo hermosa que era. No muy alta, pero con todas las curvas necesarias para satisfacer la más tórrida fantasía sexual, llevaba un vestido verde botella que resaltaba los altos pechos y la estrecha cintura, por no hablar de las esculturales piernas que la corta falda dejaba casi totalmente a la vista.

El maquillaje era suave y precioso, rematado con su increíble mata de rizos del color indefinido del atardecer.

«Pero no es Elizabeth», susurró una voz maquiavélica en el interior de su cabeza.

Como pudo, recompuso la sonrisa y la saludó con un beso en la mejilla, a pesar de que era evidente que ella buscaba un contacto más íntimo.

Toda la velada en casa de su padre fue un desastre. Carol trataba de hacerse presente, contando cómicas anécdotas del trabajo en la Aduana, pero muy pocas personas la tomaban en cuenta, ya que la mayor parte de los invitados eran amigos de Patricia y sabían del desagrado que esta sentía por cualquier mujer que Cristóbal quisiera llevar del brazo.

Contó no menos de diez insulsas y tontas jovencitas que, presumía, eran invitadas como candidatas a reemplazar a Carol.

Y tuvo que soportar la aburrida charla de un corredor de propiedades, que trataba de convencerlo para que comprara un departamento, aunque Cristóbal insistía en que estaba bien donde vivía.

Se preguntaba cómo reaccionaría si le pidiera que buscara una casa con un patio enorme para que su hijo y Elizabeth vivieran con comodidad.

Durante la cena lo ubicaron en un extremo totalmente opuesto a la pobre Carol. Lo único bueno fue que la velada pasó rápido, y después de que los relojes marcaran las doce y se repartió el champán, pudo retirarse.

Lo malo de la llegada de la medianoche fue que tuvo que soportar a todas las tontitas que iban a exigir un abrazo, siendo Carol la peor de todas, que resuelta tomó su rostro y le dio un beso en los labios.

Beso que obviamente no le supo a nada. La fría mirada de Elizabeth el día anterior lo había emocionado más.

Llevó a Carol a su departamento para que se cambiara de ropa, lo mismo que aprovechó para hacer él. Probablemente fue el único momento de auténtica alegría de la noche.

Marta se había encargado de confeccionar el disfraz, él solo eligió un tema: pirata.

Y ahí estaba, con un pantalón de una tela negra y brillante, un poco apretado para su gusto, botas de cuero dobladas en la parte alta de la pierna, una camisa tan colorida y con tanto cuello que más parecía integrante de una banda de música tropical que pirata, una chaqueta del mismo material que los pantalones, un parche para el ojo y un gorro.

—¡Guau! —dijo Carol cuando lo vio aparecer —¿Me vas a llevar a tu barco más tarde?

Cristóbal solo rio y evadió la pregunta, alabando el disfraz de gitana que llevaba la mujer.

—A tu madrastra como que no le gusté mucho. —No era una pregunta, era una afirmación. Cristóbal no se demoró nada en explicarle que no era personal, Patricia trataba de la misma manera a cualquier mujer que llevara a casa.

—¿Y han sido muchas? —preguntó colgándose de su brazo cuando salían del ascensor que los había llevado hasta el último piso del edificio donde se celebraba la fiesta.

—He tenido mi cuota —murmuró Cristóbal.

A partir de ahí, fue de mal en peor. Era el mayor, pero no por mucho, sin embargo se sentía increíblemente viejo.

Más aún al pensar que hubiese preferido una cena tranquila junto a Elizabeth, después acostar a Cristian y esperar las doce bailando suaves baladas, no la desenfadada música de *rock* que sonaba en esos momentos.

Cuando consiguió que Carol aceptara irse eran casi las cinco de la mañana.

Como el caballero que su madre había educado, la acompañó hasta la puerta del departamento, donde la muchacha nuevamente intentó besarlo, pero Cristóbal la alejó tomándola por los hombros.

—Tu madrastra no es la única en tu familia que no me quiere —le dijo ella cruzando sus brazos bajo los pechos, destacándolos aún más si era posible.

—Ella no es mi familia, pero no —dijo pesaroso—, lo siento, no eres tú, soy yo.

—Eso es algo que los hombres suelen decir cuando se quieren deshacer de una, pero suele ser después de un tiempo de salir juntos y de sexo desenfadado. Tal vez te gustaría esperar un par de semanas para decidirlo.

—No, Carol, gracias —le dijo sonriendo triste—, me siento como un tonto haciendo esto, eres una mujer muy hermosa, casi una fantasía hecha realidad, pero no.

—¿Por qué me invitaste a salir, entonces?

—Siento como si hubieran pasado tres vidas desde ese día. Todo ha cambiado para mí.

—¿Te das cuenta de que me estropeaste una buena noche? —La muchacha ya no contenía su molestia, la expresaba con todo el cuerpo, particularmente con la voz—. Podría haber llevado a

cualquiera a la fiesta; alguien que, feliz, estaría teniendo sexo conmigo, en vez de estar acá disculpándose.

—Lo siento, Carol, no hay nada más que pueda decir o hacer.

—¡Eres un maldito egoísta, Cristóbal! —le gritó cerrando la puerta de un golpe.

Y, por supuesto, el día no había mejorado.

Durmió toda la mañana y por la tarde fue al hospital. Aún no había visto a Óscar después de la cirugía y tenía que hablar seriamente con Elizabeth.

Pero ella, al parecer, estaba evadiéndolo, ya que todos los días de esa semana había desaparecido de forma misteriosa de la clínica a la hora en la que él llegaba. Lo peor, se llevaba a Cristian y ya llevaba diez días sin poder verlo.

Y para colmo de males, el domingo había tenido una discusión horrible con Patricia.

Ya no la aguantaba más, era una auténtica tortura escucharla hablar mal en contra de Carol o de María Eugenia, quien lo había acompañado al matrimonio de Emilia, o de cualquier mujer con la que él saliera.

—Una mujer no debería trabajar, debería quedarse en casa, cuidando al marido —había dicho, como concluyendo su tesis.

—Lástima entonces que tú no sirves para ninguna de esas dos cosas —le dijo Cristóbal, poco dispuesto a soportar más a la estúpida mujer.

Por supuesto, Alfredo no podía permitir que Cristóbal insultara a su esposa, por lo que había seguido una batalla de gritos y recriminaciones, que terminó solo porque el joven salió de la casa dando un portazo que remeció todos los vidrios.

—¿Cómo estuvo tu fin de año? —le preguntó Matías el sábado siguiente, cuando estaban sentados al lado de la piscina de la familia del Río Larraín.

—Bueno —respondió Cristóbal de manera automática, no quería contar ningún detalle de lo desastrosa que estaba siendo su vida—, ¿y el de ustedes?

—No me puedo quejar —replicó Matías, tratando de ordenar sus castaños rizos después del baño.

Cristóbal lo miró por unos momentos, para después fijarse en Emilia que jugaba con Carolina, persiguiéndose por el pasto.

—Mili —le preguntó a su amiga, que por fin había ido a sentarse—, ¿me puedo invitar a almorzar mañana?

—¿Domingo, Cris? —La rubia y bella Emilia frunció el ceño—. Pero siempre almuerzas donde tu papá.

—Es una de mis resoluciones de año nuevo —explicó Cristóbal—, no soportar más a Patricia.

—¿Qué hizo ahora? —preguntó Emilia después de beber un trago de jugo.

—Lo mismo de siempre, pero ya no aguanto más.

—En ese caso, eres totalmente bienvenido a nuestro almuerzo dominical. —Emilia le dio un suave apretón en una mano—. Y a todos los que quieras, en cualquier caso. Para eso somos las

hermanas postizas.

—A mí me gustaría tener una hermana —dijo Carolina, provocando el sonrojo de Emilia y las risas de Cristóbal—, aunque me conformaría con una prima, tío Cris.

—¿Ah sí? —le dijo Cristóbal poniéndose de pie con su vaso de jugo en la mano—, ¿no preferirías un guapo tío que te persiguiera por todo el pasto para volcarte el jugo en la cabeza?

La niña gritó y salió corriendo, perseguida por Cristóbal, hasta que consiguió atraparla y tirarla al pasto, donde estuvieron jugando un rato, haciéndose cosquillas y tirando lo que tuvieran a mano.

Cristóbal se quedó hasta después de la cena, cuando Carolina ya estaba dormida sobre la mesa. Matías la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio.

—Suerte que se te ocurriera bañarla y ponerle el pijama antes de la cena —le comentó Cristóbal a Emilia, cuando estaban parados junto a la puerta de entrada de la casa.

—Sí. —Emilia lo miró y le sonrió—. ¿Me vas a decir qué te pasa o tengo que adivinarlo?

—Nada, Mili —respondió Cristóbal después de pensarlo un poco.

—¿Nada? A otro con ese cuento, Cris, yo te conozco de toda tu vida.

—Bueno, algo. Estoy un poco cansado. Y tan harto de Patricia, que ni te lo imaginas. —Ese siempre era un tema que lo salvaba cuando no quería hablar de lo que en verdad le pasaba—. Si hasta le he dicho un par de cosas que siempre he pensado, pero que nunca me atreví a expresarle. Con total honestidad, ya no me importa.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿no, Cris? —Emilia levantó un brazo y le acarició el hombro.

—Lo sé. Mili, ¿Puedo usar la casa de Recreo?

—Claro, si tienes las llaves y las claves de seguridad de todas mis casas.

—Pero siempre te pregunto. ¿Te molestaría si invito a alguien?

—¿Karen? No, Carol. ¿Así se llama, verdad?

—Karen fue hace un par de años. A Carol no la veo desde el Año Nuevo. Y no creo que vuelva a verla.

—¿Una nueva, ya? Con razón la querida Patricia te fastidia tanto, Cris, si no te conociera, me molestaría la poca seriedad con que tomas a estas niñas.

—No es una mujer. O al menos no sola, es una familia amiga que necesita un lugar donde pasar algunos días de descanso. Yo me hago responsable.

—Está bien. —Emilia lo miró por unos momentos, cuando volvió a hablar, había algo en su voz que nunca había escuchado antes, algo así como lástima—. ¿Aún la extrañas?

Cristóbal no necesitaba que le aclarara por quién le preguntaba. No quería mentirle, pero no estaba listo para hablar de la reaparición de Elizabeth. Y menos del niño, sobre todo porque ella seguía negando su paternidad. ¡Qué diablos, ni siquiera quería verlo! El lunes tendría que comenzar una campaña seria para hablar con ella y aclarar todo.

—¿Tú qué crees? —preguntó finalmente.

Emilia sonrió triste y se puso en punta de pie para darle un fraternal beso en la mejilla. La mujer tenía muy claro que, cuando Cristóbal contestaba «¿tú qué crees?» a una pregunta tan directa, la verdadera respuesta era «sí», pero él no quería darla.

—Nos vemos mañana, Cris.

\*\*\*

Elizabeth revisaba los documentos postoperatorios, el jueves en la mañana, pero su mente se iba sin cesar a otros derroteros.

Un par de cirugías más como esa y podría pensar en comprarse un automóvil, aunque fuera de segunda mano.

O bien, podría decirle a Cristóbal que Cristian era su hijo y que le debía casi cuatro años de gastos de manutención, pero que se conformaría con que pagara la cirugía de Óscar y con eso estarían a mano.

Rio internamente con lo absurdo de la idea. «Bonita cosa», se dijo, «llevo dos semanas huyendo de él como si tuviera la peste y de repente voy y le pido dinero».

Unos minutos después, había terminado con la documentación y fue a ver a su padre, antes de ir a almorzar y a descansar, al día siguiente tenía dos cirugías más, esta vez en el hospital público.

Óscar evolucionaba muy bien, mucho mejor de lo que cualquier médico esperaba. Una semana más y podría comenzar a comer papillas. Tal vez dos más y estaría de vuelta en casa. «En el departamento de los muchachos», se corrigió automáticamente.

En esos momentos, Mailen, Cristian y ella eran los únicos ocupantes del lugar. Los jóvenes ya llevaban casi dos semanas en sus trabajos.

—Hola, papá —saludó a Óscar al llegar junto a él. Estaba mucho más delgado, pero su semblante ya tenía mejor color.

—Hola, mi niña —respondió el hombre, cuando Elizabeth se inclinó a besarlo.

—¿Cómo te sientes? —Tomó la historia clínica y revisó las últimas anotaciones.

—Mejor, Eli, mucho mejor.

—Qué bueno, papá.

—Cristóbal vino anoche —dijo el hombre sin mirar a su hija de frente—, como todos los días, después de que sale de la oficina. Preguntó por ti y por el niño.

—Puede preguntar todo lo que quiera, pero no voy a hablar con él. —Adiós a la cariñosa hija, bienvenida la enojada mujer—. Me gustaría que tú y mamá lo entendieran de una vez. Cristóbal no es el padre de Cristian, no lo es. Sí, tuve una relación con él; sí, fue mi primer amante; pero no, no es su padre, por mucho que las fechas parezcan coincidir. Lamento tener que decirte esto, papá, pero Alicia no es tu hija más loca.

—También me ofreció pagar la cirugía. Como préstamo, dijo, Enrique prometió devolverle hasta el último peso —continuó Óscar, ignorando el comentario de Elizabeth—, y nos invitó a

Viña del Mar cuando yo salga de acá. Según él, su amiga tiene una casa en Recreo y él podía disponer de ella, porque Emilia, creo, no la iba a usar de momento.

—Más caridad para limpiar su mala conciencia, papá —replicó Elizabeth, a pesar de haber pensado casi exactamente lo mismo solo unos minutos atrás—, yo tengo dinero para pagar la cirugía, puede que con lo que estoy ganando ahora hasta me alcance para mandarlos de vacaciones. Tal vez no una casa lujosa en Recreo, pero sí a un hostel modesto en Valparaíso.

—¿Tú conoces esa casa?

—Sí —se limitó a decir Elizabeth, aunque pudo agregar muchas cosas.

Por ejemplo: «Sí, padre, ahí fue donde perdí mi virginidad». O: «Esa casa fue el escenario de las más deliciosas relaciones sexuales, especialmente cuando el tiempo era bueno y nos acostábamos en el pasto, sobre una manta». O: «¿Te acuerdas ese Año Nuevo, cuando les dije que me tocaba turno en el hospital y al papá de Cristóbal le dijimos que íbamos a visitarlos a ustedes, pero en vez de eso nos fuimos a Viña, a ver los fuegos artificiales? La casa tiene una vista espléndida de la bahía, pero no vimos ni el comienzo del espectáculo, ya que estábamos tirando algunos fuegos artificiales nosotros, sobre la enorme cama del dormitorio principal».

—¿Y cómo es?

—Muy linda y enorme, en la primera línea frente al mar.

—Se deben ver lindos los fuegos artificiales. —Elizabeth casi rio con ese comentario.

—En todo caso, a mí me gusta más la casa que Emilia tiene en el campo —agregó unos segundos después. Ahí celebraron varios cumpleaños de Cristóbal, incluso en una de esas celebraciones fue la primera vez que él le había dicho que la amaba. Y había sido en esa casa donde habían comenzado a trazar sus planes para el futuro—, aunque tampoco le haría el feo al *penthouse* que tiene en un edificio de los barrios altos —añadió, con una mueca. Era ahí donde se refugiaban algunos fines de semana, cuando no podían salir de la ciudad. Y seguramente fue ahí donde Cristian había sido concebido—. Es más grande que nuestra casa.

—Tú podrías tener todo eso, hija —dijo Óscar, aún sin mirar a Elizabeth—, tal vez en una versión algo más modesta, pero podrías.

—Algún día voy a tener una casa en los Hamptons —contestó Elizabeth, eludiendo la obvia alusión de su padre—, cuando sea la cirujana cardíaca con más renombre en todo el orbe.

—Tú sabes que...

—No, papá. —Elizabeth se puso de pie—. Me voy a casa, estoy muy cansada y mañana tengo mucho trabajo. —Se acercó al hombre y lo besó en la mejilla.

El viernes, cerca del medio día, estaba a punto de dejar el hospital cuando el director le habló en el pasillo.

—Me gustaría conversar con usted —dijo después de los saludos de rigor—, en realidad, quisiera hacerle una pregunta.

—Por supuesto, doctor, dígame —respondió Elizabeth, tratando de no mirar el reloj, su madre la esperaba para que se hiciera cargo de Cristian mientras iba a la clínica.

—Quería saber cuáles eran sus planes a futuro. Pasa lo siguiente, el jefe de cardiología se va a jubilar y ya tenemos reorganizado el departamento, el subjefe se hace cargo a partir de marzo, aumentamos horas a varios de los médicos, pero aún me quedan algunas por llenar, especialmente en cirugías. Por supuesto, me acordé de usted. Sería un gran honor tenerla con nosotros. Lo que tengo pensado le daría cierta libertad de acción, podría tener una consulta privada o trabajar en alguna clínica u otro hospital. Sería algo así como una consultora.

—Me imagino que sabe que vivo en Estados Unidos —respondió Elizabeth, sin pensar siquiera en su propuesta—, si estoy en Chile en estos momentos es exclusivamente por mi padre; y como él ya está fuera de peligro, acepté algunas cirugías, pero nada más.

—Por supuesto, doctora, lo sé, pero pensé que tal vez podríamos tentarla. —Su franca sonrisa, acompañada de un encogimiento de hombros, le dio la idea absurda de que solo la estaba entreteniéndola.

Cuando consiguió deshacerse del médico, un par de minutos después, tuvo la convicción de que la estaba demorando .

Al dar la vuelta para dirigirse a los ascensores, casi choca con un pecho masculino enfundado en una fina camisa blanca con una corbata que a ella le resultó demasiado familiar.

Levantó su mirada para perderse dos segundos en los ojos de Cristóbal. Por suerte, pudo recuperarse a tiempo, a pesar de sentir las masculinas manos sobre los hombros, ayudándola a mantener el equilibrio.

No quería sus manos en los hombros, quería sus manos en su espalda, apretándola contra él mientras la besaba.

Por lo tanto, hizo lo único juicioso. Dio un paso atrás.

—¡Eli! —exclamó Cristóbal sorprendido, o fingiendo—. ¿Dónde es el incendio?

—Ningún incendio, tengo prisa por llegar a casa, nada más.

—Te llevo —se ofreció tomándole el brazo—, ya terminé lo que estaba haciendo y tengo un par de horas antes de mi próxima cita.

—No, gracias —replicó instantáneamente, tirando su brazo para zafarse—, hasta luego.

—Eli, por favor. —La mujer estuvo a punto de gimotear. ¿Por qué insistía en tomarle el brazo, en tocarla? —. Déjame llevarte a tu casa.

—No necesito que me lleves. No necesito tu caridad. —Otra vez tiró del brazo sin conseguir soltarse.

—Eli, necesitamos hablar, creo que esta ocasión es providencial. —Elizabeth sentía el delicioso calor del hombre extenderse por todo su cuerpo. Veía esos claros ojos, tan llenos de amor en otro tiempo, mirar atentamente cada uno de sus rasgos, como si quisiera confirmar que en verdad era ella. O como si quisiera actualizar la imagen que tenía guardada en la memoria.

—No tengo nada que hablar contigo, Cristóbal, por favor, déjame ir.

—En esto eres experta, ¿no? —Elizabeth no pudo dejar de escuchar una nota de dolor en su voz.

—Mira, Cristóbal, sé que no actué del todo bien en el pasado. —No podía mirarlo, él vería la mentira en sus ojos—. Debí, al menos, despedirme. No te merecías lo que hice, pero necesitaba cortar todo de raíz. Ese momento me pareció tan bueno como cualquiera.

—¿Patricia tuvo algo que ver en esto?

—No ella directamente. —Lo miró asustada, pensando cuánto sabría en realidad y cuánto supondría—. Pero sí algo que dijo.

—Yo sé que Cristian es mío, todos lo pueden ver, es demasiado evidente.

—Lo siento, Cristóbal, pero eso no es cierto. ¿No sabes acaso lo típicos que son tus ojos y tu pelo en Estados Unidos? —Por fin sentía que aflojaba su brazo, situación que aprovechó para liberarse y separarse unos pasos—. Te agradezco todo lo que has hecho por mi familia, pero por suerte ya no soy la pobre estudiante universitaria que conociste, puedo satisfacer nuestras necesidades económicas, por lo que no preciso que le ofrezcas nada a mis padres.

—Eli...

—No, Cristóbal, no hay nada más que decirnos. Adiós, espero que tengas una buena vida. —Sin dejarlo pronunciar otra palabra, se alejó hacia el ascensor que abría sus puertas algunos metros más allá.

\*\*\*

Se sentía nuevamente como el primer día que la conoció, sin poder despegarse del piso, sin poder obligar a su cerebro que funcionara, no podía hacer nada, excepto mirar cómo Elizabeth lo dejaba.

No podía creer que todo le estuviera saliendo tan mal, no podía ser. Visitaba todos los días a Óscar, pero nunca coincidía con ella, por muy temprano que llegara.

Óscar trataba de ayudarlo, a pesar de todo, pero el día anterior tampoco alcanzó a llegar. «No la pude entretener más», había dicho cuando él entró en la habitación.

Pero le había dado una pieza de información vital. Al día siguiente tendría dos cirugías en el hospital. Ya había conseguido incluir a Mauricio en sus planes una vez, lo conseguiría de nuevo.

Él le avisó en el momento preciso en que había salido del pabellón y la entretuvo, manteniéndola en el lugar donde habían acordado.

Pero nada de eso sirvió. Ella había vuelto a huir.

Es más, había sido como dar un enorme paso atrás. Reconoció no haber actuado bien, haberle ocultado la verdad, pero había dado a entender que lo hizo por vergüenza. «Necesitaba cortar de raíz».

¿Sería posible? Recordó las palabras de Enrique: «Te dejó estando embarazada».

Por otro lado, estaba seguro de que Cristian era hijo suyo, pero no sabía cómo conseguir que ella lo reconociera. Podía obtener una orden judicial para un examen de ADN, pero a Elizabeth no

le gustaría.

Y tenía que reconocer la verdad.

Creía y quería que Cristian fuera su hijo. Nada cambiaría la manera en que se sentía. De todas maneras quería ser su padre.

Y principalmente quería ser el esposo de Elizabeth.

## Capítulo 6

El fin de semana fue horrible. Mucho tiempo que no tenía esa pesadilla, mucho tiempo sin que el peor recuerdo de su vida la atormentara en sueños.

La voz gélida de la mujer resonaba amenazante y ella corría por un oscuro jardín tratando de protegerse y, sobre todo, de proteger a los que amaba.

Por fin despertó el sábado en la mañana sintiendo un frío enorme. Estiró el brazo, pero su hijo no estaba junto a ella.

Asustada, se puso de pie, pero antes de abrir la puerta del dormitorio, escuchó la alegre voz de Mailen hablándole al pequeño mientras le daba el desayuno.

Tranquila, se acercó a una silla que estaba cerca de la cama, tomó su bata y se envolvió en ella al acercarse a la ventana.

El sol brillaba esplendoroso, iba a ser un día de mucho calor, pero el frío que ella sentía no tenía nada que ver con el clima, era un frío que venía del alma.

Sabía que le estaba haciendo daño nuevamente, hiriéndose ella misma en el proceso. Sin embargo, era algo que no podía evitar, no sabía cómo. Si solo tuviera la seguridad de... pero no.

Esperaba que el mensaje le llegara de una vez, para no tener que volver a ver sus amados ojos oscurecerse a causa del dolor.

El día no mejoró, el calor era sofocante. Odiaba Santiago en el verano. Sentía que el calor la aplastaba contra el pavimento, las altas temperaturas sumadas a la escasez de oxígeno le provocaron un horrible dolor de cabeza. Se sentía encerrada dentro de su propio cuerpo, con la piel pegajosa constriñendo su espíritu. Lo peor era que, incluso si la temperatura subiera en cien grados, nada podría caldear su maltrecho corazón.

La noche del sábado volvió a estar poblada de pesadillas. La misma que se repetía por años, pero con una pequeña variación.

Veía, en el fondo, los ojos tristes de Cristóbal y, mezclada con la voz de la mujer, el susurro masculino. «Eli», decía, como el viernes en el hospital, cuando ella había destrozado sus sueños para siempre.

—*¿Po qué lolla, mamá?* —La dulce voz de Cristian la despertó y su manita le daba torpes caricias.

—Nada, mi amor —le dijo con calma.

—*¿Tene* pena, mamá?

—Un sueño feo. —De pronto notó que el español de su hijo avanzaba a pasos gigantes. Más aún, era una de las conversaciones más largas que había tenido con él.

El fonoaudiólogo y la psicóloga que lo habían visto en Estados Unidos estuvieron de acuerdo. Dijeron que era cuestión de tiempo, que Cristian podía hablar, simplemente no quería.

Al parecer quería hablar, así que hablaba. Elizabeth se preguntaba si se debía a la cariñosa atención de su familia o a la aparición de Cristóbal.

En Nueva York tenía una vecina muy rara. Bueno, todo Nueva York está lleno de gente rara, se corrigió Elizabeth en seguida, pero esta en particular decía ser practicante de magia blanca y que podía leer su aura y la de su hijo.

Rarezas aparte, era muy buena niñera para Cristian y lo mejor era que estaba a escasos metros de ella, haciéndola ideal para el horario del hospital.

Una noche, cuando llegó muy tarde pero sin deseos de acostarse aún, se quedaron conversando en torno a una infusión. De una charla intrascendente cambiaron a una profunda. Finalmente, Chiara se atrevió a decirle algo que tenía mucho tiempo guardado: «Tu hijo no habla porque le falta algo», había dicho en un susurro, «y a ti también. Les falta lo mismo. Cristian no se da cuenta, ni siquiera sabe qué es, pero esa ausencia es la que le impide hablar». «A mi hijo no le falta nada», había respondido Elizabeth con orgullo, a lo que Chiara había replicado: «Nada material, no, pero le falta algo más importante. Le falta su padre. Y tú aún lo amas, por eso él siente más su ausencia, porque tú lo tienes siempre presente, aunque no quieras». «No hables bobadas, Chiara», terminó diciendo Elizabeth y se rio, para ocultar la verdad en las palabras de la mujer.

Después de recordar esta charla, la muchacha se preguntó si sería hora de decir, por fin, la verdad.

La mujer parecía no tener el mismo poder que tenía antes. Y el viejo había muerto.

Una sonrisa de su hijo la convenció de haber hecho lo correcto. Ya no sacaba nada con intentar cambiar las cosas.

Pero conocía a Cristóbal mejor que nadie en el mundo, sabía que no se contentaría con lo que le dijo el viernes en el hospital, sabía que volvería a buscarla.

Y ella tendría que estar preparada.

Se puso de pie y se dirigió al baño con el niño en brazos, para hacer que los engranajes de su cerebro funcionaran y crearan una historia plausible.

Tuvo tres días para repasar y refinar las aristas de la gran mentira que le contaría a Cristóbal, tiempo más que suficiente para que sonara convincente a sus propios oídos.

Esperaba que él creyera lo que le diría, aunque no dudaba que seguiría estirando la situación hasta que fuera imposible. Rogaba que el tiempo estuviera a favor de ella, que pudiera viajar a Estados Unidos antes de que la gran mentira se volviera contra ella y le mordiera el trasero.

Por una parte, temía el siguiente encuentro con Cristóbal, pero por otra lo deseaba, quería terminar de una buena vez con todo.

El día miércoles salió del hospital y tomó un taxi que la dejó casi en la puerta de la clínica, donde su madre la esperaba junto con Cristian.

Fue el momento en que la buena suerte la abandonó. No reconoció el vehículo, por eso la presencia de Cristóbal fue más impactante.

Cuando la vio bajar del taxi, abrió la puerta y se puso en medio de su camino, impidiéndole dar un paso más.

—Elizabeth, hay un par de cosas que quisiera me aclararas —le dijo con un tono formal, casi como si estuviera en una corte.

—Me parece que te dije todo lo que necesitaba decirte —intentó seguir caminando, pero Cristóbal era más grande que ella y más rápido. Un solo paso al lado y ya había bloqueado su camino otra vez—. Déjame, mi madre y Cristian me esperan.

—Al menos me debes una explicación un poco más elaborada que simplemente «quería cortar de raíz».

—No te debo nada —replicó ella, apretando los dientes.

—Claro que sí. ¿Qué piensas? ¿Qué me voy a quedar tranquilo con eso? Teníamos planes, Eli, planes de futuro. Te tenía un anillo, quería casarme contigo antes de que te fueras a Estados Unidos...

—Que bueno entonces que no lo hicimos, mis votos habrían durado una semana. —Ahí comenzaba la gran mentira.

«Ahora, Elizabeth», se dijo, «levanta la mirada, fría y distante, es solo el familiar de un paciente a quien le estás explicando que prácticamente obraste un milagro».

—¿Cómo? —Era evidente que comenzaba a funcionar. Cristóbal se veía confundido.

—Te digo que si nos hubiéramos casado antes de mi viaje, mis votos hubiesen durado una semana. Eso fue todo lo que pude resistirme a los encantos del padre de Cristian.

—Explícame por favor —pidió Cristóbal tratando de mantener la calma—, paso a paso, desde el momento en que te paraste para ir al baño.

—En el pasillo me encontré con Patricia. Yo sabía que no le gustaba —tendría que improvisar un poco, no había pensado en esa parte—, por lo que me impactó que ella me hablara casi con ternura. Dijo que tenía que reconocer que nos queríamos mucho, pero que había que ser realista, que una mujer como yo no estaba capacitada para entrar en tu mundo. —Eso sí era cierto, pero de ternura nada—. Que para ti era mucho mejor casarte con Emilia, una mujer de tu propia sociedad, con tus mismos intereses y contactos tan buenos que te abrirían todas las puertas y tu desarrollo profesional estaría garantizado.

—Ya tenía garantizado mi desarrollo profesional, no necesitaba de nadie más para eso. —Cristóbal hablaba con dureza, más enojado con Patricia por inmiscuirse que con Elizabeth por dejarse influenciar.

—También me dijo —Elizabeth continuó, esperando que no la volviera a interrumpir, para soltar toda la historia que había fabricado— que por mucho que ella te quisiera, sabía que serías

un lastre para una mujer como yo, que lo mejor que podía hacer por mí era dejarte y abrazar mi futuro profesional. Y como era lo mismo que yo había pensado muchas veces, caló muy hondo. «Quieres huir», aseveró. «Sí», le dije yo. Llamó a un empleado de la casa y le pidió que me llevara adonde yo quisiera. Cuando estábamos llegando a la pensión, lo llamó al teléfono del automóvil para que me dijera que tenía un pasaje directo a Estados Unidos esperándome en el aeropuerto y que una amiga suya que vivía en Nueva York me estaría esperando en JFK y me llevaría a una pensión, cerca del hospital universitario donde yo iba a estudiar.

—¿Y no te llamó la atención que Patricia fuera tan amable?

—La verdad es que sí—. ¡Dios! No había pensado en eso—. Pero quería creer que lo hacía por simpatía femenina, eso fue lo que dijo.

—¿Qué pasó cuando llegaste allá?

—Al día siguiente me presenté en el hospital. Me había adelantado muchas semanas, pero ya estaba allá y me dieron un trabajo por mientras. Algunas horas asistiendo a los médicos de Emergencias. Ese mismo día conocí al nieto de una mujer que estaba en la junta del hospital. Él fue quien dio el voto definitivo para mi beca. Le llamaba la atención una mujer mapuche. Me persiguió todos los días de esa primera semana, hasta que yo cedí. Estuvimos juntos unos días y después él se fue a Europa. Casi desde el primer instante se olvidó de mí. Después supe, por una de las enfermeras, que tenía cierta obsesión por acostarse con mujeres de distintas etnias. Al parecer, ya había viajado por Brasil y Perú hartándose de amazónicas y quién sabe qué más. Y luego descubrí que estaba embarazada. Cuando le dije, él se comportó como un maldito bastardo. «Es problema tuyo», dijo, «si te andas acostando con cualquiera y te dejan embarazada. No me cargues a mí el muerto».

—¿Qué te dijeron en el hospital?

—Por suerte ya había empezado a ganarme mi lugar. Y el jefe de cardiología me tenía lástima. Verás, su hija también había caído en las redes de este tipo, pero tuvo suerte y no quedó embarazada.

—Entonces él no está en el cuadro.

—No.

—¿Por qué nunca quisiste decirle a tus padres quien era el padre de Cristian?

—No sonaba muy bonito.

—¿Y callarte era mejor?

—No, pero no tenía cara para decirles que había tenido una aventura de una noche y había quedado embarazada.

—Eli, mis intenciones no han cambiado. Aunque tú digas que no, yo siento a Cristian como hijo mío. Y se parece tanto a mí que cualquiera lo creería.

—Eso es cierto. El padre de Cristian se parecía mucho a ti. —¡Y tanto!—. Creo que fue una de las cosas que me hizo engancharme de él.

—Eli, cástate conmigo, déjame adoptar a Cristian. Seamos la familia que quisimos ser.

—¿Qué? Estás loco, Cristóbal.

—Solo por ti, como ha sido desde el primer segundo que te vi. —Tomó su mano y la apretó con ternura, queriendo transmitirle todo su amor. Algo que Elizabeth no aceptó. Tironeó hasta conseguir alejarse unos pasos.

—No, Cristóbal.

—¿Por qué?

—No creo que a mi novio le guste mucho la idea. —Gracias a Dios había pensado en eso también.

—¿Novio? —Frunció el ceño—. No te creo. ¿Por qué es primera vez que escucho hablar de un novio?

—Porque no es asunto tuyo.

—¿Y tampoco es asunto de tus padres?

—Cuando llegué me pareció una buena idea dejarlo estar por unos días y concentrarme en la enfermedad de mi papá.

—Ya llevas casi un mes acá.

—Bueno, apareciste tú y han vuelto a hacerme recriminaciones que no escuché en varios años. Tampoco quería decírselos así.

—¿No piensas que hubiera sido mejor decírselo todo, para que dejaran de hacerse ilusiones? No soy tan vanidoso como para pensar que si me han ayudado ha sido porque me quieren. Estoy seguro de que creen que si Cristian es mi hijo y me ayudan a arreglar las cosas contigo, eso podría significar que te quedes en Chile.

No, no lo había pensado. ¡Maldición! ¿Cómo había olvidado la capacidad de Cristóbal de ver las cosas desde tantos puntos de vista? Él podía hacerse el tontón, pero la verdad era que tenía un buen cerebro dentro de su alocada cabeza.

—Pues no, la verdad. Como no tengo la retorcida mente de un abogado, no lo había pensado. —La antigua broma volvía con fuerza para salvarla. Ya se estaba hartando de mentir.

—Ja, ja, casi me lo creo —dijo Cristóbal muy irónico.

—Es cosa tuya si lo crees o no, ahora déjame tranquila de una vez, ya tienes tu respuesta.

—No es ni de lejos la respuesta que yo andaba buscando, Elizabeth Antumalen.

—Pero es la única que vas a obtener, así que déjame ir.

—¡No! —el grito de Cristóbal la sorprendió. Siempre había tenido una paciencia infinita, jamás lo había visto realmente enojado.

—Mira, Cristóbal, las cosas son como son y nada puede cambiarlas. —Tenía que recurrir a su enojo también, no podía hacer otra cosa.

—No te creo. ¿Sabes qué pienso? Que todo es una mentira. Tuviste varios días para inventar una historia que fuera creíble y ahora estás interpretando un papel a tu medida.

—Sí, claro, como si me gustara arruinar mi vida así. —Estaba tan cerca de la verdad que no podría soportarlo más. Se fijó en el taxi que se acercaba lentamente y, olvidándose de su madre,

de Cristian y de todo el resto del mundo, le hizo señas para que se detuviera.

—No hemos terminado, Elizabeth —espetó Cristóbal furioso, tratando de agarrar el brazo femenino.

—Claro que hemos terminado. —Sacando fuerza de donde no tenía, se apartó de él y subió al taxi, todo en un solo y sorpresivo movimiento—. Muévase —le dijo al conductor, que la miró confundido, pero puso el automóvil en marcha de todas maneras.

—¿Tiene algún problema, señorita? ¿Quiere que vayamos a Carabineros? —le preguntó, mirándola por el espejo retrovisor.

—No creo que sea necesario mezclar a Carabineros. Simplemente hay hombres que no aceptan un «no» por respuesta.

—Como usted diga, dama. ¿Adónde?

Elizabeth le dio la dirección del departamento y se sumió en sus propios pensamientos.

\*\*\*

Cristóbal vio como se alejaba el taxi, con Elizabeth en él. ¿Viajó la misma noche? ¿Patricia la había ayudado? Eso lo creía en parte, con tal de deshacerse de Elizabeth, Patricia era capaz de cualquier cosa.

Una semana en el hospital y sucumbió a los encantos del padre de Cristian, porque se parecía a él.

¿Y por qué querría una imitación pudiendo tener el original?

Eso no cuadraba con nada.

¿Y lo del novio? Si uno se va a casar, lo primero que hace es decírselo a sus padres.

«Sí, claro. Tú saliste corriendo a contarle a tu papá», se dijo.

Pero había una diferencia. Él aún no había hecho la pregunta. Iba a proponerle matrimonio a Elizabeth la noche que desapareció. Al día siguiente pensaba almorzar con su padre en la oficina y decírselo. Y el fin de semana viajarían al sur a hablar con los padres de Elizabeth.

De pronto, una información casi olvidada brilló en su cabeza.

Elizabeth no tenía pasaporte. No había tenido tiempo de hacer el trámite. Entre los estudios y las horas de trabajo, no había tenido ni un minuto libre. Había pensado ir el lunes siguiente a esa fatídica noche al Registro Civil para obtenerlo, era imposible que hubiera viajado esa noche.

Dando un fuerte portazo, cerró el automóvil y subió a la habitación de Óscar.

Con más rapidez comenzó a subir las escaleras, al recordar que Elizabeth había dicho: «Mi madre y Cristian me esperan». Ya habían pasado tres semanas de la última vez que vio a su hijo, se moría de ganas por abrazarlo, más convencido que nunca de que era, en efecto, su hijo.

A pesar de la infructuosa conversación con Elizabeth, el resto de la tarde había sido bastante buena. Óscar y Mailen lo recibieron con los brazos abiertos. Y Cristian no quiso despegarse de él ni siquiera cuando estaba medio dormido.

Además, tragándose el poco orgullo que le quedaba, les había contado la información recibida.

No necesitó todas las explicaciones que le dieron para saber que estaba en lo cierto, la sorpresa en sus caras le dijo todo.

Elizabeth mentía. Había viajado una semana después, aunque había dejado la pensión esa misma noche, como él ya sabía, porque la fue a buscar algunas horas más tarde. Y varias veces en los días siguientes, hasta que se convenció de que no le mentían. Ella ya no vivía ahí.

Viajó por tierra, tomando más tiempo del estimado, porque el ginecólogo le había dicho que el viaje en avión podía ser dañino para el bebé.

Había llegado la hora de hacer lo que debió hacer desde el principio, lo que habría hecho con cualquier cliente que se hubiera presentado con una situación como la suya.

Apenas llegó a la oficina, a la mañana siguiente, le pidió a Marta que llamara a Gustavo Hernández, el detective privado que trabajaba con él y, principalmente, con Emilia.

—Tome asiento —le dijo al hombre cuando Marta lo hizo pasar a su oficina—, tengo un trabajo que necesito urgente. Tarifa máxima, todos los gastos pagados, más un bono. Diez millones de pesos por obtener toda la información en el mínimo tiempo posible. Veinte millones si lo que consigue me ayuda a solucionar el problema que tengo. Y necesito su total discreción.

—Usted sabe, don Cristóbal —respondió el hombre con semblante serio, como si lo hubiera ofendido—, que la discreción está garantizada.

—Por supuesto. Disculpe.

—No se preocupe. Usted dirá.

Y habló. Por cerca de media hora le contó todo lo que sabía y pidió la información que necesitaba obtener.

—No me gusta adelantar juicios, don Cristóbal —dijo el detective cuando Cristóbal terminó su disertación—, pero creo que esta situación amerita un buen *whisky* y mis felicitaciones.

—Gracias. El *whisky* lo dejamos para después.

—Por supuesto. ¿Para cuándo necesita el informe?

—Para ayer, pero sin presiones. —Por fin sonreía, al ver el gesto del hombre—. ¿Una semana? A partir de ese momento era solo cosa de esperar.

Por suerte, esperar no era algo a lo que debía acostumbrarse cuando uno trabajaba con la agencia de detectives H & R.

El viernes por la tarde, poco antes de dar por concluida su jornada laboral, recibió una llamada urgente de Gustavo.

Le había enviado un correo electrónico, y era tan buena la información que le mandaba, que creía tener la mitad del bono en el bolsillo.

Y Cristóbal estuvo de acuerdo con él al ver el certificado de nacimiento de Cristian, emitido por el mismo hospital universitario donde Elizabeth se había perfeccionado, junto con un resumen de la ficha médica.

Tal como ya sabía, su hijo había nacido el día 28 de febrero, a las treinta y ocho semanas de

gestación. Midió cuarenta y nueve centímetros, pesó tres kilos doscientos gramos y había sido totalmente saludable.

En el correo del detective, solo un comentario llamó su atención. Las fechas no cuadraban.

En efecto, Cristóbal miró un calendario y contó treinta y ocho semanas hacia atrás, a partir del 28 de febrero. El resultado era, naturalmente, una fecha anterior a la desaparición de Elizabeth.

Imprimió el certificado y la ficha médica y comenzó a pensar cómo sacarle esa información a Elizabeth sin que ella supiera que la estaba investigando.

\*\*\*

—Tengo una duda —escuchó Elizabeth que le decía una voz amargamente familiar.

—Te he dicho cientos de veces que no me gusta que me hablen de improviso—. Siguió caminando en dirección a la clínica.

Iba tan metida en su propio mundo que no vio la camioneta de Cristóbal y tampoco lo vio a él hasta el momento en que le habló.

—Ya he perdido la costumbre de muchas cosas contigo. —No era cierto, sabía perfectamente lo que hacía, quería comenzar la conversación distrayéndola.

—Eso no me importa. Igual es de mala educación soltar una pregunta así, sin siquiera saludar antes. ¿Qué diría Patricia de tu comportamiento?

—Me interesa un pepino lo que diga o deje de decir Patricia. Y sigo teniendo una duda. Sé que no soy médico, pero estuve investigando el fin de semana y por lo que me enteré, la gestación de un bebé toma cuarenta semanas.

—Sabes que no soy ginecóloga, ¿verdad?

—Pero eres médico y mujer. Cristian nació el 28 de febrero. Si contamos cuarenta semanas para atrás, da una fecha anterior a tu viaje.

—¿Y cuándo aprendió a contar un abogadito esnob como tú? —El ataque era la mejor defensa, así que atacaría.

—Puede que no sepa contar todos los huesos del cuerpo humano, sin embargo sé contar hasta cuarenta.

—Te felicito, tu padre debe estar muy orgulloso.

—Bueno, ¿qué me dices? —preguntó Cristóbal, sin dejarse amilanar—. Evidentemente, estabas embarazada cuando me dejaste.

—Pensé que ya habíamos terminado con eso.

—No, cariño, ni siquiera hemos empezado. —Estaba cansado de perseguirla, por lo que la tomó por un brazo y tiró de ella.

—Suéltame —respondió Elizabeth jalando de su brazo—, si tanto te interesa, entérate: normalmente, las mujeres primerizas se adelantan. Cristian es prematuro.

—¿Prematuro? —¿Tendría las respuestas preparadas de antemano o le saldrían conforme las

necesitaba?—. No entiendo.

—Significa que no nació de cuarenta semanas. Casi ningún niño nace de exactamente cuarenta semanas. Él nació varias semanas antes.

—Entiendo lo que prematuro significa. Lo que no entiendo es por qué tus padres están convencidos de que nació a término. De hecho, me contaron que había sido un niño muy grande y que no tuvo ningún problema. —A propósito le había hecho esas preguntas a Mailen, a pesar de conocer la respuesta. Necesitaba un justificativo.

Y al parecer la táctica le había funcionado. Elizabeth estaba repentinamente blanca y tenía sus oscuros ojos abiertos y sorprendidos.

—Es más —Cristóbal continuó implacable—, tu madre dice que antes de irte a Estados Unidos, le confesaste tu embarazo. Y ya desde ese momento le negaste la información respecto del padre. Lo que me lleva, además, a otra pregunta. ¿Por qué nunca conocí a tus hermanos? Ellos estudiaban acá, en Santiago. Y nunca quisiste presentármelos, ni siquiera me dijiste que vivían acá.

Elizabeth se llevó una mano a la frente y se dio un pequeño masaje en las sienes, ganando algo de tiempo para redirigir la gran mentira a otros campos.

—¿Por qué haces esto, Cristóbal? Por favor, acepta mi palabra. Cristian no es hijo tuyo. No lo es.

—No me salgas con ese cuento tan trillado, Elizabeth. ¿O vas a cambiar la mentira que me contaste el otro día? ¿Con qué cuento vas a salir ahora?

—Traté de engañarte, lo admito. —Era algo que había aprendido por la vía dura. Si te pillaron en una mentira, admítela, y luego miente de nuevo—. Lo siento. Pensé que una mentira a medias sería mejor. No quiero hacerte sufrir. Fuiste bueno conmigo y no te mereces nada de esto. —Y esto lo había aprendido de él: di la verdad, es la técnica que nunca esperan. En este caso era parte de «di la verdad», parte de «vuelve a mentir»

—Explícate.

—Tienes razón, estaba embarazada cuando salí de Chile. Cristian no es prematuro.

—Entonces es mi hijo.

—No, yo... —¿Qué, qué, yo qué? De pronto, la iluminación—: el padre es este tipo, nieto de la benefactora. ¿Recuerdas esas entrevistas a las que tuve que ir, con la comisión de la beca? Él vino en representación de su abuela, que no viajaba por motivos de salud. Votó por mí exclusivamente para que me invitaran a cenar y tener la oportunidad de seducirme. Y yo caí como tonta. Te extrañaba tanto... Y él es tan parecido a ti. Andabas de viaje de negocios con Emilia. Y la duda me carcomía. Qué hacen, me preguntaba, cuando terminan las reuniones y se van al hotel, solos.

—No te creo.

—Por eso acepté la ayuda de Patricia. Sabía que si te decía que estaba embarazada, tú asumirías que era tuyo y me pedirías que me casara contigo. Pero no podía mentirte así. Y me avergonzaba mucho tener que reconocer que te había sido infiel. Yo sabía que tú me amabas, lo sabía. Y yo quise amarte tanto como tú a mí, pero cuando me di cuenta de mi embarazo, también

supe que nunca lo conseguiría.

—No te creo. No te creo, Elizabeth, no te creo. Me lo dijiste. Cientos, miles de veces, me dijiste que me amabas. —Iba subiendo la voz de a poco, notándose la rabia que lo invadía.

—Me imagino que recuerdas que fuiste tú el primero en decirme que me amabas. Yo simplemente respondí en forma automática. Era lo que se esperaba.

—No, no, Eli, no. Mientes.

—Lo siento.

—¿Y tu supuesto novio?

—De supuesto, nada. Llevamos juntos un año. Ya sabes de mi costumbre de no presentarle a nadie a mi familia. Ni siquiera mencionarlo. Y antes de que te lo preguntes, aunque él no existiera, tampoco querría tener nada contigo de nuevo. Ni siquiera si tú fueras el padre de Cristian querría algo contigo. No te amo, nunca te amé. Y no quiero volver a verte. Espero haber sido lo suficientemente clara.

Reanudó su marcha al interior de la clínica rogando que Cristóbal no dijera nada, sintiendo el frío instalarse definitivamente en su alma y los ojos ardiendo con las lágrimas que luchaban por salir.

Mantuvo la espalda erguida, esperando que Cristóbal no fuera capaz de adivinar que moría por darse la vuelta y decirle que esa era la verdadera mentira. Que siempre lo había amado y que aún lo amaba.

Pero no podía ser, si quería protegerlo, si quería proteger a su hijo debía ser firme y mantenerse apartada.

\*\*\*

Era cerca de la medianoche y aún no podía dejar de escuchar las palabras de Elizabeth, que aporreaban su corazón como si de un martillo se tratara.

«No te amo, nunca te amé. Y no quiero volver a verte».

¿Podía alguien mentir así? ¿Tan bien?

Al parecer, varios años de ejercer de abogado y toda una vida con Emilia, la mejor mentirosa del mundo entero, no le habían enseñado nada.

Claro que la gente miente. Claro que Elizabeth miente, eso era más que obvio. La cuestión era cuándo había mentido. ¿Ese mismo día, al decirle una vez más que Cristian no era su hijo, que le había sido infiel y que nunca lo había amado?

¿O le había mentido antes? No podía creerlo, había visto en sus ojos el amor que le profesaba, lo había sentido en sus besos. Y cada vez que hacían el amor.

¿O era como ella decía? ¿Había dicho las palabras de forma automática, esperando algún día convertirlas en realidad?

Elizabeth era una mujer recatada, con una educación tradicional. Se habían conocido el mes de

junio y solo en noviembre le había permitido besarla.

E incluso pasaron seis meses más antes de acostarse con él.

¿Sería por eso que había pretendido amarlo? ¿Para justificarse? ¿Por qué él había sido su primer amante?

De pronto, su mente se fue a otros derrotos. El novio. El famoso novio.

Lo sabía, pensando así se convertía en el hombre más machista y retrógrado que pisaba la Tierra, pero algo que siempre lo llenó de orgullo era haber sido el primer hombre en su vida.

Y hasta esa tarde pensaba que había sido el único hasta que ella se fue de Chile.

Por primera vez buscó la respuesta a una pregunta que había evadido muchas veces.

¿Cómo se sentiría cuando se enterara de los otros hombres con los que Elizabeth se habría acostado en esos años?

Racionalmente, era capaz de decir que no le importaban. Bueno, apretaba dientes, manos y golpeaba, en forma figurativa, su cabeza contra un muro para convencerse de que no le importaba, que si Elizabeth quisiera volver con él, ni siquiera le importaría el novio. No tenía ningún derecho a pedir algo que él mismo no era capaz de entregar.

Pero en el fondo, y no muy en el fondo, sabía que resentía cada beso que Elizabeth hubiera dado, cada caricia que hubiera recibido.

—¡Es mía, maldición, mía! —exclamó dando un golpe sobre el colchón, asustando a la gata que se acercaba para recibir sus mimos y caricias.

Trató de llamarla, pero huyó presurosa de su lado. Rosita no le hizo caso y salió en dirección al *living*. Obviamente, había decidido que era mejor dormir en el sofá.

Se giró para quedar apoyado sobre el costado derecho y trató de dormir, pero cada vez que cerraba los ojos veía a Elizabeth, con el sol cayendo a raudales sobre su cabeza y escuchaba su voz diciéndole que no quería volver a verlo.

¿Qué haría a continuación? ¿Se rendiría definitivamente?

Analizó sus opciones por unos momentos, hasta que consiguió calmarse y tomar una decisión.

Esperaría el informe del detective, que había prometido un adelanto para el próximo miércoles.

De alguna manera, conseguiría pasar la semana, que, por suerte, era la última antes de unas muy merecidas vacaciones.

Concentraría sus esfuerzos en conseguir que un juez firmara la adopción de Carolina, para llevarle los documentos de regalo de cumpleaños, que sería ese viernes.

Pensar en el cumpleaños de la niña consiguió por fin llevarlo a otros problemas.

Sabía que el juez que estaba viendo la causa era un sibarita. Y que a su mujer le encantaban los restaurantes exclusivos. A la mañana siguiente le pediría a Marta que consiguiera una reserva en el mejor restaurant de la ciudad y que convenciera al juez de encontrarse con él allí.

No se sentía mal en absoluto por esa especie de soborno, ya que consideraba la adopción poco más que un trámite. Matías estaba de acuerdo, Emilia lo había pedido y la niña la llamaba mamá, era, simplemente, oficializar algo ya existente.

Por un momento volvió a sentir rabia contra Elizabeth. Cristian era hijo suyo, lo sabía, lo sentía.

Se obligó a volver a pensar en el cumpleaños de Carolina. Lo que suscitó un nuevo problema.

El sábado Emilia haría una enorme fiesta en la mansión Mackenna, había invitado a casi todos sus conocidos, lo que incluía a Alfredo y a Patricia. Y Cristóbal jamás iba solo a una fiesta en que estuviera Patricia, era darle mucha ventaja.

Por lo tanto, necesitaba una cita. Le encantaría llevar a Elizabeth, pero eso era imposible. No por primera vez, lamentó que Alicia estuviera en Viña del Mar, de seguro lo hubiera acompañado, teniendo todo perfectamente claro. Y era tan parecida a Elizabeth que Patricia se pondría enferma al verla. Por supuesto, ocultaría quién era en verdad. Sería una buena broma, pero era casi tan imposible como llevar a Elizabeth.

De pronto recordó algo. Cierta señorita educadora de párvulos que había dejado muy claro que aceptaría una invitación suya. ¿Cómo se llamaba? ¿Maciel? No, ¿Mariel, Mariela? Tendría que buscar en su agenda, estaba seguro de haber anotado su número el día que la conoció, en la fiesta de Navidad de una fundación de protección a la infancia que apadrinaba.

¡Marcela! Eso era, Marcela.

Aunque una hora antes no lo hubiera pensado, se durmió con el asomo de una sonrisa en los labios. Sin importar todos los problemas que tuviera, siempre era bueno fastidiar a Patricia.

## Capítulo 7

Nervioso, esperó los pocos segundos que se demoraba el detective en caminar desde la recepción hasta su oficina. Estaba ansioso por escuchar las noticias.

Cuando llegó junto al escritorio, le tendió una enorme carpeta. Toda la vida de Elizabeth resumida en los certificados de estudios, fotografías, estados financieros, contratos de trabajo, declaraciones de impuestos y cientos de otros documentos. Tanta información que parecía imposible que la hubiera reunido en una semana.

—Por favor, resume usted todo esto —le pidió a Gustavo.

—Por supuesto —respondió el hombre inmediatamente—, como usted ya sabía, la última noche que la vio ella se fue a la pensión donde arrendaba una pieza. En efecto, fue el chofer de su madrastra quien la acompañó y luego esperó hasta que ella reuniera todas sus cosas y la llevó a la pensión donde los hermanos de la doctora arrendaban una pieza, juntos. Mailen Minchequeo llegó a Santiago al día siguiente y juntas fueron al Registro Civil a sacar el pasaporte, el día lunes. En la carpeta hay una copia. Esa tarde fueron al médico. Me imagino que fue él quien le dijo que no podía viajar en avión, pero ella estaba decidida a dejar el país lo antes posible, por lo que comenzó su viaje por tierra el lunes siguiente. De Santiago a Antofagasta, de Antofagasta a Lima, descansando un día o dos en cada parada. En Lima le pierdo la pista, lamentablemente el transporte en Perú, Ecuador y México es bastante enredado, pero reapareció en la frontera entre México y Estados Unidos dos semanas después de desaparecer en Lima. Desde Texas a Nueva York, donde ya tenía un departamento, el mismo donde aún vive, y trabajo en el hospital, esperándola. Al parecer, ella se puso en contacto con alguien de la junta de las becas y le explicó el cambio en sus circunstancias. Esta persona abogó por ella y no perdió la beca, al contrario, se la incrementaron considerando que pronto sería madre. Esta misma persona la ayudó a conseguir el departamento y el trabajo.

—¿Quién? —preguntó Cristóbal temeroso.

—Un hombre, nieto de la mayor benefactora del programa de becas. Gran parte de la fortuna familiar la donan con fines educacionales, especialmente en medicina. Todo en memoria del esposo de la mujer, que falleció por una falla cardiaca que hoy en día es un mero problema solucionable con una cirugía de dos horas.

—¿Él es quien dice Elizabeth que es el padre de Cristian?

—Yo diría que sí, pero en realidad no existe ninguna probabilidad de que lo sea.

—¿Por qué?

—La familia es afroamericana. Yo soy rubio al lado de este hombre. —Cristóbal miró la piel blanca del hombre, sus ojos café y el pelo lacio igualmente café y sonrió—. Y, además, él es abiertamente homosexual. Vive en Londres, donde da clases de Historia en una universidad. Hace quince años que comparte casa con su pareja, un popular diseñador de modas. Como ambos son americanos, se casaron en cuanto se aprobó en Estados Unidos el matrimonio entre dos personas del mismo sexo. Lo único cierto en toda la historia que le contó la señorita, es que a este tipo le fascinan las culturas precolombinas y votó por ella principalmente por su ascendencia mapuche. Aunque, en realidad, no había ningún candidato mejor para la beca de la fundación que presidía su abuela.

—¿Qué me dice de otros hombres? —Tenía la pregunta ardiendo en su interior, necesitaba la respuesta urgente.

—Nada.

—¿Cómo nada? ¿No ha averiguado nada?

—Es que no hay nada que averiguar. Por mucho que he buscado no he encontrado a ningún hombre en su vida, aparte de usted. Fotos de ustedes encontré por cientos, pero nadie antes ni después. Su novio es tan ficticio como una caricatura. Y esta es información cien por ciento fidedigna. Por muy extraña que sea su vecina en Nueva York, de mentirosa no tiene nada. Tampoco en el hospital sabían de un novio. O amigo, al cabo. Lo único que ella hace en Estados Unidos es trabajar y cuidar del pequeño. La única persona a la que se la puede considerar amiga es Chiara, la vecina. Su último cumpleaños lo celebró con tres días de retraso porque Chiara estaba fuera de la ciudad. Aparte de ella, hay solo una persona en ese país con quien tiene contacto a un nivel personal. John T. Banks, ahora presidente de la fundación Banks, desde la muerte de su abuela. Él va tres o cuatro veces al año a Nueva York y se reúne con ella. Pero no tiene más vida social que eso. Una enfermera me dijo que por eso era la mejor. No permitía que nada la distrajera del trabajo, ni siquiera los problemas de habla del pequeño, que lleva casi un año yendo a terapia una vez a la semana con una psicóloga, pero con suerte dice «yes», «no», «mom» y algún que otro monosílabo.

—Es imposible documentar algo que no existe —comentó Cristóbal, hablando más consigo mismo que con el hombre—, cuénteme qué averiguó de su vida en general.

—Es una excelente ciudadana. Paga sus impuestos, renueva su visa un mes antes del vencimiento. Apoya la comunidad en la que vive, hace horas de voluntariado en el centro comunitario cercano a su domicilio. Trabaja no menos de ochenta horas a la semana. Tiene una cuenta de ahorros, algo más de cinco mil dólares y un saldo promedio de mil dólares en su cuenta corriente. Es apreciada y muy bien considerada entre sus pares. Las enfermeras la respetan y otros médicos la envidian porque ya se habla de ella como sucesora del jefe de cardiología, que debería retirarse en dos o tres años. Si eso pasara, batiría varias marcas en el hospital. Sería la

primera mujer, primera extranjera y la persona más joven en llegar tan alto dentro del departamento, por no decir el jefe de departamento más joven en la historia del hospital.

—¿Cinco mil dólares de ahorro? Esos son poco más de tres millones de pesos. ¿Qué más me puede decir de sus finanzas?

—Los ahorros no son muy grandes en estos momentos, porque acaba de pagar su vivienda, un lindo aunque pequeño departamento a menos de diez cuabras del hospital. También se compró, en efectivo, un automóvil hace un par de años, aunque está permanentemente estacionado, casi no lo usa. Y, por supuesto, está todo el dinero que les manda a los hermanos, que también tienen numerosas becas, pero ella no lo encuentra suficiente, al parecer.

—¿Hay algo que destaque en su vida?

—Nada, parece exactamente lo que es. Una mujer joven, inteligente y bonita. Médico de profesión, con un hijo de padre desconocido, aunque nosotros sabemos la verdad. Yo diría que no cabe ninguna duda. El niño es suyo. Chiara está convencida.

—¿Cómo?

—Hay algo extraño en esa mujer. Nunca había conocido a nadie como ella. Me vio hablando con el administrador del edificio e inmediatamente supo que representaba al padre de Cristian. No hubo manera de convencerla de lo contrario. Además, era verdad. Y... lo siento, no sé qué me pasó, pero sin darme cuenta cómo, me encontré contándole alguna mentirijilla, para tratar de sacarle información y terminé siendo yo el interrogado. A cambio, ella me dejó entrar en el departamento y me contó todo lo que sabía, desde el momento que la conoció. Según ella, supo apenas la vio que estaba embarazada y que tenía algún problema, así que se dedicó en cuerpo y alma a cuidarla, porque la señorita Elizabeth la necesitaba. También me contó una interesante teoría respecto de los problemas de habla del niño. Dijo que extrañaba a su padre y por eso no hablaba. Y en cierta manera está de acuerdo con la psicóloga, quien dice que cuando Cristian quiera hablar, va a hablar y punto.

—Eso es ridículo, usted lo sabe. —Cristóbal sonrió, sin estar seguro de qué pensar.

—Lo sé, pero usted no conoce a Chiara. Tiene unas ideas de lo más disparatadas, pero las cuenta de tal manera que uno comienza a dudar de todo lo que sabe.

—Bueno, ¿algo más?

—Nada, de momento, aunque no creo que quede mucho por descubrir.

—Bien. Vamos a hacer lo siguiente: mándeme la factura con todos los gastos y su comisión. Esto es personal, así que tiene que venir a mi nombre. Voy a ver qué hago con esto y qué resultados obtengo. Si son favorables, le hago llegar el cheque con su bono.

—Espero que sean muy favorables, necesito ese bono —dijo el hombre al ponerse de pie y comenzar a caminar hacia la puerta—, quiero volver a Nueva York.

—¿Por qué? —preguntó Cristóbal por cortesía.

—Es que esa Chiara... —Encogió los hombros. Evidentemente, no tenía palabras para explicar qué era lo que lo tenía así.

\*\*\*

Esa misma tarde, Cristóbal tuvo una cita con Marcela, la educadora de párvulos. La invitó a tomar un café en un céntrico local, muy elegante y exclusivo.

Y ella resultó ser la mujer más sosa de la Tierra. Un aburrimiento absoluto.

Bueno, ni tanto. En justicia tenía que reconocer que era tan bonita como recordaba. Alegre, inteligente y de charla amena y simpática.

Pero... oh, sorpresa, no era Elizabeth. Ninguna lo era. Ninguna podría serlo.

Aprovechó para preguntarle los motivos por los que un niño de cuatro años no hablaba, habiendo sido descartados los impedimentos físicos.

No le dijo quién era en verdad el niño, solo que era el hijo de un amigo.

Y ella, una reconocida profesional en educación especial preescolar, le explicó muchas cosas.

Curiosamente, la explicación que más le gustó fue una que casi coincidía con la dada por la vecina de Elizabeth. El niño tenía algún problema de desapego emocional que le impedía expresarse de la manera normal para su edad.

A pesar de no tener un verdadero deseo por volver a verla, cuando la acompañó a casa la invitó al cumpleaños de Carolina.

Ella aceptó de inmediato, incluso trató de convencerlo de encontrarse antes.

—Mañana no puedo, tengo una cena de trabajo con un juez —le explicó él—, y el viernes tampoco. Tradicionalmente era el último día hábil, antes del receso en tribunales, y casi todos los abogados aprovechábamos para tomar vacaciones. Ahora ya no es así, pero nosotros seguimos funcionando de esa manera, porque permite que nuestros empleados disfruten de lo mismo, y hacemos arreglos en la oficina, pintura y esas cosas, sin que nadie interrumpa. Por eso, tenemos por costumbre hacer la fiesta anual en esta fecha y no en diciembre.

Lo que era bastante cierto. Pero no era en verdad una fiesta, sino que un cóctel, en las dependencias de la empresa y no solía durar más allá de las ocho de la noche; sin embargo, Cristóbal lo esgrimió como excusa. No quería ilusionarla, como tampoco quería estar con ella más de la cuenta.

Los últimos dos días de trabajo pasaron volando. El jueves estuvo toda la mañana en tribunales y toda la tarde encerrado en la oficina, revisando cientos de documentos.

Salió con el tiempo justo para ir a su departamento, darse una ducha y llegar al restaurant a la hora acordada con el juez.

La cuenta fue bastante elevada, pero la pagó sin ningún miramiento, después de todo, estaba ocupando la tarjeta de crédito que Emilia le había entregado para los gastos de representación. Y estaba seguro de que no alegraría nada del gasto, porque al final de la cena tenía los papeles firmados y Carolina ya era oficialmente su hija.

El viernes fue temprano a la mansión. Tomó el desayuno con ellos y dio buenas y malas noticias. Todo fue felicidad cuando entregó los papeles de adopción listos, pero se esfumó cuando

tuvo que decirle a Emilia que había fallecido Julio, uno de los ancianos del hogar que patrocinaba. Eso siempre la entristecía, aunque ese día era peor, ya que el hombre era un buen amigo y el consuelo para los días de soledad que Emilia vivió junto al abuelo.

Y, por primera vez en su creciente amistad, Matías se había enojado con él. Por suerte, después pudo resarcirse cuidando a Carolina por unos momentos.

«Pobre Matías», pensó, «no está mucho mejor que yo. Casado con la mujer que ama y ella no le da ni la hora del día».

En la tarde, cuando el cóctel estaba en pleno apogeo, Marta se le acercó.

—¿Cuándo le vas a decir a tu papá que tiene un nieto? —le preguntó a quemarropa, sin prepararlo para lo que vendría.

—¿Qué? —Miró alrededor para comprobar que nadie la hubiese escuchado.

—Te pregunto qué cuándo...

—Te escuché, pero no me gusta discutir mis asuntos personales en medio de una fiesta de la empresa, Marta.

—Entonces, vamos a la oficina y me cuentas qué está pasando. Es evidente que tu papá aún no tiene ni idea. —Marta tiró de su manga para llevarlo a la oficina, pero Cristóbal no se movió.

—No hay nada que contar, Marta, nada en lo absoluto.

—¿Cómo no? —La secretaria frunció el ceño—. ¿O no te habías dado cuenta?

—Claro que sí, pero ella... Mira, Marta...

—Lo sé, lo sé. Me callo y trabajo. Algún día me vas a contar. De momento, dime, ¿vas a salir durante las vacaciones? ¿O necesitas que te coordine los almuerzos?

Cristóbal no se había planteado seriamente qué hacer durante febrero, pero al menos se tomaría unos días en la playa para leer con calma el informe del detective y pensar.

—No, Martita, voy a ir a Viña del Mar, pero no sé cuántos días, así que no te preocupes por mí. Yo me las arreglo.

—Si me necesitas, ya sabes dónde ubicarme. —En un gesto muy maternal, pasó su pequeña mano sobre el brazo del hombre, riendo ante el contraste del color azul cobalto del traje de Cristóbal y el amarillo brillante del esmalte de uñas—. Oro y Cielo, como tu equipo favorito.

Cristóbal miró su brazo y sonrió. No era en realidad su equipo favorito, pero, por un motivo que solo Elizabeth y él conocían, amaba la ciudad de Viña del Mar y todo lo que la representaba, incluyendo el equipo de fútbol.

—*Ever for ever* —dijo, siguiéndole el juego a Marta.

La tarde del sábado fue muy entretenida, con un montón de niños que correteaban, se tiraban en la piscina y hacían explotar bombas de agua donde fuera.

Por suerte, Marcela se encontró en su elemento rodeada de tanto niño y no resintió que la dejara casi abandonada, pues se quedaba siempre a varios metros de ella, para sentir conmiseración por él mismo.

«Si las cosas fueran distintas», se decía, «mi hijo estaría aquí, corriendo detrás de Carolina,

como si fueran primos de verdad. Y no tendría que soportar a Patricia hablando tanta estupidez. Volver a ver a Elizabeth de seguro la dejaría muda».

Se sentó junto a Matías a beber una cerveza y notó algo extraño en él, dos segundos después de preguntarle qué le pasaba, si se había arrepentido. No necesitaba saber que su madrastra, además de tonta, era una mentirosa rematada.

—Es que está hablando de ejercicios que ni siquiera existen —explicó Matías, confirmando algo que él ya sabía. Después de todo, pensar en Patricia como la promesa de algo tan bueno como el deporte era inaudito.

Sin embargo, la conversación que siguió no fue para nada un desperdicio.

Por primera vez hablaba, en forma realmente honesta, de sus problemas con alguien que no estaba implicado y que podía darle una opinión externa. Y un par de buenos consejos.

Y lo mejor fue que Matías se dio de cuenta de algo que él, con una miopía extrema, no había notado.

«Cristian es muy parecido a Cristóbal, tiene que ser significativo», dijo al despedirse.

Y Cristóbal se habría dado un par de cachetadas. Por supuesto que era significativo.

Cristina era el nombre de su madre, así se lo confirmó a Matías, pero no le comentó algo aún más importante, algo que solo tres personas en el mundo entero sabían. Alfredo, él y Elizabeth.

Cuando su madre estaba embarazada, decidió que al bebé lo llamaría Cristian, pero cuando Alfredo llevó el certificado médico para inscribirlo en el Registro Civil iba bastante alegre, es decir con una resaca de los diez mil demonios, después de haber celebrado su nacimiento toda la noche, y en algún momento se confundió y cambió el nombre de Cristian a Cristóbal, porque no entendía su propia letra, y se ganó eternas reprimendas de su mujer.

Elizabeth había reído con la historia hasta caerse del sillón donde estaba, pero aprovechó para contarle una historia familiar, algo que hizo que Cristóbal se sintiera aún más en sintonía con la muchacha y su familia.

Los abuelos de Elizabeth, ambos mapuches, querían llamar Kuyén a su hija, como la Luna. Pero Nawel, cuya educación formal no era muy elevada, no había conseguido escribir bien el nombre. La fortuna hizo que se reencontrara con una antigua conocida que trabajaba en el Registro Civil. «Una simpática chilena cabeza hueca», solía decir el hombre, «crédula como pocos, que me escuchó decir Kuyén pero lo confundió con Mailen, solo porque había oído decir que significaba alguna tontera de “princesa no se qué”». Llanka, la abuela de Elizabeth, lo culpaba a él, alegando que era error suyo por andar diciendo que era su «malen», «niña» en mapudungún, lengua que la mujer no hablaba y por eso Nawel siempre la confundía y molestaba mezclándolo con el español.

A partir de ese día, Elizabeth siempre bromeaba con él, llamándolo Cristian. Incluso había llegado a prometer que el día que tuvieran un hijo lo llamarían Cristian, para que de alguna manera se cumplieran los deseos de su madre.

Y al menos esa promesa la cumplió. Cristóbal habría vuelto a saltar a la piscina con ropa por la felicidad que le dio el descubrimiento. No lo hizo, ya que usaba algo de Matías que le quedaba

muy mal. Suelta en la espalda y apretada en el estómago.

Había llegado el momento de tomarse en serio el consejo de Matías y aplicarse un poco más con el tema del ejercicio, no solo por él, que siempre creyó tener un físico privilegiado y en ese momento notaba que no era tan cierto, sino que también por su hijo.

Debía estar en buena forma y tener una mejor salud si quería durarle a su hijo mientras este lo necesitara.

Y tal vez unos mejores abdominales lo ayudarían con su otra misión. Tal vez Elizabeth no pudiera resistirse a un estómago bien definido y a una espalda ancha. O sea, más ancha.

Le pediría consejo a Matías. De algo debía servir tener un amigo que fuera profesor de educación física, ¿no?

Debía partir inmediatamente con sus planes y seguir los consejos del profesor desde el principio. Y eso implicaba tener que decirle a una mujer por segunda vez, en menos de un mes, que no iba a volver a invitarla.

Marcela no se lo tomó tan mal como Carol. Era mucho más inteligente de lo que suponía.

—El niño del que me preguntaste no es hijo de un amigo, ¿verdad? —preguntó cuando él trató de explicarle la situación.

—No.

—Es tu hijo. Y aún amas a la madre.

—Sí a ambas.

—Lo siento por mí, eres un tipo agradable y bastante atractivo, aunque tu familia da asco. Buena suerte. —Con las últimas palabras bajó del automóvil y se perdió en la oscuridad del jardín que rodeaba la casa.

El domingo temprano se encontró con Emilia y su familia en el funeral de Julio. Ella estaba bastante triste, lo mismo la gente del hogar de ancianos, pero Matías consiguió devolverlos al luminoso día de verano.

Durante el almuerzo habló con él, quien prometió crearle una rutina de ejercicios apenas pudiera evaluarlo.

—Por mientras, mucho cardio —le dijo—: correr, nadar, andar en bicicleta, pero nada de sobrepasarse, solo hasta que te sientas cansado. Y, por supuesto, una dieta balanceada, también te puedo ayudar con eso, pero...

—Necesitas evaluarme.

—Exacto. Y que un médico te examine. Ya sabes, de pie a cabeza. Mejor sería trabajar con un nutricionista.

—¿Lo vemos cuando vuelva? —pidió Cristóbal.

—¿Sales de vacaciones?

—Por unos días, no sé cuántos. Voy a Viña, a la casa de Recreo.

—Me parece perfecto, nada como dos semanas al sol para convertir a cualquier persona saludable en un fofó.

—La casa de Recreo tiene un gimnasio tan bien equipado como la mansión.

—Bien, pero recuerda, solo cardio y nada de exigirse demasiado hasta que el médico te examine y yo te evalúe, ¿de acuerdo?

Después de ver algo de las maravillosas rutinas gimnásticas de Carolina, Cristóbal molestó por largo rato a Matías, para que también demostrara sus habilidades, luego Carolina y Emilia se unieron a él y Matías no tuvo más remedio que satisfacerlos.

Fue, en resumen, un buen día, un buen fin de semana. Por la noche partió hacia Viña, tratando de no recordar todas las veces que había ido a la ciudad con ella y rememorándolas, invariablemente.

«No importa», se dijo, «mañana será otro día. Voy a leer con detención el informe y trazaré un nuevo plan. Y este sí me va a resultar».

Sobre todo, gracias a la pequeña pieza de información que le suministró Matías.

El lunes fue un día totalmente flojo. Se levantó tarde, se preparó el desayuno y lo tomó en la terraza con vista al mar, donde se quedó toda la mañana leyendo, pensando y recordando.

No tenía ganas de cocinar y tampoco quería salir a comer. Sonrió al recordar a Matías, pero se encogió de hombros y llamó para que le llevaran una pizza. «Mañana empiezo la dieta», pensó riendo, mientras comía en la misma terraza.

El resumen que le había dado el detective era muy bueno, cubría todos los hitos importantes en la vida de Elizabeth.

El informe era completísimo, contenía tal cantidad de detalles que lo impresionó. Incluso se enteró de que había tenido paperas a los doce años, algo que nunca supo.

Y a pesar de las palabras del hombre, había uno o dos cabos sueltos.

El más importante era, por supuesto, la conversación que había tenido con Patricia la noche que desapareció. Solo dos personas podían dar testimonio de ese hecho y ninguna lo haría, obviamente.

Hizo una lista de todas las personas que trabajaban en casa de su padre en la época, para dársela al detective y que pudiera averiguar si alguno sabía algo, cualquier cosa.

De paso, hizo una nota para que investigara toda la vida de Patricia. Le encantaría encontrar algo auténticamente sucio; así, en verdad podría fastidiarla y, tal vez, cobrar venganza.

Cuando pasó al apartado de las finanzas recordó cómo era de maniática Elizabeth con el orden, aún de algo que ella despreciaba tanto como el dinero. «El dinero es dinero y solo sirve para comprar las cosas que necesitas, no para acumularlo», solía decir.

Otra cosa que lo maravilló, pero no sorprendió, fue lo acabado de la información. Incluso las cartolas bancarias, en realidad fotocopias de estas, tenían escritas a pie de página, con la minúscula y prolija letra del detective, algún comentario. En este caso era «Extraído de los archivos personales de E.F.M.»

Aunque, en realidad, estaba acostumbrado a los excelentes reportes del detective. De otra manera, Emilia lo habría despedido muchos años atrás.

Después de que terminó con la información financiera, fue hasta la cocina a buscar una cerveza. Al volver, trató de seguir con el historial académico de Elizabeth, pero como sabía exactamente lo que se iba a encontrar, no conseguía concentrarse.

Algo lo inquietaba, aunque no sabía qué. Se devolvió a la información financiera y revisó una por una las declaraciones de impuestos. No conocía mucho del sistema impositivo americano, pero era evidente que a Elizabeth no le gustaba tener problemas con el fisco. Siempre declaraba todos sus ingresos, tenía mucho cuidado con los gastos y enviaba las declaraciones al comienzo del período, normalmente el primer o segundo día.

Analizó los documentos del automóvil, donde no encontró nada extraño. Lo mismo que el departamento. Lo único sorprendente, de hecho, era que lo hubiera terminado de pagar. Cuatro años era muy poco tiempo.

Buscó, pero no encontró ningún crédito hipotecario. Hizo una anotación, para preguntarle al detective, pero luego encontró la respuesta.

El préstamo lo había hecho la Fundación Banks, como complemento a su beca. Le habían entregado en efectivo el total del importe correspondiente al ítem de vivienda por los dos años que cubría la beca. Y a esa cantidad habían agregado la diferencia del valor del departamento, con el bien como garantía.

Elizabeth había sido muy puntual con el pago de las cuotas. Y había comenzado desde el mismo momento en que empezó a trabajar, casi desde que llegó a Estados Unidos. Las primeras cuotas habían sido pequeñas, pero comenzó a subir progresivamente hasta que pagó la última, cuatro meses atrás, en octubre.

La generosa Fundación Banks no había cobrado intereses sobre el crédito.

Cristóbal buscó entre las fotografías hasta que encontró lo que estaba buscando: Elizabeth, con una enorme barriga, sonreía a la cámara, mientras una anciana y delicada mujer de raza negra le entregaba un regalo de Navidad. Otra: Elizabeth y dos hombres rodeaban a la anciana. No fue difícil adivinar cuál de los dos era John T. Banks. Un poco más alto que su abuela, pero igualmente delgado, vestido con unos pantalones negros, un jersey de cachemira de cuello alto y una chaqueta con parches en los codos. Era la imagen perfecta del típico profesor universitario. Al otro lado de la mujer, un hombre moreno, tal vez de ascendencia italoamericana, con lo que debía ser su propia versión del traje de Papá Noel, en un brillante satén rojo. Todos posaban felices frente al árbol de Navidad. Una tercera: el recorte de un diario, donde los dos hombres y Elizabeth acompañaban un féretro, que pertenecía a Carry Anne Banks.

Y así muchas más, en tantas ocasiones especiales.

Hubo una que le molestó particularmente. Ambos hombres con Cristian en brazos, levantando un dedo. No necesitaba mirar la fecha, era el primer cumpleaños de Cristian.

«Yo debí estar ahí», pensaba Cristóbal con amargura. «Yo debí comprar los primeros regalos de Navidad de mi hijo, yo debí sostenerlo en brazos y ayudarlo a apagar la vela de su primer cumpleaños».

Solo para evitar que su mente se fuera por esos derroteros, volvió a la escritura del departamento. De pronto, se dio cuenta de qué era lo que le molestaba. Entre la beca y el préstamo no se cubría el valor total de la propiedad. Faltaba poco menos de doscientos mil dólares.

¿De dónde diablos habrá sacado Elizabeth doscientos mil dólares? Con el tipo de cambio de la época, serían unos cien millones de pesos.

Él sabía que Elizabeth no tenía cien millones de pesos. Ni siquiera tenía un millón de pesos. Todo el dinero del que disponía se lo daba a sus padres y hermanos.

Entró en la casa y prendió el computador para enviarle un correo electrónico al detective con los nuevos requerimientos, poniendo énfasis en el asunto de los doscientos mil dólares.

Ya era de noche cuando abandonó la casa y se dirigió al bar en el que trabajaba Alicia.

Al verlo, la muchacha salió inmediatamente de detrás de la barra y lo abrazó, feliz por su reencuentro.

—Dame una cerveza —le pidió cuando se sentó en una banca junto a la barra.

—Aquí tienes —le dijo Alicia poniendo el vaso frente a él—, y en seguida voy a hacer un cartel de «Propiedad Privada» para colgarte al cuello, antes de que las argentinas traten de quitarme a mi cuñado.

—No soy tu cuñado, Alice —replicó Cristóbal negando con la cabeza.

—Que mi hermana no lo reconozca, no quiere decir que no seas mi cuñado.

—Espero que impliques que es tu hermano quien tiene que reconocerlo —le dijo un muchacho que estaba parado a su lado y lo miraba apreciativamente.

—¿No me escuchaste lo de propiedad privada, señorita? —le dijo Alicia riendo—. Ni batea por tu equipo ni es soltero, ¿te quedó claro?

—Pero tu guapo hermano sí que es soltero, ¿no? —respondió el muchacho sonriendo.

—Pero no batea por tu equipo —replicó Alicia—, y deja de molestarme. Anda, haz que las pobres veraneantes sueñen, sin saber que prefieres a sus hermanos que a ellas.

—Siento haberte roto el corazón, Al.

—Y yo siento haberte besado y que salieras del clóset gracias a mí. —Alicia acompañó esas palabras con un pequeño golpe en las nalgas del joven, que rio y fue a atender a una mujer que le hacía gestos sin parar.

—Eres de lo que no hay, Alice —dijo Cristóbal entre risas, viendo cómo el muchacho coqueteaba con la mujer sin ningún disimulo.

—Voy a atender a unos clientes y vuelvo.

—No te preocupes por mí, creo me tomo la cerveza y me voy. ¿Almorzamos mañana?

—Está bien. —Tomó una libreta y escribió en ella su dirección—. Toma. No antes de las dos, por favor, que trabajo hasta las cinco de la mañana.

—A las dos en punto estoy ahí. —Intentó pasarle unos billetes, pero Alicia no los aceptó.

—A cuenta de la casa —le dijo—, el hombre más guapo de la barra bebe gratis.

Una media hora después, estaba acostado intentando dormir, pero su mente no dejaba de

funcionar, repasaba el informe del detective, ordenaba y reordenaba los datos obtenidos, tratando de darle algo de lógica al asunto de los doscientos mil dólares y pensando cómo confrontar a Elizabeth con la verdad, sin tener que decirle a ella cómo la había descubierto.

«Ya se me ocurrirá algo», se dijo somnoliento, «siempre se me ocurre algo».

\*\*\*

Tocó el timbre del departamento de Alicia y tuvo que esperar largo rato hasta que alguien abriera. Finalmente, una muchacha rubia y voluptuosa, cubierta solo con una insignificante camiseta y una minúscula tanga, con el maquillaje corrido y su pelo despeinado, apareció.

—¿Qué? —preguntó de muy mal humor.

—Buenas tardes, busco a Alicia.

—¿Te das cuenta de la hora que es?

—Algo más de las dos de la tarde —respondió Cristóbal, reprimiendo una sonrisa.

—Eso equivale a las tres de la mañana si trabajas hasta el amanecer.

—Lo siento. ¿Alicia ya despertó?

—Está en la ducha. Entra. —Se alejó por un estrecho pasillo, descubriendo un *living* muy desordenado y lleno de ropa—. Siéntate, si puedes. ¡AL! Te buscan —gritó, aporreando una puerta y desapareciendo hacia el final del pasillo.

—¡VOY! —La voz de Alicia le llegó apagada por la puerta y el claro sonido de agua corriendo.

Escuchó como cerraba la llave del agua y se corrían las cortinas de la ducha. Luego, una serie de ruidos sordos, en lo que suponía era Alicia secándose y vistiéndose, acompañados de varias imprecaciones en la baja y ronca voz de la muchacha. Y finalmente, la puerta abriéndose, para dar paso a Alicia, vestida con una camiseta y una minifalda, que dejaba ver sus morenas y bonitas piernas.

—Lindas piernas, Alice —dijo Cristóbal a modo de saludo.

—Gracias, ya lo sabía —respondió ella riendo. Se acercó a él y, poniéndose en punta de pies, le dio un beso en la mejilla—, hola, cuñado.

—Creo que le vas a ganar el premio de la persona más cabezota del mundo a Marta. —La sonrisa de Cristóbal no se hizo esperar.

—Una chica puede tener sus esperanzas, ¿no? Dame un minuto, termino de arreglarme y salimos. —Caminó por el mismo pasillo por donde se había perdido la otra muchacha—. ¿Has pensado qué lugar iremos a agasajar con nuestra presencia? —agregó subiendo el volumen, para que Cristóbal la escuchara desde el *living*.

—No exactamente, pero hay un restaurant buenísimo frente al Mercado Puerto —Cristóbal le respondió usando el mismo tono que Alicia.

—¿El puerto, Cris? —Al hombre le quedó claro que la respuesta la decepcionaba—. Si

quisiera ir al Mercado Puerto, iría con cualquiera de mis amigos, pensé que me ibas a llevar a alguno de esos restaurant tan bonitos y exclusivos que hay en Concón. Ya sabes, de esos a los que solo entra la crema y nata de nuestra sociedad. Eres mi única posibilidad de conocer algo así por dentro.

—La comida es mejor en el puerto —razonó Cristóbal con una mueca—. O al menos así me lo ha parecido siempre, pero si quieres podemos ir a Concón.

—Sí, quiero —dijo asomándose a la puerta del dormitorio con una sonrisa traviesa—, lástima que venga de la hermana equivocada.

—Alicia...

—Yo no puedo decirte que me callo y trabajo, Cris, no me amenaces.

—No es una amenaza, simplemente te iba a decir que si vamos para allá, vas a necesitar otra ropa, al menos una blusa que te tape algo más que esa camiseta.

—Solucionado, me pongo algo encima —respondió perdiéndose otra vez en el dormitorio, para emerger un par de minutos después, con la misma falda azul, la misma camiseta blanca, una pequeña prenda de hilo de un brillante celeste, que cubría solo sus hombros y la parte alta de la espalda y unos enormes tacos—. Estoy lista. Vamos.

Cristóbal abrió la puerta y la escoltó hasta la camioneta, que puso en marcha al destino elegido.

Ya sentados en el restaurant, mantenían una plática alegre, Alicia le contaba anécdotas del trabajo y Cristóbal la puso al día de las últimas conversaciones con Elizabeth.

—Esta hermana mía —dijo Alicia cuando Cristóbal terminó su relato—, mi abuela se volvería a morir si supiera lo mentirosa que se ha puesto Antu.

—A mí lo que me gustaría saber es por qué tiene la necesidad de mentir —respondió Cristóbal después de reflexionar un poco—, y hasta qué punto es capaz de llegar con sus mentiras.

—No sé si te servirá de mucho consuelo, pero creo que tienes razón, es ahora cuando está mintiendo. Yo la escuché hablar de ti en esos tiempos. Incluso le pedí que nos presentara. Ella me prometió que cuando las cosas se calmaran un poco te iba a decir que nos juntáramos los cuatro.

—¿Cuándo fue eso?

—Tiene que haber sido a mediados de junio de ese año. Yo también estaba hasta las orejas de trabajo en la universidad. Y me parece que tú estabas de viaje. Al menos eso me dijo cuando me pidió que la acompañara a las entrevistas.

—Según ella, fue durante ese viaje que quedó embarazada.

—Imposible —aseguró la muchacha, después de pensar en esos días—, recuerdo claramente todas las entrevistas a las que asistió. Y la cena de celebración, a la que también la acompañé. El tipo ese de la fundación estaba fascinado, a falta de una mapuche, ahora conocía a dos. Y quería viajar al sur a conocer a mi abuela.

—Ese es el tipo al que Elizabeth le quiere cargar el muerto.

—¡Qué! —Alicia casi se atragantó con la comida—. Dios, mi hermana está definitivamente rayando la papa.

—Lo sé, si ni siquiera es caucásico, menos rubio. El detective dijo que él era rubio en comparación...

—¿Detective? —Alicia cambió automáticamente el tono de su voz, se le escuchaba recelosa.

—No te enojés, por favor, es que no me quedaba alternativa. —Cristóbal la miraba con súplica en sus ojos verdes—. Contraté a un detective privado. Tengo un archivador de lomo grueso en casa, con toda la vida de tu hermana expuesta. No descubrí muchas cosas nuevas, pero sí algunas interesantes. Como este tipo, Banks, que es afroamericano y homosexual y Eli quiere que crea que él es el padre de Cristian.

—A Elizabeth no le va a gustar nada eso. —Seguía disgustada, pero ya comenzaba a calmarse—. Qué diablos, a mí no me gusta nada eso y yo estoy de tu parte.

—A mí tampoco me agrada, pero todo vale en el amor y en la guerra, Alice. Hubiera preferido que Elizabeth me dijera todo lo que yo quería saber, pero no hay caso.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No sé, aún estoy pensando cómo enfrentarla con la verdad sin decirle que la hice investigar.

—¡Ay cuñado, qué voy a hacer contigo! —Le sonrió misteriosa—. Se supone que eres inteligente, ¿no?

—Eso me gusta creer.

—Y me imagino que en su día, mi hermana te tiene que haber dicho el nombre de la fundación que le otorgó la beca. Y que tú lo recuerdas.

—Creo que sí.

—¿Y no existe un maravilloso invento moderno llamado Internet?

—Alice, eres un genio. Termina rápido, que quiero ir a casa.

Después de eso, la comida le supo mucho mejor. Incluso, a pesar de su apuro, se dio el tiempo de degustar un exquisito postre.

Pagó la cuenta y prácticamente arrastró a Alicia hasta el automóvil y por poco le pasan una multa por exceso de velocidad, pero mucho antes de lo que cabría suponer, ya estaban en casa, encendiendo el computador.

Buscó en Internet datos acerca de la fundación, hasta que encontró todo lo que buscaba, incluyendo fotos del hombre y de su esposo.

Confirmó que la impresora tuviera tinta y mandó la impresión.

—¿Todo listo? —preguntó Alicia cuando salió a la terraza con la carpeta y dos bebidas.

—Sí. —Le pasó la bebida junto con la carpeta—. Toma, quiero que lo leas, para que sepas exactamente lo que el detective descubrió, no creo que sea muy novedoso para ti, pero...

—¿Dice algo de mí? —Alicia levantó una mano para recibir la carpeta.

—Que eres un fastidio como hermana menor, pero la mejor cuñada que un hombre pueda tener.

—Solo por eso te ganaste una cerveza en el bar —dijo Alicia con una sonrisa—. ¿Cuándo vas a Santiago a enfrentarte con mi hermana?

—Mañana mismo.

—¿Por qué no esperas unos días?

—¿Para qué?

—Porque tal vez mis padres pueden enterarse de que te vi y que estás disfrutando de unas maravillosas vacaciones. Y tal vez ellos puedan comentárselo a mi hermana. Y tal vez, solo tal vez, ella se relaje y no esté esperando que aparezcas a la vuelta de la esquina.

—Una visita sorpresa le da muchas ventajas al visitante.

—Eso. Por otra parte, lamento comunicarte que Antu nos prohibió intervenir en sus asuntos contigo. —Cristóbal la miró frunciendo el ceño. ¿A qué venía entonces su comentario anterior?—. Hipotéticamente, yo no puedo darte la dirección del departamento, ni conseguirte el horario en que ella va a estar sola ahí, para que tú puedas visitarla.

—Alicia...

—Así que espero que tengas un lápiz a mano cuando hable por teléfono con mis padres y le pregunte por ella. Y también cuando le dé la dirección a un tipo que va todas las noches al bar porque resulta que le interesa mucho la robótica, como a mí.

Riendo, Cristóbal fue al interior de la casa, sacó una libreta y un lápiz, tomó el teléfono inalámbrico y volvió al lado de Alicia.

El resto de la tarde fue bastante agradable. Y por segunda noche, fue al bar para tomar la cerveza prometida y a conversar un rato con el amigo de Alicia. Muy amablemente, tenía la libreta y el lápiz a mano cuando ella le dio la dirección, para que la ubicara en marzo, cuando ambos estuvieran de vuelta en Santiago.

Cuando volvió a la casa, se sentía en verdad feliz por primera vez desde antes de Navidad.

## Capítulo 8

Elizabeth terminó las rondas postoperatorias y fue a visitar a Óscar. Por fin era jueves y no tenía más cirugías hasta que le llegara la programación de la siguiente semana. Nunca había podido en verdad justificar que enviara sus documentos y pudiera ejercer la medicina en Chile, estando tan decidida a quedarse en Nueva York, pero en ese momento daba las gracias por su previsión.

Estaba tan cansada que pretendía ir al departamento, darse una ducha y dormir varias horas. Llevaba levantada desde las cinco de la mañana y había estado ocho horas en pabellón. Sus ojos ardían y casi se cerraban solos, las piernas necesitaban urgentemente un masaje. Almorzaría algo rápido y a descansar.

Cuando llegó a la habitación de Óscar, descubrió que el hombre tenía muy buen semblante. Y su madre sonreía más feliz y tranquila que en todo el tiempo que Elizabeth había estado de vuelta en el país.

—Me dieron el alta —le contó el hombre cuando ella llegó.

—Aunque no podemos irnos a casa aún, ya es un gran avance —agregó su madre.

—Perfecto. ¿Cuándo vas a salir? —preguntó Elizabeth, dirigiéndose a Óscar.

—Mañana en algún momento durante la mañana. ¿Estás muy cansada, hija?

—Bastante. Me gustaría ir a casa a dormir el resto de la tarde.

—Pues hazlo —le respondió la madre—, yo me encargo de mi nieto.

—Gracias, mamá. ¿Saben algo de Enrique o Alicia?

—Enrique está bien. Llamó anoche, cuando venía de la playa. Dice que allá en Antofagasta, la gente va a la playa de noche tanto como de día.

—Una buena medida, considerando la radiación solar —contestó Elizabeth, razonable como de costumbre.

—Eso. Pero no se lo digas a tu hermana, que es capaz de quedarse con su horario nocturno el resto de la vida. Llamó ayer tempranísimo. Tú ya habías salido al hospital.

—¿Temprano? No pensé que se levantara temprano.

—No lo hace —replicó Óscar, cáustico—, recién iba a acostarse.

—Dios —suspiró Elizabeth—, y qué dice la loca de mi hermana.

—Que está bien, que ha ganado mucho dinero en propinas, que conoció a una persona y se ha hecho amiga de él, aunque tiene la esperanza de llegar a ser más que amigos.

—¿Está en el departamento con las amigas, como siempre?

—Eh... —La duda en la voz de su madre era evidente. ¿Qué habría hecho Alicia esta vez?

—¿Qué pasa, mamá?

—Es que a ti no te va a gustar la respuesta —dijo Óscar mirándola de soslayo.

—¿Por qué? —Una sospecha estaba formándose en su cabeza.

—Es que Alicia no está con las amigas en estos momentos. Está... bueno, Cristóbal fue a Viña a pasar unos días —dijo Mailen rápidamente, como queriendo terminar luego—, y la visitó en el bar. La invitó a almorzar y, cuando la fue a buscar, se espantó con el departamento que es tan chico, que las muchachas hasta hacen turno para dormir, entre las que trabajan de noche y las que trabajan de día.

—¿Y?

—La invitó a quedarse con él mientras estuviera allá —terminó Óscar—. Alicia dice que la casa es enorme y que Cristóbal es un santo, porque no hace ni ruido durante la mañana, hasta que llega la hora de almuerzo, y cuando la va a despertar, ya tiene la comida preparada y servida.

—Pensé que habían dicho que conoció a alguien allá. —Elizabeth fue apagando su voz de a poco, temerosa, dudando de su propia reacción. No eran celos, era... derrota.

—Hija, debes tener claro que tu hermana puede bromear, pero nunca tomaría ese camino —dijo Mailen, interpretando correctamente su gesto.

—Bueno, entonces, están allá y están bien —dijo Elizabeth, recuperándose de inmediato—. Mejor, así sé que no va a venir a molestarme. Me voy, mamá, papá. Gracias por cuidar a Cristian, te juro que mañana y el resto del fin de semana no te molesto.

Se puso de pie, besó a sus padres en la frente, abrazó al niño y salió de la habitación a gran velocidad.

Cuando llegó a la calle le hizo señas a un taxi. Después de darle la dirección, se sumergió una vez más en la ola de los recuerdos. Casi podía oler el aire salobre de la costa...

\*\*\*

*Era un helado día de mayo. Había trabajado hasta tarde en el hospital, para compensar las horas de ese día viernes, que no iría. Cristóbal pasó a buscarla, ella tenía preparado un pequeño bolso con la ropa que necesitaría para los tres días que estarían en Viña del Mar.*

*Producto del agotamiento, durmió todo el viaje, hasta que Cristóbal remeció su brazo. Habían llegado.*

*La casa era enorme y bella, de habitaciones amplias y confortables. De no haber conocido la mansión de los Mackenna en Santiago, le habría impresionado mucho.*

*Cristóbal la guió hasta una enorme terraza desde la que se veía la costa en toda su extensión. A pesar del frío, Elizabeth quiso quedarse allí. Cristóbal sacó unas gruesas mantas y preparó café. Se sentaron en la terraza y Elizabeth respiró profundamente, para absorber todo*

*el aire puro posible.*

*—No conocía el mar —le dijo a Cristóbal, al cabo de algunos minutos.*

*—¿No? ¿Por qué?*

*—Considera que siempre viví en el Temuco rural, muy lejos del mar, nunca tuvimos dinero para vacacionar en la costa. Y salí de mi casa para ir a encerrarme en Santiago.*

*—Me lo hubieras dicho, habríamos venido en el verano, para que te pudieras meter.*

*—No me atrae mucho la idea, pero me gusta esto. Estar sentados aquí, abrigados a pesar del frío y bebiendo café.*

*—Bien, entonces. —Cristóbal estiró el brazo, para tomar una mano y llevarla a sus labios. Depositó un suave y delicado beso en cada dedo de Elizabeth—. ¿Qué quieres hacer a la tarde? ¿A dónde quieres ir a almorzar?*

*—Podríamos ir a caminar por la costa. Y de almuerzo, lo único que sé es que quiero comer mariscos.*

*—Tus deseos son órdenes para mí. ¿Prefieres ir al lado del puerto o de Concón?*

*—Al puerto, creo. Siempre he querido conocer Valparaíso.*

*—Valparaíso, entonces.*

*Una hora después, estaban sentados frente a sendos platos de mariscal cocido, una exquisita sopa preparada con varios tipos de mariscos que se sirve en platos de greda, según la tradición local.*

*—Creo que es la mejor comida que he probado en mi vida —dijo Elizabeth, después de dar buena cuenta de su plato—, ni siquiera el chef francés ese que contrata el abuelo de Emilia sería capaz de preparar algo tan exquisito.*

*—Por cierto que no, me cargan los caracoles.*

*—No entiendo cómo la gente considera eso buena comida. Creo que hay que ser rico para entenderlo.*

*—Yo diría que esnob, porque me consta que ni don Felipe disfruta de esas asquerosidades, pero los come como si fuera manjar de los dioses.*

*Después de pagar la cuenta, se fueron caminando por la costa, tomados de la mano, hasta que llegaron al centro, donde habían dejado estacionado el automóvil.*

*—Ven —dijo Cristóbal—, caminemos por esta calle, la famosa avenida Pedro Montt.*

*—«Como tú no hay otro igual» —replicó Elizabeth, siguiendo la letra de una conocida canción.*

*—Ya lo sé —agradeció Cristóbal con una sonrisa traviesa—, después de que me hicieron, rompieron el molde.*

*—No, tonto —replicó Elizabeth riendo—, me refiero a la canción. «O Avenida Pedro Montt, como tú no hay otra igual»*

*—Está bien, pateo al hombre caído. —Cristóbal rio con ella—. También vamos a ir a la Plaza de la Victoria, aunque creo que la visita a los cerros la vamos a dejar para otro día. No*

*me gusta nada la pinta que tiene esa nube.*

*—Sí, parece que trae lluvia —confirmó ella, mirando los nubarrones que Cristóbal señalaba.*

*—Vamos, quiero visitar esa feria artesanal que está ahí. —Tiró de su brazo.*

*Miraron varios puestos y a Elizabeth le llamaban la atención algunas joyas de plata, pero particularmente le gustaban mucho los tejidos. Pararon en un puesto donde vendían conjuntos de gorros con bufandas y guantes. Elizabeth quiso probarse uno, aún sabiendo que no podía comprarlo. Era de color fucsia y resaltaba su piel morena.*

*—Te ves preciosa —le dijo Cristóbal—, creo que este también se te vería bien —agregó, entregándole un conjunto de color verde pálido.*

*Luego de eso, le pasó varios más, hasta que Elizabeth le pidió que no siguiera, ya que no iba a comprar nada.*

*—Yo te lo regalo —dijo Cristóbal inmediatamente—, como recuerdo de este viaje.*

*—No puedo...*

*—Eli, no lo mismo de nuevo, por favor —pidió Cristóbal interrumpiéndola—. Lo tengo claro, eres una mujer independiente, no necesitas que venga un niño rico a comprarte cosas. Pero deberías permitirme, de vez en cuando, mimarte un poco. Para eso estoy.*

*—Cristóbal...*

*—Elizabeth...*

*—Está bien, por hoy te voy a permitir que me mimes, como dices tú —aceptó Elizabeth con una sonrisa.*

*—Perfecto. Ahora, ¿cuál compramos? —Cristóbal se volvió a mirar los conjuntos que Elizabeth se había probado—. No puedo decidirte, te ves maravillosa con todos ellos.*

*—¿Por qué no algo práctico, como blanco o negro? ¿Algo que combine con todo?*

*—Podría ser, pero me gusta mucho ese fucsia. Y el amarillo. Y el verde claro. Y también ese multicolor.*

*—El multicolor, entonces. A mí también me gusta.*

*—Sí, podría ser —respondió Cristóbal con duda, aún mirando los productos—; o bien, podría comprarte todos, ya que no me puedo decidir.*

*—¡Cristóbal! No se te ocurra...*

*—¡Pero es que no puedo decidir! —dijo sonriendo, como si fuera un niño pequeño tratando de conseguir algo de sus padres.*

*—Cristóbal, no...*

*—Si me disculpa, señorita —dijo el hombre que atendía el puesto—, acaba de estar de acuerdo en que necesita mimos, deje que el joven la consienta. O bien, piense en mis cinco hijos.*

*—Usted no tiene cinco hijos —soltó Elizabeth dividida entre la risa y la necesidad de mantener cierta independencia.*

*—Pero podría —replicó el hombre encogiendo los hombros.*

—Dígame la verdad y tal vez lo considere.

—Tres, pero todos hombres y comen por veinte —aclaró el vendedor.

—Está bien, está bien —aceptó Elizabeth, resignada. Cristóbal no esperó ni un segundo más de la cuenta y, en el momento en que ella habló, se giró para seleccionar todos los conjuntos de lana que le habían gustado. También se compró un jersey para él.

Un par de puestos más allá, compró algunos recuerdos para su padre, su abuelo y Emilia. A regañadientes, también le compró algo a Patricia.

Cuando terminaron de visitar la feria artesanal, Cristóbal se acercó a un pequeño kiosco donde vendían churros.

—Una docena —pidió.

—Cristóbal, ¿una docena? —dijo Elizabeth con tono de reproche.

—Lo siento, ¿también quieres? —replicó Cristóbal en broma.

—Muy chistoso. Acabamos de almorzar. Y no fue poco lo que comimos.

—Almorzamos hace horas, Eli, y para ti será suficiente, pero no para mí. Y mira el día, está ideal para atorarse con unas calorías extra, debemos mantener la temperatura corporal.

—En ese caso una bebida caliente, un café.

—Tengo chocolate caliente —ofreció la mujer que los atendía, mientras un joven preparaba los churros en un envoltorio de papel, agregándoles una cantidad grotesca de azúcar flor.

—Perfecto. Dos vasos, entonces —pidió Cristóbal, sacando nuevamente la billetera.

Se sentaron en una banca a comer los churros y a tomar el chocolate, mientras decidían qué harían a continuación. Arrugando el papel que envolvía los churros, Cristóbal se alejó hacia un tarro de basura. Cuando volvía, sintió una gota de lluvia caer en su nariz. Miró a Elizabeth, quien percibió una gota en la frente y se puso de pie, agarrando las bolsas con las compras.

Cristóbal la tomó de la mano, caminó rápidamente hasta el estacionamiento y subieron al automóvil en el momento preciso, cuando el cielo se descargaba sobre la ciudad de Valparaíso.

—Vamos a la casa mejor —pidió Elizabeth, apoyando una mano sobre el brazo de Cristóbal.

Manejando con mucho cuidado por el resbaladizo pavimento, fueron hasta la casa. Por suerte, el estacionamiento era cerrado, con portón automático, unido directamente con el interior de la casa.

Cuando entraron, la notaron fría y húmeda. Muy oscura para ser apenas las cuatro de la tarde.

Elizabeth prendió algunas luces y Cristóbal se acercó a la chimenea para encenderla con unos pedazos de madera que estaban apilados al lado.

Luego fue a la cocina y preparó café. Al volver al living, este ya se había abrigado al calor de las llamas y Elizabeth había tomado algunas mantas del dormitorio más cercano y las tenía dispuestas sobre el sofá para abrigarse.

Cristóbal se sentó a su lado y le entregó la taza de café, contemplaban las llamas mientras bebían el líquido caliente y conversaban de las aventuras del día.

—Una lástima que la lluvia nos obligue a quedarnos en casa —dijo Cristóbal unos momentos después.

—Ni tanto —respondió Elizabeth—, la verdad es que estoy cansada y nada me apetece más que quedarme el resto del día sentada frente al fuego.

—Bueno, entonces tengo que decirte que hablé con el señor del clima y va a mantener el aguacero hasta el domingo.

—¡Loco! —exclamó Elizabeth risueña.

—Solo por ti. —Cristóbal habló con un tono ronco, que convertía en gelatina los huesos de Elizabeth.

Elizabeth se acercó a Cristóbal y le dio un pequeño beso en los labios, que Cristóbal profundizó rápidamente y detuvo aún más rápido, antes de que el beso se le fuera de las manos.

Elizabeth sabía que él luchaba con todas sus fuerzas por controlarse, lo había rechazado demasiadas veces como para que él pensara que no lo haría una vez más.

Aunque en el fondo entendía que aceptar esas pequeñas vacaciones, solos y en una enorme casa con demasiadas camas, tácitamente implicaba profundizar sus relaciones y hacerlas más íntimas. Pero no se sentía preparada para dar el paso final, a pesar de desearlo con toda el alma.

Cada vez le resultaba más complicado alejarse de Cristóbal, cada vez que él la besaba y la acariciaba, que se acercaba a ella dejando en evidencia su deseo. Ella quería decir que sí, quería dejar que las cosas tomaran el curso normal, pero siempre terminaba apoyando sus manos en los hombros de Cristóbal y diciendo la fatídica palabra: «No. No, Cristóbal».

Y él lo aceptaba estoicamente, nunca le reclamaba, nunca le exigía.

Elizabeth sabía lo afortunada que era, otro hombre, en sus circunstancias, no habría sido tan paciente.

Mientras él iba a la biblioteca a buscar algo para leer, ella pensaba en lo extraño de sus realidades: «Somos apenas niños, si de nuestra edad se trata. Yo tengo veinte años y él veintiuno, pero a veces parece mayor, a pesar de la actitud infantil con la que enfrenta la vida».

El resto de la tarde la pasaron sentados en el sofá frente al fuego. De vez en cuando alguno se paraba a avivarlo o a buscar más café.

El libro que Cristóbal le había llevado era muy entretenido, pero ella tenía sueño, así que lo dejó de lado, posó su cabeza en las piernas de Cristóbal y durmió plácidamente un par de horas, hasta que él la despertó para ir a la cocina a preparar algo para cenar.

Después de comer los sencillos platos que cocinaron entre ambos, volvieron al sofá. Elizabeth notaba que él estaba tenso, como esperando que algo pasara, pero temiéndolo al mismo tiempo.

Elizabeth se acomodó entre sus brazos, y muy rápidamente la pasión se adueñó de ellos. Cristóbal la besaba y la acariciaba, atreviéndose incluso a acariciar sus pechos sobre la ropa. De alguna manera, se encontró de pronto acostada en el sofá, con Cristóbal sobre ella,

rodeándolo con una pierna. Sentía sobre el estómago la masculina dureza y una necesidad irracional se apropió de ella, quería sentirlo más cerca, quería su piel contra la suya y quería sentirlo dentro, rompiendo las barreras que aún los separaban, apropiándose de su cuerpo.

—Cristóbal —gimió, apoyando las manos sobre los anchos hombros, con la intención de subirlas hasta la nuca y acercarlo nuevamente a sus labios.

Pero Cristóbal no interpretó el gesto como debía, se puso de pie rápido y con pesar. Se alejó de ella unos pocos pasos, respirando con mucho esfuerzo, en una fiera lucha por recuperar el control sobre sí mismo.

—Anda a acostarte, Elizabeth —le ordenó con una voz gutural que no le había escuchado antes.

—Cristóbal...

—Por favor, Eli, anda a acostarte. —Llevó las manos a lo alto de la cabeza, y tiró de un mechón de pelo—. Dejé tu bolso en el dormitorio principal, en el segundo piso. Es la tercera puerta a la derecha, tiene baño privado.

—¿Qué... Cristóbal, ¿Qué significa esto?

—Eli, por favor, anda a acostarte —le pidió por tercera vez, aún sin mirarla—, por favor, vete antes que no pueda responder por mis actos.

—¿Dónde vas a dormir tú?

—Acá abajo, en el primer dormitorio. Ahí dejé mi bolso, por si no lo notaste cuando sacaste las mantas.

¿Qué significaba eso? ¿Él no quería... «No seas tonta, Elizabeth, claro que quiere», se reprendió. Entonces, ¿por qué había parado unos minutos antes?

—¿Dejaste tu bolso acá? ¿En el primer piso?

—Sí

—¿Y el mío arriba?

—Sí. Todos los dormitorios tienen llave, será mejor que la pongas en el tuyo, no vaya a ser cosa que me dé por pasearme por la casa de noche.

—¿Por qué?

—¿Cómo? —Por fin la miraba, aunque la confusión estaba escrita en sus facciones.

—Te pregunto que por qué.

—No entiendo Eli. ¿Qué es lo que quieres saber? Habla claro, estoy más tonto que de costumbre.

—Quiero saber por qué dejaste mi bolso arriba y el tuyo abajo.

—¿No es obvio?

—No, no es obvio.

—A pesar de lo que pudiera parecer, mi única intención para este fin de semana es que descansemos un poco. Francamente, hemos tenido un semestre duro en la universidad, tú sobre todo.

—¿No quieres aprovecharte de mí? —Si nada de lo que sentía la hubiera convencido de que ese era el momento para entregarse, el que dejara los bolsos en dormitorios separados sí lo había hecho.

—Eli... —Lo vio apretar las manos, sabía que estaba muy cerca de estallar, aunque nunca lo había visto así.

—Si no quieres aprovecharte de mí, ¿puedo yo aprovecharme de ti?

—Eli...

—Cris... —Se acercó unos pocos pasos, estaba decidida, pero temblaba por los nervios.

Con mucha suavidad llegó junto al hombre; cuando miró su rostro, notó que tenía los ojos cerrados y los labios apretados. Casi saltó cuando ella apoyó una mano sobre la mejilla, pero con la otra mano lo tomó por la nuca y lo bajó, besándolo suavemente al comienzo, hasta que sintió las masculinas manos rodeando su cintura y atrayéndola hacia él. Con un gemido, Elizabeth abrió los labios para sentir la lengua de Cristóbal penetrando la boca.

Cristóbal subió las manos por la delicada espalda femenina, enredando los dedos con el largo y fragante cabello, tirando un poco de él, obligándola a exponer el cuello a las caricias de su boca.

—Eli —susurró sobre su oído—, si vas a detenerme, este es el momento.

—Yo diría que este es el momento para que me tomes en brazos y me lleves a la cama más cercana.

Y así lo hizo. La alzó en brazos y caminó hasta el dormitorio más cercano, con una ternura infinita la apoyó en el colchón, recostándose a su lado.

Volvió a besarla y a acariciarla, desnudándola lentamente, recorriendo el cuerpo con manos gentiles. Cuando Elizabeth sintió el cálido aliento sobre sus pechos desnudos, supo que había tomado la decisión correcta. Sin embargo, nada la había preparado para sentir su boca tomando los pezones.

Al sentir a Cristóbal rozando con delicadeza la parte más íntima de su cuerpo, creyó enloquecer. Se revolvía sobre el colchón y elevaba las caderas, buscando un mayor contacto, deseando, ansiando que la hiciera suya.

Y cuando el momento llegó, los besos y las caricias de Cristóbal la hicieron olvidar todo lo que no fuera él mismo. Fuera de los confines de la cama que compartían no existía nada.

\*\*\*

—¡Señorita! —La voz del taxista, como un graznido, la trajo de vuelta a la realidad del caluroso día de verano—. Parece que anda en la luna, es la tercera vez que le hablo. Ya llegamos.

—Disculpe, estaba repasando la cirugía de la que acabo de salir. —No sabía por qué necesitaba justificarse ante un extraño, después de todo, no lo volvería a ver—. ¿Cuánto le debo?

Luego de pagar, con una generosa propina, Elizabeth subió al departamento y calentó la comida

que Mailen le había dejado mientras preparaba una fresca ensalada.

Al comer, recordaba ese primer fin de semana en Viña del Mar...

*Después de hacer el amor, Cristóbal le había preparado un baño caliente.*

*«Sirve para relajar los músculos», le había dicho.*

*Él había ido a darse una ducha y, cuando Elizabeth salió de la tina, tenía la chimenea prendida en el dormitorio principal y la cama abierta y esperándola.*

*Tanto sábado como domingo caminaron por los cerros de Valparaíso, enredándose en las desordenadas y estrechas calles, admirando las curiosas construcciones.*

*Al llegar a la casa por la noche, se entregaban a la pasión desenfrenada que habían desatado.*

Elizabeth lavó los platos y se dirigió a la ducha, con un gesto de añoranza en el rostro. Lo había extrañado tanto. Las sonrisas que podían iluminar el día más oscuro. Las bromas tontas y la facilidad que tenía para hacerla reír aún estando enojada.

Y también extrañaba sus besos y sus caricias. Los lentos despertares con el sonido del mar de fondo o la pasión furiosa con la que le hacía el amor cada vez que podía.

Casi podía sentir el roce de las manos sobre la piel, escurriéndose como el agua que la bañaba. No podía olvidar el sabor de sus labios, no conseguía que su cuerpo apagara el deseo que había despertado el simple recuerdo.

Cerró la llave y corrió la cortina, alcanzó la toalla y se secó sin dejar de comparar el suave algodón con las tiernas caricias que le había prodigado esa noche, esa última noche.

—Llevo demasiado tiempo sin un amante— murmuró, tratando de convencerse de que cualquier hombre podría servir.

Sonrió al mirarse al espejo, envolviéndose con la toalla, y recordó a la loca y querida Chiara, quien siempre decía que a veces una mujer tenía que encargarse de sí misma. Ella nunca lo hacía, pero era una idea que realmente le atraía, tal vez así pudiera olvidar por un momento al hombre que la acosaba tanto dormida como despierta.

Distraída con el pensamiento no escuchó el golpe en la puerta, pero un movimiento en la pared, que se reflejaba en el espejo, atrajo su atención. Un cuerpo grande y peludo, con ocho patas negras y largas, aún más peludas, todo cubierto de ojos y un enorme culo, bajaba lentamente. Elizabeth se volvió para enfrentar la mayor de sus fobias y el grito aterrorizado llenó el baño.

En esa ocasión si escuchó los golpes que aporreaban la puerta y también escuchó la masculina voz que gritaba su nombre, pero ella no podía hacer nada, estaba petrificada y solo conseguía seguir gritando ante la terrorífica visión.

De pronto, un golpe más fuerte en la puerta la distrajo lo suficiente del visitante no deseado y consiguió dar unos pasos hasta el pasillo. Si no hubiera sido por el terror que sentía, habría estado muy disgustada al ver a Cristóbal abrir la puerta de una patada y entrar con el rostro enrojecido, gritando su nombre.

—¡ELI! —exclamó Cristóbal una vez más al llegar a su lado, después de cerrar la puerta como pudo.

Ella no fue capaz de pronunciar una palabra, pero apuntó el espejo donde aún se reflejaba la araña.

Cristóbal frunció el ceño, tomó un zapato que Elizabeth había dejado dentro del baño y mató a la araña, botó su cadáver en el retrete y tiró la cadena.

—¿Una araña? —le preguntó ya calmado—. ¿Derribé la puerta por una araña?

—¿Es que no la viste? Era la última descendiente de Ella-la-araña. —Aún temblando, se tomó los hombros, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Ella-la-araña?

—Sí... ¿No recuerdas? ¿Del Señor de los Anillos?

—¿Esa araña gigante que atrapa a Frodo?

—No me la recuerdes, por favor. —Soltó los hombros para cubrir su rostro y notó las lágrimas que había derramado sin darse cuenta. Volvió a temblar al recordar la horrible visión.

—Ay, Eli, pensé que ya habrías superado tu fobia. —Si la aparición de la araña había conseguido que olvidara por un momento el deseo que inundaba cuerpo, las palabras tiernas del hombre no hicieron otra cosa que reavivar el fuego con más intensidad y Elizabeth volvió a temblar.

Cristóbal, pensando que aún temblaba de miedo, se acercó a ella y le rodeó los hombros con un brazo, apretándola con suavidad contra su cuerpo para consolarla.

—Tranquila, Eli, tranquila —susurró muy despacio, acariciando la piel que la toalla dejaba al aire—. Ya pasó, ya se fue. —Se inclinó y depositó un ligero beso en la línea del cabello, encendiendo su piel.

Elizabeth se apoyó sobre él y, casi con miedo, subió las manos, llevándolas hasta la espalda de Cristóbal. Tragó saliva y, armándose de valor, levantó su rostro para enfrentarlo. Notó inmediatamente el cambio en el gesto del hombre, que seguía siendo tierno, pero había algo más, algo casi indefinible, una mirada que no había visto en tantos años. Era el deseo descarnado que ella misma sentía.

Cristóbal acarició una mejilla con el pulgar, bajando lentamente la mano hasta su cuello, posándola en parte sobre su hombro, sin dejar de rozar la piel de la espalda con la punta de los dedos.

Elizabeth comenzó a respirar más rápido, de forma superficial, haciendo que los pechos subieran y bajaran desafiando el precario nudo que mantenía la toalla en su lugar. Cristóbal bajó la mirada sobre ellos, provocando el endurecimiento de los pezones y cientos de pequeñas descargas eléctricas que recorrían la columna casi gelatinizada de Elizabeth, y la volvió a subir para fijarse en la boca, que ella entreabrió en una muda invitación.

Cristóbal posó sus labios sobre los de ella, primero con delicadeza y luego con una furia que era muy bienvenida e imitada por la mujer.

Casi sin darse cuenta, se encontró desnuda entre sus brazos, mientras era devorada. Cristóbal recorrió la espalda hasta posar las manos sobre sus nalgas, apretándola contra su erección.

Enormes lenguas de fuego la recorrieron, amenazando con consumirla. Necesitaba sentir el cuerpo desnudo de Cristóbal contra ella, con el escaso vello acariciando sus pechos. Necesitaba sentirlo dentro de ella, necesitaba sentirse completa una vez más.

Bajó las manos por la espalda hasta llegar a la cinturilla del pantalón, tironeó la camisa hasta que consiguió acceso a la piel desnuda y lo empujó para sentirlo más cerca.

Cristóbal abandonó sus labios concentrándose en el cuello y lóbulo de la oreja y la apretaba para mantenerla prisionera entre su cuerpo y la pared.

—Dios, Eli, te he extrañado tanto —susurró cargado de emoción—, tanto.

—No hables —pidió Elizabeth subiendo las manos hasta el cuello de Cristóbal—, no hables, solo... —No terminó la frase, prefirió demostrarle lo que quería, por lo que atrajo su cabeza para que la besara otra vez.

Cristóbal volvió a tomarla por las nalgas, pero esta vez no la apretó contra su cuerpo, sino que la elevó unos pocos centímetros, solo lo suficiente para caminar con ella, buscando ciego el mejor lugar para dar rienda suelta a la necesidad de ambos.

En el camino, se sacó los mocasines, Elizabeth luchó para que la bajara y lo guió hasta la cama tirando de la tela que lo cubría, abrió los botones de la camisa y bajó el cierre del pantalón.

Al llegar a su destino, se dejó caer en el centro de la cama apoyando sus pies sobre el colchón con las piernas abiertas, lista para recibirlo.

Cristóbal se arrodilló en el colchón y contempló el cuerpo femenino en su gloriosa desnudez, dispuesto para él. Quería tomarse todo el tiempo del mundo, quería acariciarla hasta que ella le suplicase que se detuviera, quería besar hasta el último recóndito rincón de su ser y luego hundirse en ella, para saciar la sed de un hombre que ha vagado cuarenta años en el desierto.

Pero Elizabeth no le permitió nada de eso, no quería esperar. Se apoyó en los codos y se elevó lo suficiente para terminar de abrir el pantalón y bajarlo hasta liberar su erección.

—Ven —pidió con un ronco susurro, al volver a recostarse sobre el colchón.

Cristóbal se acercó más a ella, la tomó por las caderas para elevarla, Elizabeth apoyó las piernas en los hombros de Cristóbal, quien llevó una mano hasta la húmeda entrada de su cuerpo, acariciándola brevemente, acomodando su masculinidad contra ella y, por fin, penetrándola.

Elizabeth gimió al sentirse invadida, hacía tanto tiempo que no lo tenía así que no sabía cómo había soportado todos esos años. Aferró las mantas entre los dedos, recibiendo uno a uno los embates de Cristóbal, ardía por dentro y cada uno de ellos la encendía más, dejándola al borde del precipicio, hasta que fue invadida por un alud de las más maravillosas sensaciones que la obligó a liberar el grito que habitaba en su garganta.

Sintió el peso del cuerpo de Cristóbal sobre ella y los movimientos comenzaron otra vez, y aunque parecía imposible, su vientre de fuego volvió a encenderse, soltó las mantas para rodear la espalda de su amante con los brazos, paseando los dedos con movimientos descendentes, hasta

que llegó a las caderas y lo obligó a llegar más profundo, más adentro, para sentir cómo descargaba toda la furia de su pasión.

—¡Eli!

El gruñido acompañado con los dientes sobre la piel de los hombros y los últimos frenéticos movimientos la llevaron una vez más a la cima y la empujó en caída libre hasta el paraíso.

\*\*\*

Elizabeth abrió los ojos, mirando en torno suyo, confundida. Por la luz que entraba, debían ser alrededor de las cinco de la tarde, se advertía descansada y satisfecha, como en mucho tiempo no se había sentido.

Al sentarse en la cama notó dos cosas. La primera, que dormía atravesada y la segunda que solo la cubría una manta y bajo ella estaba por completo desnuda. Un tercer descubrimiento la llevó a saltar de la cama. Sentía sus partes íntimas ligeramente adoloridas y un pequeño escozor en el hombro la llevó hasta el espejo minúsculo que Enrique había puesto colgando de la puerta del clóset.

Una suave sonrisa se dibujó en su rostro al notar la marca de los dientes de Cristóbal. Se amplió un poco al recordar las últimas horas, el pequeño viaje al interior de su memoria y el centenar de sensaciones que este había despertado, la ducha y la araña, Cristóbal entrando al departamento de una patada, su ternura y consuelo.

Volvió a mirarse el hombro, casi con una carcajada. Cristóbal era un hombre muy tierno, sí, pero sabía ser una bestia cuando la situación lo requería. Y ese día era exactamente lo que ella necesitaba.

Las voces masculinas la devolvieron a la tierra con brusquedad. ¿Qué había hecho? ¿Qué, por Dios Santo? ¿Cómo había sido tan tonta? De partida, había vuelto a caer en brazos de Cristóbal. ¿Cuál era su excusa? Ya no era una niña de veinte años, ahora era una mujer, hecha y derecha, profesional, madre. ¡Madre! ¿Es que no había aprendido la lección? ¿No era acaso un médico calificado? Pero no, de nuevo había consentido en mantener relaciones sexuales sin protección alguna.

Cuando descubrió, muchos años atrás, que su organismo rechazaba cualquier tipo de anticonceptivo oral o inyectable, había tomado la decisión de siempre tener un preservativo a mano, ya que ella, gracias a Dios, no era alérgica al látex.

Pero ese fin de semana, antes de que Cristóbal viajara a Europa, habían pasado muchas horas encerrados en el departamento, amándose hasta la saciedad. Y llegó el momento en el que la reserva de preservativos se había terminado. Y en mitad de la noche. ¿Y qué podían hacer? ¿Qué tendría de malo, qué podría pasar, si sería una sola vez? Pero pasó. Cristian pasó. Su hijo, su amado hijo, que era el vivo retrato del hombre que amaba.

Su hijo, por Dios, se había olvidado de su hijo. Rápidamente tomó algo de ropa y se vistió,

dispuesta a enfrentarse a Cristóbal, y a quien fuera que lo acompañara en esos momentos, para expulsarlo de su vida una vez más.

Cuando se asomó al pasillo, vio a dos hombres trabajando en la puerta y a Cristóbal supervisando el trabajo.

—¿Qué está pasando acá? —gritó avanzando con pasos firmes.

—Lo siento, cariño, te despertamos —respondió Cristóbal, acercándose con una sonrisa en los labios—, llamé a un constructor conocido para que vinieran inmediatamente a arreglar la puerta, era muy peligroso que quedara así. —La sonrisa fue muriendo de a poco cuando notó la actitud beligerante de Elizabeth.

—Te lo agradezco, pero no necesito ningún favor de ti —replicó Elizabeth y siguió caminando hasta llegar al lado de los hombres—. Díganle a su jefe que me mande la factura para acá y que mañana mismo me encargo de liquidarla.

—Nosotros no tenemos nada que ver con eso, señorita —contestó uno de los hombres—, a nosotros nos mandaron a hacer un trabajo y es todo.

—¿Cuándo vas a dejar de meterte en mi vida, Cristóbal? —Se giró para mirarlo—. ¿Hasta cuándo tengo que decirte que no quiero volver a verte?

—Eli, ¿Qué significa esto? —preguntó Cristóbal tratando de tomar un hombro de Elizabeth — Pensé que después de...

—Un revolcón no te da derecho a meterte en mi vida —replicó Elizabeth cáustica, sin dejar que terminara de hablar.

—Por favor, esperen afuera —pidió Cristóbal, mirando a los trabajadores. Una vez que salieron, se volvió para enfrentar a Elizabeth—. No te va la vulgaridad, Elizabeth. Tú, lo mismo que yo, sabes que eso no fue un revolcón. No es como si fuera la primera vez que hacemos el amor. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo...

—Yo no hice el amor contigo. —Elizabeth se esforzó por parecer fría y distante—. Lo único que hice fue saciar una necesidad natural. Me parece que ya no me conoces, tal vez la vulgaridad sí va conmigo. Para que lo sepas, mi último pensamiento antes de la aparición de ese bicho fue que llevaba ya mucho tiempo sin acostarme con nadie y que probablemente lo mejor que podía hacer era encargarme yo misma de esa... situación. Tú llegaste y estabas disponible. Tener compañía siempre es mejor en estas circunstancias.

—No has de querer mucho a tu novio si eres capaz de acostarte con cualquiera.

—El sexo no es lo único que uno toma en cuenta a la hora de comprometerse en una relación. Además, tú y yo sabemos que no soy la persona más fiel de la Tierra. —Supo que el golpe había llegado donde ella quería, cuando vio la extrema palidez que había adquirido el rostro de Cristóbal.

—En verdad, parece que ya no te conozco. La Elizabeth que yo conocí y amé no era mentirosa ni traidora. —Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta—. El trabajo ya está pagado, yo rompí la puerta, yo la reparo.

Amé. Amé. La palabra quedó dando vueltas en su mente por lo que pareció una eternidad. Amé, tiempo pasado. Por fin había conseguido lo que quería.

Y mucho más, lo que era tan normal en su relación con Cristóbal.

Él siempre había tenido un caminar elegante, firme y masculino. Siempre los hombros erguidos, destacando su altura, lo ancho de su espalda.

Un día, mucho tiempo atrás, ella le había dicho que su postura y la manera que tenía de caminar revelaban una persona confiada y orgullosa.

«Sé quién soy y sé cuál es mi lugar. Sé lo que quiero de la vida», había dicho él, «y si estoy orgullo de algo, es solo de caminar a tu lado».

Ese día, en cambio, parecía Atlas, cargando el peso del mundo sobre sus hombros; caminaba encorvado y con los hombros hundidos. Desapareció escala abajo sin decir otra palabra.

Elizabeth no pudo evitar que pequeñas lágrimas cayeran, rodando por las mejillas. Al llegar a la comisura de sus labios recogió una con la punta de la lengua. Escuchó a los trabajadores entrar y pedir permiso para terminar la instalación de la puerta. Ella murmuró algo, se dio la vuelta y se encaminó hacia el dormitorio para llorar amargamente.

## Capítulo 9

Nunca había sido buena para esperar, siempre actuaba. Tomaba una decisión y hacía lo necesario para llevarla a cabo. Por eso, estaba casi vuelta loca ese viernes en la mañana, mientras esperaba que el médico de su padre le diera el alta. Así que decidió ir a visitar a los pacientes que había operado el día anterior, aunque no fuera responsable de ellos. No podía estar en un hospital o clínica simplemente esperando.

Faltando unos metros para llegar de vuelta a la habitación de Óscar, escuchó una voz masculina dirigiéndose a ella.

—¿Doctora Fernández?

—¿Sí? —preguntó Elizabeth, volviéndose hacia él.

—Mi nombre es Gustavo Hernández. Me gustaría tener unas palabras con usted.

Y después, Dios sabrá cómo, aunque gran parte de la culpa era de Chiara, se encontró comunicándole a sus padres que volvería en una media hora y, si se demoraba más, se verían en el departamento.

—Llegamos —anunció el hombre mientras estacionaba el automóvil frente a un edificio alto y elegante. Demasiado familiar para su gusto y tranquilidad.

La decoración estaba un poco distinta de lo que recordaba. Era más clara y luminosa, con un sistema de seguridad moderno, muchos computadores y otras máquinas que facilitaban el trabajo, pero los mismos antiguos y pesados muebles que hablaban de riqueza y poder.

La única diferencia: no había nadie que ocupara tanto espacio, nada de la frenética labor que ella había visto anteriormente. Solo eso le daba un aspecto extraño, lóbrego, casi cavernoso, pese a la luz que entraba a raudales por los enormes ventanales.

Estaba muy nerviosa mientras caminaba por el pasillo que sabía llevaba a la oficina de Abel Gumucio, el abuelo de Cristóbal. Considerando que él la había heredado, en realidad se dirigía a la oficina de Cristóbal.

Y aunque trataba de engañarse, diciéndose que Gustavo Hernández tenía mucha labia y la había convencido de ir o que Chiara, con las rarezas que la caracterizaban, la había llevado a creer que era por su propio bien que hiciera exactamente lo que había hecho en su sueño y siguiera al hombre que le hablaría ese día, Elizabeth sabía el motivo por el que estaba ahí. Quería ver una vez más a Cristóbal, no podía evitarlo.

Sabía que no debía, sabía que lo mejor era que él siguiera pensando que ella era una mala persona, egoísta, mentirosa e infiel, y que nunca lo había amado. Pero no podía evitarlo. No podía detenerse, darse la vuelta e irse, ni aun sabiendo que era lo que debía hacer. Era como cuando tienes una herida y te pica mientras cicatriza. Uno se rasca aún sabiendo que va a dejar una marca e incluso puedes volver a abrir la herida y sangrar. No importaba nada, solo la comezón.

—Don Cristóbal, la doctora Fernández —anunció el hombre que la escoltaba, después de golpear la puerta.

—Gracias, Gustavo. —La voz de Cristóbal viajaba clara y suave desde el interior de la oficina—. En el escritorio de Marta está su sobre. Buen viaje.

—Gracias, don Cristóbal. —Se movió para darle paso a Elizabeth y cerró la puerta tras ella.

Cristóbal estaba sentado frente al escritorio, girado hacia el costado izquierdo donde estaba posado un computador portátil. Vio como apretaba los botones para grabar el documento en el que trabajaba y giraba la silla para enfrentarla. ¿No podría, acaso, no verse tan bien? ¿No haber elegido un traje de ese azul que destacaba su masculina belleza? ¿No podría haber seleccionado otra corbata? ¿Tenía que usar siempre la que le había regalado ella cuando iba a presentar el examen ante la Corte Suprema?

—Elizabeth, buenos días. Gracias por venir. Toma asiento, por favor —habló como todo un profesional. Un señor abogado, dejando de lado cualquier sentimiento. Ciertamente no era la imagen derrotada que se había quedado en su retina, después de que dejara el departamento el día anterior.

—¿Me vas a decir por qué mandaste a un matón a buscarme? —Elizabeth necesitaba refugiarse en la rabia, era la única manera como sobreviviría a esa reunión.

—Gustavo no es un matón, aunque pueda parecerlo. De hecho, ni siquiera ha pertenecido nunca a una institución armada. Si le preguntas, él dice que eligió su profesión porque le encanta resolver *puzzles*. Es detective privado.

—¿Me hiciste investigar?

—Lo que yo haga o deje de hacer no es problema tuyo —argumentó con frialdad—. Si te hice venir para acá fue exclusivamente para ponerte al tanto de una decisión que tomé.

—No me interesan tus decisiones.

—Y a mí no me importa lo que te deje o no de interesar. Si te voy a comentar mi decisión es solo por deferencia.

—Sí, claro. —Sus palabras exudaban ironía.

—Por favor, toma la carpeta azul que tienes frente a ti. —Abrió una igual que tenía a mano y comenzó a leer—. Testamento y última voluntad. Yo, Cristóbal Alfredo Gumucio Echaurren, en pleno uso de mis facultades mentales...

—¿Tu testamento? —Con una ceja arqueada, Elizabeth interrumpió la lectura—. ¿Qué carajo me importa a mí tu testamento?

—No te dejo nada a ti, así que no pongas esa cara. Francamente, me importa un comino lo que

te pase. Lo único que me preocupa es mi hijo.

—Mi hijo, Cristóbal. Mío —replicó ella, recalcando la palabra mío—. Te lo voy a decir por última vez, ya que te has puesto tan duro de entenderas. Cristian es mío, solo mío, tú no eres su padre. Su padre se quedó a mi lado solo el suficiente tiempo para concebirlo y después, si te visto ni me acuerdo.

—El padre de Cristian. Me imagino que te refieres al tipo ese de la fundación que te concedió la beca. John Tyrone Banks, actual presidente de la fundación Banks, hombre de raza negra, casado con Anthony Donofrio, también conocido como Anthony Banks, Tony Donofrio o simplemente Tony, en el mundo de la moda londinense. Si John Banks se parece a mí, ¿no sé quién diablos soy, entonces!.

—¿Qué...?

—Y, aún si pudiéramos a volar nuestra imaginación, si creyera por un minuto que John Banks no es afroamericano y homosexual, sino que rubio y heterosexual, aún me queda una duda. Una duda enorme. ¿Por qué llamaste Cristian al niño? Así, tal como se escribe en español y no con una hache entremedio, como si de verdad fuera hijo de un gringo. Y ya que estamos, ¿justamente Cristian? Tú eres la única persona fuera de mi familia que sabe que ese era el nombre que mi madre eligió para mí y que después mi padre se equivocó en el registro. Es más, un día me prometiste que, cuando tuviéramos un hijo, se llamaría Cristian, para cumplir los deseos de mi madre. Y lo recuerdo como si fuera ayer, dijiste «cuando» no «si». Dabas por hecho que un día tendríamos un hijo. Lo tuvimos y cumpliste tu promesa. A cabalidad. Hace unos días me enteré que su segundo nombre es Alfredo. ¡Alfredo, Elizabeth, por Dios! ¿Tan tonto piensas que soy?

—Yo... —tartamudeó Elizabeth, que no podía pronunciar una palabra, ni aunque la vida se le fuera en ello. Y estaba pálida, lo sabía, podía sentir la piel helada de su rostro. Las mentiras habían terminado. Al menos parte de ellas.

—En todo caso —dijo Cristóbal luego de inspirar profundamente, volviendo a su tono calmado y profesional—, nada de eso importa en realidad. Cristian es mi hijo, yo lo sé. No necesito que la biología me dé la razón. Lo sentí cuando lo conocí, él me miró y lo supe. Lo amo y es parte de mí, sin tomar en cuenta lo que tú digas. Y como es mi hijo, he dispuesto que sea mi único heredero, al menos de momento y con toda posibilidad para siempre, aunque tal vez algún día llegue a tener otro hijo. Para no aburrirte con la terminología legal, te cuento que en esa carpeta está el inventario de mis bienes actuales, eso es lo que Cristian recibiría en caso de que me pase algo. Un colega de la firma es el albacea testamentario. Enrique consintió en ser nombrado administrador de los bienes en caso de que Cristian sea menor de edad cuando se ejecute el testamento. Matías y Gustavo fueron los testigos y está registrado ya en la notaría. Esa carpeta es tu copia, el notario tiene otra, lo mismo Agustín como albacea. Además, tiene una copia que le va a enviar a Enrique. Obviamente, yo tengo la quinta y última copia.

—Cristóbal...

—No hay nada que tú puedas hacer o decir, ya que no te involucra para nada. La copia que te

entrego es para que tú se la guardes a Cristian, que es, en realidad, el interesado. Como en estos momentos no tengo esposa ni otros hijos, solo mi padre podría refutar el testamento. Redacté una carta para él, para que entienda todo, está junto con la copia del testamento que guardó Agustín. En caso de que llegue a tener otros herederos legales, el testamento va a ser corregido de inmediato, para repartir en partes iguales mis bienes entre todos ellos, incluyendo a Cristian. Todo sería más fácil si permitieras que modificara la inscripción, reconociéndolo legalmente como mi hijo. De esa manera, además, la ley me obligaría a pagar mi parte en la mantención del niño, no es necesario que vayamos a un tribunal para que fije el monto de la pensión alimenticia. En la carpeta roja está la oferta que te hago. Puedes tomarla o dejarla, me da lo mismo, ya que si no te pago mes a mes, iré depositando el dinero en una cuenta a nombre de Cristian, a la que él podrá acceder al cumplir los dieciocho años o acompañado por Enrique, en caso de ser menor de edad.

—Cristóbal... —Elizabeth no pudo seguir hablando, porque él levantó una mano pidiéndole que guardara silencio.

—No he terminado aún. Te decía que todo sería más fácil si permitieras que cambiara la inscripción de Cristian. Lo que quiero decir, en realidad, es que voy a darte dos semanas para pensarlo, ya que lo primero que voy a hacer cuando vuelva de vacaciones, es presentar una demanda de paternidad. Voy a obligarte a hacer un examen de ADN y a determinar legalmente mis derechos sobre Cristian. Si resulta que no eres tan mentirosa como pienso y Cristian no es mi hijo, no cambiaré ninguna de las medidas que he tomado hasta el momento, en cuanto a mi testamento y a la cuenta que abrí para Cristian. Si el examen me da la razón, voy a pedir derechos de visita, aunque tú no pidas pensión alimenticia. Le voy a proponer al juez que tome en consideración los depósitos y me obligue a presentar copia de estos a tribunales. Me hago cargo de que vives en Estados Unidos, que tu vida y tu trabajo están allá, por lo que no voy a solicitar visitas semanales, sino dos visitas al año. La primera la haría yo, durante el mes de febrero en Nueva York. La segunda sería acá en Chile. Tendrías que venir tú o mandar con alguien a Cristian durante sus vacaciones de verano, es decir en los meses de julio o agosto.

—¡Cristóbal! —Elizabeth lo miró fijamente, cuando notó que él volvería a hablar, callándolo de esa manera—. No tienes que demandarme. Ganaste, ¿de acuerdo? Volviste a mi familia a tu favor, tienes la ley de tu parte y también la biología. No necesitas ningún examen. Cristian es tuyo.

Durante largos segundos, Cristóbal no reaccionó. Luego, el alivio que sintió fue perceptible a simple vista. Soltó una gran bocanada de aire, se apoyó en el respaldo y llevó una mano sobre su rostro, apretando los ojos con los dedos.

Cuando por fin volvió a mirar a Elizabeth, sus ojos brillaban de emoción y una alegre sonrisa colgaba de su rostro.

—Gracias —susurró—, no sabes lo feliz que me has hecho.

Por toda respuesta, Elizabeth miró fijamente el escritorio, tratando de ocultar sus propias lágrimas. Esa era exactamente la mirada que ella esperaba recibir cuando le dijera que estaba embarazada. Por supuesto, no habría un escritorio entre ellos, sino que estarían uno al lado del

otro. Y se habrían abrazado y besado para celebrar su futura paternidad. Elizabeth creía que las primeras palabras que él pronunciaría serían para proponerle matrimonio.

Por unos momentos, ninguno dijo nada. Fue Cristóbal quien rompió el silencio.

—Eli, yo... —comenzó a decir, pero se interrumpió en el acto. Carraspeó y volvió a mirarla de frente—. Elizabeth. Respecto a lo de ayer, quería disculparme. Cuando fui a verte no tenía la más mínima intención de que pasara nada de lo que pasó.

—Está bien, el arrepentimiento es bueno para el alma.

—No me mal interpretes, no estoy arrepentido. Solo quería aclarar que no era mi intención acostarme contigo. Quería hablarte del testamento y de las otras cosas que te he mencionado. Hasta ese momento, ni siquiera había decidido recurrir a tribunales. Eso lo decidí hoy.

Elizabeth no dijo nada, se limitó a mirarlo, nuevamente enojada. ¿Qué se creía? ¿Que podía llegar y acostarse con ella, por mucho que no hubieran sido sus intenciones, convertirla en una más de su larga lista?

—También quería decirte que... —dudó por unos momentos— bueno, esto es un poco complicado, pero quería decirte que soy consciente de que no usamos ningún método anticonceptivo. No quiero volver a pasar por lo mismo, por lo que quisiera saber cuáles son las posibilidades de tener consecuencias. Y aclararte desde ya que no voy a permitir nuevamente que me dejes en la duda. También creo que debes saber que, si hubiera consecuencias, yo asumiría mis responsabilidades, de la misma manera como las estoy asumiendo con Cristian.

—No creo que haya consecuencias, pero lo sabré con seguridad durante la próxima semana —explicó Elizabeth fría—. Yo quiero saber si hay algo más de lo que tenga que preocuparme, además de un embarazo no deseado.

—No... No, Elizabeth, no hay nada de lo que tengas que preocuparte.

—¿Seguro? Cuando uno está dispuesto a acostarse con cualquiera que se te cruce en el camino tiene que tener especial cuidado con...

—¿Celosa? —preguntó Cristóbal enarcando una ceja.

—Ni lo sueñes. Pero debes reconocer que hay demasiadas mujeres en tu vida. Carol, Rosa y esa mujer con la que te vi tomando café en el centro a comienzos de enero.

—Marcela —aportó con una sonrisa.

—¡No me importa su nombre! —Elizabeth casi gritó—, quiero saber si hay algo que me pudieras haber contagiado.

—A Marcela la vi tres veces. El día que la conocí, ese día que me viste tomando café y para el cumpleaños de Carolina. Esa misma noche le dije que no podía volver a verla. Nunca me acosté con ella. A Carol no la veo desde el 1 de enero, cuando se enojó conmigo porque no quise acostarme con ella. De hecho, aparte de ayer, no había estado con una mujer en varios meses. Ni siquiera con María Eugenia, que fue mi cita para el matrimonio de Emilia. Una mujer muy agradable, al igual que Marcela y Carol. También Karen, a quien no he visto en dos años, solo la menciono porque Emilia se acordó de ella el otro día. Y con todas ellas he sido honesto y

cuidadoso. La única que me hace olvidar de mis precauciones eres tú, Elizabeth.

—¿Y Rosa?

—Rosita —corrigió inmediatamente Cristóbal.

—No la pueden haber llamado Rosita.

—Claro que pueden.

—Bueno, ella es estable en tu vida, al parecer.

—Bastante, diría yo, considerando que vive conmigo.

—¡Y tienes la cara de decirme traidora! —espetó con furia, gruñendo entre dientes.

—Bueno, yo no tengo intenciones de casarme con ella —dijo Cristóbal con una sonrisa—, no como tú.

—Yo tampoco... —dijo Elizabeth en un exabrupto, pero se calló enseguida.

—Tú tampoco tienes intenciones de casarte. Lo sé.

—¿Cómo? Sí, me hiciste investigar. Eres una rata.

—No creo que a Rosita le guste mucho eso —comentó Cristóbal riendo abiertamente.

—Bueno, debería saber la calaña de hombre que eres. Tiene derecho, después de todo vive contigo.

—Yo creo que a Rosita lo único que le importa de mí es el atún que le pueda dar. —La réplica de Elizabeth murió en sus labios. Frunció el ceño y lo miró interrogante—. Rosita es mi gata.

—Nunca te gustaron los gatos —respondió Elizabeth, apoyándose en el respaldo de su silla con total seguridad.

—En realidad, siempre preferí los perros, los gatos son ariscos e independientes. Si es por tener una fémica arisca e independiente en mi vida, me bastaba contigo.

—¡No tiene ninguna gracia, Cristóbal!

—De hecho, sí que la tiene y mucha —se notaba que disfrutaba del intercambio, de aclararle la situación y decirle en su cara todo lo que creyera necesario—, considerando que eres la culpable de que haya adoptado a Rosita, tres años atrás. Un día fui a buscar unos documentos a un asilo de ancianos que Emilia patrocina. Al salir escuché un maullido muy agudo y quejumbroso. Cuando me acerqué, estaba esta gatita, pequeña y maltrecha, no tendría más de cinco o seis semanas. A unos pocos metros de ella estaba la madre, que había muerto atropellada. Tomé a la gatita y la llevé al veterinario, la tuvo internada más de una semana en lo que él llamó Terapia Intensiva Gatuna. Al comienzo le pedí que hiciera lo que pudiera por ella, que me mandara la factura y que le buscara un hogar. Cuando fui a pagar la factura, estaba aún en la clínica. Bastante más grande y mejor alimentada, con el pelaje casi recuperado. Ya entonces se notaba que tendría el pelo completamente negro. Bien cuidada y alimentada sería brillante y lustroso. Me acerqué y me fijé por primera vez en sus ojos. Son verdes, brillantes y maravillosos. Es una gata muy inteligente, mi Rosita. Cuando eso pasó, seguías en mi mente cada segundo del día, por eso, mi primer pensamiento cuando vi su combinación de pelo negro y ojos verdes fue que así mismo era como yo me había imaginado a Elizabeth Gumucio, ¿recuerdas? —Se detuvo para negar en silencio con

tristeza—. No tuve más remedio, cuando el veterinario consideró que estaba restablecida, me la llevé a casa.

—¿Entonces, no hay nadie en tu vida? —preguntó con voz suave, pero de inmediato se arrepintió, por lo que volvió a hablar bruscamente—. Te pregunto por mi hijo, quiero saber si tiene que competir con alguien por los afectos de su padre. Y si hay una posible madrastra en el camino.

—Mi hijo no tiene que competir con nadie por mis afectos —respondió Cristóbal también molesto—, no hay una posible madrastra en el camino. Y aunque la hubiera, ella tendría que entender que lo más importante para mí en estos momentos es Cristian. Lo único importante.

Elizabeth sintió que su rostro se encendía. Enojada, se puso de pie. Como de costumbre con Cristóbal, obtenía más de lo que esperaba. Solo quería saber si realmente había alguien que la hubiera reemplazado en su corazón. ¿Y qué obtenía? Lo peor de lo peor, nadie la reemplazaría, porque ella ya no estaba ahí.

—Veo que has armado una buena vida para ti —comentó irónica, dándole la espalda, para que no descubriera cuánto le dolían sus propias palabras—, heredaste esta estupenda oficina, tienes un trabajo magnífico, donde además eres el jefe. Me imagino que debes tener una casa enorme. Una gata inteligente y todas las mujeres que quieras a tu disposición.

—Por supuesto, tú no querrías que yo tuviera nada de esto. —Elizabeth escuchó el crujido de la silla y supuso que él también se ponía de pie—. Me imagino, aunque no tengo idea del porqué, que preferirías que fuera miserable.

—No podría interesarme menos. Excepto en cómo pueda afectar a Cristian. Espero que no pretendas pasear todo ese montón de mujeres frente a mi hijo.

—El montón de mujeres se acabó, para tu información. Y tú eres la única culpable de que existan. Por partida doble, además.

—Explícate, recuerda que yo no tengo la retorcida mente de un abogado.

—¿Sabes qué? —dijo Cristóbal, muy molesto porque ella ni siquiera lo miraba—. Esto no nos va a llevar a ninguna parte, no tiene caso ya. Ahora lo único que importa es el tiempo que pueda pasar con mi hijo, por eso te invito a ti y a tu familia a que vayan a Viña del Mar conmigo.

—Ya te dije que no quiero caridad. No la necesito.

—No es caridad, quiero estar con mi hijo. Tus padres son muy bienvenidos y tú eres tristemente necesaria.

—Vaya, gracias.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que estoy muy feliz ante la perspectiva de estar varios días contigo?

—Mi papá tiene una prima que nos invitó a pasar unos días en Los Andes, nos vamos a la tarde para allá.

—Tus padres pueden ir a dónde quieran, Elizabeth, pero tú te vienes a Viña conmigo.

—No estoy dispuesta a pasar...

—¿No te dije ya que no quiero estar contigo más tiempo del estrictamente necesario? Es mi hijo quien me interesa. Por su edad, tú vienes en el paquete.

—¿Así que soy una molestia necesaria?

—A menos que quieras irte a Los Andes con tus padres y dejarme a Cristian.

—Ni lo sueñes, Cristóbal. No tienes idea de lo que el niño necesita, ni de sus hábitos y rutinas.

—Por eso te digo que estás invitada —concluyó Cristóbal con indiferencia.

—Mejor dicho, forzada. No creas que me he olvidado de tus amenazas. Acusarme de rapto, por ejemplo.

—Si es lo que necesito hacer, claro. Si te sirve de consuelo, te cuento que Alicia lleva varios días en la casa.

—Está bien —respondió ella después de mucho pensarlo—, pero necesito estar hoy con mis padres, antes de que se vayan. Y necesito unas horas para recoger mis cosas.

—Ningún problema, yo tengo que acondicionar la camioneta para trasladar a Cristian con seguridad y comprar algunas cosas, te paso a buscar mañana en la mañana.

—Preferiría que nos fuéramos después de almuerzo.

—A esa hora nos vamos a topar con todo el calor en la carretera. Te paso a buscar a eso de las seis de la tarde.

—Bien.

Sin decir otra palabra, Elizabeth abandonó la oficina de Cristóbal, sintiéndose derrotada. Casi cinco años botados a la basura.

—No importa— murmuró.

Aún había un par de secretos que tenía que proteger a como diera lugar.

## Capítulo 10

Cristóbal estaba muy feliz. El día anterior las cosas le habían salido mucho mejor de lo que esperaba. Gustavo demostró tener muchos recursos. Se rio al recordar la conversación que había tenido con él, al considerar que lo mejor que podía hacer era demandar a Elizabeth.

Ellos, como pareja, estaban fuera de discusión y lo sabía. Aún no lo había asumido, pero ya pasaría, tal como lo había hecho en el pasado.

En esos momentos, lo importante era su hijo. Por lo tanto, debía recurrir a tribunales si era necesario. No creía, sin embargo, que lo fuera. Pensaba que Elizabeth iba a ser lo suficientemente inteligente como para evitar ir a la corte y llegaría a un acuerdo con él. El problema era convencerla de que lo escuchara.

Y ahí entraba el detective. Podría haber mandado a alguien más, como Marta, por ejemplo, pero no quería involucrar a otras personas. Llamó a Gustavo y le ofreció pasajes de ida y vuelta a Nueva York si conseguía que Elizabeth fuera a la oficina.

—Difícil cosa, don Cristóbal —le dijo el hombre—, pero no imposible. Espero que mis dotes persuasivas me ayuden a llevar a la señorita, pero tengo una idea. ¿Qué le parece si llamo a Chiara y que ella le diga alguna de sus rarezas? Según ella, la doctora siempre se ríe de las cosas que dice, pero suele escucharla.

—Sabe, Gustavo, me da lo mismo si se lo pide al presidente de los Estados Unidos o a todo el ejército del país, lo único que quiero es ver a Elizabeth en mi oficina.

Después de que Elizabeth se retirara de su oficina y habiendo conseguido lo que quería, fue a almorzar. Se encontró con una pequeña sorpresa sobre el escritorio de Marta.

Gustavo había dejado una carpeta más gruesa que la de Elizabeth, rotulada P.C.M. Patricia Campos Madariaga. Una nota adherida a la primera hoja de la carpeta, escrita con la pequeña y prolija letra del detective, decía que ya había hecho gran parte de la investigación con anterioridad, solo la había actualizado y corría por su cuenta.

Cristóbal pensó que los pasajes a Estados Unidos y el bono que iba a recibir a la vuelta de su viaje sería suficiente retribución. Hojeó por encima el informe, notando especialmente la enorme lista de hombres con los que había estado involucrada. Uno llamó su atención por sobre cualquier otra cosa. Felipe Antonio Mackenna Arteagoitia. Con una sensación de asco en la boca del estómago, dejó la carpeta de lado por el momento, pues tenía cosas más importantes de las que

preocuparse.

Compró algo por el camino y lo comió en el departamento, junto a Rosita, contemplando con pena un destrozado sillón.

—Me sales bien cara, Rosita —le dijo acariciando su lomo—. Pero no te puedo llevar, vamos a tener que seguir con tu niñera. O debería llamarla gatera, en realidad, ya que no eres una niña.

En la tarde salió de compras, lo que incluyó una silla para el automóvil, diseñada especialmente para un niño de cuatro años y muchos juguetes, sobre todo para la piscina. Sospechaba que Cristian no sabía nadar, pero si se parecía en algo a él, y nada indicaba que no lo fuera, le encantaría el agua. Así que era un problema que pensaba solucionar durante esas vacaciones.

No pudo resistir comprar también varios libros de cuentos, algunas películas y algo de ropa con los personajes de moda. Está bien, eran sus superhéroes favoritos, pero esperaba influenciar en los gustos del niño. Tal vez, incluso llegar a convertirse en el héroe real de Cristian.

Por otro lado, ¿él se parecía más a Thor o al Capitán América? Quería creer que al Capitán, por ser un buen chico, y todo eso. Pero un dios nórdico no estaba mal, claro que... ¿¡Qué rayos estaba pensando!? ¿En serio seguía siendo tan infantil como para compararse con los protagonistas de las historietas?

Durante el viaje cantó y jugó con su hijo, a quien ya habían explicado la relación que tenían. Cristóbal pensó que, en realidad, Elizabeth lo hacía oficial, porque Cristian llevaba varias semanas diciéndole papá, gracias a Alicia.

Abrió el portón con el mando a distancia y estacionó la camioneta. Se bajó del vehículo y ayudó a Cristian a bajar también, olvidándose a propósito de Elizabeth. Tomó varios bolsos y entró en la casa.

—Alice, ya llegamos. —No obtuvo respuesta y se extrañó muchísimo. Normalmente, a esa hora Alicia estaba comiendo, antes de prepararse para la jornada laboral —¡Alice!

Salió de la cocina y se dirigió hacia el *living* volviendo a gritar. Unos pasos atrás de él iba Cristian, que también vociferaba el nombre de su tía. Más atrás aún, estaba Elizabeth mirando la casa, que no había cambiado nada en los últimos años.

Al llegar junto a la chimenea, vio un sobre con su nombre escrito. Lo tomó y leyó la carta.

—¡Dios, Alicia! —gruñó. Se volvió disgustado, para enfrentar a Elizabeth.

—¿Qué? —preguntó ella recelosa.

—Tu hermana es absolutamente incontrolable. Vaya guardián que estoy hecho. Ahora sí que tu papá y Enrique me matan... Como quede embarazada...

—Me imagino que la carta es de ella.

—Dice que su amigo la acompañó a casa el jueves cuando terminó su turno, como todos los días, pero ella lo invitó a pasar y por fin consiguió que él diera el paso final. Ayer se fue a vivir con él. «Un loco amor de verano», dice.

Cristóbal se acercó a un pequeño bolso que había dejado sobre la mesa de centro. De él sacó

un teléfono móvil y marcó un número. Esperó algunos segundos hasta que la inconfundible voz de Alicia le contestó.

—Hola, Cris —dijo la muchacha.

—Alicia, qué diablos...

—Supe por mis padres que luego tendríamos visita, así que me devolví al apartamento —contó Alicia rápidamente—, me imagino que querrías el camino despejado.

—Te imaginas mal, Al. ¿Por qué...?

—¿Dejé esa nota, diciendo que me iba con David? Así mi hermana no podría venir a buscarme.

—Pero, Al...

—Pero nada, cuñado. Es mi aporte. Ahora te dejo, que estoy un poco retrasada —colgó dejando a Cristóbal estupefacto.

—¿Y? —preguntó Elizabeth frunciendo el ceño.

—Ya sabes cómo es. No me dejó decir nada y me colgó. Me explicó exactamente lo mismo que decía en la nota. —No quiso decirle la verdad, podría tomar a Cristian y salir corriendo hasta el terminal de buses—. No hay nada que podamos hacer ahora, preparemos algo de comer y bañemos a Cristian para acostarlo.

\*\*\*

Cerca de las diez de la noche, Elizabeth se paseaba inquieta por el *living*. Cristóbal estaba leyéndole un cuento a Cristian para que se durmiera. Habían cenado y lo habían bañado, pero a pesar del agotamiento, el niño se negaba a ir a la cama. Ella lo entendía, los arreglos para dormir tampoco le gustaban mucho.

Cristóbal ya estaba instalado en el dormitorio principal, por lo que le dejó a ella un dormitorio al final del pasillo del segundo piso, uno que no tenía baño privado, y a Cristian lo instaló en un dormitorio al lado del principal.

Elizabeth hubiera preferido dormir a la intemperie, en la Antártida o en pleno Desierto de Atacama, que a escasos metros de Cristóbal, aunque no le hubiera venido mal que él durmiera en el único dormitorio del primer piso y dejara la planta alta completa para ella. No quería levantarse en mitad de la noche y encontrarlo en el pasillo o que él escuchara a Cristian despertarse y se levantara a verlo. O peor aún, salir de la ducha para encontrarse nuevamente con él estando desnuda.

Bueno, eso podía solucionarse, tendría que llevar su ropa al baño.

¡Maldito hombre! Estaba muy enojada con él, por manipularla para llevar a Cristian a Viña, por tenerla otra vez en su propio territorio, por no haber sido capaz de retener a Alicia en la casa (iba a matarla apenas la viera) y por no quererla ya. Estaba absolutamente convencida de que él ya no la amaba y eso era muy malo. Necesitaba su amor.

«No, Elizabeth, no es eso», trató de convencerse. Lo que necesitaba era un arma para

controlarlo y ya no le quedaba ninguna.

—Ya se durmió —anunció Cristóbal, entrando en la habitación, ajeno a su inquietud.

—Que bien —dijo Elizabeth débilmente.

—Yo voy a salir. —Por primera vez notó que parecía recién duchado, con ropa limpia y perfumado.

—No es necesario que salgas si quieres estar solo, yo voy a acostarme luego.

—Acuéstate, quédate levantada, no me importa. Igual voy a salir. Voy al bar a tener unas cuantas palabras con Alicia.

Lo vio caminar hacia la cocina. Unos minutos después escuchó el motor de la camioneta y luego nada más.

—¡Maldito hombre! —murmuró una vez más, cuando subía las escaleras para ir a acostarse.

A la mañana siguiente, despertó al escuchar la voz del niño, que ya era todo un parlanchín, y había corrido lo más rápido que pudo a su dormitorio. Lo encontró lavado y vestido, esperando que su padre le abrochara las zapatillas para bajar a desayunar.

Debería haber recordado que Cristóbal era una persona muy mañanera, se reprendió. Debería haber puesto el despertador temprano, para evitar encontrarse con él en el pasillo cuando aún usaba pijama. Peor aún, que ella seguía adormilada y él estaba vestido y muy activo.

Cristóbal ignoró su semidesnudez. La miró por encima, tomó al niño en brazos y le indicó que no se preocupara, que él le prepararía algo de comer, que volviera a la cama si quería.

Fue así como Elizabeth no pudo evitar recordar todas la veces que él había despertado mucho antes que ella y había preparado el desayuno para los dos, se lo había llevado a la cama y después se habían quedado horas en ella, conversando, besándose, amándose, para luego volver a dormir abrazados.

Resuelta, caminó hasta el baño. Ya duchada y vestida, bajó a la cocina, sabiendo que se iba a encontrar con Cristóbal y su hijo en ella, pero aún sin estar totalmente preparada para la ternura que le suscitaría la visión de los dos tomando desayuno y viendo las caricaturas en la televisión.

—Hay café en la cafetera, la leche está en el refrigerador —anunció Cristóbal cuando escuchó sus pasos—. También hay jugo, frutas, huevos, de todo. Prepárate lo que desees.

Y así siguió toda la mañana. Le hablaba exclusivamente para informarle cosas. Vamos a la piscina. Cristian quiere un jugo. Vamos al baño. Cristian tiene hambre, voy a preparar algo de almuerzo.

Él no era un gran cocinero, pero había mejorado bastante sus habilidades culinarias. Y era un padre tan maravilloso como ella siempre se imaginó que sería.

Después del almuerzo, acostó a Cristian para que durmiera la siesta y desapareció. Elizabeth no tenía idea de dónde podría haber ido, como no involucraba a Cristian, no le había informado.

Ella fue a la biblioteca y sacó un libro de la extensa colección. Comenzó a leer en uno de los cómodos sillones que había en la habitación, pero decidió subir a su dormitorio, en caso de que Cristian despertara desorientado.

Cuando llegaba a la escalera un ruido llamó su atención. Siguió el sonido para encontrarse en una habitación que nunca había visitado en el pasado, aunque sabía que existía, ya que tenía acceso directo a la piscina.

Y descubrió el misterio. Vestido solo con un pantaloncillo deportivo y zapatillas, cubierto de una fina capa de sudor, Cristóbal corría sobre una cinta. Tenía los audífonos puestos, pero cantaba en voz baja y desafinada. Algunas cosas nunca cambiaban.

Aprovechó que él estaba con los ojos cerrados y lo observó unos momentos. Estaba un poco más grueso de lo que ella recordaba, pero eso no era tan malo, ya que anteriormente tenía la cintura muy delgada, casi desproporcionada a los hombros anchos.

Por lo que podía observar en el espejo que había atrás, tenía la espalda más musculosa, lo mismo piernas y brazos. Las piernas, particularmente, se habían desarrollado mucho. Tal vez porque había adquirido la costumbre de correr.

Notó cómo comenzaba a perder el aliento y bajaba la intensidad del ejercicio. Era hora de irse.

Cuando llegó al dormitorio, se recostó y abrió el libro, pero las letras bailaban frente a sus ojos, adquiriendo extrañas formas. Piernas musculosas, anchas espaldas. El rubio y corto pelo pegado a la nuca por la transpiración.

Sintió renacer el deseo en su vientre.

—Bien, Elizabeth— masculló—, sigues enamorada como una tonta y ahora él no te toma ni en cuenta. Para peor, estás encerrada en esta casa que guarda tantos recuerdos y no tienes ninguna escapatoria.

Golpeó un par de veces la almohada, se recostó de lado y tiró el libro por cualquier parte.

Debía obligar a su mente a dejar de lado esos pensamientos funestos. Y sobre todo, debía obligar a su cuerpo a olvidar la sensación de apretarse contra él y tener sus manos rozando cada centímetro de su piel.

Carol, recordó, Karen, agregó. Marcela, María Eugenia, Rosita.

—No, tonta, Rosita es la gata y la tiene porque lo hace pensar en la hija que nunca tuvieron.

Por un loco momento deseó que el encuentro del último jueves tuviera consecuencias. Una cosa era tener un hijo con un hombre y no estar a su lado, y otra era tener dos hijos con él...

—¡Elizabeth Antumalen! —gruñó con voz baja.

Se estiró para agarrar nuevamente el libro e intentar concentrarse en la historia, pero luego Morfeo la reclamó como su hija pródiga.

Despertó de unos sueños muy locos, en ellos veía una tierna gatita negra, acurrucada en el regazo de Cristóbal. Cristian llegaba a su lado, pero la gata huía. El niño la perseguía, hasta que de pronto ya no era una gata, era una pequeña niña de pelo negro y ojos verdes que gateaba huyendo del hermano mayor.

La niña crecía un poco y comenzaba a caminar, hasta encontrar a su madre, que controlaba un examen de resistencia cardiaca a un hombre mientras este corría sobre una cinta.

Muy a su pesar, sonrió por el sueño. No necesitaba ninguna clase de Psicología para saber qué

era lo que su subconsciente intentaba decirle.

Se puso de pie y salió al pasillo. Escuchó las voces de Cristian y Cristóbal viajar desde la habitación del niño y se dirigió al baño. Cuando salió, su sonrisa había desaparecido. Subconsciente y cuerpo no estaban de acuerdo.

Unas horas después, sorprendió a Cristóbal solo en la cocina.

—Cristian está ordenando los juguetes que esparció en la sala del televisor —informó.

—Ya. Cristóbal...

—Dime —preguntó él, sin dejar de picar las verduras.

—Cristian no va a tener un hermanito en un futuro próximo. —Con eso por fin consiguió distraerlo de sus labores.

La miró fijamente, con el semblante en blanco. Luego, un curioso brillo salió de sus ojos.

—Es mejor así —concluyó, pero no pudo ocultar la pena que transmitía su voz.

Se acercó al refrigerador, sacó una bolsa con lo que parecía ser carne y una caja de leche. Dejó ambas cosas en la encimera donde estaba trabajando. Se dirigió a un mueble donde se veían los vasos y sacó uno, sirvió leche en él y se lo pasó a Elizabeth.

—¿Lácteos y proteína, verdad? —intentó confirmar después de que Elizabeth recibiera el vaso con el ceño fruncido.

La mujer sonrió y bajó la mirada hasta el vaso.

—Eso era una tontera que te decía para que me prepararas un sándwich de carne con queso. Pero gracias.

Le dio la espalda y fue a la sala del televisor, consciente de su mirada que la siguió hasta que ella se perdió por el pasillo.

Pensaba que ese pequeño incidente podría allanarle el camino. Tal vez no podía volver a estar con él, pero al menos podían resucitar la antigua amistad, por el bien del niño. Pensó en cientos de preguntas que hacerle para romper el hielo después de que Cristian se durmiera, pero no fueron necesarias.

Igual que la noche anterior, Cristóbal acostó al niño y le leyó un cuento, luego bajó preparado para salir.

—Voy al bar —fue lo único que dijo antes de desaparecer hacia el estacionamiento.

Elizabeth se quedó en la cocina cerca de una hora, bebiendo una copa de vino y pensando.

\*\*\*

El día siguiente fue casi exactamente igual, con una sutil diferencia. Cuando ella apareció en la cocina, él le deseó buenos días con el comienzo de una sonrisa. Luego volvió a su robótica manera de hablar. Café. Leche. Huevos y la misma perorata todo el día.

Cuando llegó la hora de la siesta de Cristian, ya estaba advertida de sus actividades, así que tomó la decisión de encerrarse en su dormitorio.

Por desgracia, la rutina de la noche no cambió ni un ápice. Cena, baño, cuento y bar. Y ella, de nuevo, hasta las dos de la mañana despierta, esperando escuchar pasos en el corredor.

El martes se habría subido por las paredes de la desesperación. Cristóbal seguía sin dirigirle más palabras que las estrictamente necesarias. Durante la tarde llegó a una resolución. No permitiría que la abandonara una vez más en la casa para irse de farra.

Durante la cena le comunicó su decisión. Pediría un taxi para que la llevara hasta el bar donde trabajaba Alicia. Después de todo, llevaba tres días en la misma ciudad que ella y aún no había ido a visitarla.

Cristóbal la decepcionó tremendamente. En vez de reclamarle, le dijo que si quería podía tomar la camioneta. Dejó las llaves sobre la mesa y se fue de la cocina con Cristian en brazos.

Por suerte, la noche mejoró y mucho. Alicia confirmó que Cristóbal iba todas las noches a visitarla, pero omitió un detalle.

Detalle que uno de sus compañeros fue tan amable en compartir con ella.

—¿Ceniciento? —dijo con un gesto burlón al escuchar la conversación de las hermanas—, todos los días se va antes de las doce.

¿Qué diablos hacía entre las doce y las dos, entonces? ¿Iría a visitar a alguna mujer?

Mientras tomaba una piña colada vio a una de las amigas de Alicia. Paola, se llamaba. Una niñita sin ningún recato. Está bien, como anfitriona tenía que sonreír a todos los clientes, pero ¿era necesario que usara un escote que le llegaba hasta el ombligo y una falda que como peto era bastante pequeño?

La joven y vivaracha rubia la reconoció y se le acercó a saludarla. «Rubia de bote», pensó Elizabeth inmediatamente, con mucha amargura.

Aún no tenía treinta años y ya se sentía increíblemente vieja. Y lo peor de todo estaba aún por venir.

—¿Cristóbal no viene hoy? —le preguntó Paola a Alicia. Su hermana negó con la cabeza—, una lástima, todavía trato de resarcirme por la manera espantosa como lo recibí el día que fue a buscarte al departamento, aunque me imagino que anoche no lo hice tan mal.

Advirtiendo la palidez repentina en el rostro de Elizabeth, Alicia tomó una mano y se la apretó.

—Paola estudia Psicología —explicó con una sonrisa triste—, se le da muy bien escuchar, y Cristóbal lo que más necesita en estos momentos es alguien que lo escuche.

—No me interesa lo que Cristóbal haga. Por mí, que salga con una mujer diferente cada noche.

—Antu, al menos a ti no te mientas —pidió Alicia con ternura—, a mí miénteme todo lo que quieras, pero a ti, no.

Elizabeth miró a su hermana largo rato.

—¿Cuándo te pusiste tan inteligente, Milla? —le preguntó con una sonrisa triste.

A pesar de la duda que le carcomía el alma, consideró que la noche había sido bastante buena.

Más aún después de que tomara la camioneta para volver a casa. Sonrió al pensarlo. Primera vez en la vida que la detenía Carabineros, por mucho que fuera una revisión rutinaria, igual se

puso nerviosa.

Sacó la licencia de su cartera y los documentos del automóvil. Cuando abrió la guantera para guardarlos, algo le llamó la atención.

El domingo, Cristóbal recibió una multa por estacionar en un lugar indebido. Al pie de la página, había una frase escrita a mano alzada, que le provocó una carcajada.

Conductor se encuentra dormido. Alega extremo cansancio y que por seguridad vial prefirió dormir un momento antes de seguir en ruta. Nivel de alcohol: 0,01.

Vio la hora de la multa. Una de la mañana con cuarenta y cinco minutos. Nada de eso le confirmaba que estaba solo, pero ya suponía lo que había pasado. No quería volver muy temprano a casa, pero tampoco se quería quedar hasta las tantas en el bar. Estacionó en cualquier lugar para hacer hora y se quedó dormido.

«Pobrecito», pensó, riendo aún.

## Capítulo 11

—Estoy cansada de estar encerrada —dijo Elizabeth poco antes del medio día.

Cristóbal y el niño acababan de abandonar la piscina, y el hombre se dirigía a la cocina a preparar el almuerzo cuando fue interrumpido.

—No estás prisionera, puedes salir a donde quieras —replicó Cristóbal mirándola fijamente.

—¿Por qué no vamos a almorzar a Caleta Portales? Podemos ir caminando —preguntó Elizabeth con una sonrisa. Era una salida que disfrutaban mucho años atrás, ya que el lugar estaba lo bastante cerca como para ir caminando y lo suficientemente lejos como para considerar dicha caminata como ejercicio.

—Cristian se puede cansar mucho.

—Tonteras, Cristóbal, podemos sentarnos en el pasto. Además, como buen padre, perfectamente lo puedes subir a tus hombros. Y si resulta ser demasiado, a la vuelta tomamos un taxi y listo.

Elizabeth dio el asunto por zanjado y subió con el niño para sacarle la ropa mojada.

\*\*\*

La caminata resultó tan agradable como Elizabeth recordaba. El único problema fue, y era el colmo de la ironía, que ella pidió un descanso para sentarse en el pasto a ver cómo los otros jugaban y se metían en una pequeña feria artesanal.

«Va a salir con todo lo que se le antoje», pensó Elizabeth con una mueca. «Este hombre no tiene sentido de la proporción».

Sin embargo, el sentido de la proporción de Cristóbal fue su último pensamiento coherente. El día era maravilloso, luminoso, corría una agradable brisa marina, el almuerzo había sido exquisito, el pescado fresco y las ensaladas más aún.

La modorra fue apropiándose poco a poco de ella, por lo que se recostó en el pasto a ver las blancas nubes pasar, intentando decidir a qué se parecían. Había una, en particular, que parecía burlarse de ella, mostrando claramente su forma gatuna.

Bastante adormilada ya, Elizabeth casi podía ver cómo movía la cola. Y, a menos que su oído la engañara, era un maullido lo que escuchaba. La pequeña niña de sus sueños cambiaba el pelo negro por uno tan rubio, que era casi blanco, y se alzaba ante ella como la versión femenina de su

padre.

\*\*\*

—¡Mamá! ¡Mamá, *despesta!* —dijo la dulce voz de un niño, al tiempo que una mano pequeñita tocaba su hombro—. *¡Despesta, mamá!*

Abrió los ojos ante la voz, ya no tan dulce, que le hablaba con impaciencia. Se pasó la mano por la cara mientras se sentaba. Se giró a ver a su hijo que la miraba con una enorme sonrisa y una bellísima rosa roja.

—Hoy es miércoles —susurró Elizabeth emocionada.

Llevaba casi cinco años sin recibir una rosa roja. La tomó en sus manos y recibió el beso del pequeño, luego, la acercó a su nariz y dejó que el suave perfume la inundara, cuestionándose los motivos de Cristóbal para haber comprado la flor.

Descartaba totalmente la idea de que no recordara que era miércoles, de la misma manera que nunca creería que él pudiera olvidar su antigua costumbre.

Eso la enfrentaba ante dos hechos: era miércoles y Cristóbal lo sabía y recordaba que siempre le regalaba una rosa el día miércoles.

Por otro lado, aunque era un puro tecnicismo, la rosa no se la regaló Cristóbal, sino Cristian. Él se limitó a comprarla y a pasársela al niño.

Pero ¿por qué justo ese día? Una idea, casi una obsesión, se formó en su cabeza. No estaba tan olvidada como Cristóbal había pretendido.

Recordaba con total claridad sus palabras en el departamento: «No es la primera vez que hacemos el amor».

En esos momentos seguía considerándolo hacer el amor. Cristóbal no era voluble, nunca decía las cosas sin pensarlas por lo menos un poco. Y casi nunca cambiaba de idea, menos aún tan rápidamente.

¿Sería, tal vez, que en la oficina estaba tratando de protegerse, tal como ella lo hacía?

También podría ser que no hubiera cambiado de idea, sino que finalmente había renunciado a ella. Antes se lo había dicho, que sus planes no habían cambiado, que aún quería casarse con ella y formar la familia con la que habían soñado. ¿Y en ese momento? ¿Habrán cambiado sus planes, sus sueños?

—¿Vamos? —preguntó Cristóbal, deteniéndose junto a ella. Elizabeth asintió sin palabras—. ¿Llamo un taxi? —Otra vez respondió en silencio, moviendo la cabeza negativamente.

Cristóbal se dio la vuelta y llamó a Cristian que perseguía unas palomas. Cuando el niño se reunió con él, comenzaron a caminar en dirección a la casa.

Elizabeth se puso de pie, frunciendo el ceño. Nunca antes había dejado de ayudarla cuando se recostaban en el pasto. Pero ese día seguía ignorándola.

—Maldito hombre —susurró para sí y caminó rápidamente, dispuesta a llamar su atención—.

¡Cristóbal! —exclamó cuando llegó a su lado. Levantó la rosa y sonrió—. Gracias.

—Dale las gracias a Cristian, él te la regaló —respondió apartándose con un encogimiento de hombros.

—Pero tú la compraste.

—Para Cristian y él te la dio a ti.

—¿Le compraste una rosa roja a un niño de cuatro años? —Eso no se lo creía.

—Para que te la diera a ti.

—Por eso, entonces. Gracias. —Ya empezaba a perder la paciencia, algo que se estaba haciendo tristemente frecuente.

—Es solo una rosa, Elizabeth, no le des tanta importancia.

«¿Por qué no sacas un arma y me disparas, mejor?», preguntó Elizabeth en silencio. Estaba segura de que sería más efectivo y mucho menos doloroso.

Comenzó a caminar apresurada y con pasos firmes, casi castigándose por su estupidez.

Había huido del país, lo había abandonado sin ninguna explicación, había ocultado al niño por cuatro años y había rehecho su vida en un país ajeno, todo lo cual había requerido una increíble disciplina y fuerza de voluntad, y ese día se enternecía porque le regalaba una rosa y se enojaba cuando le decía que era solo una rosa y que no le diera importancia.

Lo primero que iba a hacer cuando llegara a Nueva York sería pedir una cita con el jefe de psiquiatría del hospital.

Estaba segura del diagnóstico: locura total, no había otra explicación.

\*\*\*

Finalmente, para Cristian fue mucho el largo paseo y terminó pidiendo que lo tomaran en brazos, solicitud que Cristóbal cumplió con la mayor prontitud.

Al pequeño le bastaron pocos segundos en brazos de su padre para apoyar la cabeza en el hombro y quedarse dormido.

Cuando llegaron a la casa, Cristóbal hizo equilibrio con el niño en un brazo para alcanzar la llave que tenía en el bolsillo. Ni pidió ayuda, ni Elizabeth la ofreció.

«Si es solo una rosa, bien puede abrir la puerta sin ayuda», pensó la mujer con amargura, mientras lo veía pasarse al niño de un brazo al otro, para buscar la llave.

Tampoco le pidió ayuda para acostar al niño. De hecho, ni siquiera había vuelto a bajar, bien podría estar sola en la casa, consideraba Elizabeth frustrada, quince minutos después, por lo que subió al dormitorio.

Vio que la puerta de Cristóbal estaba entrecerrada, tal como la mantenía por las noches para escuchar al niño. Caminando muy despacio se acercó y escuchó, pero su labor fue infructuosa. Luego fue a ver a Cristian, que dormía atravesado en la enorme cama, sobre las mantas, con una almohada en el suelo y varios juguetes desperdigados por ahí. Elizabeth no atinaba a descubrir a

quién habría sacado esa costumbre, ya que ni ella ni Cristóbal eran tan desordenados a la hora de dormir.

Sonriendo, volvió al dormitorio.

Por tercera tarde consecutiva, tomó el libro que había sacado de la biblioteca, pero no leyó más de dos o tres párrafos antes de rendirse, ya que no se enteraba de nada de lo que leía.

Se preguntaba cómo se sentiría tener la mente en blanco, en vez del torbellino en que estaba sumergida por estos días.

Tal vez, solo tal vez, podría enderezar su vida, sin miedos, sin temores.

¿Renunciaría a su trabajo y a su vida en Nueva York por volver a vivir en Santiago junto a Cristóbal?

La respuesta le llegó con total claridad.

Por supuesto que sí.

¿Querría Cristóbal que lo hiciera? Probablemente, concluyó después de mucho considerarlo. Es decir, estaba segura de que le daría la bienvenida, pero la cuestión era, ¿como la madre de su hijo? ¿O como su mujer? ¿Ambas? Sí, ambas, decidió.

Pero, sin duda, lo más importante, ¿sería posible? Eso estaba por verse, pero se sentía muy confiada de momento.

Ya encontraría de dónde sacar el valor.

\*\*\*

—¿Vas a salir hoy? —le preguntó a Cristóbal cuando bajó a la cocina.

—Pensé que tal vez querrías ir al bar de nuevo.

—Hay cosas que no cambian, Cris, una de esas es mi baja afición por la vida nocturna. Con la salida de ayer tengo para un par de años. Pero no respondiste mi pregunta.

La miró con extrañeza. Y ella que creía que no se daría cuenta del cambio en su actitud... Por supuesto, llamarlo Cris lo hacía muy obvio.

—La verdad es que no tengo muchas ganas. Pensaba ver una película.

—¿Cuál?

—Te vas a reír. Es que Mili no ha actualizado en años su videoteca, creo que las últimas adiciones las hicimos nosotros, por lo que había pensado que tal vez podía ver *El Señor de los Anillos*.

—¡Cris! —dijo Elizabeth riendo —Y pensar que tú ni los libros conocías. Tuve que convencerte para que vieras la película.

—Lo sé. ¿Qué puedo decirte? —Cristóbal hizo una mueca culpable—. Me encanta.

—¿Te acuerdas cuando nos quedamos todo el día acostados y vimos las tres películas juntas? —Elizabeth lo miró fijamente, un poco nerviosa, de su respuesta dependía mucho.

—¿Cómo no me voy a acordar del día que estuvimos casi diez horas seguidas viendo

televisión? Con suerte nos levantábamos al baño y a buscar algo de comer —contestó de manera automática, pero miró a Elizabeth detalladamente, analizándola.

—Podríamos verla juntos, después de que Cristian se duerma —propuso Elizabeth, como si no fuera nada extraordinario, aunque en el pasado ver una película abrazados en el sofá, compartiendo unos cuantos besos, había sido la antesala de sus románticas noches.

—No creo —respondió Cristóbal, girándose para ir al refrigerador.

—¿Por qué?

Cristóbal se irguió con algunas verduras en las manos. Exhaló.

—Mira, Elizabeth, no es buena idea. Por fin conseguimos declarar una tregua y no voy a estropearla.

—Al contrario, creo que sería bueno que pudiéramos ser amigos —dijo la mujer, refutando sus palabras—, lo queramos o no, vamos a seguir viéndonos por muchos años y..

—No, Elizabeth. —Nunca antes se había dado cuenta, pero le molestaba cada vez más que la llamara por su nombre completo.

—¿No nos vamos a seguir viendo por muchos años?

—No creo que sea conveniente que volvamos a ser amigos. —Por fin volvió a quedar relativamente cerca de ella y se puso a trabajar con las verduras que había traído del refrigerador —. Además, no es necesario. Tenemos que llevarnos bien, lo sé, pero después de estas vacaciones nuestro contacto se va a limitar a los cinco minutos que me tome ir a buscar o a dejar a Cristian, nada más.

—Cristóbal, yo... Bueno, es que...

—No te preocupes, Elizabeth. Como dice Mili: «Las cosas son como son y punto».

Siguió trabajando tranquilo, cortando verduras, llevando una olla al fuego y no se dio cuenta del gesto extraño que Elizabeth tenía en el rostro. No notó que ella lo miraba atentamente y con tristeza.

«Primer intento fallido», pensó la mujer. «Habrá que buscar otro modo».

\*\*\*

Cristóbal estaba sentado en el cómodo sofá frente al televisor y tenía el control remoto en la mano. En la pantalla se veía el menú de inicio del disco, pero no hacía nada por comenzar la película. Pensaba. O al menos lo intentaba.

Escuchó un ruido a su espalda y se volvió para descubrir a Elizabeth iluminada por el brillo del televisor.

—Esto es nuevo —dijo apuntando el aparato.

—El anterior se arruinó hace un par de años y Emilia por fin decidió cambiar algo del decorado original.

—¿Cómo? —preguntó acercándose tímidamente al sofá.

—¿Me vas a decir que no has notado que nada cambia en esta casa?

—Me llamó la atención ver los mismos muebles, pero recuerdo una vez en que a una mesa se le soltó una pata y fue reemplazada por otra exactamente igual. Le hice una broma a Emilia, pero ella se limitó a mirarme y no me contestó.

—Emilia nació en esta casa —explicó Cristóbal—. El papá, que era un genio de las matemáticas, daba clases en una universidad cercana. Hacía todo lo que la esposa le pedía. Mi mamá solía decir que las únicas ocasiones en que Juan Pablo Larraín ponía los pies en la tierra era cuando Estefanía le pedía algo. Así pues, compró esta casa y le dio la libertad absoluta de decorarla como ella quisiera y, durante toda su vida, Emilia no ha querido modificar nada. Cuando un objeto se estropea lo repara o cambia por algo que sea exactamente igual. Y hace pintar la casa una y otra vez con los mismos colores. Cuando la fábrica de loza de la que provienen los platos, tazas, vasos, cayó en insolvencia, Emilia me mandó a comprarla, dejó al mismo personal y contrató un gerente general cuya única instrucción fue no dejar de producir los artículos que ella necesitaba y trabajar sin pérdidas. Previendo lo que podría pasar, hizo que Berta averiguara cómo estaban todas las otras empresas y quiso invertir en ellas, además de comprar todo el stock de ropa de cama, toallas, cubiertos y demás.

—¿Quiso? ¿No invirtió? ¿Es que alguna vez Emilia deja de hacer algo que quiere?

—El mocoso atrevido. —Cristóbal hizo una mueca—. Textiles Toledo. Ella pensaba que porque el fundador era ya un hombre mayor, a punto de jubilarse, podría comprar la empresa y hacer lo que quisiera. Pero estaba el nieto, que la mandó con viento fresco y le cobró un montón de dinero por seguir produciendo lo que ella quería, porque ya habían decidido eliminar esas existencias.

—¿Y qué hizo ella?

—Trató de contratarlo, claro, aunque estuviera aún en la mitad de su carrera universitaria —explicó Cristóbal encogiendo los hombros, como si no necesitara decir nada más—. Por no dejarlo sin más, compró una bodega en Placilla para guardar todo lo que consiguió, especialmente los textiles. Lamentablemente para ella, en ese momento la empresa electrónica ya había cerrado, así que cuando los televisores y equipos de música comenzaron a morir, tuvo que innovar.

—¿Tú le has dicho alguna vez que debe dejar el pasado en paz y a los muertos descansar? —Preguntó casi con ternura—, Eres su mejor amigo, sería bueno...

—Con suerte Mili acepta mis consejos en los temas legales, difícilmente va a escucharme en algo así.

—Matías...

—Aunque a él lo escucha un poco más, tampoco le hace tanto caso. Tú sabes cómo es ella, toma las decisiones sola y no permite que nada le impida llevar a cabo sus planes.

—¿Ni siquiera permite que Matías intervenga? Después de todo, están casados.

—Yo fui tu amigo y pareja por cinco años, ¿me escuchaste alguna vez? —preguntó Cristóbal molesto, frunciendo el ceño—. Es más, quise ser tu esposo y soy el padre de tu hijo, ¿me vas a

escuchar alguna vez?

Elizabeth lo miró con los oscuros ojos muy abiertos. Se mordió el labio inferior con suavidad.

—Cris, yo quería decirte que lo siento mucho. Sé que no te merecías lo que hice, pero...

—¿Sabes Elizabeth? No me interesa. Hasta hace una semana tus palabras habrían tenido mucho valor para mí, pero ya no.

Elizabeth se tragó su pena y respiró profundamente. Lo miró mientras se ponía de pie, apagaba el televisor y dejaba el control remoto sobre el mueble.

—¿Me odias, Cris?

—¿Qué crees?

—Antes jamás lo habría considerado, por muy enojado que estuvieras conmigo. Me amabas.

—¿Con qué derecho me dices eso ahora?! —explotó—. ¡Tú me dejaste, no supe de ti por años, bien podrías haber muerto! ¡Yo estuve medio muerto y he vivido en un infierno por mucho tiempo!

—Lo siento tanto... —replicó Elizabeth con los ojos llenos de lágrimas.

—Te busqué por varios días, fui a la pensión, al hospital, a la facultad. —Apretó los puños hasta que los nudillos se pusieron de un feo color rojo—. Hasta que Valeria, en la pensión, se compadeció de mí y me dijo que te habías ido, que a ella le parecía que ya habías viajado a Estados Unidos. Casi soborné a la secretaria de tu facultad y ella me lo confirmó. El mensaje me llegó lo suficientemente claro, aunque lo encontraba imposible. No me cabía en la cabeza que hubieras perdido tantos años conmigo para después dejarme sin ningún tipo de consideración. Ese día ni siquiera me pude levantar. Por varios días no pude. Emilia me llamaba para despertarme, para confirmar que me hubiera duchado, que me hubiera vestido, que tomara desayuno, todo. Tenía que llamarme cada cinco minutos para ir diciéndome qué hacer. Y después se puso peor. Patricia empezó con su fastidiosa costumbre de llevar «niñitas de lo más recomendables para ti», decía. Un día, muy enojado le exigí explicaciones. Quería saber qué había pasado cuando te paraste para ir al baño.

—¿Qué te dijo? —preguntó Elizabeth asustada.

—Que no te había visto. Pero después reconoció que habían hablado, aunque no quiso contarme de qué. —Cristóbal volvió a hundirse en el sofá. Se veía derrotado y triste—. Finalmente, y entre las lágrimas más falsas que he visto en mi vida, dijo que lo único que siempre quería era lo mejor para mí. Mi papá se enojó conmigo por hacerla llorar.

Apoyó las manos contra la cara, ocultando su expresión. Luego de unos minutos continuó hablando.

—Mili llevaba varios días insistiendo en que siguiera con mis planes y comprara una casa o departamento. Por fin la llamé para pedirle que me ayudara a buscar un departamento. Por supuesto que ya tenía algo visto, un poco grande para mis necesidades inmediatas, pero Emilia me llevó al banco para que aprobaran inmediatamente la solicitud de crédito hipotecario, que ella ya había ingresado. Yo no quise que ella me prestara dinero, ni tampoco quise pedirle a mi papá o a mi abuelo —agregó al ver la duda en el rostro de Elizabeth—, lo peor fue que no reaccioné con

suficiente rapidez. Llevaba varios días yendo a la oficina por muy pocas horas y en realidad no hacía nada, mi abuelo soportaba toda la carga del trabajo y yo no tenía idea de que se resfrió. Tirsa intentaba todos los días que fuera al médico, pero él no la tomaba en cuenta. Un día lo escuché toser y entré en su oficina. Tenía un aspecto espantoso, con Tirsa lo subimos a mi automóvil y lo llevamos a emergencia, el diagnóstico fue de pulmonía. Lo trataron lo mejor que pudieron, pero por su edad y condición general no resistió mucho. Ni siquiera había pagado la primera cuota del crédito cuando lo liquidé. Patricia trató de convencer a mi papá de impugnar el testamento, pero mi papá no quiso y heredé hasta la última corbata de mi abuelo. La pobre Tirsa aún llevaba el luto por él cuando nos enteramos del paro cardíaco que tuvo don Felipe. Al día siguiente había muerto. Y después tuve que soltarle a Emilia la bomba del testamento. Como podrás comprender, no fue un buen año para mí. Qué diablos, fueron los peores siete meses de mi vida.

—Cristóbal, no sé qué decirte...

—No digas nada, no es necesario. Ya pasó. Hace mucho tiempo que ya pasó. Cosa curiosa, cuando contraté a Marta las cosas empezaron a mejorar. No sé qué hubiera hecho todos estos años sin ella.

—Cristóbal, por favor escúchame —pidió después de unos minutos de silencio—, por mucho que no te interese escucharme, por favor hazlo, te lo ruego.

—No sé qué pretendes con esto, Elizabeth.

—Lo primero disculparme. —Limpió sus mejillas y lo miró de frente—. Lo que Patricia me dijo... en breves palabras, era que yo no soy lo suficientemente buena para ti y nunca lo sería, que tú te mereces alguien como Emilia, que ese era tu destino, de hecho. Sus palabras fueron muy crueles y me hirieron mucho. Me dijo que yo sería un lastre para ti. Y yo pensaba que ella ni siquiera sabía de mi embarazo. Fui lo bastante tonta como para creerle y ella se aprovechó de mi debilidad. No tengo ninguna excusa.

—Patricia es una maestra en el arte del engaño, no es culpa tuya. Tal como tú dices, se aprovechó de tu debilidad de la misma manera como se ha aprovechado de la debilidad de mi padre por quince años.

Vio como el hombre volvía a ponerse de pie y avanzaba unos pasos hacia la escalera que lo llevaría lejos de ella. Armándose de un valor que no sabía que poseía, se acercó rápidamente y tomó su brazo.

—Cris —lo llamó con suavidad. Él se detuvo, pero no se giró a mirarla—, por favor, necesito saberlo. ¿Me amas aún?

—¿Tú qué crees, Eli?

Volvió a caminar aún sin mirarla, subió por las escaleras y se perdió en el pasillo.

Resuelta, Elizabeth lo siguió. ¿Qué creía ella? Pues bien, ella creía que aún la amaba. Y ya estaba bien bueno que ambos dejaran de sufrir por la bruja de Patricia.

Antes de perder la calma, Elizabeth entró en el dormitorio de Cristóbal sin golpear. Él miraba

por la ventana. Por unos segundos, la mujer se distrajo con el reflejo de la luna sobre el mar y por el brillo plateado de la rubia cabellera. No había más luz en el dormitorio que la que las cortinas abiertas dejaban entrar.

—¿Cris? —Su suave voz viajó hasta Cristóbal, quien se volvió con el rostro contraído por la sorpresa—. Yo creo que aún me amas —agregó, bajando un tirante de su vestido de verano—, y eso es muy bueno para mí —bajó el otro tirante— porque yo también te amo, Cris, siempre te he amado y aún te amo.

Con las manos tiró el vestido, bajándolo por su cuerpo, exponiendo los pechos desnudos y la pequeña tanga. Unos segundos después estaba totalmente desnuda, la ropa y sus zapatos quedaron en el camino.

—Tienes razón, me he convertido en una mentirosa —continuó hablando y acercándose a él—. Te he mentado todo este tiempo al no decirte que eras el padre de Cristian y al hablarte de un inexistente novio, pero la mentira más grande que te he dicho fue el jueves pasado en el departamento de Santiago. Te dije que para mí era solo un revolcón, no hacer el amor. Y también te he ocultado cosas. Te dije que mi último pensamiento había sido que por mucho tiempo no me acostaba con nadie, pero en realidad me estaba acordando de la última vez que estuve contigo, tratando de convencerme de que cualquier hombre serviría para saciar mi necesidad de ti.

Al llegar a su lado, le tomó una mano y se la llevó al corazón.

—Y aquí estoy, totalmente desnuda ante ti, poniendo mi corazón en tus manos, esperando, rogando, tener razón y que no sea demasiado tarde para nosotros. Que, a pesar de todo lo que hice, seas capaz de perdonarme.

—Aún te amo, Eli. —Subió la mano que tenía libre y acarició sus mejillas, que nuevamente estaban húmedas por sus lágrimas.

Rodeó los hombros de Elizabeth con los brazos y ella apoyó la frente en su pecho, dando rienda suelta a las lágrimas de felicidad que inundaban sus ojos.

Cristóbal bañó su rostro con miles de pequeños besos; la frente, las mejillas y por fin los labios. La besó suavemente, diciéndole sin palabras que la amaba, que la perdonaba y que se pertenecían.

Poco a poco, la suavidad fue quedando atrás para dar paso a la enorme necesidad que sentían de entregarse. Cristóbal profundizó el beso, recorriendo sus labios con la lengua, pidiéndole que lo dejara entrar.

Elizabeth entreabrió la boca con un profundo gemido, admitiendo la invasión. Subió los brazos hasta los hombros masculinos y, con las manos en el cuello, lo acercó aún más a ella.

Por largos minutos se perdieron en el paraíso de sus besos, con las manos de Cristóbal recorriendo con tanta delicadeza la piel desnuda de Elizabeth que ella se sentía cubierta de la más suave pluma. Cuando ella pensó que se volvería loca si no lo sentía pegado a sí, lo urgió para que le permitiera desnudarlo. Rápidamente, la camiseta de Cristóbal acompañó la ropa que había dejado abandonada en el suelo.

Cristóbal la tomó en brazos, la llevó hasta la cama y la depositó en medio del colchón. Ella abrió las piernas y lo llamó para que uniera rápidamente sus cuerpos, pero el hombre le sonrió, negando con la cabeza.

—El jueves pasado —le dijo con voz ronca—, fue demasiado rápido y caótico. Ahora quiero besar y acariciar cada centímetro de tu cuerpo, Eli. Eres mía y quiero que tu cuerpo recuerde lo que eso significa.

—Eres un cavernícola, Cris —murmuró Elizabeth, sonriendo ruborizada.

—Yo, Tarzán, tú, Jane —replicó él, tendiéndose junto a ella.

—Cris, yo... —comenzó a decir Elizabeth, avergonzada, pero sintió los labios de Cristóbal sobre su cuello y perdió momentáneamente el hilo de los pensamientos—. Espera. —Con las manos detuvo el avance masculino.

—Lo sé, cariño —respondió Cristóbal con mucha ternura.

—¿Qué sabes?

—Sé que tuviste un hijo. Mi hijo. Y que ya no tienes veinte. Yo tampoco. Tu cuerpo cambió. — Bajó su mirada hasta posarla en los pechos y los acarició—. Mejoró, diría. Por acá hay más para mí. Y por acá también —agregó frotando las manos en las caderas de Elizabeth.

Se inclinó sobre ella y dejó un reguero de besos en el cuello y pecho, se detuvo especialmente en los pezones endurecidos para recrearse en ellos, saboreándolos.

Siguió su camino hasta el ombligo, acariciando con la lengua en torno a él, bajando un poco más.

—¿Cris! —susurró Elizabeth con premura, intentando por segunda vez detenerlo.

—El único problema para mí —respondió Cristóbal con voz gruesa, emocionada, acariciaba las finas líneas que cruzaban su abdomen—, es que todas se llaman Cristian Fernández. Esta —siguió una línea— debería llamarse Cristian Gumucio. Esta —siguió una segunda línea— debería llamarse Elizabeth Gumucio. Y esta otra... no sé, ¿Óscar, si es niño, Mailen, si es niña? ¿O tal vez Kuyén? Te veías tan hermosa embarazada —susurró con los labios contra el vientre—, por un momento...

—¿Embarazada? ¿Cómo...?

—Gustavo —respondió Cristóbal mirándola.

—Sí que me hiciste investigar, maldita rata.

Las tiernas caricias en el cabello y las mejillas contradecían lo dicho, y su voz de terciopelo lo llamaba como el canto de una sirena. Cristóbal quería perderse en ella, naufragar en el mar profundo de su amor.

—No me dejaste otra alternativa, Eli, amada mía.

Volvió a bajar con los labios sobre el vientre, llegando hasta el dulce vértice entre las piernas, viajando una vez más a los pechos. Sus sabias manos recorrieron el camino familiar al centro de su ser, buscando y encontrando aquel punto que sería infierno y paraíso, acariciándolo con delicadeza, encendiendo el cuerpo de Elizabeth.

Posó su boca sobre un pecho y comenzó a acariciarlo con la lengua, aplicando un poco más de presión cuando sintió que Elizabeth comenzaba a temblar sin control.

Al fin, dejó el pecho y se dirigió al centro de la esencia femenina, acompañando las caricias de los dedos con la lengua, chupaba delicadamente, dejándola al borde de la locura, hasta que ella comenzó a restregarse contra los amantes labios, acariciando su pelo, apretándolo contra ella y con un grito furioso comunicó a la noche el placer recibido.

Por unos minutos no fue consciente de nada, solo de intentar recuperar la calma. De pronto, sintió una mano sobre el estómago y un beso en la mejilla.

—Duerme bien, amor mío. —La voz ronca de Cristóbal la llenó de escalofríos. Se volvió hacia él y besó sus labios ocultos por la oscuridad. Un gemido que se arrancó de la garganta de Cristóbal la dejó totalmente alerta.

—¿Duerme bien, amor mío? —le preguntó con suavidad—. ¿Qué significa eso? Cristóbal, te lo advierto, no te atrevas a...

—No tengo nada que podamos usar —explicó el hombre.

—¿Qué...? ¿Por qué? ¿Quieres decir que no creías que esto iba a pasar? ¿O que no querías que pasara? —Apartando la mano que tenía sobre el estómago se sentó, exhibiendo los pechos desnudos a la tenue luz de la luna.

—Querer, quiero siempre, pensé que estaba claro. —Cristóbal volvió a apoyar su mano en ella, esta vez en la cintura—. Simplemente pensé que nunca más volvería a besarte o a amarte y... No es contigo o sin ti. Como siempre, eres la única que puebla mis fantasías y llena mis sueños.

—Ay, Cris, dices unas cosas de lo más lindas —replicó Elizabeth tomando la mano que tenía apoyada en su cintura y empujándolo contra las almohadas.

Bajó la mirada por el pecho masculino, hasta depositarla en su estómago, muy pronto siguió el mismo recorrido con las manos, tirando levemente el escaso vello que lo cubría, maravillándose con la textura y el calor que Cristóbal emanaba.

¿Cómo pudo, alguna vez, pensar que sería capaz de olvidar todos esos detalles? ¿De vivir sin sentirlo tan cerca de su cuerpo y de su corazón? Tal como él había dicho, las diferencias no importaban, las sensaciones, los sentimientos eran los mismos.

—Tú tampoco tienes veinte. —Su suave y aterciopelada voz se volvía más ronca—. También hay más por aquí para mí —agregó con una sonrisa mientras un dedo seguía el camino trazado por una fina línea de vello.

—Ya sé que estoy fofo, Matías se encarga de decírmelo cada vez que puede —respondió Cristóbal entrecortadamente.

—No siento nada fofo por aquí —dijo Elizabeth al tiempo que tomaba su endurecida masculinidad y la acariciaba, provocando un gemido ronco y profundo—. En todo caso, me gustas mucho más así. —Depositó un beso sobre el estómago y siguió acariciándolo—. Antes estabas demasiado delgado...

—¡Eli! —el gruñido impaciente se arrancó de la boca de Cristóbal, sin que él pudiera hacer

nada por detenerlo.

—¿Qué? ¿Aparte de ser un fofo ya no tienes resistencia? —preguntó Elizabeth bromeando con él, al tiempo que pasaba una pierna sobre las suyas y se acomodaba—. Te amo, Cris —susurró cuando bajaba sus caderas para hundirlo en ella.

La luz de la luna convertía en plata todo lo que tocaba. La morena piel de Elizabeth se veía blanca y pálida, los oscurecidos y duros pezones eran como dos cumbres nevadas que desafiaban la gravedad cada vez que subía y bajaba. Apoyó las manos en el estómago de Cristóbal, quien inmediatamente las tomó entre las suyas y las apretó susurrando, gimiendo su nombre.

A medida que se acercaba más y más al clímax, Elizabeth aumentaba la velocidad de sus caderas, apurando el final, a pesar de no querer que este llegara. No quería dejar de sentirse completa, no quería dejarlo ir. Quería que el tiempo y el mundo se detuvieran en ese preciso instante, en ese magnífico y maravilloso momento.

No sabía cuál era el sentimiento más poderoso, si el placer físico de tener al hombre que amaba dentro de ella o el gozo de saberse justo en el lugar al que pertenecía, al lado del hombre que era su hogar.

—Eli —gimió Cristóbal una vez más, tomándola por las caderas, apurando a su vez los movimientos de la mujer. Y mientras Elizabeth sentía que todo el mundo se quebraba en torno a ella, bajó la cabeza hasta apoyarla en el hombro de Cristóbal, dejando que los temblores, una mezcla de placer, gozo y encuentro, recorrieran su cuerpo.

Con mucha delicadeza Cristóbal apoyó el extenuado cuerpo de Elizabeth en el colchón, pasó un brazo por debajo de la espalda para posar nuevamente la cabeza de la mujer sobre su hombro.

Una ternura infinita fue la que acompañó los dedos con los que Cristóbal secó las lágrimas que corrían por las mejillas de su amada.

—Tranquila, amor, tranquila, ya estás en casa —fue el susurro que escuchó Elizabeth antes de caer en el olvido.

## Capítulo 12

—**T**ranquilo, monstruo, que vas a despertar a tu mamá —dijo Cristóbal en el pasillo.  
«Ya estoy despierta», pensó Elizabeth, girándose en la cama y volviendo a acomodarse.  
—*Quero* ir a la piscina, papá —respondió Cristian dando un fuerte golpe con la puerta.  
—Lo sé, pero eso no quiere decir que... —La voz de Cristóbal se apagó al entrar en el dormitorio del niño.

«Vayas como loco por la casa, gritando y dando portazos, cuando tu agotada y satisfecha madre aún remolonea en mi cama», completó Elizabeth mentalmente.

De pronto, se dio cuenta de lo que decía su hijo. La piscina. Eso quería decir que eran al menos las once de la mañana.

Nunca dormía hasta tan tarde, no desde... bueno, ahí tenía. La última vez que se quedó hasta tan tarde en la cama casi hizo que Cristóbal perdiera un vuelo. Para no retrasarlo más, se despidieron en el departamento y él tomó un taxi hasta el aeropuerto, mientras Elizabeth se quedaba con su automóvil por unos días.

Listo, era culpa de Cristóbal que durmiera hasta tan tarde. Después de todo, había sido él quien la despertó en mitad de la noche y la mantuvo despierta durante mucho, mucho rato. No se estaba quejando, no. Solo se justificaba. «Y qué buena justificación», concluyó con una sonrisa.

Después de mucho debatir con ella misma, consiguió sentarse en la cama, bostezó un par de veces y estiró los brazos y la espalda.

—Dios, qué bien me siento —murmuró mientras restregaba las manos sobre su rostro.

Finalmente pudo abrir los ojos y lo primero que vio fue una delicada rosa de color amarillo, con una nota, ambos objetos estaban sobre el velador de su lado de la cama.

Estiró la mano, tomó la rosa y la olió, dejándola sobre la cama para tomar la nota.

Eli,

Hoy no es miércoles, ni esta rosa es roja. Tampoco la compré.

Tal vez es tiempo de comenzar una nueva tradición. Robarme una rosa amarilla del jardín de Mili para regalártela los días jueves.

Cuando estés lista, baja y te preparo el desayuno. Claro que si algo te conozco, tal vez debería decir el almuerzo.

Con amor,  
Cris.

La emoción que embargó a Elizabeth hizo rodar unas pocas lágrimas por sus mejillas.

—Ya basta, Elizabeth Antumalen —se reprendió, dirigiéndose al baño.

No tenía ninguno de sus artículos de aseo ahí, pero siempre le habían bastado los de Cristóbal en esas circunstancias. Tampoco tenía ropa en el dormitorio, ni siquiera una toalla, pensó al cerrar la llave del agua, pero se volvió a sorprender al ver una toalla limpia sobre un banco que había junto a la ducha. Y en la puerta, un colgador con un vestido y ropa interior limpia.

—Solo te faltó mi crema y desodorante — le dijo Elizabeth a un ausente Cristóbal, mientras se ponía el vestido—. Y un par de zapatos.

Al tomar la peineta de Cristóbal para desenredarse el pelo, se corrigió. «Solo los zapatos», aceptó tomando el frasco de la crema. «No importa, estas sandalias plásticas son muy cómodas».

Terminó de arreglarse y dejó atrás el dormitorio, para dirigirse a la piscina, desde donde le llegaban los alegres gritos de Cristian.

\*\*\*

Cualquier observador casual podría decir que los siguientes días transcurrieron en forma rutinaria. Pero Elizabeth no concebía una mejor manera de pasar su tiempo juntos, el primero que tenían como familia.

Cristóbal se despertaba temprano, lavaba y vestía a Cristian, luego lo alimentaba. Normalmente, el desayuno era interrumpido por Elizabeth, que besaba a su hijo en la frente y a Cristóbal en los labios. El pequeño había aceptado con naturalidad la nueva relación entre los adultos. Casi se podía decir que ni siquiera había notado el cambio suscitado en la casa.

El resto de la mañana lo pasaban, primero viendo las caricaturas en la televisión, y luego en la piscina, hasta que llegaba la hora de almuerzo. Elizabeth llevaba al niño a cambiarse de ropa y Cristóbal iba a la cocina a hacer lo mejor que podía por crear un almuerzo saludable y apetitoso para ellos.

La hora de la siesta iba y venía siempre de la misma manera. Juntos acostaban al niño y luego se iban al dormitorio para dormir o simplemente conversar uno en brazos del otro.

En un momento, durante la tarde del primer viernes, mientras Elizabeth le leía un cuento a Cristian, vio pasar un enorme montón de ropa con piernas.

—¿Qué haces? —le preguntó al verlo depositar la ropa sobre la cama del dormitorio principal.

—Me parece que es bastante obvio —replicó Cristóbal, mientras comenzaba a acomodar los colgadores con blusas y vestidos en el ropero—, traigo tu ropa para acá.

—¿Y no pensaste en preguntarme primero?

—No. Y antes de que empieces con tus cosas de que tú tomas tus propias decisiones y tal, te

comunico que no voy a volver a preguntarte nada, solo voy a actuar y punto. No voy a tomar ningún riesgo.

—¿Qué...?

—Ah, una última cosa, cuando nos vayamos a Santiago no pienso ir a dejarte al departamento de Alicia.

—¿Y dónde se supone que voy a vivir? —lo interrogó, sabía claramente cuál era la respuesta. Y estaba claramente aliviada.

—En mi departamento hasta que podamos comprarnos una casa —respondió Cristóbal con simpleza. Luego se acercó a Elizabeth y le dio un beso en la punta de la respingada nariz—, así que espero que te gusten los gatos.

Un día, Elizabeth le preguntó a Cristóbal por sus ejercicios, sorprendida de que no siguiera usando las máquinas del gimnasio.

—Tú estás durmiendo mientras yo hago ejercicio, querida —respondió Cristóbal después de mirarla extrañado, sin entender cómo sabía de esa rutina, y ella le contó del día en que se había quedado mirándolo por unos momentos, mientras corría en la máquina.

Después de la siesta, se ponían ropa y zapatos cómodos e iban a caminar por el paseo costero. Cuando alguno de ellos, normalmente Elizabeth, se cansaba, volvían a casa a cenar.

Elizabeth se encargaba del niño, mientras Cristóbal cocinaba.

—Me alegro de ver y comprobar que has mejorado mucho en estos menesteres —le dijo un día a Cristóbal, cuando él revolvía el contenido de una olla y el pequeño miraba televisión.

—Casi soy autosuficiente, pero no se lo digas a Marta, que piensa que sin ella me muerdo. Literalmente, claro, no como si ella fuera... bueno, en verdad... —Se había puesto tan nervioso que no podía terminar ninguna frase, por mucho que lo intentara.

—Ya sé que ella te trata como el niño mimado que sigues siendo, Cris, no te preocupes —le dijo Elizabeth con una sonrisa, antes de robar un trozo de zanahoria e ir a ver una película con su hijo.

Luego de la cena, acostaban al niño y después se dirigían al dormitorio, aunque lo que menos hacían era dormir.

El último viernes de febrero recibieron una visita inesperada. Es decir, inesperada para Elizabeth, porque Cristóbal fue quien llamó a Óscar para invitarlos a pasar ese fin de semana con ellos y hacer una celebración por el doble cumpleaños de Cristian y Elizabeth.

Antes de la hora de almuerzo, Cristóbal desapareció por un momento y volvió con Alicia. Después de que Cristian fuera llevado para que durmiera la siesta, todos los adultos se dirigieron a la terraza. Cuando Elizabeth le preguntó a su hermana por su amigo, con quien suponía seguía viviendo, la muchacha se puso colorada, aunque trató de ocultarlo.

—Se acabó —dijo rápidamente y siguió conversando con Mailen otros temas.

—Alicia Millaray Fernández Minchequeo, mírame mientras te hablo —exigió Elizabeth con un tono duro, guardado en forma exclusiva para los estudiantes de Medicina a los que debía educar.

—Yo hago lo que...

—Alicia. —Elizabeth empezaba a perder la paciencia. Y estaba casi convencida de que sus sospechas eran totalmente justificadas—. Explícame.

—¿Qué tengo que explicarte? —Alicia se puso de pie, preparándose para la pelea—. Tú haces lo mismo, sin ningún tipo de justificación dejas una relación más larga que la mía y yo ni siquiera estoy embarazada.

—¿Qué te crees, niñita, para hablarme así? —Elizabeth también se había puesto de pie, furiosa.

Óscar y Mailen miraban de una a la otra sin saber qué hacer. Cristóbal dio un paso y se hizo cargo de la situación.

—Elizabeth, cállate y siéntate. —La autoridad en su voz era tal, que Elizabeth le obedeció instantáneamente—. Y tú, Alicia, cállate y discúlpate con tu hermana.

—No puedo —respondió la aludida levantando el mentón.

—¿Qué? —preguntó Cristóbal frunciendo el ceño.

—No puedo callarme y disculparme con mi hermana, para disculparme necesito hablar. — Aunque intentaba mantenerse seria, era evidente que estaba a punto de reírse.

—Al revés, entonces —respondió Cristóbal también aguantando la risa—, discúlpate y cállate. Y después, siéntate tranquila, como la niña buena que en realidad no eres.

—Lo siento, Antu —murmuró antes de sentarse con las rodillas muy juntas y los tobillos entrelazados, manteniendo la mirada fija en el piso, fingiendo arrepentimiento—, no era mi intención ser mala y cruel contigo, que eres la mejor hermana del mundo y provees con sobrinos tan bellos y el mejor cuñado...

—Ya basta, Al —dijo Cristóbal exasperado.

—Ahora, hablando en serio —preguntó Elizabeth—. ¿Qué pasa con ese tipo?

—Nada —respondió Alicia, volviendo a su actitud relajada de siempre.

—¿Cómo nada? —Elizabeth frunció el ceño con la vista fija en Alicia—. Milla, una no puede irse a vivir con un hombre así como así...

—Eli —Cristóbal interrumpió a Elizabeth después de que Alicia lo mirara fijamente—, no es cierto.

—¿Qué? Cris, ¿qué es lo que no es cierto?

—Alicia nunca se fue a vivir con él. Cuando tus padres le contaron que venías para acá, se devolvió al departamento con las amigas.

—¿Por qué? —la pregunta de Elizabeth no se hizo esperar.

—¿Por qué crees tú, Antu? —dijo Alicia resuelta—. Tenía que dejarle el camino libre a mi cuñado.

—¿Y tú lo sabías? —le preguntó Elizabeth a Cristóbal.

—Yo... esto, sí. Pero no fue idea mía, lo juro —replicó Cristóbal tartamudeando y nervioso—, tampoco era lo que yo quería, en ese momento... aunque en realidad sí lo era, pero... ni yo lo sabía, es decir, suponía que... o sea, creía... trataba de convencerme...

—Cristóbal, cállate y bésame —dijo Elizabeth en el mismo tono autoritario que había usado él minutos antes.

Mientras se besaban, ninguno fue testigo de la mirada cómplice que compartieron Alicia y Mailen, pero Óscar sí vio a su hija guiñando el ojo.

—¿Qué quiere decir ese gesto, Alicia? —la interrogó suspicaz.

—Ay, cariño, tu sabes que tu hija pequeña es muy inteligente —respondió Mailen, tomando la mano de su esposo—, pero no es muy buena jueza de carácter. Yo le dije que saliera de esta casa antes de que llegaran los niños. Y le sugerí decirle a Antu que no se devolvía al departamento con las amigas, porque hubiera acampado frente al edificio hasta conseguir que Milla se viniera con ella. Tengo que reconocer, eso sí, que a ella se le ocurrió lo del muchacho.

—¡Qué lindo! —intervino Elizabeth, mirándola—, mi madre y mi hermana se confabulan en mi contra.

—A tu favor —corrigió Alicia—, de lo contrario no habrías dado el último paso, necesitabas un empujoncito.

—Bueno, me alegro de saber que al menos mi padre y mi hermano no me han abandonado —agregó Elizabeth mirando a Óscar, quien tuvo el buen tino de subir el color de sus mejillas.

—Eh.. hija, lo siento mucho, pero cuando llegamos a Los Andes, lo primero que hice fue llamar a tu hermana. Lo había pensado todo el viaje. Pero ella había vuelto al departamento, así que mi trabajo ya estaba hecho.

—Creo que voy a llamar a mi hermano para darle las gracias —concluyó Elizabeth, haciendo amago de levantarse.

—Sí, claro —dijo Alicia irónica.

—Yo creo que sí, Al —agregó Cristóbal—, fue el único que no intervino para nada, excepto para ser apoderado de Cristian en mi testamento, porque mi segunda opción eras tú. —Le hizo una mueca a Alicia, burlándose de ella—. Además, él trató de convencerme de que debía olvidarte —explicó, mirando a Elizabeth—, que debía dejar de lado mis deseos y concentrarme en Cristian.

—Mi propio hermano, ¡el desgraciado! —exclamó Elizabeth, negando con la cabeza.

—Cariño, te acabo de decir...

—Él tenía muy claro lo que estaba haciendo —Elizabeth interrumpió bruscamente a Cristóbal—; sabía, como ha sabido toda nuestra vida, que yo siempre quiero jugar con el juguete que él me quita. Lo hacía de niños para molestarme.

—¿Soy un juguete ahora? —preguntó Cristóbal sonriendo.

—Eres un juguete del destino, querido cuñado —dijo Alicia, recostándose en la silla y dando la conversación por terminada.

La familia siguió su día en forma normal, hasta que mucho más tarde, Alicia se fue a trabajar.

\*\*\*

De madrugada, la Tierra quiso recordarles que era grande y fuerte y hacía lo que quería, los despertó en la madrugada y trastornó su pacífico descanso con un terremoto gigantesco y horrible.

A lo largo de la noche se enterarían de muchas desgracias; de las pérdidas humanas y materiales; de héroes anónimos y villanos con nombre, apellido y cargo en un gobierno que se vio superado por la fuerza de la naturaleza.

Cristóbal pudo comunicarse con Emilia gracias al teléfono satelital que ella tenía en la mansión. Le pidió que llamara a Alfredo y a Marta. También a Enrique, aunque tuvo la precaución de no decirle de quién se trataba, ya que Emilia sonaba bastante alterada. Decirle, sin ninguna advertencia previa, que era el hermano de Elizabeth, solo conseguiría añadir preocupaciones a la mujer.

Al ver que el tiempo, las horas pasaban, y no conseguían ponerse en contacto con Alicia y ella no daba señales de vida, Cristóbal decidió que iría a buscarla. El bar donde trabajaba quedaba muy lejos de la casa y todos estaban enormemente preocupados por la muchacha.

—Voy contigo —ofreció Óscar, caminando hacia el dormitorio a buscar ropa.

—No, prefiero que te quedes aquí, cuidando al resto de la familia —dijo Cristóbal, rechazando el ofrecimiento.

Ambos se miraron, y una comunicación silenciosa se dio entre ellos. Ni Mailen ni Elizabeth se quejaban, pero su nerviosismo era evidente, sobre todo después de que cada réplica disminuía las esperanzas de que Alicia volviera a casa por sus propios medios, sana y salva.

Elizabeth abrazaba a Cristian, intentando mantenerlo tranquilo, ya que había despertado muy asustado y preguntaba por su padre.

Una eternidad después, por fin sus ruegos fueron escuchados. Alicia llegó con el rostro demudado, hablando sin ton ni son de la arrancadera de fiesteros, de las sillas y mesas del bar desplazándose sin ser empujadas, del quebradero de vasos y los mareos sufridos por todos al respirar el aire contaminado por litros y litros de alcohol de las botellas caídas con estrépito en el ondulante piso.

—¿Por qué te demoraste tanto? —preguntó una muy angustiada Elizabeth a Cristóbal, después de que este cargara al lloroso Cristian en brazos.

—Lo siento, mi amor, intentamos llamarlos para decirles que estábamos bien, pero están todas las líneas caídas. No hay nada de movilización pública y no podía dejar a los compañeros de Alicia tirados a su suerte.

—¿Mucho caos? Tal vez sería bueno pensar en volver a Santiago, me podrían necesitar en el hospital.

—Acá no es tanto, además de la histeria. Pero la radio trae noticias horribles, así que no vamos a movernos hasta que sepamos que es seguro, y ciertamente no hasta que el sol esté bien alto en el cielo.

—Me preocupa Enrique...

—En el norte no pasó nada, por lo que dicen, solo se sintió la ola sísmica.

—Quiero hablar con él, no me basta que Emilia diga que está bien, no me importa lo que transmita la radio. Necesito hablar con mi hermano —musitó Elizabeth entre lágrimas.

—Lo sé, mi amor, ya lo haremos. —Cristóbal apretó más fuerte a Elizabeth entre sus brazos, besando su frente y meciéndola como si fuera una niña pequeña.

Casi al amanecer consiguieron hablar con Enrique. Para tranquilidad de todos, las noticias decían la verdad. En el norte del país no había desgracias que lamentar. Enrique estaba inquieto, al igual que su hermana, quería saber de primera fuente que toda su familia se encontraba bien, que sus padres, hermanas y sobrino no habían sufrido ningún daño, más allá del trauma que significaba un terremoto de tal magnitud.

Con el pequeño dormido en sus brazos, observando como Mailen y Óscar hablaban largamente con todos sus hijos, Cristóbal comprendió que ninguno de sus miedos pasados igualaría jamás la angustia de no saber si Cristian estaba vivo, bien y seguro, en medio del desastre.

\*\*\*

Aqué fue un día extraño. Una calma antinatural los rodeaba. Viña del Mar solía ser una ciudad con mucho movimiento, más aún en el período estival, pero ese fin de semana casi no había gente en las calles, mucho menos vehículos.

Muchos negocios no abrieron, los servicios básicos funcionaban de manera interrumpida, las malas noticias seguían sumándose.

Considerando el mal estado de las rutas, Emilia le ofreció a Cristóbal enviar un helicóptero para buscarlo, junto con sus misteriosos invitados, pero él rechazó tal ofrecimiento.

El domingo fue un día aún más extraño para todos, intentando mostrarse tranquilos y felices, dispuestos a celebrar cuando nadie tenía el ánimo necesario para ello.

Mailen y Óscar se ofrecieron a preparar el almuerzo y Cristóbal, acompañado de Alicia, fue a buscar las tortas que había encargado, esperando que el terremoto no impidiese conseguir las.

El día en sí era maravilloso; la temperatura elevada, pero una brisa marina refrescaba la ciudad, por lo que decidieron armar, en la terraza, una mesa para almorzar. Después de retirar todos los platos, Mailen y Cristóbal llevaron las tortas a sus respectivos hijos, cantando el cumpleaños feliz.

—Nunca vamos a tener un cantante en la familia —declaró Alicia al escuchar la desafinada interpretación.

Ese comentario pudo por fin generar un ánimo más festivo en la familia, por lo que se dedicaron a comer torta, entre bromas y carcajadas, algunos repitiendo varias veces, sobre todo Cristian, que no quiso comer de la torta de Elizabeth, que era de yogurt y mermelada de frambuesa y, en cambio, fue reprendido por ella cuando pedía el cuarto trozo de su torta, que era de chocolate.

Cristóbal, que también iba por el cuarto trozo, le sirvió al niño una porción incluso más grande que las anteriores, haciéndole burla a Elizabeth.

—Es nuestra torta favorita, ¿no, hijo? —le contó a nadie en particular.

—¡Sí! —exclamó Cristian, ganándose una nueva reprimenda de su madre, esta vez por hablar con la boca llena.

—Eli —dijo Cristóbal—, deja de molestar a Cristian, es su cumpleaños.

—Es mi hijo, no me digas cómo criarlo —replicó Elizabeth molesta.

—Es mi hijo también y tengo derecho a opinar —le recordó Cristóbal, que depositó un beso en su boca y la cubrió de chocolate.

—Sabes que no me gusta el chocolate —se quejó Elizabeth, limpiándose con una servilleta.

—No sabes lo que te pierdes —contestó Cristóbal, riendo y sirviendo un quinto trozo de torta para él y para su hijo.

—Cuando le den cólicos y tenga que estar toda la noche en el hospital para que le pongan suero, vas a ser tú quien lo lleve —dijo Elizabeth, negando con la cabeza.

—Mejor compremos todo lo que haga falta y lo tratas tú en casa —refutó Cristóbal—, y mejor será que continuemos con los regalos, porque nos espera un viaje más tarde.

—¿De verdad podemos viajar hoy? —preguntó Alicia.

—De verdad. Pero hay que salir temprano, porque las condiciones en la carretera no son las mejores —explicó Cristóbal— y no quiero manejar después de que oscurezca.

—¿Y yo cabré? No ocupo mucho espacio, pero mi mochila es enorme. —Alicia caminó siguiendo a los demás hacia el *living*, donde había un colosal montón de regalos y otro bastante más modesto.

—Dalo por hecho —ofreció Cristóbal—. Me imagino que el bar cerró la temporada.

—De todas maneras hoy era el últ...

—¿Y cómo crees que vamos a poder meter todas nuestras cosas, las de papá, mamá, Alicia y a nosotros mismos? —preguntó Elizabeth—. Yo sé que tu camioneta es grande, pero nunca tanto.

—Estoy seguro de que nos alcanza el espacio —respondió Cristóbal con una sonrisa.

—Y otra cosa —continuó Elizabeth ignorando lo que él decía—, ¿te volviste loco? Cristóbal, son demasiados regalos —agregó apuntando la pila más grande.

—Bueno, es el cuarto cumpleaños de mi hijo, pero es primera vez que estoy con él, así que me entusiasmé un poco. —Cristóbal se encogió de hombros, tomó a Cristian de los brazos de Mailen y lo llevó para que abriera sus regalos.

Una media hora después, cientos de trozos de brillantes papeles rodeaban a Cristian y todos sus más locos sueños se habían hecho realidad. Tenía frente a sí cuanto juguete hubiera imaginado y deseado recibir, y muchos que ni siquiera sabía que existían. Estaba tan distraído con ellos que no notó el nerviosismo de su madre.

Los regalos de Elizabeth no eran tantos, sin embargo, había uno que le llamaba mucho la atención. En lo más bajo de la pila, casi cubierto por los otros, una pequeña caja atraía sus ojos con regularidad.

Primero, Óscar le entregó un regalo que había enviado la familia de Los Andes. Después,

Mailen le pasó el de ellos. A continuación, Alicia le dio un regalo a su nombre y otro al de Enrique, dejando la pequeña caja sola sobre la mesa.

«No es del tamaño adecuado», pensó Elizabeth mientras cambiaba sus aros por los que le había enviado su hermano, «si fuera un anillo, debería ser aún más pequeña y cuadrada, no rectangular».

Mientras lo recibía de manos de Alicia, que sonreía como una tonta, miró a Cristóbal que le guiñó un ojo.

Se obligó a no ilusionarse. «Si fuera un anillo», se decía, «no me lo habría dado en frente de toda la familia. Si fuera un anillo, me habría llevado a cenar a un restaurant elegante y me hubiera propuesto matrimonio acompañado de una copa de champaña, no mientras abro los regalos de cumpleaños».

Claro que también tenía que considerar que la Naturaleza pudo haber alterado sus planes.

Cuando finalmente levantó la tapa de la caja, descubrió que era una llave. Pero no una llave cualquiera, no. Era, a todas luces, la llave de un automóvil.

—¿Qué...? ¿Qué...? —tartamudeó sin conseguir articular una palabra.

—Tienes... —comenzó a decir Cristóbal, pero no pudo terminar, porque Alicia lo interrumpió bruscamente.

—Tienes que ir a verlo a la cochera —dijo de sopetón—. Lo siento, Cris, no quería arruinarte la sorpresa, pero me tenía desesperada. Llevo ya casi dos días aguantando un secreto, es demasiado para mí.

—¿Dos días? —preguntó Elizabeth recuperando su voz—. No fue amabilidad de tu parte. En verdad, no te importaba si estaba toda la familia en casa —agregó con certeza absoluta.

—Sí que quería que estuviera toda la familia en casa, incluso intenté que Enrique viniera por el fin de semana, pero no podía —contradijo Cristóbal, sonando muy ofendido—. De hecho, contaba con que ir a buscarlo fuera la excusa para que me acompañara al concesionario, así que tuve que ir al plan B.

—¡Esa soy yo! —gritó Alicia, muy alegre, apuntándose—. Hice un sacrificio enorme y me levanté antes del mediodía. ¡Figúrate! En todo caso, menos mal que Cris es tan previsor. Quién sabe qué podría haber pasado si no lo sacaba el viernes, antes del terremoto.

—Así que necesitaba que Alicia viniera. Tu papá aún no puede manejar y tu mamá no sabe —explicó Cristóbal—, y Cristian, bueno, acaba de chocar su automóvil a control remoto. Ven, vamos a verlo.

Se puso de pie y le tendió la mano. Alicia saltó de su asiento, urgiendo a todos para que se apresuraran.

El automóvil nuevo era precioso. Pequeño y funcional, económico y fácil de estacionar. Exactamente el mismo que ella tenía guardado en Nueva York. La única diferencia era el año de fabricación.

—¿Cómo supiste?

—Gustavo —explicó Cristóbal acercándose, aunque nadie más entendió la pregunta—. Bueno,

en realidad Chiara fue la que le mostró el automóvil, Gustavo se limitó a sacarle fotos y anotar las características. Por cierto, Chiara quiere que la llames por teléfono. Esperemos que mi celular ya esté totalmente operativo. Si no, mañana desde la oficina.

—¿Chiara? ¿La loca de mi vecina Chiara? ¿Hasta a ella la convenciste de que te ayudara?

—Ese fue Gustavo, en realidad. —Elizabeth frunció el ceño y lo miró fijamente—. Sí, Gustavo le pidió que te llamara ese día. Y la carpeta está en la biblioteca, es toda tuya. Nunca más, lo juro.

Los demás los miraban sin entender la conversación, excepto por Alicia, que asintió su acuerdo.

—No sé qué me choca más, si tu detective siendo capaz de convencer a Chiara de entregarle mi vida en bandeja o que aún seas capaz de leerme la mente.

—Yo creo que lo que más debería sorprenderte es que ellos urdieron ese plan, porque yo le ofrecí a Gustavo los pasajes ida y vuelta a Nueva York si conseguía llevarte a mi oficina.

—¿Chiara y tu detective? ¿En serio? —Elizabeth miró a Cristóbal, que asentía sin palabras—. Tienes razón, eso es lo que más me sorprende.

—Bueno, basta ya de tanta cháchara —pidió Alicia—, súbete al automóvil y maneja.

—Ni siquiera tiene patente aún —dijo Elizabeth abriéndolo.

—Durante la semana hacemos los trámites en Santiago —sugirió Cristóbal subiendo al asiento del copiloto—, hace unos ocho años que te debía un automóvil —le recordó a Elizabeth después de acomodarse y cerrar la puerta—. Espera, el portón.

Bajó del automóvil, se subió a su camioneta, de dónde sacó el control remoto del portón, le gritó a Mailen que volvían enseguida y que por favor vigilara a Cristian, volvió a subir al automóvil y arrancaron.

\*\*\*

Unas horas más tarde estaban instalados en el departamento de Cristóbal, después de haber acomodado a Cristian en un dormitorio y guardado las cosas de Elizabeth en el principal.

—Te dije que nos iba a alcanzar el espacio para todo, ¿no? —preguntó Cristóbal, rodeando la cintura de Elizabeth con un brazo.

—Eso es trampa, yo no sabía que me tenías un automóvil de regalo de cumpleaños.

—El problema real está en mi departamento, donde no hay espacio suficiente.

—¿En serio? ¿No hay espacio en un departamento de unos 180 metros cuadrados? ¿Mis ojos me engañaron o ni siquiera sé contar? Cuatro dormitorios más servicios, esa enorme cocina con comedor de diario, *living* y comedor formal, sala de televisión, baño de visita, oficina...

—Oficina, técnicamente no, porque nunca he trabajado ahí...

—Tres terrazas, a falta de una...

—Ninguna es lo suficientemente grande, porque lo que no tenemos es piscina y a mi hijo le encanta nadar...

—Pero abajo sí que hay una piscina, yo la vi cuando el administrador me presentó al resto del personal.

—Y tampoco tenemos patio. Porque como dice tu padre, un niño debe tener mascotas. Y Rosita no es lo que se dice muy domestica... según Enrique, ustedes tuvieron muchos animales...

—¿Contó las gallinas una por una, o solo como lote? Porque déjame decirte, inmediatamente, que no vamos a tener más de cien mascotas.

—No se puede tener animales clasificados como de granja en zonas residenciales. —Elizabeth nunca podría comprender cómo Cristóbal lograba sonar razonable cuando discutían algo tan absurdo como que el departamento era pequeño. Después de todo, era el lugar más grande donde ella había vivido en toda su vida.

—Vale, vamos a dejar este pequeñísimo departamento y nos vamos a vivir a una casa con un patio enorme para que Cristian tenga todas las mascotas que quiera, excepto animales clasificados «de granja». —Porque lo que Elizabeth sí sabía era reconocer una causa perdida. Además, prefería guardar su energía para cuando sí pudiera salirse con la suya—. Tal vez Berta y Mili nos puedan ayudar a encontrar una casa.

—Lo veo difícil. Hubo una explosión en una fábrica Mackenna en Australia. Ellas tuvieron que viajar y, aunque ya volvieron, entre eso y el terremoto, tienen mucho trabajo. Podrías buscarla tú. La casa de tus sueños, la que quieras, como sabes, el dinero no es un problema.

—Tal vez.

—Vamos a acostarnos, estoy muy cansado y tú también. —Acarició sus mejillas con mucha ternura, para después darle un suave beso en la frente—. Le doy su atún a Rosita y te alcanzo en el dormitorio. Por cierto, la muchacha que la cuida es universitaria y también cuida niños, así que si necesitas dejar a Cristian por unas horas, habla con ella.

—De acuerdo, gracias.

—¿Qué vas a hacer? Profesionalmente, me refiero.

—No lo sé aún. El director del hospital me había ofrecido incorporarme como consultora, claro que no sé si hablaba en serio —lo miró interrogante.

—Yo creo que sí, considerando que ese plan se le ocurrió a él solito.

—¿Eso quiere decir que no fue el doctor Zaldívar el que convenció a mi papá de irse a la clínica?

—En mi defensa, tengo que alegar que fue idea de tu padre hacer algo que pudiera ayudarme.

—Me manipulaste como quisiste, rata asquerosa —dijo Elizabeth riendo.

—Todo se vale en el amor y en la guerra, querida.

—Claro, pero ahora vas a pagar todos tus pecados. —De a poco, su voz fue bajando hasta convertirse en poco más que un susurro que rozó los labios masculinos, justo antes de que se encontraran en un beso.

—Creo que Rosita tendrá que esperar por ese atún —gruñó Cristóbal antes de tomarla en brazos y llevarla hasta la cama que los esperaba para compartir dulces secretos.

## Capítulo 13

El siguiente mes fue el más feliz que Cristóbal recordara en toda su vida. La rutina que establecieron se parecía bastante a la que tenían en Viña del Mar.

Cristóbal siempre era el primero en levantarse y preparaba el desayuno con ayuda de Alfonsina, la mujer que hacía el aseo y que en esos días, además, colaboraba feliz con el cuidado del pequeño, hasta que llegaran los abuelos, si Elizabeth tenía que salir.

Elizabeth volvió a las cirugías y hasta atendía algunos pacientes en el hospital y la clínica. En ambos lugares estaban felices de poder seguir contando con su colaboración. En la clínica, incluso, le ofrecieron establecer una consulta particular en un ala dedicada a esos menesteres.

—Por supuesto —dijo Cristóbal el día que Elizabeth le habló de ese plan—, mira la oficina que tengan ellos, si te gusta la compramos. Aprovecha también para cotizar muebles y todo el instrumental que puedas necesitar. Le podemos pedir a Marta que te busque una secretaria.

—No tan rápido, Cris, por favor —pidió ella asustada.

—¿No estarás teniendo dudas, Eli?

—Es que... no sé... son demasiadas cosas. Hablé también con el jefe de cardiología en el hospital de Nueva York y él me recordó que tengo contrato por un año más.

—Pero puedes renunciar. —Cristóbal frunció el ceño, algo molesto.

—Lo sé, pero...

—Eli —el susurro asustado de su hombre la preocupó más que cualquier otra cosa.

—No te preocupes, ni te molestes. Si tengo que volver a Estados Unidos va a ser solo a arreglar mi situación y aún me quedan tres meses de permiso.

—Bien. No quiero presionarte, amor, pero no me hagas eso, a menos que quieras tener que curar mi corazón roto.

Elizabeth rio, se puso de puntillas y le susurró en el oído que ella tenía el mejor remedio para un corazón roto.

—Por favor, cúrame —suplicó Cristóbal.

—Apenas se duerma el monstruo —aseguró Elizabeth con una sonrisa.

—Perfecto. Volviendo al otro tema, haz lo que quieras, tú decide y yo firmo los cheques.

—Eso lo aprendiste de Emilia, seguro —dijo Elizabeth riendo, mientras caminaba hacia el baño con Cristian en brazos.

Había dos grandes cosas que Cristóbal no había hecho aún y por varios motivos las seguía retrasando.

La primera era que aún no había compartido con Emilia los dramáticos cambios que sufrió su vida. Con Matías pudo hablar el segundo sábado de marzo y solo consiguió preocuparse.

—No duerme bien —confidenció Matías—, no se alimenta como corresponde y trabaja más horas de las que debe. Tiene reuniones y conferencias hasta tarde todos los días. Incluso Carolina se ha quejado de lo poco que la ve. Si sigue así, temo que pueda enfermar.

—Bueno, ya sabes a quién llamar si eso pasa.

—Claro, al doctor Benavente, porque si tu Elizabeth aparece por acá sin advertirla antes, es muy probable que nos desherede a todos.

—Y hoy, más que nunca, espero el día que me toque recibir la casa de Recreo.

—¿Eso quiere decir que quieres dejarme viudo? El amigo del año.

—No, pero tal vez podrías sugerirle a Mili que me la regale cuando me case.

—¿Y ya hiciste la pregunta?

—Aún no, tengo planeado algo especial. Quiero hacerlo exactamente para el aniversario número diez del día que nos conocimos.

—No has aprendido tu lección, ¿cierto? Atrápala mientras puedas —concluyó Matías, negando con la cabeza.

El segundo problema que tenía, más grave aún, era que no le había contado a su padre de la existencia de Cristian. Se resistía a hacerlo porque no quería exponer la aún frágil relación al escrutinio de Alfredo y, menos aún, de Patricia. Además, Elizabeth así se lo pidió, que no hablaran con él aún, que resolvieran todos sus asuntos primero y después fueran a la casa con hechos consumados. Sobre todo, porque no quería ver a Patricia, no estaba preparada aún.

—Primero, contémosle a Mili y le pedimos su apoyo. Con ella de nuestra parte, Patricia no se atreverá a decirnos nada, particularmente a mí.

Y Cristóbal, que tenía serias dificultades en negarle a Elizabeth lo que ella quisiera pedirle, no tuvo ningún problema en aceptar ese plan.

\*\*\*

Un día, Cristóbal llegó al departamento y lo encontró muy silencioso, una situación bastante extraña, ya que pronto sería la hora de acostar a Cristian.

Llamó a Elizabeth y ella le contestó desde la cocina, pidiéndole que la esperara unos minutos.

—¿Dónde está Cristian? —preguntó el hombre, después de recibir su beso de bienvenida y sentarse en el amplio sofá.

—Aún con Amanda, estaban viendo una película y no quise interrumpirlos. Además, necesito conversar a solas contigo unos minutos —respondió Elizabeth, con una rara expresión en su bello rostro.

—Claro, amor, dime qué pasa —pidió Cristóbal, tomándole una mano.

—Llamó Enrique hoy, quería pedirte un favor.

—Por supuesto. ¿Qué?

—Tiene un amigo, al que conoció en el Consejo de Todas las Tierras.

—¿El qué?

—El Consejo de Todas las Tierras, es una agrupación que lucha por la reivindicación de los derechos de los pueblos originarios, entre otras cosas.

—El amigo está preso. —No era una pregunta, simplemente confirmaba algo que sospechaba iba a ocurrir—. Escuché las noticias, hubo algún tipo de conflicto y tomaron varios detenidos.

—Así es. Enrique quiere saber si puedes ver su caso. Y hacerle un precio a lo amigo, claro —acompañó la solicitud con una sonrisa radiante.

—Voy a ver qué puedo hacer. Si es algo simple, lo puedo resolver solo, pero tú sabes que el derecho penal no es mi especialidad, por lo que si el caso es complejo, habrá que recurrir a otro abogado.

—¿Cuánto costaría eso, más o menos?

—Por mi parte, nada. Lo que sea por mi cuñado favorito.

—Es el único que tienes, fresco —dijo Elizabeth, acurrucándose contra su hombro.

—No te olvides de Matías, claro que él es mi amigo más que mi cuñado.

—Sobre todo que Emilia no es en realidad tu hermana.

—¡Pero chica, que tú estás diciendo! —replicó Cristóbal, imitando un acento que recordaba el Caribe.

—Ya, no empieces con esas tonteras otra vez. Y hablemos en serio del dinero.

—No te puedo decir cuánto va a costar el juicio si se necesita otro abogado. Y ya te dije que por mi lado no hay cobro. —Estiró la mano hasta alcanzar el teléfono y marcó un número de memoria—. ¿Cuál es el nombre del amigo de Enrique?

—Juan Llanquileo. No me parece justo que no recibas ningún pago por tu trabajo.

—No necesito más dinero, menos si es de tu hermano.

—Pero no todos los pagos son en dinero. Algunos pueden ser en especies. En carne, por ejemplo.

—¿Ah sí? —Tomó a Elizabeth por la nuca y la acercó para besarla. Rápidamente, se alejó de ella cuando le contestaron el teléfono—. ¿Cuándo te llamo a esta hora si no es por algo bueno, Marta? —Esperó a que la mujer le contestara, mientras veía a Elizabeth desabrochar la corbata y camisa y seguir más abajo—. Eli —susurró avergonzado, ya que su mano traviesa se encontraba en esos momentos descubriendo lo que escondía la ropa interior.

—¿Qué? —preguntó Elizabeth en voz baja, fingiendo una inocencia de la que estaba muy lejos de ser dueña y lo acariciaba suavemente con una mano, que subía y bajaba por el miembro, endureciéndolo y enviando una serie de pequeñas descargas eléctricas a su cuerpo.

—Perdón, Marta, estoy un poco distraído. Sí, claro que quiero algo —agregó cuando la mujer

le exigía atención por la línea telefónica y la poca que le quedaba se centraba en Elizabeth, que de alguna manera había conseguido bajarle el pantalón y acercaba peligrosamente su boca al cuerpo excitado de Cristóbal.

Con la poca fuerza de voluntad que pudo juntar, alejó la mirada del rostro encendido de Elizabeth y procuró dar instrucciones antes de sucumbir a los avances de la mujer

—Dejé una carpeta sobre mi escritorio, solo son unas pocas noticias impresas. Anota este nombre. Juan Llanquileo. Llama a Enrique, el número está en mi agenda, pregúntale a él más datos y haz lo que puedas hasta que llegue. Nos vemos.

No esperó a que Marta se despidiera, solo tiró el teléfono esperando que se cortara la comunicación. Sentía la boca de Elizabeth rodeándolo, tomándolo profundamente y acariciándolo con la lengua. Subía y bajaba volviéndolo loco.

—Eli, qué diablos...

—Te estoy pagando —susurró levantando la cabeza para mirarlo a los ojos con una sonrisa traviesa y la promesa de un enorme placer—, ¿o no son estos tus honorarios?

—Estaba hablando con Marta —gruñó al sentir que ella nuevamente lo tomaba al interior de su boca. Elizabeth encogió los hombros y continuó con la tarea.

Cristóbal sentía la lengua viajar, acariciándolo desde la base hasta la punta de su erección. Respiraba entrecortado y apretaba el borde del sofá. No podría aguantar mucho más, debía ponerle término a esa locura, debía tomar a Elizabeth en brazos y poseerla ya mismo.

Estiró la mano para tomar su cabeza y atraerla hasta la boca. Con toda la suavidad que fue capaz, desgarró la blusa de seda de Elizabeth, haciendo saltar los botones por el aire. Con un solo y eficiente movimiento, destrozó el sostén para posar gloriosamente la boca sobre los pechos de la mujer, primero uno, luego el otro. Ambos fueron acariciados, besados, lamidos y hasta mordisqueados.

Bajó sus manos hasta la falda y subió la prenda hasta la altura de las caderas. Al fin, la tanga corrió la misma suerte que el sostén y desapareció detrás del sofá hecha jirones.

—Eres un animal, Cris —dijo Elizabeth recostándose sobre los cojines esperando la invasión.

—Me vuelves loco, Eli —respondió el hombre, tomando los labios dentro de un beso duro y profundo, buscando a tientas, ciego de desesperación, el oscuro abismo que sería su salvación.

Sentirse rodeado por los músculos femeninos lo dejó al borde del clímax. Buscando calmarse, respiró profundamente y comenzó a acariciar los pechos y el clítoris de Elizabeth, al tiempo que comenzaba a moverse con suavidad dentro y fuera de ella.

Elizabeth gemía y se retorció bajo su cuerpo, capturándolo con las piernas, arqueando la espalda.

—Cris —gimió —por favor... por favor.

Cristóbal aumentó el ritmo de las embestidas, profundizándolas, intentando saciar su necesidad y la de ella.

Un ronco y profundo gemido, un grito quejumbroso, un gruñido y luego el silencio roto por sus

respiraciones irregulares, como dos peces fuera del agua, luchando por mantenerse con vida.

—Te amo, Eli —dijo Cristóbal, apoyándose sobre los pechos de Elizabeth, que acariciaba sus cabellos.

—También yo te amo, Cris.

\*\*\*

Un día lunes, a fines de mayo, Cristóbal recibió una llamada que esperaba, aunque ya lo había olvidado. Era el detective privado.

—Encontré los doscientos mil dólares —decía por teléfono el hombre —por fin conseguí las cartolas históricas de la cuenta corriente de la doctora.

—¿Y?

—Hay un depósito hecho en efectivo, por exactamente cien millones de pesos. Lo hizo un hombre, no lo reconocí por lo que de inmediato lo investigué. Resultó ser un compañero del hermano, de la universidad. Me costó un poco obtener esta información, pero descubrí de dónde los sacó. Algunos días antes cobró un cheque de una cuenta corporativa. De una empresa. —El hombre guardó silencio por unos momentos, dudando ante la información que estaba por dar—. Una empresa... del grupo Mackenna.

—¿QUÉ?

—Lo que escucha. Hace unos años, la señora Emilia me enseñó cómo entrar en el sistema informático del grupo, para... En fin, me metí, y como sabía exactamente dónde estaba lo que yo buscaba, no me costó nada extraer la información. Fue don Felipe en persona quien firmó el documento. Lo registró como gasto personal.

—No lo puedo creer... —Cristóbal se sentía muy mal, con la cabeza a punto de explotar. ¿Qué diablos tenía que ver Felipe Mackenna con todo esto?

—Usted sabe que don Felipe y su madrastra fueron amantes durante muchos años. Y, al parecer, ella ejercía mucho poder sobre él.

—Lo he visto en mi propio padre, gracias por recordarlo.

—Lo siento, pero me pregunto... ¿Habrás descubierto la señora Patricia el embarazo de su novia? ¿Habrás sido esa la verdadera conversación que tuvieron ese día, amenazas y sobornos, no un pseudointento de ayuda?

Cristóbal recordó las palabras de Elizabeth ese día en Viña del Mar: «Sus palabras fueron muy crueles y me hirieron mucho. Me dijo que yo sería un lastre para ti. Y yo pensaba que ella ni siquiera sabía de mi embarazo».

—Perdón, ¿qué? —preguntó Cristóbal al detective, que seguía hablando, pero él no había escuchado nada de lo que decía.

—Le comentaba que conseguí hablar con una persona que trabajó unos pocos meses en la cocina. Ella me contó que buscaba a la señora Patricia para preguntarle por la hora de la cena y

que había seguido los gritos. No entendió nada de lo que decían y cuando llegó al lado de la puerta del baño, escuchó un ruido como de arcadas. Y por fin entendió algo de lo que decía la mujer. «Eres una perra trepadora», fue todo lo que alcanzó a escuchar, porque apareció el chofer de su madrastra y la echó del lugar. Ella no quiso decir nada más, simplemente obedeció. Me dijo que entre el personal corrían muchos rumores que vinculaban a la señora Patricia con el chofer. Y por lo que he podido averiguar, creo que debemos añadir un nombre a la lista de examantes.

—¿Algo más? —Cristóbal no quería saberlo, pero de todas maneras lanzó la pregunta con gran pesar.

—Nada más de momento, don Cristóbal. Pero...

—No, gracias, no siga investigando nada. El resto lo averiguo yo por mi cuenta. Por favor, mándeme su factura.

Después de colgar, se quedó largo rato mirando el aparato, como si fuera un mortal enemigo que debía ser destruido.

¿Era posible? ¿Era realmente posible? ¿Habría sido Patricia capaz de amenazar a una mujer embarazada?

Por supuesto que sí. Durante toda su vida había hecho lo que quería, no iba a permitir que algo tan insignificante como un embarazo se interpusiera en sus planes.

¿Y Elizabeth? ¿Por qué no habló con él? ¿Por qué no le dijo nada?

Cientos de posibles escenarios se formaron en su cabeza, armaba y desarmaba imaginarias conversaciones entre Patricia y Elizabeth, pero siempre llegaba a la misma conclusión. Cualquiera que fuera la real, ¿por qué Elizabeth no le dijo nada?

Miró el reloj y tomó una decisión rápida. En esos momentos, Elizabeth debía estar saliendo de pabellón. Mailen y Óscar llevarían al niño a casa dentro de un par de horas, lo mejor que podía hacer era ir y enfrentarla inmediatamente.

Esperaba que sus temores no fueran justificados.

\*\*\*

—¿Cris? ¿Estás en casa? —llamó Elizabeth entrando al departamento—. Vi la camioneta y el deportivo en el estacionamiento.

Avanzó un par de pasos y lo vio sentado en el sofá que ella había comprado para reemplazar el que Rosita rompió con sus garras, mientras ellos estaban en Viña del Mar.

—¿Es cómodo? —le preguntó, sintiéndose nerviosa, Cristóbal no le respondía y estaba sentado en la penumbra.

De pronto, prendió la luz de la lámpara que estaba a un lado y el nerviosismo se transformó en miedo. No era un miedo físico, no temía por su integridad, pero le parecía que estaba a punto de enfrentarse a la conversación de la que había huido una y otra vez.

—¿Cris? —dijo dudosa, rogando estar equivocada.

Transcurrieron unos pocos segundos, pero Elizabeth pensó que se alargaban toda una eternidad, estaba a punto de gritar para romper la tensión del ambiente.

—Quiero saber exactamente qué te dijo Patricia ese día. Palabra por palabra, no quiero un resumen. Quiero saber qué pasó, minuto a minuto después de que me dejaras conversando con mi padre. Y sobre todo, quiero saber por qué un amigo de Enrique cobró un cheque de Felipe Mackenna y lo depositó en una cuenta tuya. Un cheque por la nada despreciable suma de cien millones de pesos. ¿Ese fue el precio que le puso Patricia a mi hijo?

Elizabeth había leído la carpeta que el detective le entregó a Cristóbal con un único objetivo. Saber qué tanta información había conseguido ese sujeto. Había dos o tres cosas que no puso en su informe, pero vio las notas al margen de Cristóbal. Como de costumbre, él sabía exactamente qué era lo que faltaba, lo que la información no decía, un simple «no cuadra» entre el valor de la propiedad y el dinero depositado por la Fundación Banks y él había dado por tierra cinco años de ocultar los diez minutos más horribles de la vida de Elizabeth.

—Respóndeme —dijo Cristóbal, tan calmado y tan frío, como si nada de eso le importara de verdad.

—Me prometiste que no ibas a seguir investigando —lo acusó Elizabeth sin mirarlo, sabiendo que se agarraba a un clavo ardiendo.

—Lo sé, pero esta fue una información que le pedí al detective semanas antes de esa promesa. Y ya cancelé la investigación, por si queda alguna otra mentira tuya que no haya descubierto.

De pronto, notó que Cristóbal le miraba las manos. Ella no se había dado cuenta, pero se las tomaba y soltaba nerviosamente, retorciendo sus dedos y apretando las llaves que aún sostenía.

—Terminemos de una buena vez con esto —indicó Cristóbal. Apenas conteniendo la furia, se puso de pie y se acercó a Elizabeth.

Lo primero que Elizabeth había notado, tantos años atrás, era la diferencia entre la estatura de Cristóbal y la de ella. En ese entonces él era un joven alto y delgado, simpático y juguetón.

Pero había madurado y era un hombre alto y grande. Miró la ancha espalda y los fuertes hombros. A pesar de que no se notaban claramente, los músculos de sus brazos y piernas se dibujaban bajo la ropa, y Elizabeth podía trazarlos sin problemas, los conocía de memoria, los había acariciado cada noche, desde ese maravilloso día en que había ido a la habitación que ocupaba en la casa de Viña del Mar.

Además, su voz era imponente, dura. Era la voz de tribunal. Y él era la parte acusadora.

Se sentía más indefensa que nunca.

—Elizabeth, habla. Ahora.

—Ella me siguió al baño. Me dijo que quería conversar conmigo. Yo le pedí que me esperara unos minutos, que salía enseguida. —Elizabeth cerró los ojos, recordando, y comenzó a hablar lentamente, como si le costara pronunciar cada palabra—. Se puso por delante de mí en el pasillo, impidiendo que siguiera avanzando. Primero trató de hacerse la simpática, la buena. Me decía que tú, tal como yo bromeaba, no eras más que un niño mimado, taimado. Irresponsable. Que una

mujer inteligente como yo solo perdía el tiempo contigo. Me dijo que lo mejor que podía hacer era aferrarme a la beca que había conseguido. «Ese es tu destino, eso es lo que debes hacer con tu vida», fueron sus palabras exactas. Que ser la esposa de un abogado era un trabajo bueno para alguien como ella, que en realidad no servía para mucho más, pero que yo podía salvar vidas y que era mi obligación para con todas las mujeres del mundo ocupar el lugar que me correspondía. Y que ese lugar era muy por encima de ti, no a tu lado ni mucho menos atrás, porque así iba a ser mi vida si seguía por ese camino. Ocupándome de la casa y de los hijos, de las cenas de negocios y de entretener a un grupo de viejos réprobos, que lo único que querrían de mí sería una copa y agarrarme el trasero, mientras fuera lo suficientemente firme. Y que después me reemplazarían por un modelo más joven, tal como hacían con sus vehículos de lujo.

Hizo una pausa, que aprovechó para limpiarse las lágrimas que corrían por las mejillas. Respiró hondo, buscando calmarse y continuó con el relato.

—Yo pensaba que estaba equivocada, pero hubo algo en su expresión que me llamó la atención, como si ella de verdad se sintiera utilizada por tu papá de la manera en que describía. Había ido al baño porque me sentía mareada. Y en esos momentos, lo más normal después de un mareo eran las nauseas y la enorme necesidad de aferrarme a la taza del baño. No podía aguantar más, la empujé y abrí la puerta. Como iba demasiado apurada, no me detuve a poner pestillo y ella entró conmigo. Me preguntó a gritos si estaba embarazada, yo no podía responderle, estaba muy ocupada devolviendo lo poco que había comido durante el día. En unos pocos segundos sacó la conclusión correcta y quedó atrás la mujer comprensiva que estaba tratando de ser, y me gritó...

—Perra trepadora —agregó Cristóbal, interrumpiéndola. Elizabeth levantó la mirada, preguntándole en silencio cómo sabía eso—, una de las empleadas de la cocina escuchó los gritos. La buscaba para preguntarle algo de la cena y llegó hasta el baño. Te escuchó a ti dando arcadas, pero no dijo nada porque el chofer y amante de Patricia la echó del lugar. Unos pocos días después renunció.

—Perra trepadora fue lo más suave que me gritó. Maldita prostituta barata, me dolió un poco más. ¿Quién es el padre de tu huacho? fue la piedra de tope. «Mi hijo no es ningún huacho», le dije yo, «Cristóbal es su padre». «¿Sí?», preguntó maliciosa, «¿Y tú piensas que te van a creer después de que yo le cuente cómo te sorprendí saliendo de un motel con un hombre tan viejo que podría ser tu abuelo, que de hecho es el abuelo de su mejor amiga? ¿A quién piensas tú que le van a creer? ¿A ti? ¿O al hombre que es básicamente el sustento de esta familia?»

Elizabeth se detuvo un momento para ver cómo Cristóbal apretaba las mandíbulas en un gesto fiero, que jamás le había visto.

—Por supuesto que te hubiera creído a ti —masculló Cristóbal con el mismo tono que había usado anteriormente.

—Yo le dije lo mismo, pero ella insistió, me dijo que tal vez podría convencerte si un hombre te decía que me había pagado un buen dinero a cambio de mis favores, pero cuando la lista llegara a veinte o más hombres, sería distinto. Yo le dije que eso era imposible, ya que el único hombre

con el que me había acostado eras tú, pero según ella no importaba lo que hubiera pasado. «Eres tonta», me dijo, «llevas tantos años al lado de un abogado y aún no comprendes cómo es de manipulable la verdad. Voy a hacer imposible que él o nadie te crean». «Y aún si él te cree», agregó, «qué piensas tú que va a pasar cuando Felipe retire sus cuentas del bufete. Y cuando todos los otros clientes lo sigan, porque ten por seguro que va a pasar. Felipe Mackenna es un hombre muy influyente. Pero siempre es mejor ser el poder detrás del trono y esa soy yo. Él y muchos otros van a hacer exactamente lo que yo les diga». «Parece que la única prostituta acá eres tú», le respondí. Y ella tuvo la desfachatez de reírse. «No es prostitución», dijo, «es comercio. Les doy algo que ellos quieren, a cambio de algo que yo quiero».

—¿No pensaste acaso que jamás le habría creído una palabra de lo que ella decía? No lo hago, ni siquiera si no tengo tu palabra al otro lado de la balanza.

—Lo sabía. Lo sé. Pero cuando empezó con sus amenazas tuve miedo.

—¿Podríamos habernos ido juntos del país! Yo podría haber hablado con mi abuelo, él nos habría ayudado. ¡QUÉ DIABLOS! ¡HABRÍA PREFERIDO TRABAJAR BARRIENDO LAS CALLES DE NUEVA YORK Y ESTAR A TU LADO! —los gritos llenaban la habitación, martillando el corazón de Elizabeth.

—Pero ¿qué habría pasado con tu familia? ¿Con tu abuelo? ¿Con todo lo que les había costado años de trabajo y esfuerzo? ¿Qué habría pasado con el socio de tu abuelo? ¿Y con todas las familias que debían su sustento a la empresa?

—Felipe Mackenna no era ningún tonto, nunca hubiera hecho lo que Patricia decía.

—¿Tan seguro estás?

—Tal vez. Pero podríamos haber vuelto a empezar, podríamos haber hablado con Emilia. Ella nos da mucho trabajo, ya en ese tiempo lo hacía. Y también tiene un círculo de influencias muy grande.

—Yo le dije a Patricia que no le creía, que ella perdería tanto como ustedes si eso pasaba. Y que Felipe Mackenna también tenía enemigos, que si ustedes perdían sus cuentas, bien podían ganar otras. Pero ella... ella inmediatamente cambió el tono de las amenazas, me dijo que aunque eso fuera posible, era muy complicado disfrutar de las ventajas de un negocio tan bien establecido como el de ustedes, cuando uno seguía llorando por el amor de su vida, diez años después de que esta hubiera muerto. Si no le creía, no tenía más que mirar a tu padre, que era un hombre débil y que aún vivía el día anterior al del diagnóstico de tu mamá. Y que se imaginaba que sería peor si la mujer estaba embarazada.

—No habría sido capaz. —Aunque trataba de mostrarse firme, Elizabeth notaba la duda en la voz de Cristóbal.

—«Tal vez, sería preferible dejarte a ti viva y matar a tu huacho, nada más», me dijo después. —Elizabeth continuó hablando, quería de una vez decirle todo e intentar aprovechar el atisbo de duda que leía en el semblante del hombre—. «Probablemente sería mejor, así no solo te castigo a ti, sino que lo castigo a él también, por nunca haberme tomado en cuenta».

—Estoy seguro de que no hubiera sido capaz. Ni ella es tan cruel.

—¿Sí? ¿Y te hubieras arriesgado? Porque esa es la cuestión aquí, ese era el problema. Me arriesgaba o no. Le creía o no.

—No sé qué hubiera hecho, no puedo saberlo ahora, solo sé lo que no hubiera hecho. Jamás te habría abandonado.

—Yo tenía dos alternativas. Te dejaba o me quedaba a riesgo de que algo nos pasara. Ella te incluyó en sus amenazas. «Los accidentes ocurren todos los días», dijo. No espero que lo entiendas, no espero que comprendas como me sentía yo. Ahí estaba, en la casa de tu familia, con la señora de la casa amenazando mi vida, la tuya y la de nuestro hijo. De esa pequeña vida que crecía en mi interior. En esos momentos no lo sentía, es imposible, pero ya lo amaba. Lo amaba porque era nuestro, mío y tuyo, lo amaba porque era el producto de nosotros, de nuestro amor. Y no estaba dispuesta a dejar que nada le pasara. Ella me dijo que si seguía con mis planes y me iba del país, sin decirte nada, sin volver a verte, se iba a olvidar de mí, como si nunca hubiera existido y además me iba a recompensar. «Cuando tengas evidencia de que estás fuera de Chile, manda a alguien a hablar conmigo, yo voy a tener un cheque preparado». Me indicó el camino para salir por la cocina directo a su automóvil y el chofer me llevo a mi pensión. Él me esperó y luego me dejó donde Enrique. Pasé ahí la noche, los niños llamaron enseguida a casa y mi mamá llegó al otro día. Sé que sabes todo lo que pasó, excepto por una cosa. El día martes siguiente ya tenía todo listo para viajar, solo me faltaban algunas cosas que mamá quería comprar. Ella salió con Alicia, mientras Enrique iba a clases. Yo me quedé sola en el dormitorio, sola por primera vez desde esa noche. Y el mundo se me vino encima, me puse a llorar histérica y luego tuve que salir corriendo al baño. Ahí estaba cuando me sorprendió Leo. Él era el hijo de la dueña de la pensión y compañero de carrera de Enrique, su amigo. Me ayudó en el baño, afirmando mi pelo y después preparando el cepillo de dientes. Luego, fuimos al dormitorio con una taza de té. Yo necesitaba hablar con alguien, no quería decirle nada a mamá o a mis hermanos, por miedo a ponerlos en riesgo a ellos también, conozco a los niños, especialmente Alicia, habría agarrado el primer objeto contundente que encontrara y corrido a golpear a Patricia, pero temía que ella devolviera el golpe y más fuerte, que además la agregara a la lista de personas a las que quería eliminar. Leo era una buena alternativa, es un tipo inmutable. Le conté todo y él no dijo ni una palabra durante todo mi relato, cuando terminé, anotó el número del fax de su mamá en un papel y me lo entregó. «Llama antes de enviarlo, de tal manera que vaya a recibirlo yo y nadie más», indicó. «El mejor momento será cuando estés en Lima, así podrás tener el dinero apenas llegues a Estados Unidos. Yo me encargo de retirar el cheque y depositarlo». Así lo hice, así lo hicimos. No hay nada más que tú no sepas.

Cristóbal la miró unos momentos, como esperando que dijera algo más, al ver que ella no seguía hablando, carraspeó.

—Te entiendo, sabes —dijo con una voz extraña, contenida—, entiendo que tomaras ese camino en tal momento. Posiblemente hubiera hecho lo mismo, para ganar un poco de tiempo. Lo que me

cuesta entender es por qué seguiste adelante con ese plan, por qué no te pusiste en contacto conmigo en algún momento. Con Leo, por ejemplo. Alguien capaz de mantener la calma y que no fuera a ser reconocido por Patricia. Podríamos haber hecho tantas cosas. Pudimos partir por contárselo a mi abuelo —a medida que hablaba, Cristóbal iba subiendo el volumen y la velocidad, cada vez más molesto.

—¿Y él qué podría haber hecho? —preguntó Elizabeth calmada—. ¿Enfrentarlos?

—Quizás, tal vez habría sido lo mejor, enfrentarla los tres juntos, hablar con ella frente a mi padre —respondió Cristóbal gritando—. Incluso frente a don Felipe, intentar que ella quedara en ridículo, hacerle creer que nosotros pensábamos que ella estaba alucinando, que creía que ella podía mandar en un hombre tan poderoso como él. Si se lo hubiéramos planteado así, don Felipe no lo hubiera aceptado, se habría vuelto contra ella.

—Eso suena bonito —gritó Elizabeth a su vez—. ¿Y qué habría pasado si él hubiera actuado, fingiendo estar de acuerdo, y después yo sufro un accidente? Porque tú tienes claro que si Felipe Mackenna apoyaba en eso, y en muchas otras cosas, a Patricia no era por el sexo que podía proveerle. Era porque todos sabíamos que él quería casarte con Emilia. ¿Y a quién recurriste tú cuando yo desaparecí? ¿Tiene que haber sido el Cielo en la Tierra para ese viejo asqueroso, ver que ustedes se unían aún más!

—¿No los enfrentamos, entonces! —Cristóbal se paseaba de un lado al otro de la habitación, convenientemente olvidando lo último que Elizabeth decía y se calmaba un poco, solo para volver a explotar. Los planes de Felipe Mackenna valían mierda para él—. ¿Disimulamos! Fingimos que estoy triste por tu partida y mi buen abuelo me regala unas vacaciones en Europa, cuando en realidad me voy a Nueva York. Y allá me hubiera quedado, tal vez estudiando. Cuando mi abuelo supo que te ibas para seguir estudiando, me propuso que me fuera contigo, que hiciera la carrera de Derecho Internacional o que aprendiera más del sistema legislativo americano, que estudiara lo que quisiera, él me iba a apoyar de todas maneras. Me preguntó si yo tenía intenciones de casarme contigo, cuando yo le dije que sí, él estaba muy feliz. Le gustabas mucho, sabes, se tomó muy mal tu desaparición. Me había ofrecido pagar la fiesta y regalarnos una casa. Hubiera estado muy feliz de saber que iba a tener un bisnieto.

—¿Cómo habrías ocultado el hecho de no estar en Europa? ¿De estar estudiando en Nueva York? ¿No crees que Patricia hubiera sospechado?

—Nueva York es una ciudad muy grande, Elizabeth. —Por fin se quedó quieto, parado frente a ella, los hombros hundidos, triste—. Deja de rebatir todo lo que digo, podríamos haber hecho muchas cosas, pero eso ya no importa. Lo único importante es que tomaste una decisión vital para nosotros y no me incluiste en ella. No confiaste en que yo podría ayudarte, que podría protegerte, pensaste que eras tú la que tenía que protegernos a todos. Como siempre, el niño mimado. Yo creía que era una broma, nada más, no que lo pensaras en realidad, pero veo que no es así, no confiaste en mí, no confías aún en mí, no... No me amas, al menos no lo suficiente como para decirme la verdad, para creer que yo podía entender, apoyarte y juntos buscar una mejor

alternativa.

—Quise...

—Tal vez. Te creo, quisiste, pero no lo hiciste. Y hubo cientos de oportunidades. El primer día que nos vimos te conté que don Felipe había muerto, lo hice. Con él fuera del cuadro, las cosas se ponían peores para Patricia, pero no, preferiste seguir mintiendo

—Cristóbal...

—Incluso después, ese día, esa noche en Viña. Fingiste estar diciendo la verdad, pero solo era una verdad a medias. Posiblemente pensaste que no era el momento correcto. Pero ha pasado tanto tiempo desde ese día. ¡Meses! Y cada vez que hablábamos, cada conversación que teníamos era una nueva oportunidad.

—Sabía que tenía que decírtelo algún día, no podría ocultarlo para siempre.

—¿Por eso querías que habláramos con Mili primero? ¿Pensaste que ella lograría protegernos de Patricia?

—Yo... yo...

—Lo pensaste, no es necesario que respondas. ¿Sabes lo peor? No que me dejaras ni que me ocultaras a mi hijo por cuatro años, lo peor es que tuve que descubrirlo por un hombre al que le pago, no por ti. No me habría importado tu falta de confianza de hace años, si pudieras confiar en mí ahora, si todo esto me lo hubieras dicho cuando estábamos en Viña o cuando llegamos aquí. Podría haber sido anoche. Cuando llegué Cristian estaba dormido. Cenamos y conversamos por mucho rato, tranquilos acá, ni Rosita nos interrumpió. O podrías habérmelo dicho hoy en la mañana. O a la hora de almuerzo. Pero no, tuviste que esperar a que Gustavo me llamara. Te resultó más fácil seguir mintiendo que confiar en mí.

Cristóbal caminó hacia la salida. Elizabeth no había notado, al entrar, la maleta que estaba bajo la mesilla junto a la puerta. Se percató de su existencia cuando Cristóbal se inclinó a tomarla, junto con el pequeño bolso que usaba para llevar cosas personales, tales como celular, billetera, chequera, llaves, etcétera.

—¿A dónde vas? —preguntó Elizabeth, temerosa de la respuesta.

—Probablemente al infierno —respondió Cristóbal antes de cerrar la puerta en el más absoluto silencio.

Elizabeth se quedó largo rato mirando la puerta cerrada. Notaba las lágrimas corriendo libres por sus mejillas, pero no intentó detenerlas. La mente en blanco, el único pensamiento, muy poco coherente por lo demás, era que hubiera preferido que saliera dando un portazo, no tan tranquilo y silencioso como en efecto lo había hecho.

## Capítulo 14

Lo que más le gustaba a Marta de trabajar en Gumucio, Petronelli & Asociados era el horario. Todo el mundo, incluido su jefe directo y gerente general de la empresa, llegaban a las nueve. Es más, en esos días Cristóbal llegaba muy pasadas las nueve. Eso era lo bueno de tener un jefe enamorado. Llegaba tarde y se retiraba temprano y, a pesar de eso, no disminuía su productividad, para no alargar su permanencia. Ella lo adoraba. Aparte de su familia, era a quien más quería en el mundo.

Marta, en cambio, llegaba antes de las ocho de la mañana. Salía de casa muy temprano porque tenía que ir a dejar a su marido y a los niños a sus respectivas escuelas. Hugo era profesor de Historia de Chile, y Javiera Carrera, Bernardo O'Higgins y otros personajes le eran más familiares que las calles del gran Santiago, por lo que se negaba rotundamente a manejar.

Marta, por otro lado, no tenía ningún problema en conducir. Ya fuera el automóvil, la vida de su marido e hijos, incluso la vida de Cristóbal. El pobre hombre estaría perdido sin ella. Y a ella le encantaba. Más aún por esos días, que tenía a su disposición una maravillosa y bella mujer, que además era cirujano, y un precioso niño. «Dos más para manejar», pensó, mientras encendía la pequeña radio.

Era el momento que más disfrutaba en el día. Beber el café recién colado, mientras escuchaba su música favorita y bailoteaba sobre la silla o alrededor del escritorio, mientras ordenaba carpetas, imprimía documentos que luego dejaba sobre el escritorio de Cristóbal; en fin, hacía lo que mejor sabía hacer y eso era mucho...

Marta era, en resumen, una mujer feliz. Realista, pero feliz. Eficiente, pero feliz. Muy amable, aunque no dejaba que nadie le dijera qué hacer. Y eso la hacía muy feliz. Del único que aceptaba órdenes era de Cristóbal. Y solo en cuanto a qué hacer, no cómo hacerlo. Y Cristóbal, hombre inteligente que sabía lo que era mejor para él, aceptaba todas sus excentricidades. Y eso la hacía muy, muy feliz.

Tenía la vida perfecta, un marido maravilloso, dos preciosos e inteligentes hijos y un trabajo fantástico, con el mejor jefe del mundo.

Hasta que él llegó esa mañana y le gritó que no quería que nadie lo molestara, que no lo interrumpiera hasta que él la llamara y que no iba a aceptar llamadas.

—¿Quieres café, jefe? —preguntó Marta sin dejarse intimidar.

Pero no obtuvo respuesta, a menos que uno estuviera dispuesto a aceptar un portazo como respuesta.

Y solo eran las ocho treinta de la mañana.

Con resignación, se acercó a la radio y la cambió a una estación un poco menos... alegre. Y esperó impaciente el llamado de Cristóbal.

Cerca de las diez de la mañana sonó por fin el intercomunicador, Marta levantó el auricular y escuchó la orden aún sin inmutarse. Era la primera vez en tres años de trabajo que Cristóbal actuaba de esa manera, lo que por fuerza quería decir que algo muy malo pasaba, pero a Marta no le importaba que las cosas malas llegaran. Ella era una fortaleza en la que todos podían refugiarse. Incluso su querido jefe.

Tomó una libreta de apuntes y entró en la oficina. Sin golpear.

—Marta, toma asiento por favor —dijo Cristóbal, señalando una silla.

Marta nunca se sentaba, por lo general le daba instrucciones rápidas y se iba. Más preocupada aún, se ubicó en la silla y miró atentamente al hombre que parecía haber envejecido unos diez años desde la última vez que lo vio, la tarde anterior.

La piel se le notaba cenicienta, opaca y apagada, grandes ojeras acompañaban sus enrojecidos ojos, desde donde salían finas líneas que nunca había notado antes. ¿Sería posible que hubieran aparecido durante la noche? Sus labios, siempre sonrientes, dibujaban una fea mueca sobre el opaco rostro. Y el pelo, antes radiante como la luz del medio día, en esos momentos lucía ¿gris? ¿Era posible? ¿Arrugas y canas en menos de veinticuatro horas? ¿Y a los treinta años? ¿Y esos eran...?

—¿Lentes, Cristóbal? —preguntó sin aguantar más.

—Solo de lectura.

—Pero...

—Los tengo hace casi un año, pero no me gusta usarlos. En verdad creí que no los necesitaba, hasta hoy.

—¿Qué pasó que...?

—Por favor, Marta, concentrémonos en esto. Tengo una lista aquí de cosas que deben ser hechas con urgencia. —Le extendió una lista que contenía diez puntos—. Es preciso que te enfoques en esto, no hay nada más importante que esa lista. Si necesitas ayuda, llama a alguien, puede ser Sebastián. Que venga el resto de la semana y arregla con Recursos Humanos el pago.

—Claro, Cristóbal —respondió Marta, perdiendo su ecuanimidad por primera vez desde que se enteró, a los diecinueve años, que iba a ser madre. Entonces se fijó en la lista y todo su maravilloso, feliz y eficiente mundo dio un par de vueltas sin control—. ¿Qué significa esto?

—Exactamente lo que dice.

—No entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes, Marta? —Cristóbal frunció el ceño, Marta ni siquiera necesitaba instrucciones la mayor parte del tiempo y ese día no entendía una lista que estaba clara

como el agua. En definitiva, estaba perdiendo sus facultades.

—Partamos por el punto uno: desalojar a los arrendatarios del departamento de tu abuelo.

—Está bastante claro.

—Sí, pero no entiendo por qué. Y el segundo punto menos: buscar un *apart hotel* donde acepten animales. Me imagino que te refieres a Rosita, pero no entiendo por qué necesitas un *apart hotel*, si tienes un buen departamento.

—No quiero seguir viviendo en ese departamento, y hasta que no esté desocupado el de mi abuelo, necesito un lugar para vivir que no sea el hotel donde estuve anoche.

—Eso también está claro. Es decir, entiendo los movimientos, pero estabas buscando una casa para comprar, de hecho creía que Elizabeth la había encontrado.

—Eso es correcto.

—Por supuesto que es correcto, lo dice tu punto número siete: comprar propiedad individualizada en la hoja número tres. Aunque no sé cuál es la hoja número tres.

—Disculpa. —Le tendió una carpeta—. En esta carpeta están los permisos que podrías necesitar y algunos detalles de la lista.

Marta revisó la mentada hoja número tres y comprobó que la casa seleccionada era maravillosa, la casa de sus sueños. Absolutamente fuera del presupuesto de una secretaria legal, por muy bien pagada que estuviera, y de un profesor.

—Cristóbal, ¿qué significa todo esto? —preguntó, temiendo tener razón.

—¿Qué significa qué?

—Todo, ¿por qué quieres comprar la casa y la consulta y ponerlas a nombre de Elizabeth, amoblarlas, comprarle el instrumental que seleccionó, si tú tienes intenciones de irte a vivir en el departamento de tu abuelo? ¿Por qué quieres vender tu departamento? Yo pensé que cuando se fueran a vivir a la casa ibas a arrendarlo, igual que el otro.

—Son cosas que necesito hacer.

—Pero, ¿por qué? Y más importante aún— ¿estaría sonando tan desesperada como se sentía? Esperaba que no—, ¿por qué pasaste la noche en un hotel y no con tu maravillosa doctora y tu precioso hijo?

Al ver el semblante triste de su jefe, un nudo se le formó en la garganta. Los hombros de Cristóbal temblaron cuando él se pasó los dedos sobre los ojos. Al mirarla nuevamente, un velo húmedo había convertido los ojos verdes en un lago sin fondo.

—Se acabó. Se acabó todo.

—¿Qué?! —Marta se puso de pie tan rápido que hizo un feo ruido con la silla al arrastrarla—. Más te vale explicarte, Cristóbal.

—Prefiero no...

—Cuéntame —pidió un poco más calmada—, cuéntame —repitió maternal, volviendo a sentarse.

Y Cristóbal le contó todos y cada uno de los más feos detalles, habló desde el corazón, sacando

todo el dolor que tenía dentro. Cuando terminó su relato, miró fijo a Marta, buscando el consuelo que tan desesperadamente necesitaba.

—Se acabó. Voy a matar a esa maldita bruja —le dijo Marta, apretando los dientes.

—No te atrevas a hacerle nada a Elizabeth.

—Yo estoy hablando de Patricia, aunque me gustaría tener un par de palabras con tu doctora, también. Ahora, ¿dónde tengo el número de Alicia? necesito refuerzos. —Hizo amago de ponerse de pie, pero Cristóbal la detuvo de inmediato.

—Tampoco quiero que le hagas nada a Patricia.

—¿Y te vas a quedar de brazos cruzados, viendo cómo te destroza la vida una vez más?

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Cristóbal negando con la cabeza.

—¿Me dices en serio que vas a dejar las cosas así? ¿Después de todo por lo que has pasado? ¿De verdad no puedes encontrar un rinconcito en tu corazón para perdonarla?

—No... sí... no sé. No ahora al menos. No puedo ni pensar. No lo puedo creer. Fueron cinco años los que estuvimos juntos, Marta. Tenemos un hijo, teníamos un futuro juntos, y ella...

—Yo la entiendo, ¿sabes? —Cristóbal levantó raudo la mirada—. No la estoy justificando, no me mires así. Simplemente te digo que la entiendo. Por un lado, sé lo que es enterarte de que vas a tener un hijo y no estar preparada para ello. Es más, también sé lo distinto que es cuando tienes diecinueve y te metiste con un hombre doce años mayor, que es profesor de tu hermana pequeña y es casado; y cuando ese hombre es tu marido, no el marido de otra mujer, y tú ya no tienes diecinueve.

—Marta, no sabía que Hugo era casado.

—Yo tampoco lo sabía. No al comienzo. Fui yo quien lo siguió, ¿sabes? Yo le coqueteé descaradamente. El pobre hombre no supo qué le pasó. Después de la primera vez, me contó que estaba casado. A mí ni siquiera se me ocurrió plantearme la idea de que dejara a la esposa, solo quería divertirme. Después quedé embarazada. Y mi mundo se derrumbó. Mi papá estaba furioso. Mi mamá lloraba todo el día. Y mi hermana estaba avergonzada. La puta de su hermana se había quedado embarazada de un hombre casado.

—¿Qué hiciste?

—Lo único que podía. Busqué un médico que hiciera el trabajo. Cuando llegué a la consulta, que era un lugar inmundo, él me recibió con maneras frías y me dijo que no era la primera jovencita tonta que se metía en esos problemas. Y yo pensé: «De tonta no tengo ni un pelo», furiosa salí de la consulta y me metí en el primer lugar que encontré donde ofrecieran trabajo. Tenía mi título de Secretaria del liceo comercial, pero yo quería ser abogada. Y ahí estaba, lavando platos para pagar una insignificante pieza y alimentarme según las instrucciones del médico que controlaba mi embarazo. Tuve mucha suerte. La esposa del dueño del local se compadeció de mí y me encargó trabajos administrativos. Además, me acogieron en su casa. Entre todos me ayudaban a cuidar a mi hijo y me incentivaron a seguir estudiando. «No puedes ser abogada», dijo ella, «pero podrías ser Asistente Judicial». Estaba ya en el segundo semestre

cuando asistí a una conferencia sobre las influencias históricas en la Constitución. Puedes adivinar quién era el relator.

—Hugo.

—Un separado Hugo. Resultó ser que la esposa quedó embarazada más o menos en el mismo tiempo que yo. —Cristóbal frunció el ceño—. No era de Hugo. Él me dijo que en el momento que se dio cuenta que se había enamorado de mí, dejó de acostarse con la esposa. Sé lo que vas a decir, eso no prueba nada, es el cuento más viejo del mundo. Pero cuando el niño nació... digamos que se parece mucho a su padre, casi tanto como Cristian a ti, pero el padre de este bebé era un señor de negocios japonés, con el que la empresa en la que trabajaba la exesposa de Hugo tenía muy buenas relaciones comerciales.

—Te entiendo. Elizabeth... bueno, ella trató de convencerme de que Cristian era hijo de este tipo, un afroamericano.

—Ja. Y yo que creía que la doctora era inteligente.

—Lo es, Marta. Es solo que... no sé. Como te decía, ya no puedo ni pensar.

—Yo pienso por ti, en ese caso. Y debo decirte que creo que tienes razón.

—¿En qué, Marta?

—Creo que deberías hablar con tu padre. Enfrentar a Patricia. No puedes dejar pasar esto, es imposible. Te amenazó, amenazó la vida de tu hijo, cuando aún no había nacido. Tienes que, Cristóbal, no puedes dejar que Patricia se salga con la suya, por mucho que Elizabeth ya no esté en tu vida. Además, tienes que asegurarte de hacerle saber que si algo le pasa a ella o a Cristian, va a pagar el precio que le corresponde. Se lo debes a Elizabeth, también. Y a tu abuelo. Y qué diablos, también me lo debes a mí, esa bruja me ha hecho la vida imposible desde que llegué a esta empresa. Ni siquiera quería que me contrataras.

—Y ese es el peor error que podría haber cometido. —Un asomo de sonrisa se dibujó en el rostro de Cristóbal.

—No es frecuente, pero cuando tienes razón, la tienes. —Se puso de pie y comenzó a caminar hacia la puerta—. Voy a trabajar con esta lista si es tu voluntad, aunque no esté de acuerdo. Por eso, soy la mejor secretaria del mundo.

—Marta. —La mujer se volvió a escuchar a su jefe llamándola—. Ahora te agradecería ese café. Voy a comenzar con los documentos en los que quiero que me ayude Agustín y necesito despejarme.

—Claro. ¿Llamo a Agustín?

—Aún no, concéntrate en el resto de la lista, especialmente en mi gata.

—Pobre Rosita. Voy a partir por el *apart hotel* y tu ropa, si no consigo uno donde puedas llevar a Rosita, yo me la llevo a casa unos días.

—Gracias, Marta. En verdad, eres la mejor secretaria del mundo.

—Lo sé —agregó Marta con una sonrisa pícaro y salió de la oficina.

\*\*\*

Cristóbal vio salir a Marta sintiéndose mucho mejor que un rato antes. Como de costumbre, Marta podía solucionar sus problemas en un abrir y cerrar de ojos.

Sin embargo, había algunas cosas que tenía que resolver él, pensó con determinación. Tomó el teléfono y marcó el anexo de Alfredo, pero le contestó la secretaria.

—Don Alfredo llamó para decir que vendría después de almuerzo, don Cristóbal, ¿puedo hacer algo por usted? —preguntó la mujer ante la solicitud de Cristóbal de hablar con su padre.

—Nada, gracias, yo llamo a la casa.

No esperó la respuesta y cortó enseguida la comunicación. Cuando obtuvo tono de marcar, digitó el número de su padre. Una de las empleadas le respondió y traspasó la llamada.

—Padre, necesito hablar contigo, urgente y en persona —le dijo al hombre cuando contestó.

—Claro, hijo, llama a mi secretaria para que despeje unas horas a la tarde.

—No, padre, tiene que ser ahora mismo, y creo que es preferible que sea en tu casa. Voy inmediatamente para allá.

Colgó el teléfono, tomó sus llaves y salió de la oficina.

—Marta, voy donde papá —le anunció a la mujer que estaba trabajando en el computador.

—Vas cinco años tarde, pero más vale tarde que nunca.

—Marta...

—Lo sé, lo sé, me callo y trabajo.

\*\*\*

Estaba sentado en el *living* de la casa de su padre, esperando que él bajara. Miraba en torno suyo, especialmente las fotos. Hasta la última fotografía de Cristina había desaparecido, lo mismo que los muebles y la decoración que ella eligiera, como si nunca hubiera existido.

Por primera vez entendía la desquiciada necesidad de Emilia de no cambiar la decoración de la casa de Recreo. Si no cambiaba, aún era Estefanía quien la había decorado y seguía presente en cada uno de los detalles.

—Hijo, qué bueno verte.

Cristóbal desvió la mirada hacia el último peldaño de la escalera, desde donde provenía la voz de Alfredo. Se puso de pie y lo saludó. Intentó ser cariñoso como siempre, pero no le salió más que un frío saludo.

—Padre —dijo —espero que te encuentres bien.

Ser tonto no contaba entre los múltiples defectos de Alfredo, por lo que captó el tono distante de Cristóbal sin problemas. Lo miró atentamente y notó la apariencia tan desmejorada, en especial, el frío y dolor que reflejaba el gesto del joven.

—¿Algún problema, hijo? —preguntó Alfredo, sentándose en su sillón favorito y apuntando otro para Cristóbal.

—Muchos, padre. ¿Patricia está?

—Sí. Podemos ir a otro lugar si quieres hablar conmigo a solas.

—No, padre, todo lo contrario, me gustaría que la llamaras. Esto la involucra a ella también. —Miró fijamente a su progenitor, debía ser firme con ese punto, tenía que ver él mismo la reacción de Patricia ante lo que iba a decir.

—Claro, Cris. —Se acercó al teléfono que estaba sobre la mesa esquinera y marcó un número—. Patricia, querida, Cristóbal está acá, quiere conversar con los dos. —Esperó la respuesta y tapó el receptor, para hablar con Cristóbal—. Dice que no se siente bien, que por favor esperemos unos días.

—No, padre, no puede ser—. ¿Qué podía decir para convencerla de que bajara inmediatamente? Por supuesto, era tan obvio—. Dile que es urgente, que tiene que ver con una mujer que ella conoce, con la que necesito ayuda.

—Patricia... Claro, querida—. Colgó el teléfono y se devolvió a su lugar—. Te escuchó, dice que baja inmediatamente.

No hicieron falta más de dos minutos y ahí estaba Patricia. Radiante y traicionera Patricia.

—Querido, que gusto verte —saludó acercándose a Cristóbal con una sonrisa falsa y los ojos brillantes—. ¿Estás enfermo, hijo? Me lo hubieras dicho, hubiera arreglado para que alguien fuera al departamento a atenderte. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Me imagino que se acuerdan de Elizabeth. —Ya no le quedaba paciencia para nada, necesitaba ir directo al grano.

—¿La doctora? Claro, hijo —respondió su padre—. Me pregunto qué habrá sido de ella.

—¿Tú la recuerdas, Patricia? —preguntó Cristóbal, mirando directamente a la mujer, que asintió, enmudecida—, bien. Como sabrán, ella tenía una beca en un hospital universitario en Nueva York, eso fue lo último que supimos de ella. Hasta la última Navidad. Ese día, visité un hospital, tanto el ala oncológica infantil, como un ala adulta. En ese lugar me encontré con Elizabeth. Su padre tenía un tumor en el estómago, por eso Elizabeth volvió a Chile. En esos días conocí a toda la familia, por fin. A Óscar y Mailen, sus padres, a Enrique y Alicia, los hermanos. Y también conocí al más pequeño de la familia. Su hijo, Cristian.

—¿Cr-Cristian? —Alfredo tartamudeó, una enorme duda se reflejaba en la voz cascada.

—Sí, padre. Cristian. Cristian Alfredo Fernández Minchequeo. Un precioso niño que cumplió cuatro años el 28 de febrero. Es rubio y tiene unos cristalinos ojos verdes. ¿Sabes de lo que te hablo, no, ese color tan característico? Lo viste en tu padre, lo ves siempre que te miras en el espejo. Lo has visto en mí toda mi vida, padre. —Cada palabra que pronunciaba era como un martillazo sobre una dura roca—. El niño es el vivo retrato de su padre. Es decir, mi vivo retrato. Incluso Elizabeth le pidió al peluquero que le cortara el pelo de la misma manera como lo hacía mamá.

—¿T-tu hi-hijo? —preguntó Alfredo respirando con dificultad—. ¿Por qué no lo sabíamos? Esa mujer...

—¿Sabes lo peor, padre? —Cristóbal, que mascaba cada palabra, se giró para mirar de frente a Patricia, que trataba de hundirse en el sofá—. Una persona, de las acá presentes, lo sabía. Sabía, supo la noche que Elizabeth desapareció de esta casa, que ella estaba embarazada. Elizabeth misma se lo confirmó. De la misma manera que le dijo que yo era el padre de la criatura que esperaba.

—¿Patricia? —Alfredo también se giró para mirar a su esposa.

—Yo... yo no... —tartamudeó la mujer.

—Tú sí. ¡Tú sí, Patricia! Tú lo sabías. Tú la seguiste al baño. Tú trataste de fingir ser su amiga, solidaridad femenina y todo el montón de basura que solo puede salir de tu boca. Pero ¡ah, no! Cuando descubriste su embarazo quedó muy atrás la inexistente versión buena de ti.

—Ella miente —argumentó Patricia con toda velocidad, evadiendo la mirada de ambos hombres.

—¿Cómo puedes saber que ella miente si no has escuchado lo que le dijo a Cristóbal? —preguntó Alfredo

—Gracias, padre. Exacto. ¿Cómo sabes que miente? En todo caso, yo sé que no lo hace. Yo sé que todo lo que dice es cierto. Ella te lo dijo esa noche, que sin importar tus mentiras o las supuestas pruebas que pudieras tener en su contra, yo siempre le creería a ella y no a ti. Tú la amenazaste...

—¡No! No la amenacé...

—¡SÍ LO HICISTE, PATRICIA! —Cristóbal se puso de pie mientras gritaba, más grande y fuerte que la pequeña mujer que trataba, una vez más, de hundirse en el sofá.

—Hijo. —Alfredo lo tomó del brazo—. Será mejor que me digas que pasó.

Cristóbal miró atentamente a Alfredo, la calma y gravedad de su voz le recordaban al hombre que fue antes de la muerte de su primera esposa. Una voz, un hombre, que no había visto en tantos años y que tuvo la capacidad de calmarlo, como nada más pudo conseguirlo.

—¿Quieres saber lo que pasó? —Cristóbal se alejó de Alfredo, inundando los pulmones con el tan necesario oxígeno, intentando que su cabeza dejara de palpar, que su garganta le permitiera seguir hablando—. Yo te lo voy a decir. Primero, le dijo que yo jamás le creería que el niño era mío, no después de que ella jurara que la había visto salir de un motel con Felipe Mackenna. —Alfredo giró hacia Patricia, mirándola, analizándola—. Me imagino que pensaba contar con su apoyo. ¿Qué es un pequeño favor entre amantes? O para el caso, con veinte o más amantes o examantes o futuros amantes, no lo sé, pero sí sé que le dijo a Elizabeth que si yo le creía, ella podría presentar veinte hombres más que nos dijeran que le habían pagado por sus favores.

—¿Veinte? —preguntó Alfredo—, lo de Felipe y algunos otros lo sabía, pero veinte... ¡Veinte!

—Y te quedas corto, papá. Después te voy a mostrar una larga lista de hombres con los que esta mujerzuela te ha sido infiel. Mientras que en la lista de Elizabeth hay un solo nombre. El mío.

—¿Por qué Elizabeth no nos contó nada de esto?

—Papá, aún no he terminado —respondió Cristóbal—. Después le dijo que si eso no bastaba, ella convencería a Felipe Mackenna para que retirara todos los negocios que tenía con nosotros. Y él, a su vez, convencería a otros de hacer lo mismo. Que si ella seguía a mi lado, nos arruinaría. Elizabeth, por supuesto, se preocupó por todos nosotros, por nuestros socios, por nuestros trabajadores, por todas las familias que dependen de la firma.

—¿No pensaste acaso que eso te traería repercusiones a ti también? —le preguntó Alfredo a Patricia—. ¿Tan tonta eres?

—No creo que haya pensado que iba a tener problemas económicos —respondió Cristóbal por ella—, no con todo lo que te ha robado y todo lo que le han regalado sus múltiples amantes. Menos aún, con lo agradecido que estaría Felipe Mackenna por despejarle el camino. Pero aún no he terminado.

—No sé si quiero saber más —dijo Alfredo sentándose en el sillón.

—Lo siento, padre, pero yo tengo mucho más que decir. Dime, Patricia, ¿cómo pensabas eliminar a mi hijo y dejar viva a Elizabeth? ¿Conoces algún medicamento, hierba o algo que pudieras darle sin que ella lo notara y provocarle un aborto? ¿Así fue como conseguiste deshacerte de mi hermano también? —Alfredo respiró agitadamente, siempre quiso creer en la palabra de Patricia, que el aborto había sido natural. Incluso, era mejor pensar que el embarazo había sido falso que considerar otra alternativa—. ¿Cuántos niños inocentes murieron con tus malas artes? ¿O pretendías provocarle un accidente automovilístico? ¿O tirarla por las escaleras? De todas maneras, si matabas a Elizabeth en el proceso, no te importaba mucho, ¿verdad?

—¿Quiso matarla? ¿A Elizabeth? —susurró Alfredo, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—No puedo decir si realmente hubiera sido capaz de matarla, pero por cierto que la amenazó. Y no solo a ella. También insinuó que podría eliminarme a mí, si de esa manera conseguía sacarla a ella del cuadro. Aunque creo que eso no entraba en realidad en sus planes. ¿Cómo podría seguir sacándole dinero a Felipe Mackenna si su gallina de los huevos de oro moría?

—Hijo, yo... en realidad no puedo creer que una persona... que Patricia sea capaz...

—¡Papá! —exclamó Cristóbal asustado, viendo como Alfredo volvía a retroceder, negando con la cabeza, dudando de sus palabras.

Y Patricia, tan víbora como siempre, aprovechó la debilidad de Alfredo para defenderse.

—Querido. —Se puso de pie por fin, acercándose a Alfredo con lágrimas en los ojos y una mano en el pecho, como si le doliera, como si las palabras de Cristóbal le provocaran la mayor angustia—. Querido, no puedes creer que sea verdad todo lo que esa niña dice. ¿Cómo podría yo haberla amenazado? ¿Cómo podría yo haber querido matar a tu hijo y a tu nieto? ¿No he sido yo la que ha estado a tu lado los últimos quince años? ¿No fui yo la que trató, aunque infructuosamente, de darte otro hijo? ¿No he sido yo la que ha tratado por largos años de buscar una buena niña, adecuada para tu hijo, para que tuvieras los nietos que deseabas? Si yo hubiera sabido que ella estaba embarazada, habría sido la primera en ofrecerme a acompañarla al médico y a sus

controles, a comprar las cosas necesarias para el niño.

—Plausible, hasta probable —dijo Cristóbal, aguantando el asco que le provocaba escuchar a Patricia hablar, fingiendo una devoción que nunca había existido—, pero, entonces, ¿cómo explicas el cheque por cien millones de pesos que Felipe Mackenna le dio a un amigo de Elizabeth y que registró en la contabilidad de la empresa como un gasto personal?

—¡Y yo qué sé lo que ese hombre hacía! —Lo miró un momento y Cristóbal podía ver como la mentira se formaba en el cerebro de Patricia—. Los Mackenna también son rubios y de ojos verdes, por eso que tú y Emilia han parecido hermanos toda la vida...

—Te equivocas —replicó Cristóbal—. Los Larraín son rubios y de ojos verdes. Los Cunlief, la familia de la abuela de Emilia, eran rubios y de ojos verdes. Los Mackenna son morenos, de ojos y pelo café, bajos y con tendencia a ser obesos. Si lo que quieres es hacernos creer que Felipe Mackenna le pagó a Elizabeth ese dinero para que nadie supiera que el bebé que esperaba era de él, prepárate para que te salga el tiro por la culata.

—Tienes razón, hijo —dijo su padre mirando atentamente a Patricia—. Además, Felipe Mackenna se había hecho una vasectomía, no podía tener más hijos. No quería que el patrimonio familiar se diluyera entre muchos herederos.

—¿Ah sí? —preguntó Patricia, sonriendo, como quien tiene un as bajo la manga—. ¿Entonces por qué insistía en usar un preservativo siempre que se acostaba conmigo?

—Probablemente, por el mismo motivo que yo tenía para usarlo cuando aún me acostaba contigo —dijo Alfredo con amargura—, para que no me infectaras con cualquier cosa que pudieras haberte agarrado con alguna de tus relaciones tránsfugas.

—¡Papá! —exclamó Cristóbal sorprendido.

—Pero, querido. —Patricia miró a Alfredo con los ojos llenos de lágrimas falsas—. No entiendo por qué me hablas así. Yo... yo nunca te he sido infiel...

—Guárdate tus mentiras para alguien que te pueda creer... querida —respondió Alfredo irónico—, acabas de confesar que te acostabas con Felipe Mackenna y tratas de hacerme creer que nunca has sido infiel. Estás perdiendo tu toque, antes eras más hábil mintiendo. —Se giró para mirar a su hijo—. ¿Cuándo puedo conocer a mi nieto?

—No sé, papá. En estos momentos...

—Alfredo, ¡no puedes creerle a esa mujerzuela! ¡Te lo prohíbo! —gritó Patricia desesperada—. ¡Ella miente, yo jamás...

—Córtala ya, Patricia. —El hombre mayor sonaba cansado y más allá de cualquier molestia que la mujer pudiera provocarle—. No quiero escuchar más mentiras de tu parte, ¿de acuerdo? ¿Cris? —Como ya le había dicho a Patricia todo lo que consideraba necesario de momento, se giró para hablar con su hijo, una nueva esperanza naciendo en él.

—Vas a tener que armarte de paciencia, en estos momentos no estoy en muy buenos términos con Elizabeth. Y vamos a tener que arreglar algún encuentro en otro lado. No creo que ella me permita traer a Cristian a esta casa, no mientras Patricia viva acá.

—Eso se puede arreglar con facilidad —respondió Alfredo con una sonrisa cómplice, sin siquiera mirar a la mujer—. Patricia, tienes quince minutos para reunir tus cosas y marcharte de mi hogar. Ahora, ¿qué problema tienes con...?

—No me puedes echar de aquí, esta ha sido mi casa por quince años, sabes perfectamente bien que un juez va a darme la razón —dijo Patricia interrumpiéndolo—, sobre todo, porque no tenemos acuerdo prenupcial, querido —agregó con mucha ironía.

—¿Vas a batallar en una corte contra un hombre que es abogado y que tiene una firma de abogados? —Girándose hacia ella, Alfredo casi reía mientras le lanzaba la pregunta—. Buena suerte, eres más tonta de lo que piensas. Respecto del acuerdo, no importa, no lo necesito.

—No eres el único abogado en el país, sabes, voy a destrozarte y perderás todo lo que tienes.

—Inténtalo. —En ese momento, Alfredo sí sonreía abiertamente—. Ahora, vete, ya perdí quince años de mi vida contigo, no quiero perder quince segundos más.

Patricia se dio la vuelta y salió furiosa de la habitación. Sin tomarse la molestia de subir a buscar ropa o cualquier otra cosa, se dirigió a la puerta de entrada, donde abrió el pequeño armario en el que guardaban abrigos, bolsos y paraguas. Verificó el contenido de la cartera y salió de la casa conjurando fórmulas de venganza y gritando a Alfredo, diciendo que se iba a arrepentir de haberla echado de su casa, que tenía poderosos amigos y muchas otras cosas más que se perdieron cuando ella cerró la puerta de un golpe.

—Papá, no debiste hacer eso. Patricia es una arpía muy lista, ni siquiera tiene que demostrar que no tienen acuerdo prenupcial, no existía tal legislación cuando ustedes se casaron —dijo Cristóbal, preocupado cuando dejó de escucharse el motor del automóvil de la mujer—. No te casaste bajo el régimen de separación de bienes, con lo cual podríamos salvar algunas de tus propiedades.

—No te preocupes hijo, lo tengo todo fríamente calculado. Ahora quiero saber cuál es el problema que tienes con Eli...

—¡Papá! ¿Qué quieres decir?

—Ay, hijo, será mejor que nos sentemos, aunque sea en estos sillones tan horribles.

—¡Papá! —gritó Cristóbal impaciente.

—Me imagino que tienes una carpeta, de una investigación que Gustavo Hernández hizo de Patricia —cuando Cristóbal asintió en silencio, Alfredo siguió hablando—. Hace unos siete años, tu abuelo me llamó a su oficina, tenía la investigación que había encargado de ella. Yo no tomé en serio lo que me decía mi padre. Casi de la misma manera en que tú no me has escuchado en toda tu vida adulta. El problema es que, con los años, descubrí que tu abuelo tenía razón. Y tú tenías razón, pero estaba metido en un problema grande. Ya estaba casado y, como bien dices, si me separaba de Patricia podía perder todo lo que tenía. Simplemente, esperé por lo mejor. La viudez no sonaba tan mal en esa ocasión. Sin embargo, lo mejor no pasaba. Ya sabes que hierba mala nunca muere. Un año antes de fallecer, tu abuelo me volvió a llamar a su oficina. Ya había cambiado la legislación y tú descubriste unos trucos muy buenos para el testamento de Felipe

Mackenna, que como bien sabes, mi padre usó para hacer su propio testamento y dejarte a ti todos sus bienes. Hablamos sinceramente, por primera vez en muchos años, y acepté su decisión. Era lo mejor. Solo yo podía impugnar el testamento y no lo haría. Antes de salir de la oficina, mi padre me dijo que tenía que buscar una salida a mi problema, que no podía quedarme en el aire, esperando que las cosas salieran bien. «¿Qué puedo hacer, papá?», le pregunté. Él me miró, con esa mirada severa que tenía y que asustaba a todas las secretarias, menos a Tirsa, y con su voz, como una tronadura, me dijo: «Hijo, eres abogado, y si a estas alturas del partido no sabes cómo usar tus conocimientos, te mereces que te estafen».

—¿Qué hiciste, papá? —preguntó Cristóbal, con una leve sospecha.

—Sabes, no me molesta que Patricia trate de quitarme todo lo que tengo, porque en todo caso, no tengo más que un departamento de un dormitorio y una pequeña cuenta de ahorro con unos cinco millones de pesos.

—¿Qué? ¿Y la casa, las acciones, las otras propiedades?

—No sé de qué me estás hablando, a menos de que estés nombrando tu casa, tus acciones, tus propiedades. ¿Nunca te preguntaste por qué ya no compraba cosas, solo ahorraba el dinero?

—Dejaste de comprar propiedades después de que murió mi abuelo.

—Fue un tiempo muy malo para mi pobre niño, lo sé. —Lo miró con ternura—. Ni siquiera cuando murió tu mamá estabas tan mal, pero en esos días, en unas pocas semanas perdiste a tu mujer, a tu abuelo, tuviste que asumir responsabilidades que eran mías y, además, tuviste que apoyar a tu amiga cuando su abuelo murió y ella se hizo cargo del grupo Mackenna. Algunas veces no sabías ni lo que firmabas. Por eso Tirsa se jubiló, porque ella fue mi cómplice en conseguir que firmaras la transferencia de todas mis propiedades y la apertura de una cuenta de ahorro donde está todo el dinero que tenía y gran parte de mi sueldo de los últimos cinco años. Todos los meses hago lo mismo, recibo mi sueldo, pago mis cuentas, todos mis gastos y, antes de que me depositen el sueldo siguiente, mando todo el saldo de mi cuenta a la tuya.

—Por supuesto, Patricia no sabe nada de esto —dijo Cristóbal sonriendo.

—La tonta es ella, no yo —aseguró Alfredo—, aunque haya pasado los últimos quince años como zombi. O fingiéndolo. Solo la fiel y buena Tirsa sabe todo. Usé distintos notarios para los trámites. Y la cuenta de ahorros no está en un banco chileno, está en Suiza. En caso de que Patricia tuviera a Gert comiendo de su mano, desviaba los fondos hacia la cuenta de ahorros mía, que no está en el banco de Mili, y de ahí a Suiza. Ahora dime, ¿qué puedo hacer para ayudarte con Eli?

—Nada, papá, ya me diste lo único que quería de ti. A ti mismo. Y yo voy a hacer lo único que puedo, que es asegurar el futuro de mi hijo.

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó Alfredo, muy preocupado, al ver a Cristóbal apagarle frente a sus ojos.

—Hasta ayer, a la hora de almuerzo, mi vida era de color de rosa. Era perfecta, maravillosa. Eli es el amor de mi vida, lo sabes. La amé desde el primer segundo en que la vi. Pero la llamada de Gustavo destruyó mi sueño.

—Suele tener ese efecto, por eso no me gusta mucho ese tipo.

—No es culpa de él, papá. Fue Eli la que me mintió y me ocultó todo durante años.

—Por una buena razón.

—Tal vez, pero no debió seguir mintiéndome. Debió decirme la verdad. Al menos ahora.

—Hijo, el amor soporta todo. Incluso la muerte. Yo aún amo a tu madre, nunca podré dejar de hacerlo.

—Es ella quien no me ama, papá. No confía en mí.

—¿No has pensado que no es una cuestión de confianza? Es una cuestión de amor. Yo gustoso habría sufrido diez veces la enfermedad de tu madre, con tal de que ella y tú estuvieran bien. Pero a veces la vida es cruel.

—Pero ella...

—Ella se alejó de ti, dejó su familia, su país, todo, para que el hombre que amaba y su hijo estuvieran bien. Es algo con lo que puedo simpatizar. ¿Te das cuenta de todo lo que ella debió sufrir? ¿De la fuerza que requirió?

—No sé, papá —concluyó Cristóbal después de un largo suspiro.

—Bueno, no importa, llegará el día en que comprendas tu error. Espero que no pasen quince años, como en mi caso. Porque ¿te das cuenta de que ese día va a llegar, no?

Cristóbal miró a su padre, frunciendo el ceño. ¿A qué se refería?

—¿De qué hablas, papá?

—La acabas de llamar Eli, no Elizabeth.

—¿Y?

—Siempre he estado orgulloso de lo parecido que es mi hijo a mí, pero en realidad te pareces más a tu mamá. Al menos en lo que importa. ¿No recuerdas que tu madre siempre me llamaba Alf?

—Sí —dijo Cristóbal sonriendo con el recuerdo.

—Le encantaba esa serie de los ochenta, la del extraterrestre. No sé si recuerdas que veíamos cada reposición que encontraba. Además, tu madre insistía en que la llamara Titi. Y a ti te llamaba Cris.

—Excepto cuando estaba enojada. Entonces era Cristóbal, con el acento bien marcado.

—¿Ves? Tú tienes la misma costumbre. Cuando estás enojado la llamas Elizabeth, tal como a mí me llamas padre.

—No estoy enojado, solo... dolido.

—Ya va a pasar. Lo único que no va a cambiar es el amor. Ni siquiera la olvidaste cuando no sabías dónde estaba.

—Lo sé, papá. Lo sé.

Y era verdad, en realidad sabía que nunca iba a dejar de amarla, pero el dolor era demasiado grande para perdonarla.

Lo mejor sería continuar con su plan original, aunque ya tuviera dos votos en contra.

En todo caso, ¿qué diablos sabían Alfredo y Marta de cómo se sentía?

## Capítulo 15

—**E**stá todo listo —anunció Marta unos días después.

—¿Todo? —preguntó Cristóbal—. ¿Hasta mi departamento?

—Hasta el departamento. Conseguí que una tienda de segunda mano me comprara todos los muebles. Y un agente inmobiliario aceptó venderlo. Para eso vas a necesitar un poco de paciencia, pero ya está encaminado.

—¿El departamento está desocupado? —Cristóbal sentía que le faltaba el aire—. ¿Sabes algo de Elizabeth?

—Solo lo que me contó Alfonsina.

—¿Y?

—Bueno, ese día, después de que tú te fuiste, la encontró durmiendo en el sofá. Cristian había despertado y había dejado el baño todo sucio. Alfonsina despertó a la doctora, pero ella no quiso que la ayudara, simplemente le dio algo de comer al niño, tomó una maleta donde metió la ropa que cupo y se fue. A la mañana siguiente, Alicia fue a sacar el resto de sus cosas, aunque nada de lo que tú le regalaste, ni a ella ni al niño. Dejó las llaves del automóvil en la cocina. Están en mi escritorio.

—Deshazte del automóvil —pidió Cristóbal sin mirar a la secretaria—. ¿Algo más? ¿Sabes dónde está viviendo?

—Asumo que en el departamento de Alicia, aunque tampoco ella me contesta el teléfono. Incluso intenté llamarla con el celular de Hugo, pero cuando le dije que era yo, me colgó.

—¿Por qué trataste de llamarla?

—Supuse que esta conversación vendría —dijo Marta con sencillez, encogiendo los hombros.

—¿Sabes si Agustín terminó los papeles que le pedí?

—Por supuesto. Te dije que estaba todo listo. Yo tengo los papeles.

—Bien, lo único que falta es el punto diez. Llamar a Elizabeth y conseguir que venga para acá. Es un trabajo que le podemos encargar a Gustavo.

—Por supuesto, dalo por hecho. ¿El lunes a las diez?

—A la hora que ella desee.

—Cristóbal...

—¿Qué?

—Piénsalo bien.

—No hay nada más que pensar, Marta —dijo Cristóbal con tanta dureza, que no reconocía su propia voz.

—Imagínate esto, entonces. Elizabeth se va del país, se lleva a tu hijo con ella. Y nunca más los vuelves a ver. ¿Es eso lo que quieres?

—Marta...

—No, Cristóbal, por primera vez no me voy a callar. ¿Qué pasa si conoce a alguien más? Es una mujer bella e inteligente, ¿Cuánto tiempo piensas tú que va a pasar antes de que alguien más se dé cuenta? ¿Realmente piensas que ella va a estar llorando por ti el resto de su vida? ¿Qué va a pasar cuando Cristian llame papá a otro hombre? Y aunque eso no pasara, ¿vas a castigar a tu hijo por un error de la doctora? ¿Vas a dejar que crezca sin el amor de su padre?

—Marta, ya es muy difícil para mí, sin que tú estés diciéndome esas cosas. ¿Crees acaso que no he pensado en esas posibilidades? Porque lo he hecho, en esas y en muchas otras, pero ya es demasiado tarde.

—Nunca pensé que iba a trabajar con un hombre tan tonto. Y cobarde. Renuncio. Te voy a dar los treinta días de aviso. Espero que consigas una secretaria luego.

—¡Marta! ¿Qué diablos? —gritó Cristóbal poniéndose de pie.

—Me imagino que eso es todo, señor Gumucio. Ya llamo al detective. —Marta continuó caminando para dejar a un anonadado y solitario Cristóbal detrás.

\*\*\*

La llamada de Chiara no la tomó por sorpresa. Todo lo contrario. La estaba esperando. Había estado esperando esa llamada toda la semana anterior y, finalmente, se había producido el domingo en la tarde.

Se miró una última vez en el pequeño espejo que Enrique había colgado en la puerta del ropero y no le gustó nada lo que vio.

Su rostro había perdido el color adquirido en los días de verano y su pelo se veía apagado, nada del brillo azulado que tanto había gustado a Cristóbal años atrás.

Sabía que había perdido algo de peso, pues la ropa le quedaba suelta y se sentía sin ánimo alguno.

Lo peor, en todo caso, había sido el retroceso experimentado por Cristian.

Después de tres días viviendo en el departamento de Alicia, Cristian había preguntado por él. Su corazón volvió a romperse en mil pedazos al tener que decirle que no sabía dónde estaba.

—¿Papá no me *quiere*? —preguntó con su dulce voz.

—No, hijito, a quien no quiere es a mí.

—¿*Po* qué no me *quiere*? —repitió varias veces, llorando.

Después de eso, cada vez hablaba menos. Y ya no decía una palabra desde el día anterior,

desde la llamada de Chiara.

—Quiere verte —le dijo la mujer al teléfono—, el padre de Cristian quiere verte. Pidió que fueras a la oficina mañana, a la hora que más te convenga.

—¿Por qué me llamas tú y no Marta? —preguntó Elizabeth a su amiga.

—Marta llamó a Gustavo y Gustavo... bueno, él no está en Santiago, por eso me pidió a mí que hablara contigo. Creo que la secretaria intentó llamarte, pero no quisiste hablar con ella. Por eso tenía miedo de que tampoco lo escucharas a él.

—No fui yo, fue Alicia —explicó Elizabeth—, en estos días anda enojada con todos, conmigo la que más.

—Lo que hiciste fue horrible, Elizabeth, no me extraña que el pobre hombre haya reaccionado así.

—No necesito más recriminaciones, Chiara, me basta con mi padre, mi madre y mis hermanos.

—Lo sé, solo necesitaba decírtelo —concluyó Chiara, de la manera en cómo solo ella podía plantear ciertas cosas, la más dura y honesta verdad, sin herir a nadie. Elizabeth suspiró antes de alejarse del teléfono.

Y en ese momento estaba lista para ir a la oficina de Cristóbal. Bueno, estaba vestida para ir a la oficina de Cristóbal, lista no estaría jamás.

—Mamá, voy —dijo al pasar por la puerta de la cocina. Un ruido, que no era nada en realidad, fue la única respuesta que recibió.

Salió a la calle y llamó un taxi. Algunos minutos después estaba frente al edificio. Se detuvo un rato en la acera y miró hacia la ventana de la esquina del piso diez. Casi podía ver la silueta de Cristóbal dibujada en el vidrio.

Como quería terminar luego con la tortura, caminó hasta el ascensor y subió a la décima planta. Se anunció frente a la recepcionista, quien le dijo que la esperaban y le indicó el camino.

No reconoció a la mujer que estaba sentada en el escritorio de Marta. Una suave melena negra y un discreto traje azul, con una sencilla blusa blanca, le daban la bienvenida.

—Buenos días —la saludó—, Cristóbal me está esperando. Mi nombre es...

—Doctora —respondió ella, mirándola con los labios apretados en una fea mueca—, sé quién es usted. Cristóbal está al teléfono —agregó mirando una pequeña central telefónica que había sobre su escritorio—. Si gusta tomar asiento, la anuncio apenas él cuelgue.

—¿Marta? —preguntó Elizabeth muy extrañada.

—El nombre no lo he cambiado aún —apuntó la mujer seca y le señaló un sillón—, por favor.

¿Por qué vestía Marta de esa manera? ¿Habría tenido algún problema con Cristóbal por su culpa? ¿Existiría algún personaje contrario al Rey Midas, alguien que todo lo que tocaba lo convertía en carbón? Porque si existía, seguro se llamaba Elizabeth Antumalen. Niña del Sol. Ja, vaya broma absurda.

—Marta, ¿Hay algún problema... —comenzó a preguntar Elizabeth, pero la mujer no le permitió seguir hablando. La miró con un gesto fiero, con los ojos brillantes de ira.

—Sabe, doctora, yo pensaba que era usted una mujer inteligente, confiable, pero me doy cuenta de lo equivocada que estaba. Este —apuntó la oficina de Cristóbal— no es ningún Einstein, pero usted... Usted me decepciona.

Elizabeth no sabía qué responder ante sus palabras, qué decir para que la mujer comprendiera.

—Marta, yo... no sé qué hacer, me equivoqué y estoy pagando el precio.

—Haga algo, lo que sea. ¡Cualquier cosa es mejor que... —Marta desvió la mirada al notar que la luz de la central se apagaba. Tomó el auricular y marcó—. Señor Gumucio, la doctora Fernández lo espera. Por supuesto.

Colgó el teléfono y miró a Elizabeth. Con un movimiento de la cabeza le indicó que pasara.

La doctora respiró profundamente y dirigió sus pasos hacia la puerta, que golpeó dos veces antes de escuchar la severa voz que le indicaba pasar.

—Elizabeth, buenos días, muchas gracias por venir —dijo Cristóbal poniéndose de pie y extendiendo una mano, como si se tratara de un asunto de negocios.

«No le voy a dar en el gusto, no lo voy a dejar que reduzca todo a un par de contratos y nada más, no señor», pensaba Elizabeth mientras tomaba asiento frente al escritorio, ignorando la mano que le ofrecía.

—Buenos días, Cristóbal —lo saludó con la voz más serena que pudo encontrar.

Cristóbal apretó la mano que tenía levantada y volvió a tomar su lugar.

—¿Deseas café?

—No, muchas gracias. No creo que me hayas pedido que viniera para tomarnos un café, por lo que te agradeceré me digas lo que tengas que decir, pueda yo hacer lo mismo y terminemos esta reunión tan civilizada.

¿Civilizada? Sí, claro. Sentía arder en ella la sangre de sus antepasados, que lucharon con quien se les puso por delante, en la Guerra de la Independencia. Y en verdad, en verdad, entendía a los que radicalizaban la lucha por volver a obtener la soberanía sobre sus tierras ancestrales. Si tuviera una antorcha... Ni siquiera. Con un poco de combustible y fósforos, podría incendiar ella misma el escritorio de Cristóbal y todo su contenido.

—Siempre tan directa, ¿no? —dijo Cristóbal, clavando sus ojos verdes en los suyos, negros como la noche—, excepto cuando más se necesita. Pues bien, déjame comenzar contándote las buenas noticias. Agustín, el abogado que se encarga de nuestras causas familiares, introdujo la demanda de divorcio de mi padre, que Patricia va a aceptar a cambio de la totalidad de sus bienes, es decir un departamento y cinco millones de pesos, más un pequeño bono. Con papá acordamos darle cien millones. Un gesto simbólico, pese a que papá declaró ser muy poco por la vida de su nieto. Es, sin embargo, suficiente para mantener a Patricia alejada de todos nosotros, especialmente de Cristian.

—Yo... no sé qué decir... —comenzó Elizabeth, pero Cristóbal no le permitió continuar.

—No hay nada que decir, al menos de momento, si ella se acerca a ti o a Cristian, lo único que tienes que hacer es llamar a mi padre o a Mar... es decir, a mi padre y él se encarga del resto.

—Cristóbal, ¿qué quiere decir eso de la totalidad de sus bienes? —preguntó Elizabeth, más que por curiosidad por hacer algo de conversación real, con la esperanza de descubrir la manera de solucionar sus problemas, aunque lo veía casi imposible.

—Mi padre no es tan tonto como ha aparentado todos estos años —contó Cristóbal con evidente orgullo—, sin que nadie supiera, ni siquiera yo, puso todos sus bienes a mi nombre. Lo que nos lleva al segundo punto. Por haber descubierto que mi patrimonio es mucho mayor, hice una modificación a mi testamento. Solo para agregar más bienes, no para modificar los beneficiarios —explicó ante la expresión dudosa de Elizabeth—, y sigue siendo Enrique el administrador de los bienes a nombre de Cristian.

—¿Dinero, Cristóbal? ¿Es de lo único que quieres hablar conmigo? ¿Dinero?

—En la carpeta roja que tienes frente a ti está la nueva versión de mi testamento —Cristóbal continuó con los temas que tenía preparados, sin dejar que Elizabeth desviara su conversación—. En la carpeta amarilla están los contratos de compra-venta de la casa y la consulta que seleccionaste, ya están pagadas y ambas propiedades fueron inscritas a tu nombre. Además, vas a encontrar un cheque. Es una cantidad estimativa de lo que pueden costar los muebles y otros enseres de la casa. En caso de necesitar más, puedes comunicarte con mi secretaria, ella te hará llegar un nuevo cheque. En la misma carpeta están las facturas del equipamiento para la consulta, que aún no ha sido entregado. Para coordinar su despacho, tienes que llamar a la persona cuya tarjeta está junto a la factura.

Cristóbal hizo una pausa para tomar un trago del frío café que tenía sobre el escritorio, no le apetecía nada, pero necesitaba hacer algo para desviar la mirada de Elizabeth, que había estado fija en él los últimos minutos.

—Finalmente, el tema que me interesa a mí. En la carpeta azul se encuentra un documento con el que solicito, a un juzgado de familia, el cambio en la inscripción de Cristian. Además, pido un régimen de visita y ofrezco algunas alternativas de horarios, estadías durante las vacaciones escolares y las fiestas importantes, tales como Navidad. Adjunto a ese documento están mis últimas liquidaciones de sueldo, con las que propongo una retención judicial del veinte por ciento, que depositaré en la cuenta bancaria que tú proporciones. Si estás de acuerdo con todo esto, solo basta tu firma en la última hoja y Agustín se encargará de todo lo demás.

—No contestaste mi pregunta Cristóbal —dijo Elizabeth, ignorando a su vez todo lo que decía el hombre, sin siquiera mirar las carpetas que estaban sobre el escritorio.

—Dinero es lo único que queda entre nosotros, Elizabeth. Dinero y un niño.

—Durante mucho tiempo pensaste algo muy distinto —replicó Elizabeth, sin bajar su mirada.

—Ese tiempo ya pasó.

—Me equivoqué, Cristóbal, lo sé. No me arrepiento de las decisiones que tomé hace muchos años, pero como de costumbre tienes razón. Hice todo lo que pude para mantenerte alejado de mí, de nosotros, y eso estuvo muy mal. Yo sabía, lo supe cuando me contaste que Felipe Mackenna había muerto, que todo eso podía quedar atrás, que podíamos volver a ser felices juntos. Dices

entender el miedo, pero me cuesta un poco creerlo. No tienes idea cómo es sentir que tu cuerpo cambia para crear otra vida, cómo se despierta el instinto protector. No sabes cómo es ver la dulce sonrisa de tu hijo y saber que harías cualquier cosa por protegerlo...

—En eso te equivocas, Elizabeth —terció Cristóbal enojado—, sé lo que es sentir que nada es suficiente para mantener a salvo a las personas que amas. Podrás decir que para mí es fácil, que han sido unos pocos meses, pero no tienes idea de todas las noches que pasé en vela, pensando qué sería de ti, cómo estarías, si tendrías un buen abrigo, si había alguien que se preocupara por alimentarte... No sabes cómo destruiste mi vida y mis sueños.

—¿No lo sé? —Carraspeó para aclarar un nudo que tenía en la garganta—. Nunca me has preguntado esto, pero ¿alguna vez has pensado por qué me mostré tan renuente a salir contigo cuando recién nos conocimos? Para mí fue verte y saber que mi vida nunca volvería a ser la misma, que acabarías con todos mis sueños de grandeza y echarías por tierra todo por lo que yo siempre había luchado.

Cristóbal ya no pudo soportar más la mirada fija en ella, un río de lágrimas corría de sus ojos. Y ella que pensaba que no le quedaban más, que todas las lágrimas derramadas la habían secado.

—Ese día de otoño, cuando tú tomaste mi mano, tomaste mi vida y yo supe que sería tuya para siempre. Si batallé contra eso fue porque en ese mismo momento supe que iba a llegar el día en que me provocarías el dolor más grande de mi vida. Y estas lágrimas —se limpió una mejilla con sus dedos —no son por ti, son por el muchacho que jamás habría dejado que algo se interpusiera entre nosotros. Ni siquiera mi propia estupidez. Porque yo no quería verte, no quería hablarte, no quería estar contigo y tú no me dejabas huir. Me seguiste, insistiendo hasta conseguir lo que querías. Y ahora me voy sabiendo que tenía razón. Adiós, Cristóbal. Espero que seas muy feliz.

Se inclinó, tomó las carpetas y la cartera y salió de la oficina. No alcanzó a dar dos pasos fuera de ella cuando Marta tomó su brazo.

—¿Qué pasó?

—Cuidalo, ¿sí? Por favor. —Las palabras apenas le salían, pero necesitaba asegurarse de que Cristóbal estaría bien.

—Chica, qué crees que significa esto —preguntó Marta tomándose un mechón de cabello—, renuncié. El jueves pasado, cuando dejé esas carpetas sobre el escritorio de Cristóbal. Busco trabajo y no todos los abogados miran con buenos ojos... nada en mí, la verdad.

—No puedes dejarlo, Marta.

—No puedo seguir con él, no es el hombre que yo pensaba. Ahí viene —agregó apresurada—. Vete. Dile a tu hermana que me conteste el teléfono.

Elizabeth fue empujada hasta la puerta por Marta, caminó lo más rápido y serena que pudo, ocultando los ojos enrojecidos detrás de un par de lentes de sol, tomó internamente una decisión que volvería a cambiar su vida, sabiendo que esta vez no habría vuelta atrás.

## Capítulo 16

El día miércoles, Cristóbal se encontraba en la típica reunión mensual de directorio, aunque esta no tenía nada de típica, la verdad. De partida, Alfredo estaba muy ocurrente, aportaba grandes ideas, resuelto a asumir el lugar de su hijo mientras él lo necesitara.

Segundo, Marta no tomaba los apuntes, se había negado a asistir a la reunión. La tarde anterior le había dicho, cuando él le pidió que preparara las carpetas: « Le quedan tres semanas para encontrar una nueva secretaria, señor Gumucio, será mejor que lo haga luego». Cristóbal, al borde de la desesperación, solo atinó a responderle: « Marta, por favor, córtala con esa estupidez, nadie más en la firma se ha enterado de tu renuncia, no puedes irte, no puedes abandonarme». Y Marta, que en esos días no callaba nada de nada, decía con toda claridad lo que pensaba en el momento en que la idea nacía en su cabeza y, lo peor, no lo dejaba a él decir lo que quería, le contestó sin más vueltas: «¿Pero tú si puedes abandonar a la doctora y a tu hijo? Esa sí que es una estupidez». En ese momento, simplemente se dio la vuelta y llamó a la secretaria de su padre para que organizara la reunión.

Así que ahí estaba, rodeado por los otros abogados, con una secretaria prestada y enterándose de nada de lo que pasaba. Veía a los demás mover las bocas, pero era la voz de Elizabeth la que oía, eran sus palabras las que taladraban su cerebro: «Nada se interpusiera entre nosotros. Nada. Estas lágrimas no son por ti. Son por el muchacho».

«El muchacho que una vez fui. ¿Tanto he cambiado?», pensaba, mirando sin ver la tabla de la reunión. Aparentemente sí.

No supo que Emilia había estado enferma. Le mentía como un bellaco, huía de su compañía y de la de Matías. No fue a la renovación de votos de Berta, a ninguna de las competencias de Carolina.

Ni siquiera atendía personalmente las necesidades legales del Grupo Mackenna. «Podría haberse acabado el mundo y yo no me habría enterado. Así de feliz era un mes atrás», concluyó.

Y eso, incluso, antes de enterarse de la traición de Elizabeth.

Después, esos últimos días había sido peor. Ya no le quedaban críticas que hacerle a Alfredo. Él se estaba comportando de la misma manera idiotizada que su progenitor después de la muerte de Cristina.

Solo atendió la llamada directa de Emilia para pedirle los papeles de divorcio. «¿Divorcio,

Emilia?»), había preguntado, pero como ella siguió dando instrucciones, y él no estaba por la labor de cuestionar las decisiones de nadie, solo preparó los documentos solicitados y se los envió directo a las oficinas corporativas, sin decir nada.

De pronto escuchó el susurro de la mujer que estaba sentada junto a él.

—¿Don Cristóbal? —dijo ella por lo bajo, carraspeando para llamar su atención.

—Lo siento, estoy un poco distraído —respondió, mirando alrededor, tratando de descubrir quien le hablaba.

—Decía que llamó Luisa, de Mackenna —fue Omar, otro abogado, quien habló—, ardió Troya. El gerente de una de las divisiones quiso usar una franquicia tributaria excepcional, para, supuestamente, importar ayuda para los damnificados del terremoto. Tú no estabas, así que tomé yo la llamada y ya está todo solucionado. Emilia Larraín Mackenna era un oponente formidable antes, imagínense ahora que está embarazada.

—Bien, gracias. —Una sonrisa auténtica, por fin. «Mili embarazada», pensó. Todavía ocurrían cosas buenas en el mundo. Ni siquiera se molestó por tener que enterarse de la noticia a través de otras personas. Tanto Matías como Emilia lo habían llamado cientos de veces y él jamás les contestaba —¿Algo más...?

No pudo seguir hablando porque la puerta se abrió repentinamente, revelando a Alicia, con una muy pasiva Marta tras ella.

—No pude detenerla —explicó Marta, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No quisiste detenerla —replicó Cristóbal mirando a ambas mujeres—. Alicia, como podrás ver estoy en medio de una junta.

—¿Y tú crees que eso me interesa? —Alicia avanzó varios pasos más, levantando el mentón, en un claro desafío—. Una prueba más, si es que alguien la necesita, de que eres un tonto.

—Dime —pidió Cristóbal, apoyándose en el respaldo de la silla, ignorando las sonrisas ocultas y las miradas especulativas. Sobre todo la sonrisa de Alfredo, que al parecer sabía quién era su intempestiva visitante.

—¿Qué es lo que pretendes? ¿Cuáles son tus planes? ¿Piensas seguir con tu vida como era antes de Navidad? ¿En la ignorancia? —Cada pregunta de Alicia era disparada sin esperar respuesta—. ¿O piensas que en algún momento te vas a olvidar de esta rabieta infantil y vas a perdonar a mi hermana? ¿Piensas que va a llegar el día en que ella vuelva de esa consulta tan lujosa a la enorme casa que le compraste y te vas a presentar de pronto y volverán a estar juntos?

—No suena como un mal plan —intervino Alfredo.

—¿Sí? —Alicia miró a Alfredo, frunciendo el ceño, luego incluyó a todos los presentes, que hacían gestos extraños, especialmente uno que la miraba con mucha curiosidad—. Pues piénsenlo malditamente bien. ¿Saben lo que hizo mi hermana ayer? Buscó un abogado. ¿Para qué, se preguntarán? Le pidió que redactara los permisos necesarios para que yo pueda vender ambas propiedades. Además, hizo una llamada por ella. A la empresa de implementos médicos. Devolvió todo lo que habías comprado —Alicia volvió a dirigirse exclusivamente a Cristóbal—.

¿Y el cheque? Lo rompió y lo botó en un papelerero de su oficina. Y lo contrató para que me acompañe a la corte. Tiene una propuesta anterior para las visitas y piensa pelear por ella. ¿Y por qué crees tú que pretende darte derechos de visita durante febrero y agosto? Bien pensado, está camino al aeropuerto. Ayer fue un día ocupado en la vida de mi hermana, contratar un abogado, comprar los pasajes, hacer las maletas. No creo que haya dormido mucho, aunque eso no es novedad en estos días.

—¿Al... al aeropuerto? —Cristóbal sintió que su corazón comenzaba a latir fuerte, dejando escuchar cada golpe como si fuera el último—. Alicia, ¿se va a Nueva York?

—No, a la China... ¡Claro que se va a Nueva York! Tiene pensado pedir la nacionalidad norteamericana. —De pronto, toda la rabia de Alicia desapareció—. Nunca antes lo había considerado, siempre había creído que volvería a Chile algún día. Era un plan abstracto, pero ahí estaba. Su país, nuestra tierra ancestral. Ahora está resuelta a quedarse en Estados Unidos para siempre. Si mi abuela estuviera viva, moriría en este mismo momento. Imagínate, una nieta gringa, como si un yerno y un bisnieto rubio no fuera suficiente.

Cristóbal comenzó a respirar rápidamente, miraba alrededor, captando las miradas interrogantes de sus colegas y la cara de preocupación de Alfredo. Dentro de su cabeza se desarrollaba la tormenta del siglo. Ni el terremoto 8,8 lo había remecido tanto.

Volvió a mirar a Alicia, que esperaba alguna respuesta, y a Marta, que no había cambiado su posición, seguía a medio metro de la puerta con los brazos cruzados.

—Marta, ¿tienes la llave de la caja fuerte? —No podía mirar a nadie, se mecía adelante y atrás, buscando despejarse y tomar la más vital de las decisiones.

—Por supuesto.

—En uno de los cajones inferiores hay una caja de joyas.

—Las joyas de tu abuela, lo sé —dijo Marta, que por fin había cambiado de posición, estaba expectante, no esperando pasiva.

—Hay una caja pequeña, cuadrada, de terciopelo azul. Dentro de esta caja hay un anillo de platino y diamante.

—¿El anillo de tu madre? —preguntó Alfredo.

—Sí, el anillo de mamá, el anillo de mi abuela. —Cristóbal respiró profundo y se puso de pie. Miró a Alfredo y asintió—. Cuando mamá enfermó se lo dio a mi abuelo para que él lo guardara en la caja fuerte. «O me mejoras y me lo devuelves o se lo guardas a Cristóbal», eso le dijo. Marta, por favor saca ese anillo de la caja fuerte y tráemelo, creo que llegó por fin el momento de que esté en el dedo de su legítima dueña. Bueno, la actual.

—Patricia siempre quiso ese anillo —aportó Alfredo, como si nada—, así que Marta, cuando el compromiso de mi hijo se anuncie, procura que sea con una buena fotografía de Elizabeth con el anillo.

—Tampoco sería mala idea que alguien enviara una carta anónima a la fulana esa —dijo Alicia, sonriendo aliviada.

—¡Qué buena idea, Alice! —Marta detuvo su andar, incluso se dio la vuelta cuando escuchó a la muchacha.

—Marta —la reprendió Cristóbal—, el anillo, si eres tan amable. Y mi chaqueta... y las llaves del automóvil. —Por cada cosa que pedía tenía que subir un poco el volumen de su voz, para que Marta lo escuchara a medida que avanzaba hacia el privado—. Creo que voy a tener que pedirles que me disculpen... La verdad —agregó encogiendo los hombros—, no me interesa si me disculpan.

Antes de salir de la oficina escuchó que Agustín hablaba con su padre.

—Por fin, estoy harto de tener que prepararle esos documentos tontos —decía.

—Me imagino —respondió Alfredo—, pero permíteme presentarte a Alicia, mi... no sé que eres tú para mí. Y no importa, te presento a Alicia, la hermana menor de Elizabeth, una mujer cuya belleza solo puede ser rivalizada por la de su hermana pequeña.

—Pero yo soy la inteligente de la familia —replicó Alicia, con esa voz ronca y sensual, tan característica.

A medida que Cristóbal caminaba, se fueron perdiendo las palabras de Alicia y la risa de su padre, de Agustín, de todos los que estaban en la reunión.

Se detuvo un momento, respiró profundamente para calmarse. Sentía que todo el cuerpo le temblaba, no podría manejar de esa manera. Y si no podía manejar, no conseguiría llegar al aeropuerto.

—No importa —murmuró—, iré hasta Nueva York si es necesario. Diablos, iré a la China.

—Cristóbal —abrió los ojos al escuchar a Marta, notando que estaba a su lado y le tendía la chaqueta.

El hombre la tomó y se la puso.

—El anillo está en el bolsillo derecho —agregó Marta.

—Bien, gracias —dijo Cristóbal, palpando la caja y comenzando a caminar.

—Cristóbal. —Se volvió para quedar frente a Marta, que lo miraba emocionada—. Trae a la doctora de vuelta y puedes romper la carta de renuncia.

—Con una condición... desechas esos horribles trajes y el pelo negro se va.

—Dalo por hecho.

—Ah, y, Marta...

—Lo sé, me callo y trabajo —respondió la secretaria con un gesto irónico.

\*\*\*

Sintió que el automóvil se detenía por fin y miró la puerta de entrada del aeropuerto internacional de Santiago. Con manos temblorosas soltó el cinturón de seguridad.

—¿Quieres apurarte? —le gruñó Alicia, inclinándose para abrir la puerta

Lo había alcanzado en el estacionamiento de la oficina. Con total autoridad lo empujó hasta el

lado del copiloto y, quitándole las llaves de la camioneta, manejó como una desquiciada, acelerando ante las luces amarillas, ignorando señales de pare y llevando el vehículo a una velocidad que la pobre máquina nunca había tenido que sufrir anteriormente.

Poco faltó para que lo empujara, pero por fin consiguió poner sus pies en movimiento. Se dirigió hasta el mesón de informaciones y preguntó por el vuelo de Elizabeth.

La mujer le respondió con una sonrisa tranquila, como si supiera que necesitaba toda la calma del mundo. Dio las gracias antes de comenzar a correr y, sin darse cuenta, estaba a pocos metros de Elizabeth, quien miraba a Óscar y Mailen jugar con Cristian, ignorando a la mayor de sus hijos.

Quería apretarla contra el pecho y nunca dejarla ir. La necesitaba como al aire. Y la amaba. Ese día, más que nunca la amaba, la amaba tanto que dolía.

—Elizabeth —susurró al detenerse detrás de la mujer.

Ella se dio vuelta al escucharlo y, por un momento, no pudo respirar, pero una cosa era segura. Él no había ido al aeropuerto por ella. Si la hubiera querido a ella, lo habría dicho ese día en su oficina.

—Me imagino que quieres despedirte de Cristian —dijo con aparente calma—, mamá.

Los dos adultos y el niño miraron al recién llegado. El niño se deshizo del abrazo de su abuela y salió corriendo a los brazos de Cristóbal.

—¡Papá! —exclamó con el rostro iluminado y los ojos brillantes.

Cristóbal se inclinó y lo tomó en brazos, besando frente y mejillas, acariciando la pequeña espalda.

—Hola, hijo —susurró emocionado.

—Papá. —El pequeño se aferró a los hombros de Cristóbal, apoyando la cabeza en su pecho—. Papá no *queo nu yo*.

—¿Cómo dices, hijo? —preguntó Cristóbal, sorprendido por lo mal que hablaba Cristian nuevamente.

—No *queo nu yo*.

Cristóbal miró a Mailen y a Óscar, buscando una explicación; la mujer evadió su mirada, pero Óscar lo enfrentó.

—Por lo menos ahora está hablando de nuevo. —Cristóbal bajó la cabeza, sintiéndose culpable.

—¿Qué dice?

—No *queo nu yo*. No quiero Nueva York —explicó el hombre mayor—. Es lo único que ha dicho desde que despertó y Elizabeth anunció el viaje.

—Yo tampoco quiero que te vayas a Nueva York, monstruo —murmuró con ternura—. Pero ahora quiero que me hagas un favor y vuelvas con tus abuelos mientras hablo con mamá, ¿lo harás?

El niño se deslizó hasta el suelo y caminó lentamente, refugiándose en los brazos de Mailen. Cristóbal se volvió hasta donde estaba Elizabeth, mirando con aparente indiferencia la escena que

se desarrollaba ante sus ojos.

—Eli, por favor, perdóname —pidió cuando llegó junto a ella—, he sido un bruto, un burro insensible. Y no solo ahora, desde siempre.

—Sí, lo has sido —confirmó Elizabeth, apretando las mandíbulas, sin dar señales de perdonarlo o acercarse a él.

—Cuando te conocí, pensé que eras la mujer más hermosa que había contemplado —Cristóbal miró cada uno de sus rasgos antes de quedarse fijo en los ojos negros —, y eso provocó que quisiera conocerte. Y lo que descubrí fue maravilloso. Quedé prendado de tu inteligencia y de tus respuestas rápidas y brutalmente honestas. Yo sabía que no querías nada conmigo, pero no podía evitarlo, necesitaba estar todos los días contigo, verte sonreír, ver el brillo en tus ojos. Hasta me hice adicto a tu broma favorita. Es una estupidez, cualquiera se hubiera sentido ofendido, pero yo vivía para escucharte decirme «niño mimado».

Un ruido a sus espaldas y una voz muy familiar le anunció la llegada de Alicia, pero él no permitió que nada lo distrajera, ya que había comenzado tenía que terminar.

—Pero ¿sabes lo que más admiré en ti? Fue tu empuje, tu fuerza. Muchas mujeres se hubieran aferrado a lo que yo podía ofrecerles. Un mundo lleno de lujos, de viajes, fiestas y comidas esplendorosas. ¿Pero tú? Tú te enojabas cada vez que yo te compraba algo. Te burlabas de mí por ser un «hijito de papá»

—Es lo que eres —dijo Elizabeth, sin dejarse inmutar—, aún ahora, tienes un problema y ¿qué haces? Vas donde papito para que se deshaga de la bruja mala y fea.

—No puedes culpar a mi padre por su sentido de la oportunidad. Y no me puedes culpar a mí por los errores de mi padre. Cúlpame por los míos, sabes que son bastantes. Y el peor de todos es darte la razón, portarme como el niño mimado que aún soy. En vez de agradecer el coraje que tuviste para enfrentar una situación horrible, te acuso de no confiar en mí, de no amarme, aún sabiendo que todo lo que hiciste fue por amor. Sabiendo que yo no habría tenido el valor para dejar todo atrás y enfrentarme a la vida sin más ayuda que mis propias manos, sin las tarjetas de crédito, sin el dinero de papá. Lo que tú hiciste, lejos de ser reprochable es admirable y yo fui tan tonto de no recordar, justo en el momento que era más necesario, que lo que más he amado de ti es tu voluntad a prueba de fuego.

Miró a Elizabeth suplicando una nueva oportunidad, rogando que le creyera y confiara en él una vez más, pero los minutos se alargaban y ella lo único que hacía era mirar la pantalla, donde anunciaban que su vuelo comenzaría el abordaje en quince minutos.

—Ya el día del terremoto lo sabía, que nada era suficiente, ningún esfuerzo era poco siempre que tus hijos estuvieran a salvo. —Cristóbal se acercó un paso, pero ella no hacía ningún movimiento, seguía con la mirada fija en la pantalla—. Eli, por favor, dime algo. Dime que soy un tonto, que me vaya al infierno, cualquier cosa, pero no me dejes así.

—Eres un tonto —confirmó antes de mirarlo—, pero eres mi tonto. Cuando estaba en Lima, a punto de enviarle el fax a Leo, tuve un momento de debilidad. Casi tomo el bus de vuelta a Chile,

pensaba que nunca podría vivir sin ti, pero ya ves, lo conseguí. Llegué a Nueva York, tuve a mi hijo y viví casi cinco años lejos de tu calor. Dices que admiras mi voluntad y yo te digo que no hay nada que admirar, porque si soy fuerte es solo por ti, si era capaz de levantarme cada mañana y vencer mis demonios nocturnos, enfrentar todos mis días grises, luchando por darle la mejor vida que podía a nuestro hijo era porque sabía que aquí, en este lejano rincón del mundo, estabas tú. Tal vez no tan feliz como debías, tal vez odiándome, como era tu derecho, pero estabas a salvo de la maledicencia de esa mujer y ningún sacrificio era suficiente, nada pagaba ese conocimiento.

Cristóbal dio los pocos pasos que faltaban para llegar junto a ella y tomó su rostro entre las manos antes de fundirse en un largo y delicado beso.

—Eli, te juro que en lo que me quede de vida nunca voy a volver a dudar de ti y nunca jamás permitiré que nada ni nadie nos vuelva a separar, ni siquiera mi propia estupidez.

—Te amo —susurró Elizabeth abrazándolo.

—Te amo —repitió Cristóbal, rodeándola con los brazos y apretándola contra su pecho, donde estaría segura para siempre—. ¿Sabes qué día es hoy? —preguntó luego de besarla nuevamente.

—9 de junio.

—Hoy es miércoles —la corrigió—. Y si nos olvidamos del pequeño detalle de la fecha, podemos decir que hoy, exactamente diez años atrás, nos conocimos.

—Eres un dolor en mi trasero, Cris —dijo Elizabeth sonriendo.

—Y tú destrozaste mi corazón, pero tienes el remedio para curarlo, lo sé. —La soltó, dio un par de pasos hacia atrás y llevó una mano a su bolsillo derecho.

Justo a su espalda se escuchó a una persona que tomaba aire con fuerza.

—Y como es miércoles, te debo una rosa —continuó hablando Cristóbal—, pero no tengo ninguna a mano. Lo único que tengo para darte es esto.

Abrió la pequeña caja que Marta había guardado en su bolsillo y le mostró el anillo, arrodillándose frente a todos los presentes.

—Elizabeth Antumalen, amor de mi vida, ¿te casarías conmigo? ¿Con este tonto que te ama?

Respirando rápidamente, Elizabeth miraba el anillo y luego miraba a Cristóbal, sin poder creer el nivel de locura que podía alcanzar el hombre. Siempre había pensado que una proposición de matrimonio debía llevarse a cabo en la intimidad, sin testigos, por si la mujer decía que no, aunque ese no fuera su caso.

Por el rabillo del ojo vio a Mailen, que abrazaba a Alicia, aún con el celular y con la mano en alto, evidentemente comunicando.

Vio a Óscar, que sonreía con Cristian en brazos y, a toda la gente que los rodeaba, esperando atentos su respuesta.

—Eli, por favor dime algo —pidió Cristóbal removiéndose inquieto.

—¿De verdad piensas que podría decirte que no? —preguntó Elizabeth con todas sus emociones a flor de piel—, estás loco, Cris.

—Solo por ti. —Cristóbal se puso de pie, abrazó y besó a Elizabeth, con el sollozo contenido

de Mailen y Alicia, y varias espontáneas expresiones de júbilo de fondo.

—Pero no te confundas —dijo Elizabeth apoyando sus manos en el pecho del hombre para alejarlo un poco—, no creas que acepto por ti, lo hago por mi hijo, que necesita un padre. Y como el Trauco ya está ocupado... Y por supuesto, ese tremendo diamante influye un poco también. Espero que venga con una grúa incluida, de lo contrario no voy a poder levantar la mano. Y vas a tener que contratar un ayudante para las cirugías, no voy...

—Eli, cállate —dijo Cristóbal riendo feliz.

—Decídete, ¿te digo algo o me callo? —preguntó Elizabeth con una mueca—. ¿Sabes? Siento mi mano curiosamente liviana, como si algo le faltara —agregó moviéndola, como si estuviera muerta desde la muñeca.

Cristóbal sacó el anillo de la caja y tomó su mano para ubicarlo en el dedo correcto, sabiendo, como había sabido cinco años antes, que sería perfecto para ella.

—Ahora sí —escuchó que decía Alicia al teléfono y reía—. Dice Marta que se va a tomar la tarde libre, porque tiene que ir a la peluquería.

—Dile que vaya con toda tranquilidad y que no quiero nada azul o negro mañana —respondió Cristóbal sin dejar de mirar a Elizabeth.

—Y dile que le mande la factura a Cristóbal, es lo menos que puede hacer —agregó Elizabeth—, después de todo es el culpable de la horrible melena que se hizo.

—Dice que en ese caso, se va a poner uñas también, porque no soporta más el color rosado claro y las uñas cortas —contó Alicia, luego siguió hablando con Marta—. Oye, apúrate, tenemos un matrimonio que preparar, estoy viendo palmeras electrónicas en nuestro futuro.

—Alicia, ni se te ocurra —comenzó a decir Elizabeth, pero Cristóbal tomó su mano y la calló con un beso.

—Déjalas, vas a ver cómo consigo que se olviden de todas las ideas absurdas que se les ocurran. Después de todo, tan tonto no soy.

—Por supuesto que no. Viniste a buscarme. Aunque casi no llegas —dijo Elizabeth, apoyando su mano sobre la mejilla de Cristóbal en una tierna caricia.

—Es que Alicia maneja muy lento —respondió Cristóbal fingiendo inocencia.

Elizabeth lo miró, abriendo los ojos de par en par y riendo con una gran carcajada. Cristóbal rio brevemente con ella y luego la abrazó, hablando muy suave en su oído.

Ni sueños de grandeza, ni lugares exóticos, todo lo que necesitaban estaba justo ahí. Por fin estaban en su hogar. Y esta vez era para siempre.

## Capítulo 17

En el transcurso del siguiente mes, Elizabeth, con la ayuda de Alicia, de su madre y de la inapreciable Marta, consiguió un pequeño milagro y renovó, pintó y amobló la casa que Cristóbal compró para ellos, convirtiéndola en un hogar.

A pesar de las insistencias de Alfredo, no habían querido vivir en la casa que él compartiera con Patricia. «Tiene recuerdos muy feos, papá», había dicho Cristóbal para zanjar el asunto.

Y tenía razón, pero eran solo recuerdos, ya no los dañaban.

Celebraron la ceremonia civil en su casa, solo los más cercanos estuvieron presentes. Emilia, Matías y Carolina. Berta y Pedro. Enrique, que viajó desde Antofagasta solo para acompañarlos en ese momento tan especial. Mailen y Óscar, que estaban considerando vivir definitivamente en Santiago. Alicia, quien, a pesar de estar muy ocupada con sus estudios, se hizo de todo el tiempo necesario para ayudar a su hermana. Alfredo y Claudia, la tía de Cristóbal, que intentaban borrar todos los años de desavenencia entre ellos. Y por supuesto, Marta y su familia.

Todos se rieron por la manera en que Marta se cohibía frente a Emilia, en especial cuando su adolescente y revolucionario hijo murmuró algo de «la princesa presumida», refiriéndose a Carolina.

El mismo oficial del Civil que presidió la ceremonia, antiguo amigo de la familia Gumucio, fue quien firmó el registro que convertía a Cristian en hijo de Cristóbal ante la ley.

Después de que los novios se besaran, fueron felicitados por todos los asistentes. Emilia fue la última en abrazar a su amigo. Y el abrazo fue tan tierno y cálido que realmente parecían hermanos.

Con un ligero apretón en el brazo, Elizabeth llamó la atención de Matías, mientras él miraba con disgusto cómo su hija jugaba con Cristian y Sara, la hija de Marta, pero ignoraba a Hugo Junior, como le decía con su mejor tono despectivo de princesa heredera. Elizabeth apretó los labios. Había cosas que eran más espesas que la sangre, incluso, pues Carolina imitaba a la perfección las maneras más altivas de Emilia.

—Nunca lo había visto tan claramente —había dicho Elizabeth, olvidando todo lo demás. Señalaba a Cristóbal y a Emilia que seguían muy cerca, con los ojos rojos, tal vez recordando tiempos menos felices, tal vez alegrándose por que ya se habían ido—. Por primera vez entiendo esa tontera que solía decir Cristóbal, que Emilia era su hermana y que los habían separado al nacer. Hasta hacía un acento venezolano al mejor estilo de las telenovelas de la tarde.

—Sabes, estaba pensando exactamente lo mismo —respondió Matías—, cuñada —agregó riendo.

—Creo que es una buena forma de decirlo, Matías. —La mujer se alejó un par de pasos—. Por cierto, gracias.

—¿Por qué? —preguntó Matías frunciendo el ceño.

—Por aparecer en el momento justo. De lo contrario, Cristóbal hubiera estado casado con Emilia cuando yo volví.

—No creo que eso pasara, de ninguna manera —dijo Matías con absoluta certeza—. Mili hubiese encontrado otra solución.

—Pero Cris estaba decidido a ayudarla.

—Por supuesto, es su hermana y tú habías desaparecido de escena años atrás.

Elizabeth lo miró y sonrió. Luego se alejó definitivamente de él. Su hijo y su esposo reclamaban la atención que les correspondía.

Dos días después, volvieron a encontrarse, esta vez en la iglesia donde un sacerdote bendijo la unión de la pareja y después bautizaron a Cristian. Los pocos asistentes, incluyendo al sacerdote, se reían de la situación tan poco usual.

Algunas mujeres lloraron emocionadas durante el matrimonio, pero hubo una, vestida con ropa muy colorida, que lloró hasta en el bautizo. Marta, quien en palabras del novio, había sido un punto de luz en sus años de oscuridad y a la que debía, también, gran parte de su felicidad actual.

A veces, Elizabeth pensaba que la vida no podía ser más perfecta.

Estaba casada con el único hombre que había amado en su vida, del que se había enamorado cuando era apenas poco más que una niña, con quien se había convertido en mujer y tenían un hijo precioso, que era su orgullo y alegría.

Trabajaba dos mañanas a la semana en el hospital y dos en la clínica. La mañana del miércoles la dedicaba a hacer clases en la misma universidad donde ella había estudiado y, por las tardes, atendía la consulta particular.

Los días sábados iban al club, donde Cristóbal seguía jugando su partido semanal de tenis y ella se embarcaba en varias actividades con Cristian y, a veces, sin él. Después iban a casa de Emilia, donde los hombres veían fútbol o algún otro deporte por la televisión, mientras las mujeres se dedicaban a los estudios o simplemente a conversar cosas de chicas. Luego, Carolina y Cristian jugaban hasta el agotamiento, como si fueran primos de verdad.

Elizabeth sonreía al pensar en la familia del Río Larraín. Por cierto que le había sorprendido la elección de esposo de Emilia. Matías no era para nada el tipo de hombre que creía se convertiría en su marido, pero cuando lo conoció mejor, supo que era exactamente el hombre que ella necesitaba y se sentía feliz por la mujer que un día creyó su competencia, pero que se había convertido rápidamente en su amiga.

El cambio que había tenido Emilia era enorme. Antes la recibía amable, pero como si fuera una obligación. En esos días, por el contrario, la trataba como amiga y confidente, sobre todo

producto del embarazo.

A pesar de tener los mejores especialistas a su disposición, prefería conversar con ella y que Elizabeth la acompañara en cosas tan cotidianas como la compra de ropa maternal.

—Eres médico, eres madre y eres mujer —decía Emilia frecuentemente—, no puede haber una mejor combinación. Hay cosas que los hombres no entienden.

Así, transcurrieron los primeros tres meses de vida en común, casi sin que Elizabeth se diera cuenta del paso del tiempo.

Un día, a mediados de octubre, recibieron una invitación muy especial. Emilia y Matías celebraban su primer aniversario de matrimonio. Con el avanzado estado de gestación de la mujer, no querían hacer una fiesta en grande, solo un almuerzo con los más cercanos.

—Tranquilo, monstruo —escuchó Elizabeth que decía Cristóbal en el pasillo—, vas a despertar a mamá.

—Pero tiene que levantarse, papá, *quero* ir a *jugá* con Carolina —reclamó el pequeño.

—Primero el desayuno —decía Cristóbal mientras avanzaba por el pasillo.

«En fin», suspiró con pesar, era hora de levantarse. Si no comenzaba luego a moverse, terminarían llegando a la hora de la cena.

Se puso de pie, pero un ligero mareo la obligó a sentarse en el borde de la cama, llevó sus manos a la frente y respiró profundamente.

—Mamá, mamá, te hice desayuno —entró gritando Cristian en el momento en que intentaba volver a levantarse.

Elizabeth miró al niño, que buscaba por cualquier medio quitarle la bandeja a Cristóbal, pero le llegó el aroma de los huevos revueltos, lo que puso el punto final al escaso control que tenía sobre su cuerpo.

Se puso de pie rápidamente y salió corriendo al baño.

Estaba inclinada sobre el retrete cuando sintió la mano de Cristóbal afirmando su cabello.

—Que Cristian no entre —le pidió entre una arcada y la siguiente.

—Lo mandé a ver televisión al dormitorio. Es la única orden que obedece sin chistar.

Cuando por fin se sintió mejor, Cristóbal la ayudó a sentarse y con una toalla húmeda limpió su rostro.

—¿Estás enferma, Eli? —preguntó Cristóbal cuando terminaba de lavarse los dientes.

Elizabeth tomó una toalla, se secó el rostro y las manos. Muy despacio giró y miró a su marido.

—Así, lo que se dice enferma no, la verdad, pero sí tengo una condición médica conocida como *gravidez*.

—¿Gravi...? ¿Estás...? ¿Estamos...? quiero decir, vamos... —Cristóbal tartamudeaba y la miraba con obvia confusión.

—Si lo que tratas de preguntarme es ¿estás embarazada?, la respuesta es sí —dijo Elizabeth sonriendo—. Estoy embarazada, vamos a ser padres. De nuevo.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Ahí tienes, en tu cara! —gritó Cristóbal empuñando las manos, golpeando el

aire y haciendo un pequeño baile.

—¿Perdón? —preguntó Elizabeth, extrañada y un poco molesta por su actitud.

—Ay, amor, lo siento es que... Bueno, no es contigo, sino con Matías. —La explicación no aclaraba nada y se notaba en la cara de Elizabeth—. Es que desde ese día que Cristian dijo que le íbamos a dar un hermanito, Matías me molesta y llegó a tanto que hicimos una apuesta. Dos en realidad —agregó bajando la mirada.

—¿Y cuáles son esas apuestas?

—La primera... bueno, sabes que sigue diciéndome que estoy fofo y me decía... bueno, tonteras de hombres...

—De niños —intercaló Elizabeth empezando a imaginarse la conversación.

—Eso mismo. La cosa es que la apuesta consistía en que yo... bueno tú... es decir nosotros...

—Me ibas a dejar embarazada antes de determinada fecha —terminó Elizabeth.

—Me completas, Eli. Por eso te amo tanto.

—Deja las tonteras de lado. ¿Cuál era la fecha? —preguntó Elizabeth con brusquedad.

—Comienzos de enero, cuando nazca su bebé.

—¿Y qué nos ganamos?

—No te puedo decir... es que es... bueno...

—Cosas de niños que juran que son hombres —dijo Elizabeth apretando los labios para no reír—. Es increíble que ambos estén cerca de ser padres por segunda vez. ¿Y cuál es la segunda apuesta?

—Es... un poco más a futuro...

—Cristóbal, dímelo de una buena vez.

—Bueno, dice relación con los deportes, ya sabes...

—¿En equipo? ¿Básquetbol? ¿Baby fútbol? ¿Voleibol?

—Sí, algo así —respondió Cristóbal lentamente.

—¿Cristóbal! ¿Cuál es la apuesta?

—Qué familia puede ganar un decatión sin repetir participante —soltó de pronto Cristóbal, pensando que resultaría más fácil si lo decía rápido.

—Un decatión... eso... ¡Ocho hijos! Cristóbal, estás loco... Los dos lo están, esto tengo que hablarlo seriamente con Emilia... ¡Cómo se les ocurre!

—Bueno, también puede ser un partido de voleibol... o de básquetbol —agregó rápido al ver el gesto furioso de Elizabeth—, eso serían tres o cuatro hijos. Pero yo quiero que tengamos una niña... además hay que compensar el hecho de que ellos ya tienen una... quien además es deportista de elite... y bueno, la cosa es que... el que tenga más hijos tiene más probabilidades de cambios... y posiblemente realicemos durante muchos años los Juegos Delagufe e incluyamos diversos deportes...

—¿Delagufe?

—Del Río Larraín Gumucio Fernández.

—Dios los cría y el diablo los junta —dijo Elizabeth exasperada —¿Y no podría ocurrírseles un nombre mejor? Algo como Fegulade, por ejemplo.

—Había dos alternativas Delagufe y Gufedela, ya que somos las familias...

—Me queda claro —interrumpió Elizabeth—. ¿Y cómo decidieron el orden definitivo?

—Perdí una partida de tiro al blanco —respondió Cristóbal mirándose los pies, tal como había hecho Cristian unos días antes, cuando lo sorprendieron tratando de pintar de verde el lustroso pelaje negro de Rosita.

—Sabes, Cristóbal, me decepcionas —dijo Elizabeth unos momentos después.

—Pero, cariño, Matías es profesor de Educación Física y Deportes, ¿cómo puedo competir con él? Hice lo mejor que pude.

—No me refiero a eso, Cris. —Elizabeth se acercó unos pasos a su esposo y fijó la mirada en su rostro—. Por segunda vez llevo varios días imaginando tu expresión en el momento que te diga que vamos a ser padres, y a ti lo único que se te ocurre es acordarte de una tonta apuesta con Matías.

Ante las palabras de Elizabeth, el rostro de Cristóbal cambió radicalmente. La sonrisa de triunfo se suavizó, los ojos brillaron emocionados. Posó sus manos sobre la cintura de Elizabeth y la acercó.

—Sabes que soy un tonto. —Cristóbal la besó con suavidad—. Lamento decepcionarte. Pero te juro que estoy tan feliz que me resulta imposible explicarte con palabras lo que siento en estos momentos, la emoción que me embarga al saber que nuestra familia crece cada día más y que nuestro amor se construye con bases sólidas. No solo tendremos a Cristian como prueba del inmenso amor que sentimos el uno por el otro, ahora tendremos un segundo bebé.

—Espero que sea la niña que tanto deseas —dijo Elizabeth apoyándose en su pecho.

—Si no lo es, no importa, para mí lo único realmente importante eres tú y nuestros hijos, Eli.

—Ay, Cris, dices unas cosas de lo más lindas —susurró Elizabeth, emocionada, rodeando la cintura de Cristóbal con los brazos.

Cristóbal tomó el mentón de Elizabeth con los dedos y levantó su rostro. Con mucha suavidad se inclinó y tomó con los labios las pequeñas lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Si no es tu pequeña Elizabeth Gumucio, seguiremos intentándolo —dijo Elizabeth con una sonrisa pícar—. Esta casa es grande, podemos permitirnoslo.

—Por supuesto, amor, lo que tú digas, sabes que haces lo que quieres conmigo.

Cristóbal recorrió el rostro de Elizabeth, primero con la mirada y luego con los dedos, sonreía por su fortuna.

No era junio, era noviembre. No era el frío invierno que se avecinaba, era el cálido verano. Y no era la luz del mortecino sol la que arrancaba brillos azulados del cabello de Elizabeth, era la luz artificial de una lámpara sobre sus cabezas. Pero, después de tantos años, el eterno primer segundo en que Cristóbal clavó los ojos en los de ella seguía siendo el mismo.

La misma emoción, la misma alegría, el mismo descubrimiento. El amor de su vida, su alma

gemela, su mujer. Suya.

Y ese primer segundo duraría toda la vida.

Fin.

## Nota de Autora

Tal como les dije en *Un amor perfecto*, el terremoto 8,8 descrito en esta novela es un hecho verdadero, ocurrido el 27 de febrero de 2010, y todas las consecuencias incluidas son también reales.

En la zona de Valparaíso y Viña del Mar se vivió con gran intensidad aunque no con tan desastrosas repercusiones. Lo de Alicia, sin embargo, es totalmente auténtico y personal.

Al día siguiente del terremoto fui al supermercado cercano a mi casa y me encontré con que el pasillo de los licores estaba cerrado. Ni siquiera se podía entrar en él, por motivos de seguridad (botellas quebradas, vidrios esparcidos, piso pegajoso), pero ya desde la puerta los efluvios alcohólicos comenzaban a afectar.

El aroma era muy desagradable, como de una persona que no se ha bañado en días y solo se ha dedicado a «tomarse hasta la molestia», como decimos por acá cuando alguien no le hace asco a ningún licor, cerveza o vino, muy probablemente una mezcla de todos ellos juntos.

Recuerdo que compré rápidamente y volví a casa con un tremendo dolor de cabeza y el estómago revuelto. No hablaba incoherencias, como la pobre Alicia, porque ya no estaba asustada por el terremoto, ni había estado en el lugar preciso cuando las botellas comenzaron a caer y a romperse.

En fin, varios de mis compatriotas lloraron sobre el alcohol derramado y la peor noticia, para ellos, fue que la escasez de vidrio era tal, que las empresas productoras tendrían la mayor parte de sus líneas detenidas por algunas semanas.

Por suerte, de eso ya hace mucho tiempo y el vino chileno está en producción plena, con tan excelentes resultados como siempre. Si tienen la oportunidad, pruébenlo, no se van a arrepentir.

Besos,  
SH

## Agradecimientos

Quiero darles las infinitas gracias a todas las personas que hacen posible que esta novela llegue a ser editada. A todos los que trabajan en Selecta, administrativos, publicistas, diseñadores, correctores, y es especial a mi querida Lola, eres un sol ¡Ya tu sabes, chica!

También quiero agradecer a mi familia y amigos por todo el apoyo y comprensión que me dan.

Finalmente, pero no por ello menos importante, quiero agradecerles a l@s lector@es por elegirme una vez más y por permitirme entrar en sus vidas por un par de días. Espero que les haya gustado.

Si te ha gustado  
*Después de tantos años*  
te recomendamos comenzar a leer  
*El capitán Hayden y la tramposa*  
de *Autor*



Capítulo 1

Baltimore, 1865 (octubre)

Desde un rincón del salón de baile, Drew Hayden dirigió la vista más allá de los bailarines, al ostentoso umbral. Sus ojos se quedaron prendidos en la preciosa beldad que escoltaba uno de sus oficiales. Daba la casualidad de que la había visto nada más acceder en la estancia y, desde ese momento, había ansiado saber quién era, sin embargo, por su rango de capitán, no iba a cometer la torpeza de aproximarse a una jovencita que, con toda seguridad, se había puesto aquella noche los tacones por primera vez.

Desde que la Guerra de Secesión había finalizado hacía unos seis meses, los progenitores con hijas casaderas empleaban la mínima ocasión para buscarles cónyuge. Y en cierto modo hacían bien. Después de las penurias que todos estaban atravesando, no quedaban muchos hombres bien acomodados dispuestos a comenzar una familia. Más bien, como era su caso, debían sus obligaciones a levantar, piedra por piedra, todo lo que antaño les había pertenecido. O, dicho de otro modo, a enderezar el negocio familiar que tan poco le complacía.

Se irguió, dejando la copa que estaba tomando sobre la larga mesa de las bebidas, cuando vio que el joven soldado que había estado bajo sus órdenes se dirigía hacia él, acompañado de la hermosa dama. Ella llevaba un bonito y sofisticado vestido de satén dorado con un pequeño volante de gasa en el cuello alto y en los puños. El género se ajustaba a su cuerpo hasta la cintura donde se abría por detrás en una sobrefalda que arrastraba por el suelo al caminar. Una ropa tan espléndida solo podía indicar que, o su dueña era una acaudalada heredera, o por el contrario, había tenido ese vestido salvaguardado en algún lugar como oro en paño, en espera de que la guerra finalizase.

Le llamó la atención su forma de andar. Sus pasos eran enérgicos y firmes, al contrario de las demás señoras que parecían deslizarse con delicadeza bajo sus anchas faldas. Por otro lado, llevaba su cabello rubio, de un tono champán, recogido en un intrincado trenzado bajo la nuca. No obstante, no vio que luciese ninguna joya de valor. Se preguntó qué edad tendría. Era apenas una muchachita de... ¿Cuánto? ¿Dieciséis o diecisiete años?

—Capitán Hayden. —David Rives, el oficial que vestía el uniforme azul de la Unión, llegó hasta él y le tendió la mano amistosamente—. Es un placer volver a verle de nuevo.

Drew se la estrechó al tiempo que juntaba los talones e inclinaba la cabeza en un saludo militar.

—El placer es mutuo. ¿Cómo está, señor Rives?

—Mucho mejor ahora que todo ha terminado, aunque solo sea por poder dormir sobre una cama mullida.

Drew curvó las comisuras de los labios hacia arriba en una sonrisa afable.

—Tiene razón.—Clavó los ojos en su pareja—. No puedo dejar de advertir que, sin duda, va muy bien acompañado esta noche. —Inclinó con brevedad la cabeza hacia la dama y se encontró con una límpida mirada gris clara enmarcada por unas elegantes cejas y unas largas y rizadas pestañas. Su cara era deliciosa, de mejillas tersas, mentón ovalado, labios sensuales y una

expresión tan risueña y pícaro que quitaba el aliento. Era mirarla y recordar los días de primavera con las praderas inundadas de flores, las aguas cristalinas de los arroyos o las mariposas volando con placidez sobre los rosales. Sin embargo, había algo en el fondo de sus ojos que le trasmitían angustia y dolor.

David Rives se apresuró a presentarlos.

—Ella es mi prometida, Ana Peterson. ¿Se acuerda de que le hablé de ella en el campamento?

Drew no lo recordaba en absoluto. Muchas veces en campaña, cuando sus hombres, descansando, se había reunido a departir de sus vidas personales en los pabellones, él se había evadido perdiéndose en sus propios pensamientos. Mientras estuvo al frente, quizá por su sentido de la responsabilidad, nunca tuvo ningún momento libre para hacer amistades o intercambiar expresiones de carácter privado con nadie.

—Lo siento, es posible que en alguna ocasión lo haya comentado. —Volvió su cara a ella y le agradó el modo en que lo observaba—. Señorita Peterson. —Con educación, tomó la mano enguantada que ella le entregaba. Olía a flores silvestres y aire fresco—. Es un placer conocerla.

—El placer es mío, capitán Hayden. —La voz femenina salió estrangulada. Carraspeó y continuó diciendo—: David me ha hablado mucho de usted. Le admira profundamente.

Drew se sintió halagado, y terriblemente hechizado. La muchacha tenía un tono de pronunciación tan dulce y sedoso, que irrumpió en su mente de forma brusca, despertando en él sensaciones desconocidas.

«¡Virgen santísima! ¿Por qué me es tan irresistible?»

—Estaba deseando que Ana lo conociese capitán. —David brindó una sonrisa a su prometida y, por primera vez en su vida, Drew sintió celos. Siempre había supuesto que algún día se enamoraría de una mujer que le impresionase de esa manera. Había pretendido hacerlo de Andrea Ranstrom, hija de uno de sus asociados. Pero la joven era demasiado frívola y materialista para él —. Hemos decidido que nos instalaremos en Minnesota, en Minneapolis, después de contraer nupcias. Como usted es de allí, nos agradecería mucho pasar a saludarle, si no tiene inconveniente.

«¿Vivir cerca de él?» Su corazón palpitó con fuerza. No entendía qué demonios le ocurría. Sin duda había bebido más de la cuenta esa noche. Una espesa bruma se había emplazado en su mente desde que la pareja se presentase y no le dejaba pensar con racionalidad. ¿O acaso lo habían envenenado? Miró por unos segundos, con recelo, la copa que descansaba en la mesa.

—¿Se encuentra bien, capitán? —le preguntó la joven.

Él asintió.

—Sí, claro. Inconveniente, ninguno —se obligó a decir. Por un breve espacio de tiempo, ideó a la dama en su residencia, tocando la pulida barandilla de la escalera principal de Headworth, observando los cuadros de sus antepasados...—. En realidad, resido a hora y media de la ciudad. —Con un fuerte impulso tomó el vaso de encima de la mesa para templar sus nervios y, al hacerlo, se vertió un poco sobre la manga de David. Se sintió mortificado—. ¡Discúlpeme, por favor! — Nunca había sufrido ataque alguno de torpeza, hasta ese momento. Él, que siempre se había

mostrado arrogante, orgulloso, seguro de lo que hacía y lo que decía, llevaba varios minutos con la sensación de estar poseído por algún espíritu maligno.

—No es nada —respondió el otro con franqueza, sacudiéndose la manga. Miró a su alrededor averiguando si alguien se había percatado de lo sucedido. Drew le imitó. La fiesta ahora estaba más animada, pero nadie les prestaba atención. El oficial volvió la vista a él esbozando una sonrisa—: Le encargo a mi prometida y regreso en un minuto. Si lo aclaro rápido, no quedará señal.

La dama dio un paso hacia David, con el ceño fruncido.

—¿Necesitas que te acompañe, tesoro?

¿David Rives se tensó, o se lo pareció a Drew?

—No, deseo que permanezcas aquí y emplees el tiempo en pasarlo bien, querida Ana —respondió el oficial. Se medió giró a Drew—. ¿Le incomoda?

—En absoluto. Vaya usted tranquilo. Le doy mi palabra de que custodiaré a la señorita Peterson con mi vida. —La muchacha lo miró con ojos brillantes—. Si hiciese falta, por supuesto.

David no se hizo esperar y atravesó el salón con paso ligero, desapareciendo por las puertas del vestíbulo. La joven entonces levantó la vista hacia él con una resplandeciente sonrisa que llenó su cara.

—David me ha dicho que va a dejar el ejército, capitán Hayden. ¿Es cierto eso?

—Así es —contestó.

—¿Entonces ya no es capitán? —insistió ella con interés.

—Lo soy, aunque tardaré todavía bastante tiempo en estar legalmente retirado.

—¿Cuánto puede demorar eso?

—Entre uno y dos años. Con suerte, en unos meses.

La joven lo miró arqueando las cejas con curiosidad, insatisfecha con su respuesta.

—¿Eso quiere decir que deberá seguir ejerciendo de capitán?

—No lo sé. Según lo que me informen cuando me presente en Forth Snelling.

—¿Por qué se alistó?

Drew se encogió de hombros, paseando la vista por el salón, después fijó sus ojos en ella con intensidad.

—En realidad me vi forzado a alistarme, como la gran mayoría, supongo. —Eso no era del todo exacto. Puede que con el tiempo hubiese terminado en el ejército a la fuerza, pero en su caso no aguardó y él mismo se presentó a filas antes de verse en esa tesitura—. Pero ahora que todo ha finalizado, debo regresar a mi hogar, retomar mis negocios... En definitiva, volver a mi vida de antes. —Aunque las cosas ya no iban a ser iguales. Había perdido a mucha gente en el camino, entre ellas a su padre—. ¿Por qué pretenden instalarse en Minnesota? — requirió él a su vez, con incertidumbre, cambiando de conversación. No le gustaba hablar sobre sí mismo.

La damita se encogió de hombros con una mirada cándida, evitando sus ojos.

—No lo sé. Lo que tenemos muy cierto es que aspiramos a marcharnos de aquí. Baltimore no es

ahora el mejor sitio para comenzar de cero.

—En este momento no creo que haya un «mejor sitio» para nada —dijo él, con un tono levemente mordaz, nacido del fondo de sus entrañas. De repente ella oscureció la mirada y Drew volvió a percibir, esta vez con más fuerza, la profunda angustia pintada en sus ojos claros—. ¿He dicho algo que le ha incomodado? —preguntó turbado. Era célebre por ser demasiado insensible a la hora de hablar. Al menos su familia solía decir eso.

«¡Qué demonios! Llevo mucho tiempo en la línea de fuego y todavía no acostumbro a medir mis palabras».

Ella agitó la cabeza y sonrió, inquieta.

—¡No, claro que no ha dicho nada malo! Ha sido todo tan complejo y peliagudo desde que comenzó la guerra... —Como ella había bajado el tono de su voz, él inclinó la cabeza para poder escucharla mejor. Al hacerlo, olió su perfume avainillado y fresco. Era como estar en una pastelería llena de dulces y no poder coger ninguno. Involuntariamente entrelazó las manos tras la espalda—. Vivía con mis abuelos y mi hermana en uno de los ranchos fronterizos al sur. —Ella aspiró aire con fuerza y la vibración de su voz la traicionó—. Fallecieron hace unos meses. Ahora la única persona que me queda es David, hemos sido vecinos desde siempre. No puedo dejar de pensar en cómo ha cambiado la vida en cuestión de tan poco espacio de tiempo.

Él notó que temblaba, aunque la muchacha lo disimulaba muy bien. Sospechó que estaba acostumbrada a ocultar sus emociones, y eso era muy extraño en alguien tan joven como ella.

—Lamento mucho lo de su familia —respondió, levantando la vista hacia el camarero que atendía las bebidas. Solicitó una copa que le sirvió en el acto. Requería un trago como el que precisaba respirar. Desde que había ingresado en el ejército, no hacía más que escuchar una y otra vez las tristes y dramáticas historias que todo el mundo se empeñaba en relatarle. La de esta joven no era tan diferente a la de los demás—. ¿Le apetece degustar algo, señorita Peterson? ¿Un refresco tal vez?

—¿Qué está tomando usted? —le preguntó con una mirada penetrante.

Otra vez Drew se sintió nervioso. Ella hacía que se le secase la boca, y él era un hombre íntegro y correcto que siempre se había comportado como tal.

—Es brandí. No creo que le guste.

—¿Me deja probar?

Él se quedó mirándola sin aliento, mientras ella le cogía de la mano y bajaba la copa a la altura de su boca. Dio un trago y se mojó los labios, después los saboreó pasándose la lengua sobre ellos. Drew quiso hacer lo mismo, de hecho, se pasó la lengua por el labio inferior, imaginando que eran los de ella. Comenzó a sudar sintiéndose terriblemente excitado.

—Está sabroso —dijo la muchacha, haciendo un extraño aleteo de pestañas—. Pero, lleva razón, prefiero un refresco. No estaría bien que yo bebiese brandí delante de tanta gente ¿verdad?

Drew arqueó las cejas divertido, tanto por sus palabras como por el gesto que había hecho al pestañear. Llamó al camero de nuevo. A pesar de que en ese momento las reglas de etiqueta

estaban algo reñidas por las encarnizadas batallas que habían vivido esos años, no estaba bien que ella bebiese brandi, entre otras cosas porque apenas era una mocosa elegantemente vestida para el gran día. Apostaba a que era una niña consentida que siempre hacía lo que le venía en gana. Aunque, por otro lado, no pudo dejar de advertir que, para ser la primera vez que bebía, no tosía, ni le había molestado en la garganta, lo que le hacía llegar a la conclusión de que no era la primera vez que lo probaba.

Enseguida le sirvieron una limonada, y ella cogió el vaso con un gesto firme. Por unos minutos se quedaron en silencio observando la pista de baile. Alguien había abierto las dobles puertas que accedían a un hermoso jardín cuidado y el aroma de la jara y el brezo flotaba en la sala. Los músicos tocaban una melodía bastante alegre que los danzarines acompañaban con palmadas. La sala de baile había conocido tiempos mejores, a pesar de haber sido limpiada y decorada a conciencia. Los marcos de los espejos y los cuadros brillaban como el oro, así como las pequeñas mesas de mármol que había diseminadas por la habitación para poder apoyar las bebidas o los platos de los canapés. Las lámparas habían sido cambiadas por otras nuevas, aunque, obviamente, no tan recargadas y lujosas como las que colgaron originalmente. Todavía quedaban marcas de la guerra en los descoloridos suelos de mármol y en algunas de las columnas que lucían con la pintura descascarillada, pero no parecía que nadie advirtiese eso.

—¿Usted cuando se marcha a Minneapolis, capitán?—preguntó ella, rompiendo el silencio.

Drew sintió en cada recodo de su piel la mirada admirativa que ella le dirigió. Levantó una ceja y sonrió irónico. ¿Sería ella consciente de todo lo que le hacía sentir? «No, imposible. Su aspecto es demasiado inocente y candoroso».

—Tengo pensado hacerlo la semana que viene si no sucede ningún contratiempo.

—Estará deseando regresar a su hogar ¿verdad?

Drew asintió con una sonrisa sesgada. Quería regresar, pero aborrecía la idea de tener que encerrarse entre cuatro paredes y que lo volvieran a señalar como insulso y aburrido. Para su familia siempre había sido así. El hombre juicioso que no sabía divertirse si lo apartaban de su libro de contabilidad. Él mismo había llegado a creérselo y, si no había hecho nada para cambiar, era solo porque deseaba que su padre se sintiese orgulloso de él.

Había planeado volver a Headworth justo después de que el general Robert E. Lee, héroe de las fuerzas de la Confederación, rindiera sus tropas ante el general de la Unión, Ulysses S. Grant, reconociendo la victoria sobre los confederados del Sur. Sin embargo, luego se sucedió el asesinato de Lincoln, y no había podido deponer las armas hasta hacía unos días. Muchos muertos que enterrar, muchas familias a las que informar, hacer que todas las pagas llegasen correctamente a sus hombres...

—Es mucho tiempo ya el que llevo sin ir a mi hogar —respondió, escueto.

—¿Le espera alguna esposa o prometida? —Quiso saber ella con curiosidad.

Se le pasó por la cabeza la imagen de Andrea. Pero la apartó en el acto. Era posible que, con el tiempo, no tuviese más remedio que proponerle matrimonio, no obstante, de momento no quería, ni

necesitaba pensarlo. Y tampoco podía decir que Estela Michaels le estuviese esperando. Ella, sin duda, seguiría aferrada a su decrepito esposo en espera de que este falleciese. Y aun cuando el hombre muriese, ella le había confesado que no tenía ninguna intención de volverse a casar. Por supuesto, eso no significaba que no pudiesen continuar viéndose de manera esporádica.

—De momento, nada serio. —Se bebió el brandi y, con cuidado, puso la copa sobre la mesa junto a la limonada. Sacudió la cabeza—. Estos años he estado demasiado ocupado para eso, señorita —contestó, con más brusquedad de lo que hubiera querido.

—Supongo que eso será una de sus prioridades cuando regrese. ¿Me equivoco?

Suponer algo sobre él estaba fuera de lugar. Aun así, deseó conocer las razones por las que ella preconcebía que necesitaba desposarse.

Ana se encogió de hombros mirándolo fijamente. Por un momento, Drew pensó que podía ver a través de su cuerpo y de su alma. Algo en esos ojos le hizo fruncir el ceño.

—Sospecho que desea perpetuar el apellido para futuras generaciones. Mi abuelo hablaba mucho sobre esa cuestión y decía que era una de las cosas más importantes en un varón.

—Lamento mucho decirle que su abuelo se confundía. Ahora hay numerosas cosas que hacer antes de dar ese paso —replicó.

—Siento haberlo incomodado, capitán —se disculpó, perturbada.

Drew agitó la cabeza y la miró con atención. Ella no tenía la culpa de expresar en voz alta lo que su padre debió decirle antes de morir. ¿Por qué Ana Peterson de repente le parecía jovencísima y, al minuto siguiente, una de las mujeres más madura y astuta que había conocido? ¿Qué tenía esa joven que lo intrigaba tanto?

—No lo ha hecho, señorita Peterson. No se alarme. Lo que sucede es que a mí me preocupan otros factores, mientras que, a las mujeres, les atañe más saber si alguna vez encontrarán el amor, o poseerán un hogar con hijos y esas cosas. Desde luego no es su circunstancia, puesto que usted ya está prometida.

A Drew le pareció ver que ella se tensaba indignada, sin embargo, su rostro no expresó nada y pensó que tal vez la luz de las arañas lo había confundido.

—Es desconsolador pensar que uno pueda pasarse la vida solo. Es cierto que puede que ahora no necesite nada, pero nadie sabe si lo pueda precisar en un futuro —refutó Ana con lentitud.

—Soy inmune a esos pensamientos, señorita Peterson. A pesar de tener una familia bastante considerable, me he sentido aislado en tantos momentos que he descubierto que la soledad a veces es gratificante.

—Es una verdadera lástima que piense así, pero yo no soy quién para hacerle cambiar de opinión. Solo espero que tenga suerte en sus propósitos. ¿Quiere bailar, capitán Hayden? —preguntó, cambiando tan radicalmente de conversación, que Drew se olvidó hasta de respirar.

Ella se había medio girado hacia la pista de baile. Parecía animada y, bajo las faldas, movía un pie casi de forma imperceptible, al ritmo de la música. Si él no hubiese estado tan cerca, ni siquiera lo habría advertido.

—¿Usted quiere, señorita Peterson? —inquirió, mirándola con atención.

Ella asintió.

—A David no le gusta bailar, pero a mí me encanta. Hace mucho tiempo que no lo hago. Supongo que todavía recordaré los pasos.

Drew le tendió una mano con una galante genuflexión.

—Entonces, si me permite... —Atrajo a la joven hacia él encerrando los dedos en su palma. Lo envolvió su fragancia de vainilla y cerró los ojos un instante, luchando contra la excitación que le provocaba—. Solo le voy a pedir algo a cambio. —Ella alzó la cabeza y lo miró con gesto interrogante—. Prefiero que me llame Hayden, o simplemente Drew. ¿De acuerdo?

—Eso no puedo prometérselo —repuso con burla—. Estaría faltando a la buena enseñanza que, con tanta contundencia, mis abuelos se obstinaron en proporcionarme. —Drew levantó las cejas con sorpresa—. ¿Usted me llamaría Ana? —prosiguió ella.

—¿Claro que no! De momento, al menos, no.

La joven le regaló una sonrisa que mostró una dentadura perfecta de piezas blancas y pequeñas. Sus labios brillaban como las cerezas maceradas en licor.

—¿Lo ve?

—Presiento que le gusta llevar siempre la razón, señorita Peterson.

—Exacto. Es un defecto catastrófico que me acompaña desde siempre. —Hizo un suave ademán con la cabeza—. ¿Bailamos entonces?

—Bailemos —aseveró él, haciéndola girar hacia la pista.

En pocos segundos se sumergieron en un barullo de pasos animados, risas y palmas, olvidando por un rato todo lo demás.

Esa velada había mucha gente en la fiesta, y la mayoría de ellos, bailando. Apenas había suficiente espacio para que no se rozasen unos invitados con otros.

Drew y Ana hacían una bonita pareja. Ambos guapos, esbeltos, elegantes. Ella rubia, con cara de ángel. Él, castaño de un tono entre dorado y cobrizo. Llevaba un traje negro cortado con un gusto impecable y una camisa blanca que contrastaba de manera distinguida. Muchas de las damas, que no habían reparado en él todavía, se volvieron a observarlo con descaro.

Ella danzaba con mucha soltura y garbo, aunque no se podía decir que fuese una experta. En bastantes ocasiones lo pisó sin ninguna delicadeza. Y aunque Drew no era un excelente bailarín, supo llevarla tan bien, que un grupillo los elogió tras el baile. Entre ellos David, que desde que había regresado al salón de nuevo, los había estado observando sin interrumpirlos.

El baile acabó y Drew guio a la muchacha hasta su prometido.

—Me ha encantado conocerle, capitán Hayden. Si no nos volvemos a ver antes de que se marche a Minnesota, le deseo muy buen viaje —le dijo ella, con las mejillas sonrosadas por la agitación, y esforzándose por controlar los jadeos provocados por la danza. Sus ojos brillaban alegres.

—Supongo que nos veremos por allí —respondió, besando sus nudillos cuando ella le tendió la

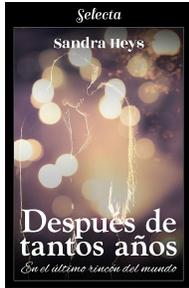
mano. Estrechó la de David—. Cuídense mucho.

—También usted, capitán.

Al ver que el oficial y Ana se marchaban, cogidos del brazo, con las cabezas bastantes juntas, Drew sintió cómo su corazón se encogía y se volvía diminuto y pequeño. Esa despedida le hizo sentir la realidad y, desdichadamente, un pobre desgraciado. Realmente nunca había tenido una profunda confianza con ese joven. Hasta esa noche no había sido más que alguien que conoció durante la guerra, pero estaba seguro de que, a partir de ese momento, iba a serle difícil olvidarse de él y de lo afortunado que era.

Con la sensación de que aquella velada había sido una de las mejores de su vida, se marchó a la casa que le habían asignado durante su milicia. La misma que dejaría en apenas una semana.

## ¿Puede el tiempo borrar los errores y sanar las heridas?



Como abogado, Cristóbal ha visto el mundo y lo comprende tal como es, con todo lo bueno y lo malo. Además, su vida no ha sido un cuento de hadas, ni siquiera con los privilegios que una sólida fortuna familiar puede darle.

Lo malo: perdió a su madre a los quince años y su padre nunca volvió a ser el mismo, dando como resultado un espantoso matrimonio con una mujer que deja en pañales a cualquier madrastra malvada.

Lo bueno: solo era un joven universitario el día que conoció al amor de su vida.

Elizabeth era entonces una prometedora estudiante de medicina, tan feroz y guerrera, como bella e inteligente y Cristóbal no pudo hacer otra cosa que perseguirla sin tregua. Tras una larga, apasionada y tierna relación, lo peor llegó: un día, sin aviso previo, Elizabeth desapareció.

A pesar de todo, Cristóbal no se ha convertido en un hombre amargado o cínico, muy por el contrario. Nunca ha perdido la esperanza de tener una segunda oportunidad.

¿Sería la vida tan generosa con él?

**Sandra Heys.** Nací en la ciudad de Antofagasta. A veces pienso que me he pasado la vida leyendo. Creo haber leído de todos los géneros habidos, pero siempre mis favoritos han sido la novela policíaca y la romántica, siendo esta última mi preferida. Estudié Contabilidad, creo que hay muy pocas profesiones que sean tan poco románticas como la contabilidad y estaría de acuerdo conmigo misma si no fuera porque a mi amado esposo lo conocí gracias al aburrido trabajo contable.

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Sandra Heys

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-36-4

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Después de tantos años

Nota editorial

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Nota de Autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Sandra Heys

Créditos